

SørenKierkegaard

Ejercitación del cristianismo

editorial trotta

Culminación de la producción filosófico-cristiana de Søren Kierkegaard, este libro, aparecido en 1850 bajo el pseudónimo de Anti-Climacus, representa en la intención de su autor «un ensayo para la extensión del cristianismo en la cristiandad», formando parte de su lucha por recuperar la originalidad de la existencia cristiana. La exigencia de ser cristiano es aquí «decididamente enunciada, descrita y oída»: la «contemporaneidad es la condición de la fe, y dicho con mayor exactitud, es la fe misma».

«Que el género humano esté o tenga que estar emparentado con Dios es viejo paganismo; pero que un hombre individual sea Dios, esto es cristianismo, y este hombre individual es Dios-hombre. Ni en los cielos, ni en la tierra, ni en los abismos, ni en los más fantásticos extravíos del pensamiento es posible, hablando en términos humanos, una reunión de dos extremos más sin sentido. Así se manifiesta en la situación de contemporaneidad; y no hay otra relación posible con el Dios-hombre sino la que empieza con una situación de contemporaneidad».

Ejercitación del cristianismo

Ejercitación del cristianismo

Søren Kierkegaard

Prólogo y traducción del danés de Demetrio Gutiérrez Rivero

Nota preliminar de Óscar Parcero Oubiña

EDITORIAL TROTTA

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Título original: Indøvelse i Christendom

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN: 978-84-9879-055-9
Depósito legal: M-22.964-2009

Impresión
Fernández Ciudad, S.L.

ÍNDICE

EJERCITACIÓN DEL CRISTIANISMO
N.º II

EJERCITACIÓN DEL CRISTIANISMO
N.º III

NOTA PRELIMINAR

Óscar Parcero Oubiña

Se ofrece a continuación la reedición de la traducción realizada por Demetrio Gutiérrez Rivero de *Ejercitación del cristianismo* [*Indøvelse i Christendom*, 1850], obra del seudónimo kierkegaardiano Anti-Climacus responsable también de la igualmente reeditada en esta serie *La enfermedad mortal*[1]. Se trata, una vez más, de la primera versión existente en castellano realizada a partir del original danés, y hasta la fecha la única disponible. La traducción del texto kierkegaardiano fue originalmente realizada por Gutiérrez Rivero en 1961, como primer fruto del más amplio y meritorio esfuerzo individual que lo llevaría a completar un grupo de traducciones, las cuales aún hasta hoy conforman, pese a sus limitaciones, la más importante colección de obras de Kierkegaard en castellano.

Los criterios para la presente reedición han sido los mismos que para las dos anteriores: se ha respetado básicamente en su integridad el texto de la traducción, presentándoselo de nuevo al lector como Gutiérrez Rivero lo concibió en su día. Las razones para ello han sido, una vez más, la consideración hacia el trabajo de Gutiérrez Rivero, y la evidencia de que, sin perder de vista la necesaria exigencia de fidelidad hacia los originales daneses, las traducciones de Gutiérrez Rivero denotan esa marca personal a la que ya he hecho mención en las anteriores reediciones.

Por lo que se refiere al prólogo del traductor, nuevamente se ha realizado la misma labor de re-edición que en las ocasiones precedentes. La estrecha ligazón de algunos de los comentarios de Gutiérrez Rivero a su propio contexto histórico, y ajenos ya al nuestro, así lo ha sugerido una vez más. No obstante, y también como siempre, la supresión de estos comentarios ahora obsoletos se ha realizado buscando alterar lo mínimo posible el discurso del texto original, discurso éste, por cierto, que en el caso que nos ocupa, y seguramente por tratarse de la primera traducción realizada por Gutiérrez Rivero, evidencia como ningún otro de sus prólogos su personalísima lectura de Kierkegaard.

1. Trotta, Madrid, 2008.

No puedo cerrar esta nota sin volver a advertir al lector, como en las ocasiones anteriores, que existe para nosotros hoy día un contexto respecto de la recepción de la figura de Kierkegaard que no existía en tiempos de Gutiérrez Rivero. Es importante, pues, «actualizar» nuestra lectura de estas traducciones teniendo bien presente ese nuevo contexto al que hago referencia. El lector podrá encontrar un mínimo comentario respecto de la especificidad de tal contexto en la nota preliminar a la reedición de la primera de las obras de esta serie, *Los lirios del campo y las aves del cielo. Trece discursos religiosos*[2].

Compostela, enero de 2007

2. Trotta, Madrid, 2007, pp. 9-11.

PRÓLOGO

Demetrio Gutiérrez Rivero

Traduzco el primero este libro de Kierkegaard* porque lo juzgo el más característico de su peculiar concepción del cristianismo y además, por una razón de nostalgia personal, ya que fue cabalmente la lectura de su introducción (sobre todo el retornelo: «La invitación está plantada en la encrucijada») en los años de mis estudios retardados en la universidad muniquesa, la que me decidió de un brinco, sobre el vasto interés por toda la filosofía de la religión contemporánea que me llevó allá, a entrar en la maraña magnífica del «Sócrates nórdico». Y no he sido defraudado por aquel empuje.

Porque, efectivamente, en Kierkegaard tenemos un genio verdadero y lírico, un «genio religioso» y de «la inmortalidad que está destinada a todo hombre», que pone su lumbre fabulosa y su sinceridad terriblemente auténtica en la clarificación encendida del cristianismo. Tanta fe en Cristo y tanto contacto con las fuentes donde Cristo está, han dado lo mejor de este genio, y es un deber, por lo tanto, junto a un inmenso confortamiento oír lo que este genio nos dice, que si te desespera cabalmente por ello estará encantado, pues buscó hacer las cosas difíciles para exacerbar los problemas de suerte que lo fuesen, que es la única manera de poder encontrar una solución, una autenticidad. Ésta era su convicción muy problemática, porque en la agudización de los límites que lleva a cabo, está a punto de pasarlos o quizá los pase, pero con todo qué maravillosa la descripción de ese exceso divino —y también humano— de ser cristiano que nos hace. El hombre que tiembla está también a punto de recibir la gracia de sentirlo habitable. Es verdad que se le pone en demasiado aprieto, que se le achica demasiado la existencia para meterla en el marco totalizador del cristianismo. Y al hombre acostumbrado a achicar el cristianismo durante varios siglos no le irá mal esta purga dialéctica de la fe. Kierkegaard es el cirujano de una época —él mismo se llama «correctivo», «espía del cristianismo»—,

* Efectivamente, éste fue el título que encabezaba la edición del proyecto *Obras y papeles de Søren Kierkegaard*, publicada por Ediciones Guadarrama, de Madrid, a partir de 1961. (*N. del E.*)

aunque ahora no nos valga, con tal de que hayamos superado esa época, lo que es más que cuestionable. Kierkegaard combate desaforadamente por recuperar la originalidad del cristianismo primitivo y la originalidad de la existencia cristiana, después de haber deslindado las luces de las sombras de los estadios previos de la existencia en general concreta:

> Mi idea capital era que en nuestro tiempo el múltiple desarrollo del saber ha hecho olvidar la existencia y lo que significa la interioridad, de donde parte el malentendimiento entre la especulación y el cristianismo. Entonces decidí volver hacia atrás tan lejos como fuera posible para no llegar demasiado pronto a la existencia religiosa, y, con mayor razón, a la existencia religiosa cristiana, y de esa manera dejar las irregularidades a la espalda. Si se había olvidado lo que significa la existencia religiosa, no menos se había olvidado lo que quiere decir la existencia humana, y era necesario, ante todo, reencontrarla[1].

El quehacer sudoroso para los teólogos consistirá en buscar hasta qué punto la originalidad por él hallada en las fuentes primitivas desde la insobornable conciencia individual coincide con la originalidad del cristianismo mismo. Que esas dos originalidades coincidan mucho más que la de la cristiandad y el cristianismo que Kierkegaard enfrenta, no lo pueden poner en duda más que los interesados, por muy dura que sea la crítica que haga de la cristiandad circundante y por muy destemplado que sea su interés por la pura existencia. Esa búsqueda ha de realizarse necesariamente en diálogo ininterrumpido y recoleto con él. De tú a tú, porque no escribe *ex profeso* para los teólogos, sino para todos en cuanto creyentes o deseosos de serlo de veras. Él es un teólogo a medio camino entre la cátedra y la gente, aunque a él le gustaría más que le llamáramos predicador privado del cristianismo. Fue un vigía noble del cristianismo en contra de su cristiandad natal, y queriendo iluminar a los demás este camino viviente fue previendo y presintiendo dónde estaba toda la verdad cristiana, en qué radicaba la verdadera fe.

Es cierto que algunos de sus intérpretes están de acuerdo en juzgar de excesivamente negativa y dialéctica la concepción de Kierkegaard del cristianismo y de la existencia, y ésta es la interpretación que inevitablemente provocan sus obras y su vida con una extremosidad lacerante, pero habría que acentuar un poco más cómo en cierta manera ese pesimismo natural queda compensado, y quizá es tan resaltado con este fin, con un optimismo místico y de «imitación

1. *Samlede Vaerker*, Copenhague, ^{2}1920-1936, t. VII, p. 235.

de Cristo» de alcance personal asombroso. Si esta excusa, o quizá razón, vale en el caso de muchos escritores místicos, Kierkegaard tiene también derecho a ella. Por eso aunque haya excesos y los de Kierkegaard sean mayores y no comparables con los de aquellos consagrados, no se podrán acentuar olvidando la belleza del rostro de Cristo maltratado que nos describe ungidamente y la inmensa alegría misteriosa que corre por su alma cristiana. Por verdaderos que esos reparos sean, lo que no lograré es estar nunca de acuerdo con la afirmación, emparejada a las anteriores, de que toda esa concepción violenta del cristianismo emana del carácter melancólico y atormentado y de la atormentada infancia de Kierkegaard. Cuando escribe sus obras cristianas posee ya la suficiente madurez —esa enorme garra intelectual que ellas demuestran— y distancia de su propio temperamento como para estar casi seguros de que el sesgo de sus ideas no es cabalmente el del talante de su melancolía, sino que obedece a que él cree convencidamente y desde la lectura bíblica que la ejercitación del cristianismo es inevitablemente, si se desea ser cristiano, la de la total crucifixión de cada uno, siguiendo las huellas inevitables y sangrientas del Modelo, el Único, Jesucristo. Lectores suyos han cercenado para siempre la alegría de vivir, incluso en el matrimonio, y han diseminado pesadumbre en rededor, incluso en sus hijos, a fuerza de querer encarnar el cristianismo por Kierkegaard descrito. Una señora danesa y amiga me contó vivamente la tragedia de su infancia y de su familia, porque su padre muy religioso fue uno de esos lectores. Claro que ésta no es una secuela necesaria de la lectura de Kierkegaard, ni necesariamente una lectura fiel; junto a ese caso hay que contar el de un intelectual japonés, Toshio Sakamoto, a quien al borde del suicidio la lectura de Kierkegaard le devolvió a la vida y al amor pacífico familiar —que Kierkegaard también ha descrito como pocos—, y lo mismo a su esposa Toyo[2]. Precisamente hay en este libro dos textos espléndidos del más aproximado seudónimo acerca de su vocación y tarea, que no me resisto a anticipar. El primero corrobora el texto anteriormente aducido y el segundo además manifiesta su decisión de pasar por loco de una manera primorosamente cristiana:

> Por lo que respecta a mí mismo, en cuanto he ensayado el exponer todo esto, quizá esté obligado a hacer aquí una pequeña aclaración.

2. Véase si se ha de confrontar con esta noticia la información del *Berlingske Aftenavis*, de Copenhague, correspondiente al 18 de octubre de 1958. El recorte periodístico me lo envió la señora amiga de la experiencia adversa.

Quizá yo dé a entender posiblemente a veces un tal conocimiento de la interioridad oculta, del propio sufrimiento de la autonegación, que quizá alguien pueda pensar que yo —aunque en la medida adecuada a un hombre— sea uno de «aquéllos», uno de los hombres nobles raros. Éste está muy lejos de ser el caso. Lo que sucede es que he llegado a poseer de una manera extraña, y no precisamente a causa de mis virtudes, sino más bien de mis pecados, una sabiduría puramente formal acerca de los *secretos* de la existencia y de la plenitud misteriosa de la existencia, que, desde luego, muy pocos tienen. No me alabo por ello, puesto que no es a causa de mis virtudes. Mas procuro lealmente emplear todo este saber en el esclarecimiento de lo verdadero humano, y —humanamente— del verdadero bien. Y, además, empleo todo esto para en lo posible hacer caer en la cuenta de lo santo — aunque respecto de lo mismo he de añadir a renglón seguido que ningún hombre lo puede comprender, que respecto de ello se empieza y se termina con la adoración[3].

Yo no encontraba ningún convento donde poderme refugiar, buscando un contorno que de alguna manera correspondiese a mi ocupación interior. Por eso escogí la única salida que quedaba para mí en la cristiandad: el aparecer como el más superficial de todos, el «hacerme un loco en el mundo», para en este serio mundo poder, sin embargo, salvaguardar al máximo lo que ocultaba en mi interior más íntimo, un poco de seriedad, y para que esta interioridad pudiera conseguir la paz del ensimismamiento para crecer en silencio. Viviendo de este modo, he aprendido, cabe la vacua superficialidad y satisfecha confusión de los hombres, lo que quizá así se pueda aprender mucho mejor que en el desierto y en el silencio de la noche; con esta vida en medio del tumulto humano, con esta, si se quiere, falsa vida —pues en verdad yo ocultaba otra cosa en mi interior más íntimo, mas lo que yo ocultaba era lo mejor, y nunca jamás he engañado de tal manera que me haya hecho mejor de lo que era—, con esta vida en medio del tumulto humano aprendí a comprender la tremenda verdad de que el rigor es lo único que puede ayudar.

Ésta ha sido mi arma. Mas yo no tengo ningún poder, ni de soldados ni de otra especie; no tengo ninguna relación de poderío, absolutamente ninguna influencia o poder sobre el destino de los demás; soy entre todos el más solitario, y, entendido mundanamente, el más impotente. Si se emplea el rigor se exaspera fácilmente a los hombres; por eso quien ha de usar del rigor acostumbra primero a asegurarse el poder. Ni puedo ni deseo emplear el rigor de esta manera; pues no deseo dominar, solamente deseo servir a la verdad o, lo que es lo mismo, al cristianismo[4].

3. *Infra*, p. 148.
4. *Ibid.*, p. 226.

He dicho que Kierkegaard es también un genio lírico. Esto significa que, aparte de sus hallazgos y esclarecimientos existenciales con contenido suficiente para tener atareados duradera y seriamente a los filósofos y a los teólogos e iluminar y urgir a los hombres, buceando con él donde muy pocos se han sumergido, su esfuerzo colosal ha quedado simultáneamente revestido de una de las formas más bellas de su lengua maternal querida, caminando a pie. Aunque solamente fuera un puro esfuerzo, una mera inmersión artística, sería lo bastante meritorio para encaramarle donde está, en el corazón de las bibliotecas que se rigen por un principio selectivo. Es un «poeta de lo religioso», como con frecuencia se caracterizó a sí mismo —casi le podríamos llamar un músico de lo religioso; léanse en tesitura para comprobarlo las primeras páginas ya aludidas de este libro, el comentario verdaderamente musical a las palabras de la invitación de Cristo: «Venid a mí todos los que estéis atribulados y cargados, que yo os aliviaré», sobre todo el segundo movimiento (N.º II)—, aunque a veces los intérpretes, haciendo demasiado caso de esta denominación propia y amortiguando el latido testifical de sus expresiones cristianas, han pretendido reducirlo puramente a poeta de lo religioso —lo que, por otra parte, es una imposibilidad—, olvidándose de que toda esta comunicación indirecta «artística» es «edificante» y en definitiva se explica y se busca como explosión contenida y metódica de un profundo proceso de interiorización y entrega al cristianismo con toda la persona. ¿Cómo podría hablar Kierkegaard como lo hace siendo puro poeta? Y, sin embargo, en su obra pública —por lo tanto más en sus *Obras completas* que en sus *Diarios*— es soberanamente poeta y predicador edificante del cristianismo. Ésta es su finalidad más alta en cuanto escritor, ejecutada con tanta hondura como belleza. Algunas veces he alternado la lectura y el estudio reposados de este libro con la audición de pasajes de la *Pasión según san Mateo* o del *Mesías*, y no acierto a decir cuál de las tres obras del arte cristiano, impares, es la superior. Quien conozca a fondo esas dos creaciones sublimes de la música tiene mucho camino abierto para saber leer y gustar lo más íntimo del mensaje de este otro genio, y para dejar atrás sus estridencias agnósticas y criticadoras. Cerrar este libro disgustado sería un poco como no resistir la *Pasión* de Bach. Kierkegaard es dramático como Bach y en esto se diferencian más y menos de Haendel —que escribió su *Mesías* en un aciago momento de sufrimientos, curándose al volcar sobre el atril la inmensa alegría del tema—, pero tampoco a la *Pasión* del primero ni a la del segundo, más y menos, les falta esa dulzura y triunfo, que conmueven las fibras de un cristianismo superior. Por lo menos es

Kierkegaard un genio literario, y especialmente lo es en la búsqueda de la belleza escondida de la Pasión de Cristo, que ha de ser la pasión del cristiano, de quien quiera hacerse y ser cristiano, verdadero contemporáneo con Él; la contemporaneidad lo es aquí todo y no hay otra contemporaneidad más urgente. Por eso hay que leerle, al menos, «en artista» y el que no tenga tacto literario está muy manco para hacer juicios sobre su obra.

Este arte deja con mucha frecuencia de ser lírico para convertirse en un arma de dos filos, el humor y la ironía, que son los dos modos interestadiales que vinculan leve y respectivamente al estadio estético con el ético de la existencia y a éste con el religioso. Y también de dos filos en cuanto se corta a veces el mismo que la esgrime, como si sangrase por la herida que abre. Kierkegaard, consciente de su tarea vocacional en una forma dramática de sinceridad indómita —tan veraz en la intención como excesiva en el procedimiento—, sacrificó su fama y bienestar mundanos a esta tarea cristiana, arremetiendo de paso simultáneo e impertérrito contra el último filósofo, Hegel, y contra la cristiandad que tenía a mano, es decir, contra la abstracción del pensamiento puro y sistemático y contra el establecimiento satisfecho. En la segunda, dominada por el estatismo eclesiástico, la antropología religiosa y confusiva del romanticismo, el «grundtvigismo» y, sobre todo, por el mismo idealismo hegeliano, todo saltaba hecho tiras al filo mordiente de su pluma. Mas es en este campo o modo de su crítica donde gana menos batallas, porque aquélla es demasiado reiterativa, alcanza detalles de un desabrimiento inaudito y, lo que sería todavía más grave, en la arremetida parece infringir algunos fundamentos intangibles que no dejan de ser verdaderos por mal uso que se haga de su apoyo, con todo lo cual pone en apuro su sinceridad a toda prueba y estropea un poco una victoria tanto filosófica como cristiana que no necesitaba explotarse tanto. Quizá juzgase que otra cosa era dormirse en los laureles. Porque él creía de seguro que ello pertenecía indisolublemente a su vocación, al ejercicio de su escribir en cristiano y para la idea. Estos son los dos grandes servicios a los que Kierkegaard se sintió llamado, de los que habla incesantemente en sus *Diarios* y a los que dedicó enteramente su vida y su muerte: «al servicio de la idea»[5] y «al servicio del cristianismo»[6]. De esta manera Kierkegaard resulta el primer aplastado por su crítica, sabe que tiene que ofrecerse a hacerla como víctima destinada. Es un martirizador mártir. Nadie como él ha sido heroi-

5. *Papirer*, ed. de Heiberg, Kuhr y Torsting, Copenhague, 1909-1948, t. VII, A 105.
6. *Ibid.*, t. IX, A 179.

camente fiel, en tales circunstancias insospechables, a un sacrificio que solamente podía revelarse en su plena rectitud y propósito a su solitario corazón, más solitario, fuera y dentro, cuanto más se hundía en su tarea. Pero su corazón no estaba absolutamente solitario, estaba absolutamente acompañado. Él amaba, amaba como pocos han amado. Amaba a Cristo encendidamente, amaba a la Iglesia que se había perdido y amaba a los hombres con el grito de su secreto, del secreto hondo de su obra hecha, manifestado solemnemente a su casi único amigo Emil Boesen a la hora de morir:

> Sí, saluda a todos los hombres de mi parte, diles que a todos sin excepción los he amado mucho, y diles que mi vida ha sido un gran sufrimiento, desconocido e incomprensible para los demás; todo aparentaba que era soberbia y vanagloria, pero no lo era[7].

Estos amores y este secreto eran la fuerza de su soledad y la verdadera alma de su crítica. Era necesario que un hombre al fin no callase, y este hombre a costa de su fama y de sus otros amores no calló en favor de un amor que iba desapareciendo, y creó una obra bien hecha que no podrá ser abatida ni por sus propios defectos ni por los ataques de la autodefensa más seria, porque esos defectos y esos ataques brotan y chocan de y con la instancia más noble hecha vida. Y además no siempre su ironía era artificiosa, ni su crítica despiadada, ni su humor malhumorado, sino que todo esto era lo que le sobraba a la genialidad de su ironía artística y fino humor y a los nobles y certeros motivos de su crítica, y lo segundo es lo que prevalece. Cuando no estamos en el centro de su dardo, nos gana para una risa sana de verdad, o para una tristeza que no se lleva el viento, porque el dardo no se clava en lo puramente ridículo, sino en uno de esos muñecos o realidades históricas muñequiles que nos rodean y que tienen mucho más de trágicas que de cómicas. De ambas ironías encontrarás, por ejemplo, en la descripción pantomímica de lo que acerca de Cristo y el cristiano auténtico dicen, o dirían, el prudente, el clérigo, el filósofo, el político, el reposado burgués y los burlones de alma buena y de alma mala[8].

7. Estos diálogos de Kierkegaard moribundo con el amigo Boesen los recoge Th. Haecker en su traducción y selección de los *Diarios* de Kierkegaard al alemán (*Tagebücher*, München, [4]1953, pp. 645 ss.). Compárese el texto aducido con el último sermón de este libro, que es todo él una oración por todos los hombres, incluso por sus vapuleados sacerdotes, cuya es la misión más alta.
8. *Infra*, pp. 65-74.

Y para no herir más el prólogo he de ceñirlo con algunas acotaciones sobre detalles más o menos externos del libro y de la traducción presentes:

Razón del título: En el original éste es *Indøvelse i Christendom*. Es decir, *Ejercitación del cristianismo* o *Ejercitación en el cristianismo*. El primer gran traductor de Kierkegaard al francés, P. H. Tisseau, lo ha traducido demasiado expeditamente por *L'École du Christianisme*, de marcada referencia histórica. Más próximo sería: *Ejercicio del cristianismo*. Pero lo más exacto es «ejercitación», que excluye la ambigüedad de «escuela» y toda relación puramente teórica con el cristianismo —que es lo que el autor cabalmente pretende refutar con el libro—, y, de otra parte, encierra un sentido más activo y personal de incorporación al misterio cristiano que su simple sinónimo: ejercicio. Por lo demás, es ésta la expresión directa del original: *Indøvelse* (no simplemente *Øvelse*: ejercicio); recogida adecuadamente por la traducción concurrida[9] alemana: *Einübung im Christentum* (no simplemente: *Übung*). Por último, la palabra «ejercitación» va adquiriendo hoy una mayor popularidad en nuestro idioma, y con una aplicación similar a la del sentido del autor. Éste, en un proyecto de título o subtítulo, planeó, escrito al margen del manuscrito correspondiente: «Un ensayo para la extensión del cristianismo en la cristiandad (en Dinamarca), por S. Kierkegaard»[10].

El libro con el título definitivo apareció en el otoño de 1850, pero su escritura data —como también la de *La enfermedad mortal**, que apareció con el mismo seudónimo en el 1849— del 1848, decisivo como ninguno en la vida y producción de Kierkegaard. El miércoles de Pascua de este año recibe la inspiración divina, según confesión propia, de romper su aislamiento recatado y emprender la lucha por el cristianismo contra la cristiandad que lo había arrumbado. La conmoción interior se plasma en compromiso arduo, cosido a su sinceridad como Pascal llevaba el *Memorial* cosido a su jubón, y que irá cumpliendo sin ningún desfallecimiento fuera del de la muerte, siete años después. Solamente determinó alguna cautela la memoria de su padre, por ejemplo, respecto del obispo Mynster. En ese mismo año aparecen las dos obras del seudónimo Johannes

9. Creo que la única excepción es la de la primera edición alemana, hecha, como manuscrito, por A. Bärthold (Halberstadt, 1872), con el título: *Einladung und Ärgernis*. Pero el propio Bärthold, en la segunda edición (Halle, 1894), ya puso la traducción exacta del título.

10. *Papirer*, t. IX, B 29.

* Trad. de Demetrio Gutiérrez Rivero, Trotta, Madrid, 2008. (*N. del E.*)

Clímacus, *Migajas filosóficas, o un poco de filosofía** y *Apostilla final acientífica a las migajas filosóficas*. Es, pues, un año muy grande, memorable.

El seudónimo de turno: «Anti-Climacus». Parecería que es un nombre polémico, la completa negación de J. Climacus y sus obras, pero nada más lejos. La contraposición es más bien incidental y el «anti» solamente quiere decir que Clímacus no es cristiano, es un pagano entre bastidores, aunque desearía serlo desde los binarios apaciguadores y prácticamente inútiles o quizá por el momento sólo desee desde su lontananza levantar para los demás el telón de la severa exigencia de hacerse cristianos, para los demás que se llaman tales y a todas horas; y Anti-Climacus quiere ser un cristiano de veras, decidido y ardiente —más en la *Ejercitación* que en *La enfermedad mortal*—. En cambio, los contenidos de sus obras respectivas se complementan y están íntimamente ligados. La comprensión de la *Ejercitación* es facilísima para quien haya estudiado en los libros de Clímacus, porque se mueven en las mismas categorías y sola la aplicación es más aproximativa o la encarnación es ya más existencial en lo cristiano. En las del primero hay más filosofía, más desbrozo; en las del segundo, todavía mayor religiosidad, más vida en la exigencia, más experimento ejercitativo, traspasado todo ello de mayor fervor en forma de plegaria, contacto con los secretos de Dios en su gracia y diálogo predicativo de alma a alma[11].

Este libro culmina la impar galopada de la producción filosófico-cristiana de Kierkegaard y es el de su más alta estimación. Está sobre todos los restantes seudónimos y sobre los mismos «discursos edificantes» escritos en nombre propio públicamente. Por eso dudó bastante —el proyecto aludido de título es una prueba— si dar también a luz este libro con su nombre; si no lo hizo fue por escudarse todavía de algún modo en aquella cautela que le imponía la memoria del padre en el instante de tensión inicial con los jerarcas de su iglesia. Por ello puso en forma más impersonal y acortada algunos trozos de la primera parte (N.° I), como el prólogo y la moraleja, y metió de rondón en el primer desarrollo de la tercera (N.° III) un sermón suyo tenido el viernes, 1 de septiembre de 1848, en la Vor Frue Kirke. De

* Trad. y ed. de Rafael Larrañeta, Trotta, Madrid, [5]2007. (*N. del E.*)

11. Según Kierkegaard una de las cosas que más hay que volver a levantar es la del modo de la predicación. Casi en todos sus libros nos habla del modo inapto acostumbrado y despersonalizado. En el anteúltimo desarrollo de este libro nos brinda el análisis más duro, meditable y bello que haya salido de su pluma sobre tan importante tema, y quizá de pluma alguna.

este modo, Anti-Climacus aparece definitivamente como el autor y S. Kierkegaard como el editor del libro, pero la sola lectura patentiza que el seudonimato es muy violento y que en realidad ha terminado. Las máscaras y los trucos quedan atrás.

Esta traducción es casi literal, con una fidelidad de la que se resentirá a veces nuestro hipérbaton, sobre todo en algunos giros —muy frecuentes en el autor— que nos dejan al aire del significado de una frase solamente prendidos por una conjunción o un guión forzados. Pero aun en estos casos de complejidad suma he evitado las paráfrasis que, desde luego, darían mayor sonoridad a la versión, mas he comprobado que este recurso, en general, da malos resultados, pues muchas veces le hacen decir no, donde dice sí. Esto ocurre en algunas de las traducciones que tenemos, todas indirectas a partir de las inglesas o francesas, que suelen desnortar con sus paráfrasis o recursos expeditivos. En este sentido, las traducciones alemanas son ejemplares, aunque tienen el trabajo medio hecho ya que son lenguas muy hermanas en el vocablo y en la construcción. Espero que siguiendo esta pauta haya evitado también el caer en la mala suerte del «traductor concienzudo», de quien se habla en alguna parte del libro, que de tanto querer el pie de la letra escamoteó el sentido.

Por el mismo motivo he respetado muchos pronombres personales, incluso con una acentuación intermitente, para no volatilizar con la legitimidad de nuestra gramática el *pathos* personalista que marca y envuelve todo lo escrito por Kierkegaard.

Notas solamente he añadido algunas para aclarar alusiones no fácilmente previsibles de las que el texto está pendiente. Alusiones de tipo histórico profano, ya que las de referencia bíblica son tan numerosas que las he eludido por principio.

Solamente me resta agradecer a mis amigos Jens M. Ströbech y Sven Aage Jörgensen lo que el último verano sudaron alguna vez junto a mí, en el simpático Copenhague, procurándome dilucidar las oscuridades más profundas.

EJERCITACIÓN DEL CRISTIANISMO

por
Anti-Climacus

N.^{os} I, II, III

Editado por
S. KIERKEGAARD

Copenhague, Ediciones de la Universidad de C. A. Reitzel, 1850

EJERCITACIÓN
DEL CRISTIANISMO

por
Anti-Climacus

N.º I

«VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÉIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ»

Para despertamiento e interiorización

por

Anti-Climacus

procul, o procul
este profani
[alejaos, oh, alejaos
de aquí, profanos]

PRÓLOGO DEL EDITOR

En este escrito, proveniente del año 1848, la exigencia de ser cristiano es forzada por el seudónimo hasta el más alto grado de idealidad.

No obstante, la exigencia ha de ser decididamente enunciada, descrita y oída; desde el punto de vista cristiano, no debe rebajarse nada de la exigencia, ni tampoco ser silenciada — haciéndose concesiones y transigencias en lo que atañe a uno mismo.

Ha de oírse la exigencia; y entiendo lo dicho como dicho solamente a mí mismo — que debería aprender no sólo a buscar amparo en la «gracia», sino también a confiarme en ella respecto del empleo que hago de la «gracia».

S. K.

INVOCACIÓN

Se han cumplido ya dieciocho siglos desde que Jesucristo anduvo por la tierra. Pero éste no es de ninguna manera un suceso como los demás sucesos, los cuales, una vez pasados, entran en la historia y, cuando ya hace mucho tiempo que pasaron, caen en el olvido. No, su presencia aquí en la tierra jamás es algo pasado, ni tampoco algo lejanamente acontecido —esto, en el caso de que haya fe sobre la tierra, pues si no la hay, en ese mismo instante la vida terrena de Cristo se convierte en algo sucedido hace mucho tiempo—. Por el contrario, tan pronto como existe un creyente, éste debe en cuanto tal —de otro modo nunca se habría convertido en creyente— ser contemporáneo suyo y permanecer siéndolo como lo fueron aquellos contemporáneos suyos; esta contemporaneidad es la condición de la fe o, dicho con mayor precisión, es la fe misma.

Señor Jesucristo, concédenos que nosotros también seamos contemporáneos tuyos, que te veamos en tu auténtica figura y en tu contorno real, como cuando cruzaste por el mundo; que te veamos no en la figura en que te tiene deformado una representación vacua y que no dice nada, o irreflexivo-fantástica, o histórico-gárrula, que no es la figura de la humillación en la que te contempla el creyente, ni puede ser la de la majestad en la que nadie te ha visto todavía. Que te podamos ver como Tú eres y eras y serás hasta tu vuelta en majestad, como la señal del escándalo y el objeto de la fe, el hombre insignificante y, sin embargo, el Salvador y Redentor del género humano, que por amor descendió a la tierra para buscar a los que se habían perdido, para padecer y morir, y que no obstante entristecido —¡ay!, a cada paso que diste sobre la tierra, cada vez que llamaste a los descarriados, siempre que extendiste tu mano para hacer una señal o un milagro, y siempre que sin mover siquiera una mano padeciste indefenso la oposición de los hombres— tuviste que repetir sin cesar: bienaventurado el que no se escandaliza de Mí. ¡Que te veamos así, y que así no nos escandalicemos de Ti!

LA INVITACIÓN

«VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÉIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ»

¡Oh, maravilla! Es maravilloso que Aquel que tiene que traer el auxilio sea precisamente quien diga: venid a mí. ¡Qué amor! Ya lo es ayudar —cuando se puede ayudar— al que pide auxilio; pero incluso ofrecer auxilio... ¡y ofrecérselo a todos! Sí, y justamente a todos los que no podrían ser ayudados de nuevo. Ofrecérselo no, proclamarlo a los cuatro vientos, como si el auxiliador mismo necesitase de la ayuda, como si el que desea y puede ayudar a todos fuese él mismo un necesitado, que siente esa necesidad, y en la medida en que necesita ayudar, necesita a los que sufren para ayudarlos.

I

«¡Venid acá!». Desde luego, no hay nada de admirable cuando alguien que está en peligro, quizá en inminente y repentino peligro, clama: ¡venid acá! Ni tampoco hay nada de maravilloso en que un curandero grite: ¡venid, yo curo todas las enfermedades!; ¡ah!, pues en el caso del curandero es el médico el que necesita de los enfermos. «Venid todos los que podáis pagar la curación —o, al menos, las medicinas—; aquí hay medicina para quien quiera —que pueda pagarla—. ¡Venid acá, venid!».

Mas otra cosa acontece cuando el que puede ayudar ha de ser buscado; y cuando se le ha encontrado es quizá reacio a que se entable diálogo con él; y cuando se ha logrado sacarle una palabra se hace de rogar quizá por mucho tiempo; y cuando se le ha rogado durante mucho tiempo se empieza a poner en movimiento quizá con muchísima parsimonia, con lo que se hace encarecido; y a veces, cuando no quiere cobrar nada o renuncia al estipendio, es sólo expresión del valor ilimitado de su servicio. Por el contrario, Aquel que se entregó se entrega también ahora, es Él mismo quien busca a los que tienen necesidad de auxilio, es Él mismo quien da vueltas en rededor y llamando, casi de rodillas, dice: ¡venid acá! Él, el único que puede ayudar y ayudar con lo único necesario, que libera de la única enfermedad verdaderamente mortal; no espera a que alguien venga a Él, viene por su propia iniciativa, sin ser llamado, ya que es Él quien llama al que le ha ofrecido la ayuda, ¡y qué ayuda! Ciertamente, aquel sabio sencillo de la Antigüedad tenía sobrada razón —como la mayoría, al hacer lo contrario, carecen de razón— cuando no se encarecía a sí mismo ni encarecía su enseñanza, aunque en otro sentido también de este modo demostraba con noble arrogancia la incompatibilidad de estos valores. Pero con todo no estaba tan amorosamente preocupado que invitase a alguien a acercarse a él, y ello seguramente —no sé cómo decirlo de pronto— si: a pesar de..., o porque no estaba plenamente cierto de lo que su ayuda podía significar; puesto que cuanto más cierto esté uno de que su ayuda es la única, mayor motivo tiene, hablando humanamente, para encarecerla, y cuanto menos cierto esté mayor motivo para hacer algo a pesar de todo, ofreciendo su posible ayuda con la máxima presteza.

Mas quien se llama a sí mismo el Salvador y sabe que lo es, dice preocupado: venid.

* * *

«¡Venid *todos*!». ¡Oh, maravilla! Aunque —dado lo que los hombres realmente son— no tiene nada de maravilloso el que a alguien, que quizá no puede ayudar ni siquiera a uno solo, se le llene la boca de palabras vacías e invite a todos. Mas cuando se está plenamente seguro de que se puede ayudar y, además, se está dispuesto a ayudar, y dispuesto a emplear todo su tiempo en ello y a costa de cualquier sacrificio: en este caso se acostumbra a hacer todavía una salvedad: la de elegir. Por muy dispuesto que se esté no se desea con todo ayudar a cualquiera, uno no quiere entregarse de esta manera. Mas Aquél, el único que puede ayudar de verdad y en verdad puede ayudar a todos, por tanto el único que de verdad puede invitar a todos, no pone absolutamente ninguna condición, sino que dice estas palabras que desde el principio del mundo le estaban como destinadas: venid todos. ¡Oh sacrificio humano, incluso allí donde eres más bello y noble, donde te admiramos al máximo, es preciso que añadas todavía una oblación más, a saber: que sacrifiques toda determinación del propio yo, de suerte que en la disposición a socorrer ya no se dé ni la más mínima predilección! ¡Qué amor!, no hacer ninguna apreciación de sí mismo, olvidarse completamente de sí mismo, de tal modo que el que ayuda queda totalmente ciego para ver al que es socorrido, conociendo con exactitud infinita que tiene enfrente a uno que sufre, quienquiera que sea; querer tan incondicionalmente socorrer a todos — ¡ay, tan distinto de todos en eso!

* * *

«¡Venid *a mí*!». ¡Oh, maravilla! Ciertamente la humana compasión, solícita, hace también algo por los que están atribulados y cargados; se da de comer a los hambrientos, se viste a los desnudos, se entregan dulces regalos, se fundan dulces instituciones, y si la compasión es más profunda se visita a los atribulados y cargados. Pero invitarlos a que vengan a la propia casa, eso sí que no; porque entonces habría que modificar toda la instalación de la casa y las propias costumbres. No puede conciliarse el vivir en la abundancia o simplemente en la dicha y en la alegría, con el estar viviendo y cohabitando todos los días y en las diarias circunstancias con los pobres y desgraciados, con los que están atribulados y cargados. Para poder invitarlos se tiene que

vivir del mismo modo que ellos, pobre como los muy pobres, considerado insignificante como el más humilde del pueblo, familiarizado con el cuidado y la tribulación de la vida, completamente inmerso en las mismas circunstancias de aquellos a quienes invita, que son los atribulados y cargados. Cuando se desea invitar al que sufre, se deben cambiar las circunstancias propias para igualarlas con las del que sufre, o las del que sufre para igualarlas con las propias; pues, de no ser así, la diferencia sería mucho mayor en virtud del contraste. Y si se pretende invitar a todos los que sufren (pues con uno solo puede hacerse una excepción, cambiando su situación), solamente puede lograrse de una manera: cambiando la propia situación con la suya, si es que ello ya no estaba dispuesto así desde el principio, como es el caso de Aquél, que dice: «Venid a mí todos los que estáis atribulados y cargados». Lo dice Él, y los que vivían con Él vieron y ven que no se da en su modo de vida lo más mínimo que lo contradiga. Su vida lo expresa con la callada y sincera elocuencia de los hechos; aunque jamás hubiese pronunciado estas palabras, es su vida entera la que expresa: venid a mí todos los que estáis atribulados y cargados. Él mantiene su palabra, Él es su palabra, Él es lo que dice, Él es la Palabra.

* * *

«*Todos los que estáis atribulados y cargados*». ¡Oh, maravilla! ¡Maravilla! Lo único que le preocupa es que pudiera haber un solo atribulado y cargado que no oyera esta invitación; que pudieran venir una caterva, eso no lo teme. ¡Oh, donde hay amplitud de corazón, hay siempre sitio!; y ¿dónde habría amplitud de corazón, si no es en su corazón? Cómo quiera entender cada individuo la invitación, se lo deja Él a cada individuo; Él tiene la conciencia libre, Él ha invitado a todos los que están atribulados y cargados.

Pero ¿qué significa estar atribulado y cargado? ¿Por qué no lo esclarece un poco más para que se pueda saber con precisión a quién se dirige? ¿Por qué es tan parco en palabras? ¡Oh, tú, mezquino, Él es tan parco en palabras para no ser mezquino; tú, estrecho de corazón, Él es tan parco en palabras para no ser estrecho de corazón! En esto consiste cabalmente el amor (ya que el «amor» es hacia todos): en evitar que ni siquiera uno solo pudiera angustiarse preguntándose si está él también entre los invitados. Y quien pudiera requerir una determinación más precisa, no debiera ser un egoísta, dándose cuenta de que esa determinación se acomodaba especialmente a él como anillo al dedo, sin pensar que cuantas más de estas determinaciones más y más aproximativas se diesen, tendría que darse inevitablemen-

te un mayor número de individuos para quienes sería más y más indeterminado el hecho de estar invitados. ¡Oh hombre, por qué mira tu ojo solamente a tu propio egoísmo, cómo es tan malo, cuando el suyo es bueno! La invitación para todos abre los brazos del que invita, y así permanece Él como un símbolo eterno; tan pronto como aparecen las determinaciones más precisas —que quizá provocaron en el individuo otra clase de seguridad—, se transmuta el aspecto del que invita, se precipita como una nube cambiante sobre él.

* * *

«*Que yo os aliviaré*». ¡Oh, maravilla! ¡Maravilla! Aquellas palabras: «venid a mí», debieran entenderse de la siguiente manera: permaneced junto a mí, yo soy el descanso, o permanecer conmigo es descanso. No acontece ahora como sucede siempre, que el auxiliador que dice: «venid acá» tiene que añadir a continuación: «ya os podéis marchar», mientras notifica a cada uno dónde puede encontrar la ayuda que necesita, dónde crece la yerba soporífera que le puede curar, o dónde está el lugar tranquilo en que podría descansar del trabajo, o dónde se halla el dichoso rincón del mundo en que no se estaría cargado. No, él abre sus brazos e invita a todos: ¡oh, si todos, todos los que están atribulados y cargados vinieran a él!; entonces los estrecharía a todos contra su pecho diciéndoles: permaneced ahora conmigo, que estar conmigo es descanso. El auxiliador es el auxilio. ¡Oh, es maravilloso! Él invita a todos y quiere ayudar a todos, es su manera de tratar a los enfermos, dirigida a cada uno en particular, como si cada enfermo que él tiene fuera su único enfermo. De otro modo sucede con el médico que tiene que multiplicarse entre sus muchos enfermos que, no obstante, por muchos que fuesen no serían nunca todos los enfermos. El médico prescribe la medicina, dice lo que hay que hacer, cómo ha de usarse, y se marcha a visitar a otro enfermo, o le deja irse, si es que el enfermo fue a visitarlo. El médico no puede estar sentado todo el día a la cabecera del enfermo, ni mucho menos puede tener a todos los enfermos en su propia casa, ni estar el día entero junto a uno solo, descuidando a los demás. Por ello, en este caso, el auxiliador y el auxilio no son una y la misma cosa. El medicamento que prescribe el médico lo tiene el enfermo todo el día consigo para emplearlo constantemente, mientras el médico le echa una ojeada de vez en cuando, o es él quien una vez entre ciento ve al médico. Pero cuando el auxiliador es el auxilio, entonces tiene que permanecer el día entero junto al enfermo, o el enfermo junto a él — ¡oh, qué maravilloso, que justamente este auxiliador sea el que invita a todos!

II

VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÉIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ

¡Qué gran multitud abigarrada, qué casi infinita variedad de invitados!; pues un hombre, un hombre insignificante, puede perfectamente ensayar el representarse algunas variedades peculiares. El que invita debe invitar a todos, y a cada uno en particular o como individuo.

De esta manera se pone en marcha la invitación, por los caminos reales, por los caminos solitarios, hasta por los muy solitarios, un camino tan solitario que solamente uno, uno solo, y nadie fuera de él, lo conoce; en el que solamente hay un rastro, el rastro del desgraciado que huyó por este camino con su desgracia, en otro caso no habría ningún rastro, ningún rastro reconocible, para que se pudiera regresar por este camino: también hasta allí llega la invitación, que encuentra fácil y seguro el camino de vuelta, facilísimo, y conduce al fugitivo hacia el invitante. ¡Venid acá, venid vosotros todos, también tú y tú y tú, el más solitario de todos los fugitivos!

Así se difunde la invitación por todas partes, y se queda plantada en todas las encrucijadas, y llama. Y al igual que la llamada de la trompeta bélica se dirige a las cuatro direcciones de la rosa de los vientos, así resuena la invitación por todos los ámbitos donde hay una encrucijada, y no con un sonido indeterminado —porque entonces ¿quién querría venir?—, sino con la autenticidad de la eternidad.

La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde el sufrimiento de esta vida terrena ha instalado su cruz, y llama. Venid acá, vosotros todos, pobres y miserables, vosotros que tenéis que fatigaros como esclavos, no para asegurar un futuro sin cuidados, sino un futuro fatigado; ¡oh, amarga contradicción: tener que fatigarse para *asegurarse* aquello bajo lo que se gime y de lo que se desearía *estar lejos*! ¡Vosotros los despreciados y postergados, por cuya existencia nadie, absolutamente nadie, se preocupa, menos que de un animal doméstico, al que se le concede más valor! ¡Vosotros los enfermos, cojos, sordos, ciegos, paralíticos, venid! ¡Los que estáis en el lecho del dolor, sí, venid también vosotros; pues la invitación se atreve también a llamar a los que están en cama, para que vengan! ¡Vosotros los leprosos! Porque la invitación hace saltar todas las di-

ferencias para congregarlos a todos; ella quiere reparar el daño de la diferencia, cuando ésta depara a uno un puesto como dominador sobre millones de seres, en posesión de todos los bienes de la fortuna, mientras que a otro lo arrastra al desierto. Y ¿por qué? (¡oh crueldad!), porque (¡oh cruel conclusión humana!), porque es un desgraciado, indescriptiblemente desgraciado; ¿por qué?, porque él necesita auxilio e incluso compasión; y por lo tanto, ¿por qué?, porque la conmiseración humana es un vil invento, que es cruel precisamente allí donde debiera resplandecer compasiva, y sólo allí es compasiva donde verdaderamente no tiene lugar la compasión. Vosotros los enfermos del corazón, vosotros, que solamente en el dolor aprendisteis que el hombre tiene un corazón, aunque en otro sentido que lo tiene la fiera. Y ¿qué significa sufrir del corazón, y qué quiere decir que el médico puede tener razón al diagnosticar que alguien está sano del corazón y, no obstante, estar enfermo del corazón? Vosotros a los que engañó la perfidia, de quienes hizo blanco de burlas la humana compasión (porque la compasión humana raramente se deja esperar). Todos vosotros, víctimas de la injusticia, e insultados, y maltratados; todos vosotros, espíritus nobles, los que merecidamente, como todo el mundo os espeta a la cara, cosechasteis el salario de la ingratitud, ¿por qué, pues, fuisteis tan necios como para permanecer nobles, por qué tan imbéciles como para permanecer amables, desinteresados y fieles? Vosotros todos, víctimas de la traición, y del engaño, y de la calumnia, y de la envidia, a los que la infamia escogió y la cobardía dejó en la estacada, sea que estéis sacrificados en la lejanía y en la soledad, después de haber buscado un rincón para morir, o que estéis oprimidos en el tumulto de la gente, donde nadie se pregunta qué derecho tengáis, nadie qué injusticia padezcáis, nadie dónde os duele o cómo os pueda doler, mientras que la multitud bestialmente rechoncha os aplasta contra el polvo: ¡venid acá!

La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde la muerte separa la muerte y la vida. ¡Venid acá todos vosotros los entristecidos, vosotros los que en vano estáis atribulados y cargados! Pues ciertamente hay descanso en la tumba; pero estar sentado junto a una tumba, o estar de pie ante una tumba, o ir de visita a una tumba, no es lo mismo que estar en la tumba; y leer para sí mismo incesantemente sus propias producciones, que se saben de memoria, leer la inscripción, que uno mismo colocó y entiende mejor que nadie; ¿quién es el que aquí yace enterrado?: esto no es lo mismo que yacer enterrado uno mismo. En la tumba está el descanso, pero junto a una tumba no hay ningún descanso; lo que quiere decir: hasta aquí

y nada más, así que te puedes volver a casa. Pero por muchas veces que día tras día vuelvas con el pensamiento o con tus propios pies a esta tumba, no podrás avanzar un paso siquiera; y esto constriñe mucho y no es ninguna señal de descanso. Venid, por lo tanto, acá, aquí está el camino por el que se puede avanzar, aquí está el descanso junto a la tumba, el descanso de los sufrimientos de la pérdida, o el descanso en los sufrimientos de la pérdida: junto a Aquel que eternamente reúne a los separados, con más fuerza que la naturaleza une a padres e hijos, hijos y padres —¡ay, ellos fueron seguramente separados!—; más íntimamente que el sacerdote une al hombre y a la mujer —¡ay, el divorcio tuvo ya lugar!—; más indisolublemente que el lazo de la amistad que une a los amigos —¡ay, el lazo ya se rompió alguna vez!—. La separación apareció afanosa por todas partes, acarreando dolores e inquietud; ¡pero aquí hay descanso! Venid también vosotros, vosotros cuya residencia os está asignada entre las tumbas, considerados como difuntos por la comunidad humana, pero que no son echados en falta por nadie, ni llorados, ni enterrados, y, sin embargo, muertos, es decir, que no pertenecéis ni a la vida ni a la muerte; ¡ay, vosotros para quienes se cerró cruel la comunidad humana, y para quienes no se abrió todavía misericordiosamente ninguna tumba: venid también acá, aquí hay descanso, y aquí hay vida!

La invitación está plantada junto a la encrucijada, allí donde el camino del pecado se arranca del cerco de la inocencia. ¡Oh!, venid, vosotros estáis tan cerca de él; un paso solamente por el otro camino y os situáis infinitamente lejos de él. Quizá no anheléis todavía el descanso, no entendáis verdaderamente lo que esto significa; pero seguid, sin embargo, la invitación, porque el que os invita puede libraros de lo que es tan pesado y peligroso de ser liberado de ello, para que libres permanezcáis junto a él, que es el Redentor de todo, también de la inocencia. Pues, aunque fuera posible que en alguna parte se diera una inocencia completamente pura, ¿por qué no habría ésta de necesitar también Redentor, que la pueda defender del mal? La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde el camino del pecado se adentra más en el pecado. Venid acá todos vosotros, los descarriados y extraviados, cualquiera que sea vuestro extravío y pecado, un pecado que a los ojos de los hombres sea disculpable y quizá, no obstante, sea el más horrible de todos, o que a los ojos de los hombres sea el más horrible y quizá, sin embargo, el más disculpable; o sea, uno que todo el mundo conozca, o que oculto es, no obstante, conocido en el Cielo; ya hayáis encontrado perdón en el mundo, aunque ningún descanso en vuestro interior,

o no hayáis encontrado perdón, porque no lo buscasteis, o lo buscasteis vanamente. ¡Oh, retornad y venid acá, aquí hay descanso! La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde el camino del pecado se aleja y lo perdemos de vista: hacia la condenación. ¡Oh!, retornad, venid acá; no os espante la dificultad del retorno, por muy grande que sea; no temáis el penoso caminar del regreso, por penoso que sea también, él conduce a la redención, mientras que el pecado, con una marcha alada y a creciente velocidad, conduce hacia adelante —o hacia abajo—, tan ligero, tan indescriptiblemente ligero. Sí, tan ligero como cuando un caballo desacostumbrado al arrastre no puede parar el coche, que lo precipita en el abismo; no desesperéis en ningún caso de poder volver, porque el Dios de la paciencia tiene paciencia para perdonar, y un pecador debería normalmente tener paciencia para humillarse ante él. No, nada temáis y no desesperéis. El que dice: «venid acá», está con vosotros de camino, de él os viene la ayuda y el perdón por el camino del retorno, que conduce a él, y junto a él hay descanso.

Venid acá todos, todos, todos vosotros, junto a él hay descanso; y él no pone ninguna dificultad. Él hace solamente una cosa: abre sus brazos. Él no te preguntará nada de antemano a ti, tú que sufres. ¡Ay!, esto lo hacen los hombres íntegros, que cuando quieren ayudar a uno: ¿verdad que tú no eres culpable de tu desgracia, que no tienes nada que echarte en cara? Es tan ligera esta manera humana de juzgar conforme a lo externo, según el resultado. Cuando uno es lisiado, es contrahecho, tiene un exterior desventajado, entonces se juzga: *ergo* él es un hombre malo; cuando uno es un desgraciado a quien todo le va mal en el mundo, de modo que no logró ser nada, o incluso todo le vino en contra, entonces se juzga: *ergo* él es un hombre malo. ¡Oh!, y es un placer cruel refinadamente premeditado éste de querer sentir la propia rectitud precisamente frente al que sufre, interpretando su padecimiento como un castigo de Dios, de suerte que más de una vez se tienen escrúpulos para ayudarlo, o se le proponen aquellas preguntas previas, que halagan la propia rectitud, antes de ayudarlo. Pero él no te preguntará, él no será tu benefactor de una forma tan despiadada. Y si tú tienes conciencia de ser un pecador, él no te preguntará sobre ello, no querrá quebrar todavía más la caña inclinada, sino que te levantará, si te confías a él; él no te situará enfrente por medio del contraste, de suerte que tu pecado resalte más horrible, sino que te otorgará refugio junto a sí, y mientras que tú estás oculto en él, ocultará él tus pecados. Pues él es el amigo de los pecadores. Cuando se trata de un pecador no se queda simplemente plantado, para abrir sus brazos y decir: «venid

acá»; no, al contrario, permanece en pie y espera, como esperaba el padre del hijo pródigo, o ni siquiera permanece en pie y espera, sino que se pone en camino para buscarte, como busca el pastor la oveja extraviada, como la mujer la dracma perdida. Él se pone en camino, o en realidad no se pone, porque ya ha caminado infinitamente más distancias que ningún pastor y ninguna mujer. Él ha caminado el camino infinitamente largo que va de ser Dios a hacerse hombre. ¡Lo que caminó para buscar a los pecadores!

III

VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÉIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ

«*¡Venid acá!*». Pues Él supone que los que están atribulados y cargados sienten la carga muy pesada, el trabajo muy pesado, y están perplejos y anhelantes; el uno espía por todas partes por si todavía se puede divisar un socorro, el otro inclina los ojos hacia el suelo, porque no encontró ningún alivio, un tercero mira de hito en hito hacia arriba, por si pudiera venir del cielo —¡pero todos buscando!—. Por eso dice Él: venid acá. Él no invita a quien cesó de buscar o preocuparse. «¡Venid acá!». Pues Él, el que invita, sabe que precisamente pertenece al verdadero padecimiento el ausentarse uno lejos de sí mismo y hundirse en quieto desconsuelo, sin tener el ánimo de confiarse a nadie, y mucho menos tener la confianza de esperar ayuda. ¡Ay!, no solamente aquel individuo demoníaco fue poseído por un espíritu mudo; todo padecimiento que no hace enmudecer al que sufre, significa muy poco, tan poco como el amor que no hace silencioso; los dolientes, cuya lengua suelta desparrama a los cuatro vientos su historia de sufrimientos, no están ni atribulados ni cargados. Ved, por eso el que invita no se aventura a esperar a que los atribulados y cargados vengan a Él, sino que los llama amorosamente; y quizá no serviría de nada toda su presteza por ayudar, si no dijera aquella palabra y con la misma diese el primer paso; pues mientras Él grita esta palabra («venid a mí»), ya está viniendo a ellos. ¡Oh, humana compasión!, quizá seas a veces respetable dominio de sí, quizá también a veces seas verdadera e íntima compasión, cuando renuncias a preguntar a aquel de quien sospechas que vive y padece un sufrimiento oculto; pero ¿cuántas veces no se debe esto a cierta prudencia, que no desea enterarse excesivamente? ¡Oh, humana compasión!, ¡cuántas veces eras solamente curiosidad, no compasión, cuando osabas entrometerte en el secreto de un doliente, y con qué frecuencia no sentiste como una molestia, casi como un castigo de tu curiosidad, que él aceptara la invitación y viniera a ti! Pero Aquél, que dice esta liberadora palabra: «¡Venid!», no se engaña a sí mismo al decir esta palabra, ni tampoco te engañará a ti, si vienes a Él, para hallar descanso arrojando en Él tu carga. Él sigue el impulso de su corazón al decir esta palabra, y su corazón sigue a la palabra

—si tú sigues la palabra, ella te acompañará entonces nuevamente retornando hacia su corazón; es una consecuencia, lo uno se sigue de lo otro—. ¡Oh, si tú quisieras seguir la invitación! «¡Venid acá!». Pues Él supone que los que están atribulados y cargados están muy cansados y forzados, próximos a la inanición, que, como en el letargo, se les volvió a olvidar que existe el consuelo. ¡Ay! Él sabe que es demasiado cierto que no hay ningún consuelo ni ninguna ayuda, si no se busca junto a Él, y por eso tiene que llamarlos: «¡Venid acá!», «*¡Venid acá!*». Ya que toda sociedad tiene un símbolo u otra cosa por la que se distingue a quien pertenece a ella; y cuando la muchacha está adornada de cierta forma peculiar se sabe que va al baile: Venid acá todos los que estáis atribulados y cargados. «¡Venid acá!». Tú no necesitas llevar la señal distintiva en lo exterior y sensible; ven solamente con la cabeza ungida y el rostro limpio cuando estés atribulado y cargado.

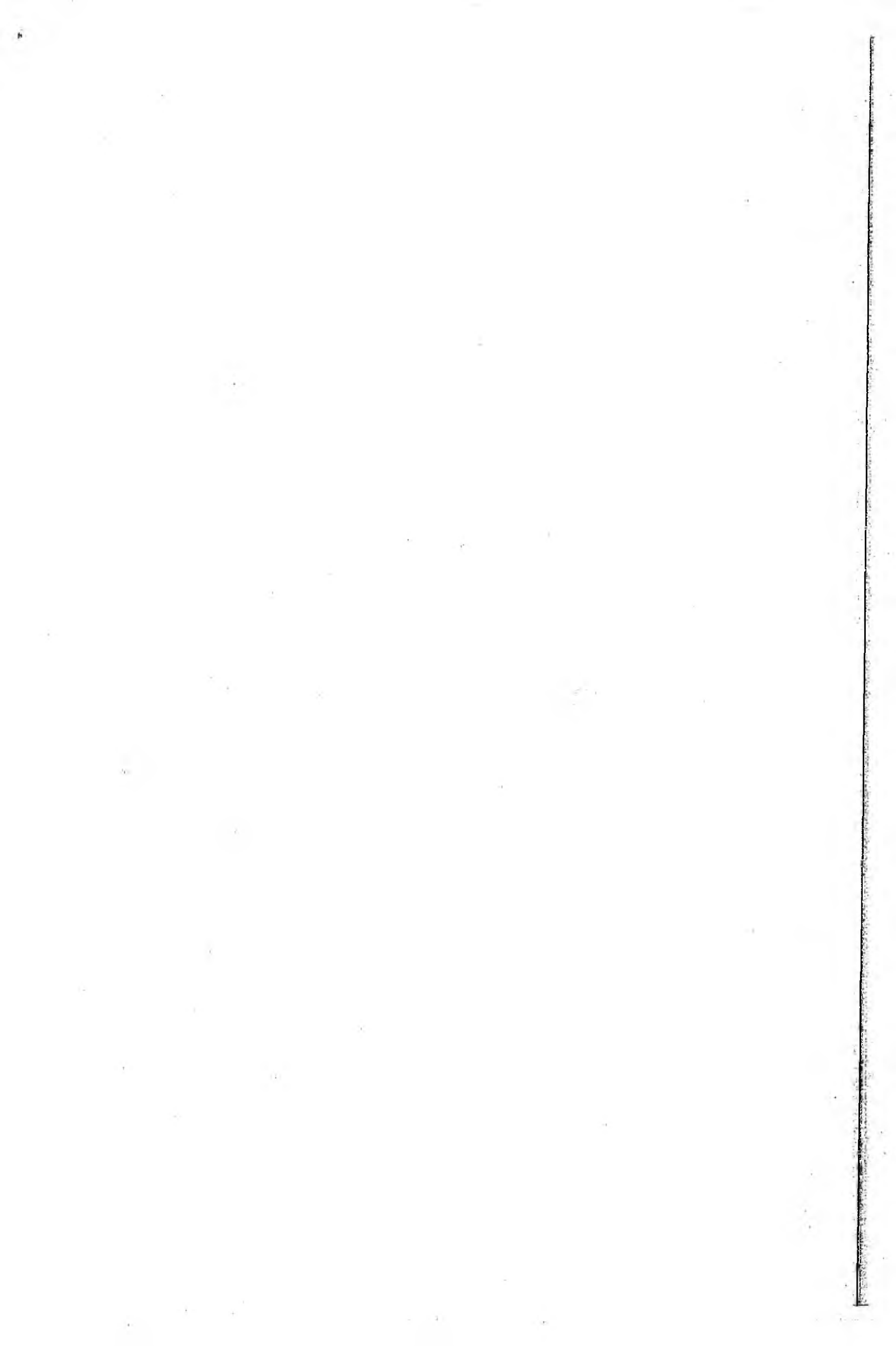
* * *

«*¡Venid acá!*». ¡Oh!, no te quedes parado, ni muy meditabundo, piensa que por cada momento que te quedes parado después de haber oído la invitación, oirás en el momento siguiente su llamada más débil y que así se va alejando, por más que permanezcas en el mismo sitio. «¡Venid acá!». ¡Oh!, por muy cansado y fatigado que estés de trabajar, o del largo, largo y, no obstante, hasta ahora inútil caminar en pos de ayuda y redención; aunque estés en situación de no poder dar un paso más, ni siquiera sostenerte por un solo instante sin que desmayes: ¡oh, da un solo paso todavía, aquí está el descanso! «¡Venid acá!». ¡Ay!, pero si existiera uno solamente, que fuese tan desgraciado que no pudiera venir, ¡oh!, un suspiro bastaría; pues si suspiras por él, también esto significa venir a él.

LA PARADA

«VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÉIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ»

¡Párate ahora! Mas ¿qué es aquello junto a lo cual hay que pararse? Junto a lo que en el mismo instante lo transmuta todo infinitamente. De manera que tú en realidad, en lugar de lo que cabría esperar, es decir, poder contemplar un inmenso gentío de atribulados y cargados que seguían la invitación, no consigas ver sino cabalmente todo lo contrario: un inmenso gentío de hombres que retroceden, se espantan y al fin echan a correr y todo lo pisotean, de suerte que si del resultado hubiera que deducir una conclusión, ésta sería lo que fue dicho: procul, o procul este profani, *y no: «venid acá», junto a aquello que es infinitamente más importante e infinitamente más decisivo: junto al que invita. No como si Él no fuera hombre para cumplir lo que dice, o Dios para mantener lo que promete, sino en otro sentido distinto.*



I

El que invita es y será la determinada persona histórica que era hace mil ochocientos años, y en cuanto tal persona determinada y viviendo en las circunstancias en que entonces existió, es quien ha dicho aquellas palabras de la invitación. Él no es ni será para nadie Aquel del que se sabe lo que se sabe por la historia y nada más (la historia del mundo, la historia entendida en contraposición a la historia sagrada); pues por la historia no se puede llegar a saber nada de Él, ya que, en general, nada puede «saberse» acerca de Él. Él no ha de ser juzgado, desde el punto de vista humano, según las consecuencias de su vida, Él es y será señal de escándalo y objeto de la fe; juzgarlo según las consecuencias de su vida es una blasfemia; en cuanto Dios, su vida, el hecho de que viviera y ha vivido, es infinitamente más decisivo que todas las consecuencias que se han seguido de ello en la historia.

a
¿Quién ha dicho aquellas palabras de la invitación?

El invitante. ¿Quién es el que invita? Jesucristo. ¿Qué Jesucristo? ¿El Jesucristo que está sentado con majestad a la diestra del Padre? No. Desde la majestad Él no ha dicho ninguna palabra. Por lo tanto es precisamente Jesucristo en su humillación, en situación de humillación, el que ha dicho estas palabras.

¿No es, pues, Jesucristo el mismo? Ciertamente, es el mismo hoy y ayer, y el mismo de hace mil ochocientos años, Jesucristo el que se humilló a sí mismo y tomó la figura del siervo, Jesucristo el que ha dicho aquellas palabras de la invitación. Él es también el que ha dicho que vendrá de nuevo en majestad. En su vuelta en majestad seguirá siendo el mismo Jesucristo; pero esto todavía no ha acontecido.

¿Es que no está ahora en la majestad? Sí, es lo que *cree* el cristiano. Pero fue en la situación de humillación en la que dijo aquellas palabras; desde la majestad no las ha dicho. Y acerca de su vuelta en

majestad no puede saberse nada, solamente puede, en el sentido más riguroso, *creerse*. Pero no puede uno haber llegado a ser creyente sin haberse acercado a Él en su estado de humillación, a Él, señal de escándalo y objeto de la fe. De otra manera no existe, pues solamente así ha existido. Que Él vendrá en majestad, es lo esperado, pero sólo puede ser esperado y creído por quien se haya atenido y se atenga a Él tal como ha existido.

Jesucristo es, pues, el mismo; sin embargo vivió hace mil ochocientos años en humillación y esto cambiará sólo con su vuelta. Todavía no ha venido, por tanto sigue siendo todavía el humillado, creyéndose que vendrá nuevamente en majestad. Lo que ha dicho y enseñado, cada palabra que ha pronunciado, se convierte *eo ipso* [en sí mismo] en falsa cuando pretendemos entender que es Cristo en majestad el que la dice. No, en majestad Él calla; el humillado habla. El intervalo (lo que va de la humillación a la vuelta en majestad) es aproximadamente en este momento de mil ochocientos años, que posiblemente serán seguidos de otros mil ochocientos años todavía; este intervalo —es decir, en lo que el intervalo lo quiere convertir, la información mundana de la historia profana y eclesiástica acerca de Cristo, sobre quién era Cristo, sobre el personaje Cristo que ha pronunciado aquellas palabras— carece de importancia, no afecta ni poco ni mucho a la cuestión, es decir, deforma la realidad de Cristo, y con ello hace falsas aquellas palabras de la invitación.

Puesto que es falso cuando invento palabras que un hombre jamás ha dicho y cuando digo que las ha dicho. Pero también es falso, y la palabra que ha dicho se falsifica, o se hace falso que lo ha dicho, cuando transformo a ese hombre en alguien esencialmente distinto del que lo dijo. «Esencialmente distinto»: pues una falsedad referente a uno u otro detalle accidental no consigue desmentir el hecho de que «él» lo ha dicho. Y así, cuando le place a Dios peregrinar por esta tierra de incógnito tan riguroso, del que solamente un omnipotente puede revestirse, impenetrable para toda constatación; cuando le place (y por qué obra así, con qué designios, nadie lo sabe mejor que Él mismo, pero sean las razones y los designios que sean, ellos testimonian que el incógnito significa algo esencial) tomar la figura de un humilde siervo —a juzgar por las trazas completamente igual a otro hombre cualquiera—; cuando le place enseñar a los hombres con esta figura, entonces si alguien repite con toda exactitud las palabras que ha dicho, pero da a entender que era Dios el que las dijo, todo ello resulta falso, ya que es falso que Él dijera esas palabras.

b

¿Puede llegarse a saber por la historia[1] *algo acerca de Cristo?*

No. ¿Y por qué no? Porque, en general, nada puede «saberse» acerca de «Cristo»; él es la paradoja, objeto de fe, existe solamente para la fe. Pero puesto que toda comunicación histórica es comunicación del «saber», por la historia no puede llegarse a saber nada sobre Cristo. Pues si se logra saber poco o mucho o algo acerca de Él, deja de ser el que es en verdad. De esta manera se logra saber sobre Él algo distinto de lo que era, consiguientemente no se llega a saber nada sobre Él, o se sabe algo inauténtico; es un engaño. La historia hace de Cristo otra cosa de lo que en verdad era. Así pues, ¿se llega a saber por la historia mucho acerca de Cristo? No, no es acerca de Cristo, ya que sobre Él nada se puede saber. Él sólo es objeto de fe.

c

¿Puede demostrarse por la historia que Cristo era Dios?

Permítaseme hacer primero otra pregunta: ¿puede pensarse una contradicción más disparatada que la de querer *demostrar* (es indiferente que se pretenda demostrar por la historia o por cualquier otra cosa del mundo) que un hombre particular es Dios? Que un hombre particular sea Dios, que se presente como Dios, es ciertamente el escándalo, κατ'ἐξοχήν. Pero ¿qué es el escándalo, lo escandaloso? Lo que va contra toda (humana) razón. ¡Y esto es lo que se quiere demostrar! Pero «demostrar» significa convertir algo en lo racional-real dado. ¿Puede lo que contradice toda razón convertirse en lo racional-real? Desde luego que no, si es que uno no desea contradecirse a sí mismo. Lo único que se puede «demostrar» es que va contra la razón. Las pruebas de la divinidad de Cristo proporcionadas por la Escritura: sus milagros, su resurrección de entre los muertos, su ascensión a los cielos, lo son solamente para la fe, es decir, no son «pruebas»; no intentan demostrar que todo esto se concilia con la razón, sino todo lo contrario, que contradice a la razón y es, por lo tanto, objeto de fe.

Mas vayamos a las pruebas de la historia. «¿No se cumplen ahora mil ochocientos años desde que Cristo vivió? ¿No es su nombre anunciado y creído por toda la tierra? Su doctrina (el cristianismo) ¿no ha transformado la semblanza del mundo, no ha penetrado victoriosa todas las relaciones? Y la historia, ¿no ha establecido de manera

1. Con la palabra «historia» se entiende aquí siempre la historia profana, la historia mundial, la historia directamente entendida en contraposición a la historia sagrada.

suficiente, y más que suficiente, que Él era, que Él era Dios?». No, la historia no lo ha establecido de manera suficiente ni más que suficiente. ¡La historia no lo puede hacer por toda la eternidad! Con todo, por lo que respecta a lo primero, es muy verdadero que su nombre es predicado por todo el mundo —si es creído, no me toca decidirlo ahora—; es muy verdadero que el cristianismo ha transformado la semblanza del mundo, ha penetrado victorioso todas las relaciones, tan victoriosamente que todos se tienen ahora por cristianos.

Pero ¿qué demuestra todo esto? Lo más que puede demostrar es que Jesucristo ha sido un hombre grande, quizá el más grande de todos. Pero que Él fuera Dios, no; esta conclusión está, con la ayuda divina, condenada al fracaso.

Para llegar a esa conclusión se comienza admitiendo que Jesucristo era un hombre, y de este modo se considera a la historia de los mil ochocientos años (las consecuencias de su vida) como algo capaz de alcanzar de una manera superlativa, incesantemente creciente, la conclusión: grande, mayor, máximo, sobremanera y sorprendentemente el mayor de los hombres que jamás haya existido. Si se comienza, por el contrario, con el supuesto (el de la fe) de que Él era Dios, entonces se han tachado de un plumazo y quedan anulados los mil ochocientos años, que ni quitan ni ponen, ni demuestran nada en *pro* o en *contra*, porque la sabiduría de la fe es infinitamente más alta. Evidentemente deberá empezarse de una de estas dos maneras; si se comienza por la última todo está en orden.

Si se comienza por la primera, entonces no se puede, sin hacerse culpable en uno u otro tramo, de una μετάβασις εἰς ἄλλο γένος [paso a otro género], sacar de repente como conclusión la nueva cualidad: «Dios», como si la consecuencia o las consecuencias de una vida de hombre demostraran de pronto en uno u otro tramo de la historia que ese hombre era Dios. Si esto fuera posible, se debería también poder dar respuesta a la pregunta siguiente: ¿cuáles tendrían que ser las consecuencias, cuán grandes los resultados, cuántos siglos serían necesarios para lograr saber a ciencia cierta por las consecuencias de la vida de un «hombre» (éste es cabalmente el supuesto) que él era Dios? Como si quizá tuviera pies y cabeza el afirmar que en el año 300 no estaba todavía demostrado que Cristo era Dios, aunque se barruntaba algo, ya que era un poco más que el mayor de los hombres que jamás hubiera existido, y del modo más extraordinario y sorprendente — ¡pero faltasen todavía algunos siglos para demostrarlo! En tal caso se puede concluir con buena probabilidad que los que vivían en el año 300 no consideraban a Cristo Dios, y mucho menos los que vivieron en el siglo I, de modo que la seguridad de que era Dios iría crecien-

do con los siglos, siendo la del nuestro, la del siglo XIX, la máxima que hasta la fecha haya podido alcanzarse, una seguridad que comparada con la de los primeros siglos les parecería a éstos apenas sospechable. Pero responder o no a esta cuestión es en el fondo del todo indiferente.

¿Qué significa esto? ¿Será posible que considerando las consecuencias crecientes de algo, esté permitido mediante una simple conclusión sacar de ello una otra cualidad que la de la hipótesis? ¿No es una locura (si es que el hombre no ha perdido ya el buen juicio) que la premisa, la suposición de la que se parte, pueda errarse hasta tal extremo que se yerre una cualidad de lo debido? Y cuando se comienza con este error, ¿cómo puede serse en algún punto determinado capaz de ver en las consecuencias que se trata de una cualidad completamente otra, infinitamente distinta? Una huella en un camino es ciertamente una consecuencia de que alguien ha seguido ese camino. Yo puedo suponer equivocadamente que era la de un pájaro, pero con una inspección más cercana, siguiendo más la huella, me persuado de que ha tenido que ser otro animal. Bien; pero aquí no se trata de un cambio de cualidad infinita. ¿Pero puedo yo por más cercanamente que mire o siguiendo más lejos tal huella, llegar en uno u otro tramo a la conclusión: *ergo* es un espíritu el que ha seguido este camino, un espíritu que no deja tras sí ninguna huella? Así acontece al concluir de las consecuencias —la hipótesis— de una existencia humana: *ergo* era Dios. ¿Se asemejan entonces Dios y hombre hasta tal grado, hay tan pequeña diferencia entre ambos, que yo, si no soy demente, pueda partir de la hipótesis de que ha sido un hombre? Y de otra parte, ¿no ha dicho Cristo que él era Dios? Si se asemejan Dios y hombre hasta tal grado, si tienen tal parentesco, y consiguientemente caen bajo la misma cualidad esencial, entonces la conclusión «*ergo* era Dios» es, como quiera que se la considere, una patraña; pues si ser Dios no es otra cosa, en tal caso Dios no existe. Pero existiendo Dios, y siendo por tanto distinto con la infinita diferencia de cualidad del ser-hombre, entonces si yo, o cualquier otro, empieza con el supuesto de que ha sido hombre, no podrá por toda la eternidad sacar la conclusión de que era Dios. Cualquiera sólo un poco dialécticamente desarrollado debe ver con facilidad que toda la cuestión de las consecuencias es inconmensurable con la decisión de si era Dios, y que esta decisión se le presenta al hombre de una manera muy distinta: ¿quieres creer lo que Él dijo ser, que era Dios, o no quieres creerlo?

Esto es, entendido dialécticamente —entendido significa que se toma tiempo para entenderlo—, suficiente para impedir aquella conclusión de las consecuencias de la vida de Cristo: *ergo* era Dios. Pero la fe como instancia opone una réplica todavía más extrema contra todo

intento de pretender acercarse a Jesucristo, sabiéndolo con la ayuda de lo tomado de la historia, que ha conservado las consecuencias de la vida de Cristo. La fe afirma que todo este intento es *una blasfemia.* La fe afirma que el único argumento que la incredulidad dejó en pie, después de haber derrocado todos los restantes de la verdad del cristianismo, ese argumento —¡sí, está singularmente desarrollado!— que la incredulidad inventó, lo inventó para demostrar la verdad del cristianismo —¡magnífico, la incredulidad inventa argumentos para la defensa del cristianismo!—, ese argumento con el que en la cristiandad se ha alcanzado tanta pompa, el argumento de los mil ochocientos años, de acuerdo con lo que afirma la fe, representa *una blasfemia.*

Cuando se trata de un *hombre* sí vale el que las consecuencias de su vida son más importantes que su vida. Entonces, cuando para lograr saber quién era Cristo y concluirlo mirando las consecuencias de su vida se le convierte *eo ipso* [en sí mismo] en un hombre, un hombre que igualmente que los demás hombres deberá afrontar su examen en la historia, la cual, sin embargo, es por lo demás en este caso un examinador tan mediocre como un seminarista en latín.

Pero, ¡qué extraño! Se quiere con ayuda de la historia, con la consideración de las consecuencias de su vida, alcanzar concluyentemente aquel *ergo*: *ergo* era Dios, mientras la fe hace cabalmente la afirmación contraria: que quien comienza con este silogismo, comienza con una blasfemia. La blasfemia no consiste en la suposición de que Él era un hombre. No, la blasfemia radica en el fundamento de todo el procedimiento, es decir, en el pensamiento, sin el cual no se empezaría, en el pensamiento de cuya legitimidad se está perfectamente persuadido en cuanto también vale en relación con Cristo, en el pensamiento de que las consecuencias de su vida son más importantes que su vida, es decir, que era un hombre. Hipotéticamente se dice: Supongamos que Cristo era un hombre, pero como fundamento de esta hipótesis, que todavía no es blasfemia, yace el aserto de que la consideración de que las consecuencias de la vida de uno son más importantes que su propia vida tiene su aplicación en el caso de Cristo. Si no se supone esto, entonces se admite que toda la propia empresa carece de sentido; se admite y se empieza con ello, y ¿por qué se pretende empezar de esta manera? Si se empieza, suponiendo esto, la blasfemia está en marcha. Y cuanto más se hunda en la consideración de las consecuencias, pero con la pretensión de llegar a concluir si Él era o no perentoriamente Dios, más blasfemia es la conducta de tal pretendiente, y lo es en cada momento que la consideración dure.

¡Extraña colisión! Se pretende que si se consideran rectamente a fondo las consecuencias de la vida de Cristo se puede llegar con certe-

za a aquel *ergo* [de la divinidad de Cristo], mientras la fe sentencia que el primer paso de este intento es ya un burlarse de Dios, y, por lo tanto, la continuación un creciente burlarse de Dios. «La historia», dice la fe, «no tiene absolutamente nada que hacer con Jesucristo; con relación a Él solamente se posee la historia sagrada (la cual es cualitativamente distinta de la historia en general), que relata su vida en la situación de humillación y que, al mismo tiempo, Él dijo ser Dios. Cristo es la paradoja, que la historia jamás podrá condimentar o transmutar en un silogismo universal. Él es el mismo en su humillación y en su exaltación; los mil ochocientos años, aunque se convirtieran en dieciocho mil, no tienen nada que hacer en ello. Los brillantes resultados reunidos por la historia mundial, que casi llegan a convencer incluso a un profesor de historia de que Cristo era Dios, no son de ninguna manera, a pesar de lo brillantes, su vuelta en majestad. Sin embargo, ésta es la opinión acostumbrada; lo que pone de manifiesto que se hace de Cristo un hombre, cuya vuelta en majestad no es otra cosa que las consecuencias de su vida en la historia —cuando la vuelta de Cristo en majestad es algo totalmente distinto de eso, algo que se cree—. Él se humilló y fue envuelto en harapos. Él volverá de nuevo en majestad, pero las brillantes consecuencias, sobre todo si se las considera de cerca, son una majestad demasiado andrajosa, en todo caso inidentificable completamente, acerca de la cual, naturalmente, no habla jamás la fe, cuando habla de Su majestad. Él existe, por tanto, todavía constantemente sólo en su humillación, hasta que —lo que es objeto de fe— vuelva de nuevo en majestad. La historia puede ser una ciencia espléndida, pero no debe arrogarse ilusa el poder —que ejercitará el Padre— de revestir a Cristo de su majestad, mientras lo arropa con el manto de las brillantes consecuencias, como si fuera ése el de su vuelta. Que Él en la humillación era Dios, que volverá nuevamente en majestad, es algo que sobrepasa peculiarmente la razón de la historia, que no puede sin una incomparable falta de dialéctica deducirse de la historia, por muy incomparablemente que se la considere».

¡Extraño!, cuando se piensa que se ha pretendido precisamente usar la historia para demostrar que Cristo era Dios.

d
¿Son las consecuencias de la vida de Cristo más importantes que su vida?

No, de ninguna manera, precisamente todo lo contrario; si fuese ése el caso, entonces Cristo sería solamente un hombre.

No es, desde luego, nada admirable que un hombre haya vivido; han vivido ya millones y millones de hombres. Para que esto sea admirable, su vida tendrá que poseer una característica propia, es decir, una particularidad que sobrevenga a la vida humana de otra parte. No es admirable que Él haya vivido, pero su vida encerraba varias cosas admirables. Entre éstas cabe también lo que Él ha ejecutado, las consecuencias de su vida.

Pero que Dios haya vivido aquí en la tierra como un hombre particular, es infinitamente admirable. Aunque esto no haya tenido ninguna consecuencia, es lo mismo, permanece tan admirable, infinitamente admirable, infinitamente más admirable que todas las consecuencias. Intenta ahora resaltar la admirabilidad en otro sitio y podrás ver fácilmente lo demente que resulta: ¿Qué tendría de admirable que la vida de Dios haya tenido consecuencias admirables? Hablar de este modo es una cháchara vana.

No, el hecho de que Dios haya vivido es lo infinitamente admirable, lo en sí y por sí mismo admirable. En el supuesto de que la vida de Cristo no hubiera tenido ninguna consecuencia, si alguien dijera que su vida no fue admirable, incurriría en una blasfemia. Pues es igualmente admirable; y si habría que hablar de admirabilidad, de otra parte, tendría que ser: lo admirable de que su vida no haya tenido ninguna consecuencia. En contra, si alguien dice que la vida de Cristo es admirable en razón de las consecuencias, no hace sino incurrir continuamente en burla de Dios; pues ello es en sí y por sí mismo admirable.

El acento no afecta a que un hombre haya vivido, sino que cae infinitamente sobre el que Dios haya vivido. Solamente Dios puede poner tanto peso sobre sí mismo, que el hecho de que haya vivido sea infinitamente más importante que todas las consecuencias del mismo, registradas en la historia.

e
Una comparación entre Cristo y un hombre que en la vida real sufre de sus contemporáneos el mismo trato que Cristo padeció

Pensemos en un hombre, uno de esos gloriosos que sufrieron injusticia en su tiempo, pero a quien la historia reinstaló en su derecho, mientras hacía notorio con ayuda de las consecuencias de su vida quién era él. Por lo demás, no niego que todo este argumento por las consecuencias propiamente, sin embargo, está calculado relativamente al *mundus,*

qui vult decipi [el mundo quiere ser engañado]. Pues ¿quién, que fuera contemporáneo de aquel glorioso, y no vio quién era él, alcanzará su auténtica imagen de él cuando con ayuda de las consecuencias logre saberla? Sin embargo, no urgiré esto, y con relación a un hombre sigue valiendo que las consecuencias de su vida son más importantes que el que haya vivido.

Por lo tanto, pensemos en uno de aquellos gloriosos. Vive, pues, con sus contemporáneos, mas no es comprendido, ni reconocido por lo que es, sino que es incomprendido, ridiculizado, perseguido y finalmente eliminado como un criminal. Pero las consecuencias de su vida patentizan lo que era; la historia, que conserva esas consecuencias, lo confirma en su derecho, lo ensalza por los siglos como grande y noble; lo de su humillación queda completamente olvidado. Fue una ceguera de sus contemporáneos que no lo reconocieran como tal; fue una impiedad el que se mofasen de él y lo ridiculizaran, hasta quitarle la vida. Mas olvidémoslo; inmediatamente después de morir empieza a ser propiamente lo que era, en virtud de las consecuencias de su vida que son mucho más importantes que su vida.

Ahora bien, ¿podría acontecer lo mismo en el caso de Cristo? Desde luego, fue una ceguera, una impiedad de aquella generación, mas olvidémoslo ahora, la historia acaba de instalarlo en su derecho, ya sabemos por la historia quién era Cristo, a quien dejamos confirmado en su derecho.

¡Oh, impía insensatez, que convierte la historia sagrada en historia profana, a Cristo en un hombre! ¿Se puede, entonces, saber algo por la historia acerca de Cristo? (Véase la Biblia.) De ninguna manera. Jesucristo es objeto de fe, se ha de creer en Él o escandalizarse; porque el «saber» significa justamente lo que no concierne a Él. La historia, pues, es ciertamente capaz de comunicar mucho saber; mas el saber aniquila a Jesucristo.

Y, por añadidura, ¡qué blasfemia si alguien se atreviese a decir con respecto de la humillación de Cristo: olvidemos todo lo de su humillación! ¿No fue con todo la humillación de Cristo algo que le tenía que ocurrir — aunque también fuera pecado de aquella generación el crucificarlo? ¿No fue algo que le tenía que ocurrir y que quizá no le hubiese ocurrido si sus contemporáneos hubieran sido mejores? Cristo mismo *quería* ser el humillado y el insignificante; la humillación (que siendo Dios fuese este hombre insignificante) es, por lo tanto, algo que Él mismo había dispuesto para sí, algo a lo cual se había atado, un nudo dialéctico que nadie ha de atreverse a soltar, ni tampoco puede soltar, hasta que Él mismo lo haya soltado cuando vuelva de nuevo en majestad. Por eso no acontece con Él

como con un hombre que por la injusticia de sus contemporáneos no tuvo opción a ser sí mismo, hacerse valer por lo que era, lo que la historia ha puesto en claro; pues Cristo mismo deseaba ser el humillado, era cabalmente eso lo que deseaba hacer valer. Es evidente, en consecuencia, que la historia no tiene que tomarse molestias para hacerle justicia, y nosotros no debemos con impía insensatez imaginarnos atrevidamente que podemos saber sin más quién era Él. Pues esto no lo *sabe* nadie; y quien lo *cree* ha de ser contemporáneo de Él en su humillación. Si a Dios le place el dejarse nacer en la pequeñez, si Él, que tiene en su mano todas las posibilidades, se reviste de la figura insignificante del siervo, si Él peregrina inerme y deja hacer a los hombres lo que quieran con Él: entonces sabe muy bien lo que hace y por qué lo hace; en todo caso es Él quien tiene a los hombres en su poder, no los hombres los que tienen poder sobre Él — y así la historia ha de dejarse de impertinencias, queriendo hacer notorio quién era Él.

Finalmente, ¡qué blasfemia sería si alguien se atreviese a afirmar que la persecución de que Cristo fue objeto expresa algo incidental! Porque un hombre sea perseguido por sus contemporáneos no se sigue que se tenga razón al afirmar que esto le sucedería en todo tiempo. Por lo cual puede haber algo de legítimo si la posteridad dice: olvidémonos de la injusticia que padeció mientras vivía. ¡Otra cosa acaece con Jesucristo! No es Él, por el hecho de haber nacido y aparecido en Judea, quien se ha presentado ante el examen de la historia; Él es precisamente el examinador, su vida es examen, y no solamente de aquella generación, sino de todas. ¡Ay de la generación que con descaro se atreviera a decir: olvidemos la injusticia que padeció! La historia acaba de hacer notorio quién era y lo ha colocado en su derecho.

Si se supone que la historia puede hacer esto, entonces se pone la humillación de Cristo en una relación incidental con Él, es decir: se le convierte en un hombre, un hombre extraordinario, a quien le ocurrió lo que le ocurrió por la impiedad de la generación, algo que Él estaba muy lejos de desear, pues quería (esto es lo humano) haber sido algo grande en el mundo; cuando Cristo, por el contrario, quiso ser con toda libertad el insignificante, y aunque su designio era salvar a los hombres, también quiso expresar que «la verdad» en todo tiempo tuvo y tiene que padecer. Si ésta es su voluntad más alta, y solamente con su vuelta se manifestará en majestad —¡y todavía no ha vuelto!—; y si ninguna generación puede estar sin remordimiento, sino que, por el contrario, toda generación debe sentirse culpable de lo que aquella generación hizo con Él: enton-

ces ¡ay de aquel que se atreva a arrancarle la pequeñez, o dar por olvidada la injusticia que padeció y lo revista fabulosamente con la majestad humana de las consecuencias históricas, que no son ni una cosa ni otra!

f

La desgracia de la cristiandad

Mas ésta es precisamente la desgracia —y lo ha sido durante demasiado tiempo— de la cristiandad: que Cristo no es una cosa ni otra, ni el que era mientras vivió en la tierra, ni tampoco —lo que es objeto de fe— el que será cuando vuelva, sino alguien sobre el que de una manera ilegítima se ha llegado a saber algo por la historia; que era algo sencillamente grande. De una manera ilegítima e ilegal se ha llegado a ser *sapiente* sobre Cristo, cuando lo permitido es llegar a ser *creyente*. Se ha alcanzado la seguridad de que con ayuda del acontecimiento de la vida de Cristo y de los mil ochocientos años —las consecuencias— ha podido alcanzarse el conocimiento completo. Mientras todo esto se convertía en ciencia, iban extrayendo todo el jugo y la fuerza del cristianismo; se soltó la paradoja: se ha llegado a ser cristiano sin advertirlo, y sin advertir lo más mínimo la posibilidad del escándalo. Se han apoderado de la enseñanza de Cristo, le dieron vueltas de arriba a abajo; él mismo garantizaba sin más la verdad — ¡un hombre, cuya vida ha tenido tales consecuencias en la historia! Todo se hizo tan adecuado como el pie al calcetín y, naturalmente, el cristianismo se convirtió así en paganismo. Se da en la cristiandad una perenne charlatanería de domingo acerca de las gloriosas e incomparables verdades del cristianismo, de su dulce consuelo, pero se nota muy bien que ya hace mil ochocientos años que Cristo vivió; la señal de escándalo y el objeto de fe se ha convertido en la más fantástica de todas las figuras fabulosas, en un hombrecillo adorable. Ya no se sabe qué significa escandalizarse, y, mucho menos, qué significa adorar. Lo que peculiarmente se ensalza de Cristo es precisamente aquello de lo que se hubiera estado más amargado de ser contemporáneo suyo, mientras que ahora se está contento a más no poder con la confianza que da el resultado, y con la confianza de que la historia ha puesto completamente fuera de dudas que era el mayor, se concluye: *ergo* esto es lo correcto. Es decir, lo correcto, lo noble, lo elevado, lo verdadero —cuando es él quien lo realiza—; es decir, no importa un comino saber en un sentido más profundo *qué* es lo que él hace, y, mucho menos, según las débiles fuerzas propias,

con la ayuda de Dios, imitarlo en la realización de lo que es recto, noble, elevado y verdadero. Ya que lo que esto sea no se logra saber propiamente, sino todo lo contrario a juzgar desde la situación de la contemporaneidad: se está satisfecho con admirar y glorificar, y se es —como se dijo de un traductor que deseaba escrupulosamente traducir al pie de la letra a un autor, y, por lo tanto, sin sentido— «demasiado concienzudo», pero quizá también demasiado cobarde y blandengue, como para querer comprender rectamente.

La cristiandad ha abolido el cristianismo sin siquiera darse cuenta; la consecuencia es, si ha de hacerse algo, que se debe intentar nuevamente introducir el cristianismo en la cristiandad.

II

EL INVITANTE

El que invita es, consiguientemente, Jesucristo el humillado, y es Él quien ha dicho aquellas palabras de la invitación. No es desde la majestad desde donde las dice. Si fuese ésta la situación, entonces el cristianismo sería paganismo y Cristo profanado; por lo cual es falso que así sea. Si fuese así, que Aquel que está entronizado en majestad dijera estas palabras: venid acá, de suerte que fuese tan fácil echarse en los brazos de la majestad — ¡entonces qué milagro habría en que viniera una multitud! Los que corriesen de este modo lo harían con una fatiga inútil, imaginándose que *sabían* quién es Cristo. Pero esto nadie lo *sabe*; y para creer en él ha de empezarse con la humillación.

El que invita, Aquel que dice las palabras, por lo tanto Aquel cuyas son estas palabras —mientras las mismas palabras en la boca de otro serían ciertamente una falsedad histórica—, es el humillado Jesucristo, el hombre insignificante, nacido de una virgen despreciada, de padre carpintero, emparentado con algunas otras personas sencillas de la clase ínfima, el hombre insignificante que por añadidura —lo que es exactamente como echar aceite al fuego— dijo de sí mismo que era Dios.

Es, pues, el humillado Jesucristo el que dijo aquellas palabras.

Y no tienes derecho a apropiarte ninguna palabra de Cristo, ni siquiera una sola, no tienes la menor parte en él, ni la mínima sociedad con él, si es que no has llegado a ser tan contemporáneo con él en su humillación que prestaras atención, como sus contemporáneos, a su advertencia: ¡Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí! No tienes derecho a apropiarte de las palabras de Cristo y a engañarle; no tienes derecho a apropiarte de las palabras de Cristo y convertirle fantásticamente en algo otro con la ayuda de la verborrea de la historia, que cuando platica acerca de él no tiene ni idea de lo que habla.

Es, pues, el humillado Jesucristo el que habla; es históricamente verdadero que él ha pronunciado estas palabras; pero tan pronto como se cambia su realidad histórica empieza a ser falso que estas palabras hayan sido dichas por él.

Por lo tanto el hombre insignificante, pobre, con doce cuitados discípulos de la clase más sencilla del pueblo, durante un tiempo objeto de curiosidad, pero más tarde acompañado sólo de pecadores, aduaneros, leprosos, gente de cortas luces. Bastaba con sólo dejarse ayudar por él para jugarse el honor, la vida y los bienes, y en todo caso la expulsión de la sinagoga (un castigo, como sabemos, establecido para el caso). ¡Venid *ahora* acá todos los que estáis atribulados y cargados! ¡Oh, amigo mío!, si tú fueras sordo y ciego y cojo y leproso, etc., etc.; si tú —lo que jamás fue oído o visto— reunieras todas las desgracias humanas en tu desgracia —y aunque él te fuese a ayudar con un milagro—: ¿verdad que era posible, no obstante, que tú (y esto es lo humano) temieses más que todos estos padecimientos el castigo que estaba impuesto por dejarse ayudar de él, el castigo de quedar excluido de la comunidad con los demás hombres, ser mofado y burlado día tras día, quizá hasta perder la vida? Era humano (y esto es lo humano) que pensaras algo parecido a esto: No, muchas gracias, en ese caso prefiero seguir siendo sordo y ciego, etc., antes que ser ayudado de esta manera. «¡Venid, venid, todos, todos los que estáis atribulados y cargados, oh, venid, ved que él os invita, que él abre sus brazos!». ¡Oh, cuando un hombre elegante, vestido de seda, dice esto con una voz agradable, sonora, que las deliciosas bóvedas repiten de una manera encantadora, un hombre-de-seda, a quien el mero hecho de oírlo proporciona honor y prestigio! ¡Oh, cuando un rey vestido de púrpura y terciopelo dice esto, con el árbol de Navidad al fondo, del que penden espléndidos objetos, que aquél piensa repartir! ¿No es verdad, desde luego, que esto tiene sentido? Pero sea cual fuera el sentido que tú le des, es seguro que esto no es cristianismo, es precisamente lo contrario, opuesto al cristianismo hasta más no poder: ¡acuérdate de quién invita!

Y ahora fórmate tu propio juicio, pues a eso tienes derecho; por el contrario los hombres no tienen propiamente derecho —aunque con tanta frecuencia lo ejercitan— de engañarse a sí mismos. Que un hombre con ese aspecto, un hombre, de cuya compañía huye todo el mundo que todavía tiene un poco de sentido común, un poco que perder en este mundo, que él —sí, esto es lo más absurdo y necio de todo, y no se sabe si llorar o reír—, que él —sí, ésta es indudablemente la palabra que menos cabría esperar de él (pues si hubiera dicho: venid y ayudadme; o: dejadme en paz; o: perdonadme; o con soberbia: os desprecio a todos, esto sería comprensible)—, que él diga: «¡Venid a mí!». No creo que esto tenga mucho de invitación. Y, además: «todos vosotros los que estáis atribulados y cargados», como si no tuvieran tales hombres bastantes desgracias que llevar a cuestas que, por

añadidura, tuviesen que cargar con todas las consecuencias de mezclarse con él. Y como broche: «que yo os aliviaré». ¡Lo que faltaba! ¡Él desea ayudarlos! Hasta el más amable burlón, que hubiese vivido en su tiempo junto a Él, tendría que exclamar: «Éste es el último enredo que cabía esperar de él: pretender ayudar a los demás, estando en tal estado. Es lo mismo que si un mendigo denunciase a la policía que le habían robado. Ya que está en contradicción que quien no posee ni ha poseído nada denuncie a la policía que le han robado, como lo está el querer ayudar a otros cuando uno mismo necesita el que más la ayuda». Indudablemente, en términos humanos, es la más desatinada contradicción que Aquel que no tiene literalmente donde reclinar la cabeza —aquel hombre sobre el cual se dijo con toda la razón humana: «¡Mirad qué hombre!»—, diga: *¡Venid a mí todos* los que sufrís, que yo os aliviaré!

Ahora ponte a prueba a ti mismo —pues a esto sí que tienes derecho, a ponerte a prueba a ti mismo—; por el contrario no tienes derecho, sin ponerte a prueba a ti mismo, a dejarte embaucar por «los demás» ni por ti mismo sobre el hecho de que eres cristiano. Ponte a prueba, pues, a ti mismo: ¿Qué pasaría si fueras contemporáneo de él? Es verdad que él —¡ah, él!— dijo que era Dios. Esto mismo ya lo han dicho muchos locos, y todos sus contemporáneos sentenciaron: «Blasfema de Dios». Sí, por eso mismo se establecieron castigos para quien se dejase ayudar por él; el celo de las almas que siempre brilla en lo establecido y en la opinión pública se ejercitaba en apartar de tal descarrío: ¡se le persiguió tanto por temor de Dios! Antes de que alguien se decida a dejarse ayudar por Él, ha de pensar que no solamente le aguarda la oposición de los hombres, sino, sobre todo, ha de pensar a fondo, aunque por lo demás se sintiera valiente para afrontar todas las consecuencias de este paso, que el castigo de los hombres coincide aquí con el castigo de Dios que amenaza al que blasfema de Dios — ¡al que invita!

¡Ahora venid acá todos los que estéis atribulados y cargados!

¿No es cierto que no hay por qué precipitarse en seguir la invitación? ¿Que es oportuno hacer una pequeña parada, lo que se aprovecha con gusto para tirar por otra calle? Y si tú, en el caso de haber sido contemporáneo suyo, no te desviases así por las buenas por otra calle, ni te avinieses a ser en la cristiandad un cristiano de tantos: entonces existe una parada terrible, la parada que es condición para que la fe pueda surgir: quedas parado en la posibilidad del escándalo.

Mas para hacerte totalmente claro y presente que la parada depende de quien invita, que el que invita frena y hace que el seguir la

invitación no sea la cosa más sencilla de todas —sino un asunto peculiarísimo, porque no se tiene derecho a tomar la invitación aparte, ya que hay que tomar simultáneamente a quien invita—, debo brevemente considerar su vida en dos secciones que entrañan una diferencia, aunque, no obstante, ambas pertenecen esencialmente a la determinación: la humillación, ya que para Dios es siempre una humillación hacerse hombre, aunque fuese éste el rey de reyes, y no se humilla esencialmente más por el hecho de ser un hombre pobre, insignificante, burlado y, según añade la Escritura, escupido.

a

Primera parte de su vida

Y hablemos ahora sobre Él sin ningún embarazo, como hablaron de Él sus contemporáneos y como se habla de un contemporáneo, un hombre como todos los demás, a quien se ve en la calle de paso, de quien se sabe dónde habita, en qué piso, quién es, de qué vive, quiénes son sus padres, sus parientes, qué tipo tiene y cómo viste, con quiénes alterna, «y no hay nada de extraordinario que ver en él, aparece como todos los demás», en una palabra, como se habla de un contemporáneo respecto del cual no se hacen importantes circunloquios; ya que en la situación de la contemporaneidad con estos miles y miles de hombres reales no cabe establecer ninguna diferencia, como, por ejemplo, entre uno que quizá sea recordado por los siglos y otro que es un dependiente efectivo «tan bueno como el que más». Por lo tanto hablemos de Él como los contemporáneos hablan de un contemporáneo. Yo sé muy bien lo que me hago; y créeme: esa especie de locura erudita, experta, amaestrada, negligente de la historia, en virtud de la cual se habla siempre acerca de Cristo con un cierto respeto, ya que precisamente es la historia la que ha permitido que se haya sabido y oído tanto acerca de Él; pero, créeme, ese respeto no vale un céntimo, es insensatez, misticismo falso, a la par que es una blasfemia; puesto que es blasfemia tener un respeto irreflexivo por Aquel en quien se ha de creer o escandalizarse.

Se trata del humillado Jesucristo, un hombre insignificante, nacido de una virgen despreciada, su padre un carpintero. Ciertamente aparece en el mundo en unas circunstancias que tienen que atraer la atención de una manera especial sobre Él. El pequeño pueblo en que aparece, el pueblo escogido por Dios según se llama a sí mismo, espera un Mesías, que traerá una época dorada para el país y sus habitantes. Esto se entiende: la figura bajo la cual Él se presenta no

puede ser más distinta de lo que espera la mayoría. Pero responde más que ninguna a las antiguas promesas, con las cuales, sin embargo, se supone que está familiarizado el pueblo. Así se presenta; un precursor ha despertado la atención sobre Él, y Él mismo la atrae sobre sí con milagros y señales, de los qué toda la gente habla — y Él es el héroe del momento, por todas partes, esté de camino o asentado, le acompaña un inmenso gentío. La sensación que suscita es enorme, todos los ojos están pendientes de Él, todo lo que puede correr, e incluso lo que tiene que ir a rastras, ha de haber visto este milagro — y todos deben formarse un juicio, una opinión acerca de Él, de suerte que los proveedores de opiniones y juicios casi tienen que cerrar las puertas, ya que la demanda es tan vertiginosa y las disputas muy encontradas. Sin embargo, Él, el taumaturgo, sigue siendo el hombre sencillo, que no tiene literalmente donde reclinar la cabeza. Pero no los olvidemos: las señales y milagros en la situación de contemporaneidad contienen una elasticidad de rechazo o atracción muy distinta a la de esa apacible plática, apacibilísima, con que los párrocos se encienden generalmente al hablar de las señales y milagros... de hace mil ochocientos años. Señal y milagro en una situación de contemporaneidad son realidades que acosan irritantemente, que de una manera altamente empachosa casi obligan a uno a tener una opinión, que, cuando en la instancia actual no se esté dispuesto a creer, el ser contemporáneo con ello puede constituirse en objeto de desazón, porque le hace a uno la existencia demasiado severa, sobre todo a medida que sea más inteligente, desarrollado y culto. En la situación de contemporáneo es un asunto completamente serio tener que admitir que Él realmente hace señales y milagros — pero cuando se le tiene a distancia, cuando el resultado de su vida le ayuda a uno a fantasear, entonces puede uno imaginarse con toda facilidad que lo cree.

La muchedumbre, pues, está entusiasmada con Él, lo sigue jubilosa, contempla las señales y los milagros, los que hace y los que no hace, contenta con la esperanza de que empezará la edad dorada cuando se convierta en rey. Pero la masa es raramente consecuente con sus juicios; hoy juzga una cosa y mañana otra. El prudente y razonable, sin embargo, no participa sin más de ello. Veamos ahora lo que el prudente y razonable juzgará, en cuanto desaparezcan las impresiones de la sorpresa asombrosa.

El prudente y razonable tendría que decir: «Concedido que este hombre sea lo que manifiesta ser, lo extraordinario —pues lo de que fuera Dios no puedo tomarlo en cuenta sino como exageración, que gustosamente le interpreto a la buena y le perdono; con todo

le reconozco como extraordinario, no hago cuestión de palabras—, concedido, aunque tenga mis restricciones mentales y, en todo caso, suspendo mi juicio sobre si son milagros lo que hace. ¿No es, sin embargo, un enigma inexplicable el que este mismo hombre pueda ser tan necio, tan duro de mollera, tan completamente carente del conocimiento de los hombres, tan débil, o tan presumido a la buena, o lo que quiera llamarse por el momento, que se conduzca de tal manera que casi imponga sus beneficios a los hombres? En lugar de mantener, orgulloso y dominador, a los hombres subordinados a la mayor distancia posible, y aceptar sus cumplimientos cuando se dejara ver muy de tarde en tarde, lo que hace es estar accesible a todos, o, más exactamente, ir a todos, alternar con todos, casi como si ser extraordinario fuese lo mismo que ser el servidor de todo el mundo, como si ser extraordinario, lo que él mismo dijo que era, fuese el estar preocupado de si los hombres sacaban o no provecho de él, en una palabra, como si ser extraordinario consistiese en estar más preocupado que nadie. Para mí es inexplicable todo lo que Él desea, su propósito, su aspiración, sus opiniones. Él, que mediante muchas afirmaciones sueltas —lo que no le negaré— revela poseer una mirada tan profunda en el corazón humano, debería saber, sin embargo, muy bien lo que yo con menos de la mitad de mi prudencia puedo predecirle: que por este camino no se llega a ninguna parte en este mundo, a menos que despreciando la prudencia aspire honradamente a ser un tonto, o quizá, incluso, vaya tan lejos en la honradez que prefiera morir violentamente; pero si es esto lo que se quiere, es que se está loco de atar. Según queda dicho, como conocedor de los hombres debería saber muy bien que lo que se debe hacer es engañar a los hombres, y así dar a su engaño el resplandor de la beneficencia, dirigida a toda la raza humana. De este modo se cosechan todas las ventajas, incluso aquella cuyo placer es el más precioso de todos, la de ser llamado por los contemporáneos el benefactor del género humano — y cuando se esté en la tumba importará un bledo lo que la posteridad diga de uno. Pero entregarse del modo en que Él lo hace, no reservarse lo más mínimo, casi mendigar a los hombres que tomen sus beneficios: no, jamás se me ocurrirá decidirme por Él. Y se entiende que Él tampoco me invite a mí; pues Él invita solamente a los que están atribulados y cargados».

O: «Su vida es sin ningún género de duda una fantasía; y ésta es a la postre la expresión más suave que puede aplicarse, y cuando se juzga así se es lo bastante benévolo como para olvidar completamente ese puro desatino de que Él se tenga por Dios. Esto es fantástico. Así se pueden vivir a lo sumo dos años mientras se es joven.

Pero Él ya ha cumplido los treinta años. Y no es literalmente nada. Y, además, dentro de muy poco tiempo habrá perdido todo el aprecio y prestigio entre el pueblo — lo único que hasta la fecha podría decirse que ha obtenido. Si se desea asegurar a la larga el favor del pueblo —y concedo que éste es el partido más inseguro que pueda tomarse por lo general—, ha de comportarse de otra manera. No pasarán muchos meses antes de que la masa se aburra de alguien que está de esta forma a su servicio; será considerado como un personaje condenado, una especie de *mauvais sujet*, que puede darse por contento con terminar sus días en un rincón apartado del mundo, olvidándolo y olvidado, a no ser que sea tan fantástico como para que, al permanecer en el mismo sitio, desee la muerte violenta, que es la consecuencia inevitable de permanecer en el sitio. ¿Qué ha hecho por su futuro? Nada. ¿Tiene algún empleo fijo? No. Solamente eso insignificante. ¿Cómo distraerá el tiempo cuando sea viejo, y con qué llenará las largas tardes de invierno, si ni siquiera sabe jugar a las cartas? Él ha conseguido un poco el favor de la plebe — verdaderamente el más movedizo de todos los bienes muebles, que en un abrir y cerrar de ojos se puede convertir en tremendo disfavor plebeyo. ¡Decidirme por Él! No, muchas gracias. Gracias a Dios no me he vuelto todavía loco».

O: «No se puede seriamente poner en duda que en este hombre hay algo extraordinario (con tal de que se reserve el propio derecho y el de la sana razón para abstenerse de todo juicio referente a su afirmación de que es Dios). Es más, podría uno enfadarse con la Providencia por haber confiado a tal hombre lo que le ha confiado, un hombre que hace lo contrario de lo que él mismo dice: que no se debe arrojar las perlas a los puercos — porque, con toda seguridad, ellos se revolverán contra él y lo pisotearán. Es lo único que puede esperarse de los cerdos. Por eso no debía esperarse de alguien que está informado al respecto que haga lo contrario de lo que sabe no ha de hacerse. Ciertamente podría sustraérsele mediante prestidigitación su sabiduría —pues el pensamiento tan suyo, que parece tener en tanto aprecio, de que Él es Dios, se lo dejo con sumo gusto en su exclusiva propiedad—, podría, digo, sustraérsele su sabiduría — ¡sin hacerse uno su discípulo! Podría uno escurrirse hasta Él en la noche y conseguir hacerlo hablar: después podremos poner por escrito sus respuestas y publicar la entrevista, si bien de una forma muy distinta. De ello tiene que salir, para asombro de todo el mundo, algo completamente nuevo, ¡eso lo garantizo! Yo mismo veo con claridad que lo que Él dice cala excepcionalmente profundo, la desgracia está en que Él es quien es. Pero quizá, quién sabe, quizá se

dispone todo al fin de manera que se le pueda sonsacar, quizá, a este respecto, sea Él lo bastante bonachonamente loco como para comunicarse de un modo completamente abierto. Esto no sería imposible; porque me parece que la sabiduría, que evidentemente posee, al confiársele a Él, ha sido confiada a un loco: una tal contradicción es su existencia. — Pero decidirme por Él, ser su discípulo, no, eso sería caer en la locura».

O: «Si lo que quiere este hombre —lo que, sin embargo, dejo en tela de juicio— es lo bueno y verdadero, entonces al menos sería útil en cuanto cabe, particularmente para con los adolescentes y la inexperta juventud a los que ello les es tan provechoso a causa de la seriedad de la vida, que se diese cuenta cuanto antes y cuanto más a fondo mejor de esta seriedad; Él patentiza, incluso para los de más cortos alcances, que toda esa grandilocuencia para que se viva por lo bueno y verdadero contiene en sí misma una significativa adición de cosa grotesca; demuestra con qué acierto y previsión obran los poetas de nuestro tiempo al encarnar siempre lo bueno y verdadero en un personaje medio tonto, o en otro tan duro de mollera que resista un portazo en la frente sin inmutarse. Pero esforzarse de la manera que lo hace este hombre, renunciar a todo, menos a la incomodidad y al trabajo, estar a disposición a todas las horas del día y ser más solícito que el médico más atareado... Y ¿por qué?, ¿acaso se asegura así su peculio? No, de ninguna manera, por lo que se echa de ver jamás se le ha ocurrido el afán de tener algo. ¿Obra así porque gana dinero? No, ni siquiera cuatro ochavos — no posee cuatro ochavos, y si los poseyera enseguida les daría suelta. ¿Lo hace para conseguir honor y prestigio en el Estado? Todo lo contrario, huye de toda mundana estimación. Y el caso es que quien rehúsa insobornablemente toda mundana estimación y ejercita el arte de vivir de nada, quien como nadie parece haber sido destinado a llevar una vida en el más delicioso *farniente* (lo que en sí y por sí mismo tendría pleno sentido), es cabalmente Aquel que vive más esforzado que ningún funcionario público que cosecha honor y estimación a montones, más esforzado que ningún comerciante que gana dinero a montones. Entonces, ¿por qué se esfuerza de esa manera?, o mejor digamos (pues ¿a qué viene esa pregunta acerca de lo que no admite pregunta alguna?): esforzarse de esta manera para alcanzar la alegría de verse ridiculizado y burlado, etc., es en verdad una forma muy peculiar de divertirse. Se comprende que uno se abra paso como sea entre la multitud para llegar a aquel lugar donde se reparten dinero, honores y loores. Pero que uno se abra paso hacia adelante para ser azotado: ¡qué sublime, qué cristiano, qué estúpido!».

O: «Se están oyendo acerca de este hombre demasiados juicios precipitados de quienes no comprenden nada —y lo idolatran—, y demasiados juicios desabridos de quienes quizá —esto también puede ser verdad— lo comprenden mal; en cambio a mí no se me podrá echar en cara ningún juicio precipitado; me mantengo plenamente frío y sereno, es más, estoy convencido de ser conciliador y moderado con Él todo lo que se puede ser. Así pues, admito que incluso la razón queda impresionada a causa de este hombre — lo que, sin embargo, concedo solamente hasta cierto grado. ¿Qué juicio se debe emitir sobre él ahora? El juicio será: por lo pronto no puedo formar ninguna opinión sobre él. Y esta abstención de juicio no guarda relación con que Él diga que es Dios, pues sobre este particular no podré formar opinión por los siglos de los siglos; no, me refiero a Él considerado en cuanto hombre. Será el resultado de su vida el que, en primer lugar, podrá decidir si era en realidad extraordinario, o si, engañado por su fuerza imaginativa, ha apuntado a una meta demasiado alta, no solamente para sí mismo, sino en general para el ser-hombre. Con mi mejor voluntad no puedo otorgarle más; si fuese mi único amigo, mi hijo único, no podría juzgarlo con mayor suavidad, ni tampoco de otra manera. Mas de ello se deduce muy probablemente que por buenas razones no pueda llegar a formar un juicio sobre Él. Pues para formarlo debería contemplar primero el resultado de su vida, y hasta lo último de la misma, es decir, hasta que muera. Entonces podré, quizá, solamente quizá, formar un juicio sobre Él; pero no será sino en sentido impropio un juicio sobre Él, porque ciertamente ya habrá muerto. De lo que se sigue que es imposible que me decida por él mientras viva. Para mí no puede encerrar un significado decisivo la *autoridad* con que dice enseñar, puesto que se ve sin esfuerzo alguno que se mueve en un círculo, el de respaldarse en lo que ha de demostrar, lo cual, a su vez, solamente podrá ser demostrado por el resultado, y esto mientras sus alegaciones no vengan mezcladas estrechamente con su conocida idea fija de que es Dios; pues si es por eso por lo que Él tiene autoridad, porque es Dios, no cabe otra respuesta que: sí — ¡sí...! Consiguientemente, todo lo más que podría concederle —si me imaginara viviendo en una generación posterior, y con tal de que entonces lo hubieran puesto en claro el resultado de su vida y sus consecuencias en la historia— es que era extraordinario: entonces no estaría lejos, no faltaría mucho, ¡un tris!, para que yo fuese su discípulo».

El clérigo tendría que decir: «Para ser un embaucador y seductor del pueblo hay en él algo desacostumbradamente honrado, por lo cual no podrá llegar a ser tan absolutamente peligroso; si aparece

realmente peligroso, sólo lo será mientras dure el chaparrón, si aparece tan peligroso con su popularidad, sólo lo será mientras dure la ventolera, y el pueblo —precisamente el pueblo— lo abata de nuevo. Lo honrado en él consiste en querer mostrarse como el esperado y sin embargo parecérsele tan poco como él lo hace —esto es honrado, exactamente como si uno imprimiese billetes falsos y los hiciese tan malos que cualquiera un poco entendido pudiese darse cuenta inmediatamente—. Es verdad que todos esperamos un prometido, pero que Dios mismo tuviese que venir en persona no es una espera razonable, y cualquier alma religiosa se espanta de la burla que este hombre hace de Dios. Sin embargo, estamos esperando un prometido, en esto todos estamos de acuerdo. Pero el gobierno del mundo no avanza tumultuosamente, la evolución del mundo no es —lo que ya la palabra evolución expresa por sí misma— *revolutionair*, sino *evolutionair*. Por lo tanto el verdadero Mesías ha de aparecer de una manera completamente distinta, ha de venir como el florecimiento más espléndido de lo establecido, como su más arrollador despliegue. De esta manera vendrá el verdadero Mesías, y se comportará de una manera completamente distinta; reconocerá lo establecido como instancia, convocará a una asamblea a todo el sacerdocio, hará valer su resultado como cartas credenciales —y así, si mediante votación consigue la mayoría, será recibido y vitoreado como el extraordinario, como lo que es: el Mesías».

«Pero en la presentación de este hombre se da una duplicidad; tiene demasiado de un juez; es como si quisiera ser juez, que juzga lo establecido, y al mismo tiempo ser también el prometido. Si no desea lo primero, ¿a qué viene su absoluto aislamiento, su alejarse de todo lo que se llama lo establecido? Si no desea ser juez, ¿a qué viene su fantástica fuga fuera de la realidad para dejarse acompañar de la plebe inculta, su revolucionario menosprecio altivo de toda la inteligencia y competencia de lo establecido para empezar sobre nuevas bases con ayuda de pescadores y artesanos, de forma que como lema de toda su existencia en relación con lo establecido, cabe decir *que es un niño ineducado*? Si desea ser solamente el esperado, ¿qué objeto tiene el que repita que no hay que echar un remiendo nuevo en un vestido viejo —palabras que cabalmente son el grito de guerra de toda revolución—, lo que ciertamente entraña el no querer reconocer lo establecido, sino tenerlo lejos, en vez de decidirse por lo establecido, y si se es reformador mejorarlo, y si se es el esperado desarrollarlo al máximo? Se trata de una duplicidad, y no es realizable a la par ser el juez y ser el esperado; y esta duplicidad será su ruina, lo que, por lo que a mí respecta, ya le tengo pronos-

ticado. No es necesaria mucha imaginación para prever que la catástrofe de un juez es la muerte violenta; pero como es imposible que el esperado tenga ocaso, por lo mismo deja de ser *eo ipso* el esperado, es decir, no es aquel que espera lo establecido para idolatrarlo. El pueblo no acierta a ver todavía esta duplicidad, y ve en él al esperado, cosa imposible de ver para lo establecido, solamente posible para el pueblo, para la suelta y disgregada masa, ya que es cualquier cosa menos lo establecido. En cuanto se descubra esta duplicidad estarán contados sus días. Desde luego, su precursor era una figura mucho más característica, era solamente una cosa: el juez. Pero ¿qué confusión y qué embrollo son esos de pretender ser ambas cosas a la vez, y qué confusión todavía más acentuada la de reconocer incluso al precursor por quien había de ejercitar el juicio, con la mira precisa, no obstante, de preparar el ánimo de lo establecido para que estuviera en plena forma de recibir al esperado, y también desear ser el esperado, el que sigue al precursor, y, sin embargo, no querer decidirse por lo establecido?».

Y el filósofo tendría que decir: «Hasta ahora no se había oído una profanación tan pavorosa o, mejor dicho, tan insensata: que un hombre particular pretenda ser Dios; hasta ahora no se ha visto una forma forzada hasta tal extremo de la pura subjetividad y de la mera negación como ésta. Él no posee ninguna doctrina, ningún sistema, en el fondo no sabe nada, sólo alguna que otra expresión aforística, algunas sentencias y un par de parábolas, que repite o varía sin cesar, con lo cual enciega a la masa, para la que también hace señales y milagros, de manera que ésta en vez de conseguir conocer una doctrina verdadera termina por creer en Él, que con la máxima fatalidad urge constantemente la subjetividad de cada uno. Ni en Él ni en lo que dice hay nada de objetivo o positivo; por lo tanto no es necesario que lo maten, pues, *philosophice*, está ya bien muerto, ya que ciertamente la determinación de la pura subjetividad es sucumbir. Se puede conceder que se trata de una curiosa subjetividad, que en cuanto maestro —dejemos por ahora aparte sus otras señales y milagros— repite constantemente el milagro de los cinco panecillos: con ayuda de una poca lírica y algunos aforismos pone todo el país en movimiento. Aun cuando se eche de ver la locura de que diga ser Dios, no hace falta mucha formación filosófica para entender que es un error incomprensible asegurar que Dios pueda revelarse en la figura de un hombre particular. La raza humana, lo universal, lo total es Dios; pero la raza no es en modo alguno un individuo particular. Que determinado individuo quiera ser algo es fruto de la arrogancia que radica en la subjetividad; pero se entiende que es una

insensatez el que pretenda ser Dios. Si fuera posible esta insensatez, que un hombre singular era Dios, habría que adorar a este hombre individual; no se puede pensar una mayor bestialidad filosófica».

El político prudente tendría que decir: «No se puede negar que por el momento este hombre es un poder — prescindiendo, naturalmente, del espejismo que padece, el de ser Dios. Semejante cosa se tacha de un plumazo de una vez por todas, calificándola de antojo privado, que no hay por qué tocar y que a nadie importa, y menos que a nadie a un político. Un político sólo atiende a si un hombre tiene poder, y que Él en este momento es un poder, no se puede negar, según se ha dicho. Pero lo que quiere, lo que busca, está bastante reñido con la prudencia; si esto es prudencia, tiene que serlo de una especie distinta y nueva, no muy diferente de lo que en otros casos se llama locura. Posee una considerable fuerza; pero parece que la aniquila en vez de emplearla, la dilapida sin conseguir nada como recompensa. Yo lo considero como un fenómeno, con el cual —y esto no se hace jamás con un fenómeno— es prudente no relacionarse, ya que es completamente imposible calificarlo o pronosticar la catástrofe de su vida. Es posible que llegue a ser rey, es posible — pero no es imposible, o, mejor todavía, es cabalmente tan posible, que termine en el patíbulo. A todo su empeño le falta seriedad. Flota en el aire con un enorme desenvolvimiento de alas, nada más; no aterriza, no se sujeta a algo fijo — flota. ¿Lucha por el nacionalismo, o tiene en el pensamiento una revuelta comunista? ¿Desea una república o una monarquía? ¿Con o contra qué partido está, o quiere llevarse bien con todos los partidos, o quiere romper con todos los partidos? Relacionarme yo con él — de ninguna manera, sería lo último, es más, tomo toda clase de precauciones contra él. Me mantengo plenamente tranquilo, no me ocupo de nada, no tengo ninguna vela en esa procesión; porque ni siquiera se puede calcular cómo Él podría intervenir perturbadoramente o arremolinarlo a uno, por poquísimo que uno se ocupase de sus cosas. Este hombre es peligroso, en cierto sentido tremendamente peligroso. Pero mi plan es mantenerlo sujeto, precisamente no tomando parte en nada suyo. Pues se le ha de derrocar — y lo más seguro es hacerlo desde sí mismo, haciéndolo resbalar sobre sí mismo; yo no poseo, y menos que nunca en este momento, las fuerzas requeridas para derrocarlo, ni conozco a nadie que las tenga. Hacer ahora lo más mínimo contra Él equivaldría a quedar uno mismo hecho polvo. No, solamente una constante oposición negativa, sencillamente nada, hasta que Él mismo se embrolle probablemente en las tremendas consecuencias que arrastra en pos de sí, se pise la cola — y caiga».

Y el reposado burgués tendría que decir —juicio en que comulgaría toda la familia—: «No, que nos dejen ser hombres, con medida todo es bueno, demasiado o demasiado poco lo echa a perder todo, y como dice un refrán francés que oí en cierta ocasión a un viajante: el que mucho abarca, poco aprieta. Y ¿qué hay de este hombre? Su ruina es segura. También he tomado a mi hijo por mi cuenta, le he advertido y hecho presente que no se me vaya y se meta por caminos ilusos, y que no se junte con este hombre — y ¿por qué? Porque todos corren tras Él. Sí, ¿quiénes son todos éstos? Gente frívola y ociosa, callejera y ambulante, a los que les va de perlas el andar correteando. Por el contrario no le sigue casi ninguno de los comerciantes y propietarios y ninguno de los prudentes y prestigiosos —por cuyo reloj pongo siempre el mío en hora—, absolutamente ninguno, ni el consejero de comercio Jeppesen, ni el consejero áulico Marcos, ni el acaudalado agente Cristóbal, no, toda esta gente sabe muy bien quién es cada cual. Y si miramos a los sacerdotes, éstos —que son los que más deben saber de estas cosas— les están agradecidos a aquéllos. Precisamente el pastor Bosqueverde dijo ayer tarde en el club: 'El final de esta vida es espantoso'; y este tío sabe más que predicar, no hay que oírle los domingos en la iglesia, sino los lunes en el club; me daría por muy contento con la mitad de su sabiduría mundana. Sus palabras exactas —como si hubieran sido sacadas de mi propio corazón— fueron: 'Solamente le siguen los frívolos y los ociosos'. Y ¿por qué corren en pos de él? Porque logra hacer algunos milagros. Mas ¿quién nos asegura que son milagros, o que puede otorgar el mismo poder a sus discípulos? En todo caso, un milagro es algo altamente incierto, y sólo lo cierto es cierto. Cualquier padre serio que tiene hijos crecidos ha de estar preocupado para que no se dejen seducir y embaucar, ni traben relaciones con él y toda la camarilla de hombres desesperados que le escoltan, hombres desesperados que no tienen nada que perder. E incluso a éstos ¿cómo los ayuda? Hay que estar muy loco para dejarse ayudar de esta manera; incluso respecto del más pobre de los mendigos se puede afirmar que le ayuda a caer, le ayuda a una nueva desgracia que el mendigo podría haber evitado permaneciendo siendo lo que era, simplemente un mendigo».

Y el burlón —no al que todos desprecian por su maldad sarcástica, sino al que todos admiran por su gracia y al que, consiguientemente, todos aman porque es un bonazo— tendría que decir: «En el fondo es una ocurrencia que no se puede pagar con nada, que nos debería parecer a todos de perlas, esa de que un hombre particular, ni más ni menos como todos nosotros, diga que es Dios. Si esto no es

hacer bien a los hombres, entonces no sé yo lo que es hacer el bien y la beneficencia. Si se supone que el distintivo de que se es Dios consiste —sí, ¿a quién de los mortales se le podría haber ocurrido esta idea?, ¡qué verdad es que semejante idea no ha podido nacer en ningún corazón de hombre!— en aparecer completamente como los demás, más o menos: entonces todos somos dioses. *Quod erat demonstrandum*. ¡Viva el descubridor de este tan extraordinario invento para los hombres! Mañana daré a conocer que yo, el infrascrito, soy Dios —y el descubridor sin duda no podrá negarlo sin contradecirse a sí mismo. En la oscuridad todos los gatos son pardos, y si ser Dios es aparecer como cada quisque, total y plenamente como los demás, entonces hay oscuridad y somos todos..., ¿qué iba a decir?, somos todos, cada uno por sí: Dios, sin que nadie —¡por Dios!— deba figurar detrás de otro. Esto es lo más cómico que se pueda pensar; la contradicción —en la que radica lo cómico— es supina, pero el mérito no es mío, sino única y exclusivamente del descubridor: la contradicción de que un hombre como los demás, sólo que no tan bien vestido como el término medio de los ciudadanos, es decir, un hombre estrafalariamente vestido a quien le iría estupendamente un asilo de la caridad (al menos mucho más estupendo que colocarse bajo la etiqueta: Dios) — sea Dios. En el fondo lo peor será para el señor director de las instituciones caritativas, porque no ascenderá nada en el escalafón con este avance general de todo el género humano».

¡Oh, amigo mío!, yo sé muy bien lo que me hago, conozco mi responsabilidad y mi alma está eternamente convencida de la rectitud de lo hecho. Piensa, pues, ahora, contemporáneo de Él, el que invita. Piensa que eras uno de los que sufrían — pero piensa a lo que te expones si te haces su discípulo, si le sigues. Te expones a perderlo absolutamente todo a los ojos de los prudentes, los razonables y los encumbrados. El que invita te exige que renuncies a todo, que lo abandones todo — mas la coexistente madurez mental de los contemporáneos no te dejará ni a sol ni a sombra, porque juzga que vincularse a Él es una locura. Y la burla caerá despiadada sobre tus espaldas; mientras aquélla casi le perdona a Él por conmiseración, juzga que la locura más de atar de todas es la de hacerse su discípulo. «Pues, según ella dice, un fanático es un fanático, y puede vivir como quiera; pero hacerse seriamente su discípulo es la locura de las locuras. Solamente se da una posibilidad permanente de ser más loco que un loco: la locura suma consiste en vincularse seriamente a un loco y tenerlo por sabio».

No digas que toda esta descripción es exagerada; tú sabes muy bien (solamente que quizá no has recapacitado atentamente hasta la

fecha acerca de ello) que entre todos los encumbrados, los cultos y los intelectuales había alguno que otro —quizá muchos, pero cuando no había riesgo— que por curiosidad se acercaban a Él, pero sólo había uno, uno solo, que le buscaba con seriedad, y éste se acercó a Jesús... de noche. Y esto lo sabes tú muy bien, de noche se va por los caminos prohibidos, se escoge la noche cuando se va a un sitio adonde no se quiere que se sepa que se ha ido — medita qué juicio acerca del *que invita encierra todo esto: que ir a Él era una deshonra, algo* que no podía ser descubierto en el caso de un hombre bien visto, de honor, tanto menos como el hecho de ir a lo que también se oculta con toda seguridad por la noche — pero no, no me agrada en absoluto exponer lo que iba a seguir a ese «tanto menos como»...

Venid *ahora* todos *a mí*, los que estáis atribulados y cargados, que yo os aliviaré.

b
Segunda parte de su vida

Ahora le ha acontecido lo que habían predicho todos los prudentes e inteligentes, los políticos y burgueses, los satíricos, etc. Y según se dijo más tarde en tono de burla, en un momento en que hasta el más duro tendría que haberse movido a compasión y las mismas piedras hasta las lágrimas: «A otros salvó, sálvese ahora a sí mismo»; y lo han repetido ahora mil y mil veces miles y miles de hombres: «¿No dijo Él en su tiempo que su hora todavía no había llegado? ¿No tendría que haber llegado quizá ahora?» — ¡Ay!, mientras tanto aquel individuo, el creyente, tenía que espantarse cada vez que lo meditaba, sin poder, no obstante, apartar los ojos petrificados de este abismo, humanamente hablando, de insensata insensatez: que Dios en *figura humana, que esta doctrina, que estas señales y milagros*, capaces de haber convertido a Sodoma y Gomorra de haber acontecido allí, provocaban en realidad precisamente lo contrario: que el Maestro era rechazado, odiado, despreciado.

Ahora es cuando se ve con facilidad quién es Él realmente, cuando los poderosos y encopetados y toda la oposición de lo establecido y de las reglas convencionales han debilitado la primera representación que se tenía de Él, y el pueblo ha perdido la paciencia de esperar, después de que su vida, en vez de avanzar en creciente espectacularidad, ha ido retrocediendo cada vez más en creciente degradación. Todos sabemos muy bien que un hombre es juzgado por la compañía que tiene — y ¿cuál es su compañía? Su compañía podría caracterizarse

como la hez expulsada de «la sociedad humana», su compañía es la clase más baja del pueblo, más aún, son los pecadores y cobradores de tributos — de los que todo el mundo huye para no perder su buen nombre y reputación, y un buen nombre y una buena reputación es lo menos que se desearía asegurar en la vida; su compañía son, además, los leprosos, de los que todo el mundo huye; los dementes, que no despiertan más que pavor; los enfermos y desgraciados; pobreza y bajeza. Y ¿quién es entonces Él, que en esta procesión es todavía objeto de la enemiga de los poderosos? Es uno despreciado por embaucador, engañador y blasfemo. Si alguno de los bien considerados no manifiesta su desprecio hacia Él, es sólo por una especie de conmiseración — pero temerle, es algo muy diferente. Ésta es, efectivamente, su presentación. Y sé cauto para no dejarte influir, al juzgar por algo que has sabido después, es decir, cómo su elevación, casi su divina majestad, jamás se mostró tan clara como en este momento preciso. ¡Oh, amigo mío!, si tú fueras contemporáneo de alguien que no sólo es un «expulsado de la sinagoga», sino más aún, recuérdalo, que el castigo fijado para quien se dejara ayudar por él era «la expulsión de la sinagoga», si tú fueras contemporáneo de un ser tan despreciado, y todo en él lo atestigua —ya que toda cosa puede explicarse de dos maneras: ¿eres tú el hombre que lo esclarece todo de manera distinta, o, lo que es lo mismo, eres tú el Único, que, como sabes, nadie quiere ser, que es tenido por una extravagancia ridícula, quizá como un criminal?

Y ¿sus Apóstoles —que son la parte principal de su compañía—? ¡Qué locura!, mejor: ¡qué nueva locura!, en plena congruencia con lo primero — sus Apóstoles son unos pescadores, hombres ignorantes, que ayer pescaban sardinas y mañana, para colmo pertinente y expreso de la locura, tendrán que ir por el mundo entero, para transformar la figura del mundo. Y ¡es Él, quien dice ser Dios; y éstos son sus bien retribuidos Apóstoles! ¿Dará Él prestigio a los Apóstoles, o son quizá los Apóstoles los que crearán su prestigio? El que invita es un fanático iluso: la procesión lo pone en evidencia; ningún poeta lo hubiera tramado mejor. Un maestro, un sabio, o lo que quiera llamársele, una especie de genio frustrado, que dice que es Dios en persona — rodeado del tropel de la plebe, que lo aclama, escoltado por algunos aduaneros, personas procesadas y leprosos; todavía más estrechamente vinculado a Él su círculo escogido, los Apóstoles. Y estos personajes tan competentes para juzgar qué sea la verdad, estos pescadores, sastres y zapateros, no solamente admiran a su Maestro y Señor, cada palabra suya es sabiduría y verdad, no solamente ven lo que ningún otro puede ver, la elevación y santidad;

no, ellos ven en Él a Dios y lo adoran. Ningún poeta podía tramarlo mejor, con tal de no olvidar el más que aquí se da: que toda esta ensambladura era lo que temían los poderosos, que hacían planes para derrocarlo. Su muerte es lo único que los puede tranquilizar y dejarlos contentos. Han fijado ya castigos oprobiosos para los que se vinculen a Él, incluso para los que meramente se dejen ayudar por Él, y, no obstante, no pueden conseguir la paz, no pueden estar seguros de que todo ello no sea más que fanatismo y demencia. Esto les pasa a los poderosos. El pueblo, que lo idolatraba, el pueblo más o menos lo ha abandonado, solamente en algún que otro momento flamea la antigua representación; en toda su existencia no hay ni siquiera un adarme que el más envidioso de los envidiosos pudiera envidiar. Desde luego, que los poderosos tampoco le envidian esa vida que lleva, solamente buscan su muerte para propia seguridad, para estar nuevamente en paz, cuando todo vuelva a su primitivo estado, todavía más fijo con su ejemplo aleccionador.

Éstas son las dos partes de su vida. Empezó con que el pueblo lo idolatraba, mientras todo lo que se llama lo establecido, lo que tenía algún poder e influencia, le fue metiendo con odio, pero cobarde y ocultamente, en la emboscada en la que sucumbió. Sí, pero Él lo sabía todo muy bien. Finalmente, el pueblo descubrió que estaba equivocado acerca de Él, que la plenitud que Él traería no tenía nada que ver con su esperanza de oro y bosques verdes. Así le volvió la espalda el pueblo, y los poderosos precipitaron la emboscada — ¿en la que cayó? Sí, pero Él lo vio bien. Los poderosos precipitaron la emboscada — y entonces el pueblo, que se ve ahora con toda claridad engañado, entorna su odio, su amargura contra Él.

Y la compasión —para no dejar nada fuera—, o, mejor, en la sociedad de los compasivos (pues la conmiseración es sociable, gusta de reunirse, y en la reunión con esta necia estrechez hay bellaquería y envidia, puesto que, como ya dejó anotado un pagano, nadie está tan rápidamente inclinado a la conmiseración como el envidioso) se diría lo siguiente: «Realmente le tiene a uno que doler lo de este pobre hombre, que ha de finiquitar de esta manera. Era un buen tipo. Claro que lo de pretender ser Dios era una exageración, pero dejemos eso; realmente, a pesar de todo, era bueno con los pobres y los necesitados, aunque lo era de una forma muy peculiar, al hacerse todo y uno con los pobres y no salir de la compañía de los pordioseros. Pero, de todos modos, había algo de conmovedor en ello, y no puede menos de dolerle a uno que este pobre hombre tenga que morir tan lastimosamente. Porque dígase ahora lo que se quiera y júzguesele con la dureza que se quiera: no puedo consentir

que se le atormente, no soy tan duro de corazón, y no puedo menos de hacerle llegar mi compasión».

Estamos en la última parte, no de la historia sagrada, la suscrita por los Apóstoles y discípulos, que creían en Él, sino de la historia profanadora, que es la opuesta.

«Venid ahora acá todos vosotros, los que estáis atribulados y cargados». Es decir: si tú, aunque seas el más desgraciado de todos los que sufren, sientes el deseo de ser ayudado de esta manera, es decir, si sientes el deseo de abrazar una desgracia todavía mayor, entonces ven, Él te ayudará.

III

LA INVITACIÓN Y EL QUE INVITA

Olvidemos por un momento lo que es el escándalo en el sentido más riguroso: que el que invita dijo de sí mismo que era Dios; supongamos que se manifestó meramente como un hombre, y consideremos, bajo tal supuesto, al que invita y la invitación.

La invitación misma debiera ser lo suficientemente invitadora. Pero ¿cómo se explica entonces este desequilibrio, esta tremenda relación invertida, de que nadie, o apenas ninguno siguiera la invitación, que, por el contrario, todos (¡ay, y eran precisamente «todos» los que estaban invitados!) estuvieran de acuerdo en oponerse al que invita, en matarlo, e incluso imponer un castigo por dejarse ayudar por Él? Cabría haber esperado que ante tal invitación se hubiesen volcado hacia ella todos, todos los que sufrían, e incluso los que no sufrían, movidos por el pensamiento de tanta misericordia y compasión, de suerte que toda la humanidad estuviera de acuerdo en admirar y ensalzar al que invita. ¿Cómo se explica el hecho contrario? El que esto aconteció es del todo cierto, y el que aconteciera en aquella generación no significa en modo alguno que aquella generación fuera peor que las demás. ¿Quién caería en tal irreflexión? Cualquiera que haya entendido un poco, verá fácilmente que aconteció en aquella generación porque era contemporánea de Él. ¿Cómo se explica entonces que aconteciera esta espantosa inversión de lo que cabría haber esperado?

De seguro que si el que invita: 1) hubiese aparentado la imagen de la representación puramente humana de la compasión, y 2) hubiese poseído la representación puramente humana de lo que es la desgracia del hombre: de seguro que no habría acontecido.

En cuanto a lo primero.— Para ello tendría que haber sido un hombre condescendiente y amigo de hacer favores, además en posesión de todas las condiciones para poder ayudar temporal y terrenalmente, ennobleciendo esta ayuda con una profunda e íntima simpatía humana. Pero, además, tendría que ser el hombre estimado, no sin una cierta dosis de seguridad de sí mismo, lo que, a su vez, tendría como consecuencia que ni podría —aunque sólo fuera con su sentimiento compasi-

vo— descender a todos los que sufren, ni tampoco poseer una idea clara sobre en qué consista la desgracia de un hombre y de la humanidad.

En cambio, la divina compasión, ese ilimitado desatender a lo que no sea preocuparse por los que sufren — no preocuparse por sí mismo ni siquiera un adarme, sino que con infinito desprendimiento se preocupa solamente por cada uno de los que sufren: los hombres sólo pueden ver en esto una especie de demencia, sin que sepan concretamente si se ha de reír o llorar por ello. Aunque no hubiera mediado más que esto en el camino del que invita, hubiera sido lo bastante para que le fueran mal las cosas en el mundo.

Deja que un hombre imite sólo un poco la divina compasión, es decir, que sea compasivo sin apenas cautela, y verás enseguida por quién lo tendrán los hombres. Deja que alguien que disfrute de una situación privilegiada en la vida, déjale que, mientras permanece en esa situación de privilegio, dé mucho a los pobres, visite humanitariamente (esto es, distinguidamente) a los pobres y enfermos y desgraciados, y no solamente esto, déjale que, renunciando a su situación, busque seriamente alternar y vivir con los pobres e insignificantes del pueblo, obreros, peones albañiles, etc. ¡Oh!, quizá la mayoría, en un momento de reposo, cuando no se le *ve*, se impresione con ese modo de conducirse; pero cuando lo *ven* en tal compañía y acompañamiento, él, que podía haber sido algo grande en el mundo, él caminando del brazo en magnífica compañía, con un albañil a la derecha y un aprendiz de carpintería a la izquierda: entonces, ¿qué? Primero, harían mil aclaraciones; que vivía así porque es un raro y un estirado, por soberbia y vanagloria. Y aunque no se atrevieran a dedicarle estos improperios, no podrían, sin embargo, tolerar verlo en esa compañía. Incluso el mejor de los hombres estaría tentado a la risa.

Y aunque todos los pastores, vestidos de terciopelo y seda, o de paño y bombasí, dijeran otra cosa, yo les diría: «¡Mentís, no hacéis más que engañar a la gente con vuestras pláticas de domingo! Pues en la situación de contemporaneidad será siempre posible decir de tal hombre, tan compasivo hasta poder vivir con esa gente: me parece que actúa por vanagloria, por eso me río y me burlo de él; desde luego, si él fuera el verdadero compasivo, o yo hubiese sido contemporáneo de aquel noble espíritu». Y, ahora, por lo que respecta a aquellos gloriosos que, para hablar en términos de plática pastoral, «fueron incomprendidos, etc.»: ciertamente que ya han muerto. De esta manera podría tenerse éxito en el juego de la gallina ciega; en relación con cualquier contemporáneo, que se atreve a tanto, se supone que lo hace por vanagloria; y respecto de los muertos se supone que lo están y que, por consiguiente, eran gloriosos.

Sin embargo, no debe olvidarse que con relación a las diferencias de la vida cada uno se afianza en la suya; y es este punto fijo, este propósito, los que hacen que la compasión *humana* siempre lo sea sólo hasta un cierto grado. Los tenderos opinarán que el ser compasivo consiste en descender, en ir al asilo de los desamparados e igualarse con ellos; la compasión del tendero está limitada por una consideración, la consideración hacia los demás tenderos y los embotelladores de cerveza. Por lo tanto su compasión no es totalmente ingenua. Y lo mismo sucede con cada profesión: los periodistas, que viven de los céntimos de la clase pobre bajo el señuelo de que escriben y defienden sus derechos, serían los primeros en ridiculizar esta compasión ilimitada, tan pronto como apareciese un solo indicio de ella.

Igualarse literalmente con los más desgraciados (y esto y sólo esto es *divina* compasión) resulta «demasiado» para los hombres, que lloran conmovidos por ello en una tranquila hora dominical, e inevitablemente ríen a mandíbula batiente cuando lo ven en la realidad. La cosa es demasiado sublime para que se pueda tolerar su espectáculo diario, y hay que ponerla a distancia para que sea tolerable. Los hombres no están tan familiarizados con lo sublime como se imaginan. La contradicción consiste, por tanto, en que esta sublimidad se encarna en la realidad, en la vida cotidiana, ni más ni menos que en la vida cotidiana. Los hombres se sienten conmovidos cuando los poetas o los oradores los deslumbran con la descripción de esta sublimidad, es decir, cuando la describen a distancia poética de la realidad — pero ¡tener que verla en la realidad, en la realidad de la vida cotidiana, tener que ver esta sublimidad aquí en Copenhague, en el mercado de Amager, en medio del ajetreo diario de los días ordinarios...! Y cuando el poeta o el orador lo hacen, no dura más que una hora, que es el tiempo preciso que puede durar la creencia de los hombres en esta sublimidad. Pero ¡tenerla que ver en la realidad cada día! — ¡Ésta es ciertamente una tremenda contradicción: que lo más sublime se haya hecho lo más cotidiano!

Por eso ya estaba decidido de antemano cuál había de ser el destino del que invita, aunque no hubiese habido otra causa desencadenante de su ruina. Lo incondicionado, todo lo que se entrega a un ideal incondicionado es *eo ipso* una ofrenda. Pues los hombres desean también ejercitar la compasión y el sacrificio propio, aspiran también a la sabiduría, etc., pero con tal de que sean ellos mismos quienes definan el ideal, que tendrá que serlo hasta *un cierto grado*; no quieren derrocar todas estas virtudes nobles; al revés, lo que quieren —a buen precio— es en paz y gracia de Dios darse brillo

y renombre mediante su ejercicio. La verdadera divina compasión es consiguientemente oblación incondicional tan pronto como se muestra al mundo. Es por compasión a los hombres, y son los hombres los que la aplastan. Y mientras camina entre ellos, el que sufre apenas se atreve a echarse en sus brazos por miedo a los hombres. La cosa es que el mundo pone mucho empeño en defender la apariencia de ser compasivo; pero, dado que la divina compasión evidencia ahora eso mismo como una falsedad: *ergo* hay que quitar del medio la divina compasión.

Pero el que invita era precisamente la divina compasión; por eso fue sacrificada, y por eso huían de ella incluso los sufrientes; ellos comprendían (y, hablando humanamente, con plena exactitud) que la mayor desgracia humana admitía también que su mejor alivio era permanecer a pesar de todo en ella, antes que ser aliviado por Él.

En cuanto a lo segundo.— El que invita tenía una idea completamente distinta de la humana acerca de la desgracia de los hombres. Y estaba dispuesto a ayudar en esta dimensión; de lo contrario se hubiese provisto de dinero, comprimidos o cosas similares.

De este modo sucede que el que invita aparece de una manera muy distinta a la que la compasión humana se había figurado, con lo que se convierte en escándalo. Humanamente hablando, es algo evidentemente cruel, que hace rebelarse, que provoca enorme exasperación, que podría explicar el placer de matar a este hombre: el que invite a venir hacia Él a los pobres y enfermos y sufrientes, y así no poder hacer nada por ellos, sino, por contraste, prometerles el perdón de los pecados. «Déjanos ser hombres. Un hombre no es un espíritu. Y cuando un hombre está cerca de morir de hambre, que tenga que oír: yo te anuncio el perdón gratuito de todos tus pecados, es algo que rebela. Propiamente es también ridículo, pero es demasiado serio como para reírse».

Por tanto, el criterio del que invita es cabalmente (pues con las palabras citadas solamente queríamos dejar que el escándalo pusiese en evidencia la contradicción, exagerándola nosotros no exageraríamos) que *el pecado es la perdición del hombre*. Advierte ahora, esto deja el sitio despejado; y el que invita despejaba ciertamente el sitio, casi como si hubiera dicho: *procul, o procul este profani*, o como, en el caso de que no hubiera dicho eso, si se hubiese oído una voz que interpretaba así las palabras de la invitación «venid acá». No quedan muchos sufrientes que sigan la invitación. Incluso uno que, a pesar de saber que junto a este invitante no cabía esperar *de suyo* ninguna ayuda terrenal, no obstante, movido por su compasión, había buscado refugio en Él, ese uno le huye también ahora. Eso de

utilizar la figura de la compasión para hablar del pecado es casi una superchería.

Sí, desde luego, es una superchería en el caso de que tú no estés convencido íntimamente de que eres un pecador. Si solamente es dolor de muelas lo que tienes, o es tu casa la que ha ardido, pero has pasado por alto que tú eres un pecador, entonces es superchería. Es insidioso por parte del que invita el que diga: yo curo todas las enfermedades; y cuando se acerca uno a Él, diga: sólo reconozco que existe una enfermedad, el pecado; yo curo de esta enfermedad a todos «los que están atribulados y cargados», a todos los que trabajan por salirse fuera del poder del pecado, que trabajan por hacer frente al mal, por vencer su debilidad, pero solamente se sienten cargados. Él sana a «todos» de esta enfermedad; sana a todos aunque solamente fuera uno solo el que, a propósito de esta enfermedad, se dirigiese a Él. Por el contrario, dirigirse a Él a propósito de cualquier otra enfermedad, sólo y exclusivamente a propósito de esa enfermedad, sería como si uno que se hubiera roto una pierna se dirigiera a un especialista en enfermedades de los ojos.

IV

EL CRISTIANISMO COMO LO ABSOLUTO; LA CONTEMPORANEIDAD CON CRISTO

Con la invitación a todos «los que están atribulados y cargados» ha venido el cristianismo al mundo, no, como proclaman gimoteando y falsamente los párrocos, como una edición lujosa de dulces consuelos, sino como lo *Absoluto*. Así lo quiere Dios por amor, es Dios quien lo quiere, y Él quiere lo que quiere. No quiere ser conformado por los hombres y ser un simpático Dios humano: Él quiere conformar a los hombres, y lo quiere por amor. Tampoco desea saber nada de la humana impertinencia con su verborrea sobre los porqués de la venida del cristianismo al mundo. El cristianismo es y tiene que ser lo Absoluto. Por eso es falsedad todo cuanto se ha dicho sobre el porqué y el para qué. Quizá se ha elaborado todo esto en virtud de una cierta compasión humana, que opina que debería regatearse, pues Dios probablemente no conoce al hombre, que sus exigencias son demasiado rígidas, por lo que los sacerdotes tienen que regatear. Quizá se ha elaborado todo ello para tener ganada la partida con los hombres y sacar ventaja de la predicación del cristianismo; pues cuando se la afloja hasta lo meramente humano, hasta lo que se le ocurre al corazón de los hombres, entonces, naturalmente, les cabe bien a los hombres en la cabeza y están, naturalmente, encantados con los amables oradores, que logran hacer tan suave el cristianismo; si los Apóstoles hubieran podido hacer lo mismo, el mundo también hubiera estado encantado con los Apóstoles. Pero todo esto es falsedad, es la tergiversación del cristianismo, que es lo Absoluto. ¿Pero entonces para qué sirve?, ¿entonces es una calamidad? ¡Ah, claro! También esto hay que decirlo: entendido relativamente lo Absoluto es la mayor calamidad. En todos los momentos debilitados, perezosos, embotados, en los que lo sensible domina al hombre, el cristianismo es para él una locura, puesto que no es conmensurable con ninguna finalidad finita. Entonces, ¿para qué viene? Respuesta: ¡Cállate, es lo Absoluto! Y así ha de ser descrito, cabalmente así, de manera que se manifieste como una locura para el hombre sensible. Y por eso es verdadero, tan verdadero, y en otro sentido también muy verdadero, lo que el prudente dice en la situación de la contemporaneidad (cf. II.a) juzgando acerca de Cristo: «literalmente no es

nada», muy cierto, pues Él es lo Absoluto. El cristianismo ha venido al mundo como lo Absoluto, no para consolar, como querría la razón humana; al contrario habla sin cesar de cómo tiene que sufrir el cristiano, o un hombre, para hacerse y permanecer cristiano, sufrimientos que puede evitar con la sola renuncia a ser cristiano.

Hay una distancia infinita, abismal, entre Dios y el hombre, y por eso se ve en la situación de la contemporaneidad que hacerse cristiano (es decir, ser conformado a imagen de Dios) es, hablando humanamente, un tormento, una desgracia, un dolor todavía mayor que los mayores dolores humanos, al mismo tiempo que un crimen a los ojos de los coetáneos. Y así se manifestará siempre, ya que hacerse cristiano viene a significar hacerse contemporáneo de Cristo. Y si el hacerse cristiano no acaba por significar esto, entonces todo ese tamborilear que se es cristiano no es más que vanidad, ilusión y profanación, aparte de ser un burlarse de Dios, un pecado contra el segundo mandamiento de la ley y un pecado contra el Espíritu Santo.

Porque en relación con lo Absoluto solamente se da un tiempo: el presente. Quien no es contemporáneo de lo Absoluto, para él no existe absolutamente. Y ya que Cristo es lo Absoluto, se ve con facilidad que en relación con Él no cabe más que una situación: la contemporaneidad; los tres, los siete, los quince, los diecisiete, los dieciocho siglos son algo que ni quita ni pone, que no lo cambian a Él, ni esclarecen quién era Él, puesto que quién era es solamente claro para la fe.

Cristo no es —he de decirlo con toda seriedad— ningún comediante, ni tampoco una persona meramente histórica, ya que en cuanto paradoja es una persona altamente ahistórica. Pero ésta es la diferencia entre poesía y realidad: la contemporaneidad. La diferencia entre poesía e historia consiste en que la historia es lo realmente sucedido, la poesía es lo posible, lo pensado, lo imaginado. Pero lo que realmente ha sucedido (lo pasado) no es todavía lo real, sino sólo en un cierto sentido, a saber, en cuanto opuesto a lo poético. Le falta la determinación, que es la determinación de la verdad (en cuanto interioridad) y de toda la religiosidad: PARA TI. Lo pasado no es realidad para mí; solamente lo contemporáneo es verdad para mí. Aquello con lo que tú vives, de lo que eres contemporáneo, es realidad para ti. Y de esta manera cualquier hombre sólo puede ser contemporáneo con el tiempo en que vive y con una cosa más: con la vida de Cristo sobre la tierra, ya que la vida de Cristo sobre la tierra, la historia sagrada, se mantiene privilegiadamente por sí misma fuera de la historia.

La historia puedes leerla y oírla como algo que ha pasado, y acerca de ella, si te place, puedes juzgar conforme al resultado. Pero

la vida de Cristo sobre la tierra no es algo pasado, no tenía que esperar en su tiempo, hace ya mil ochocientos años, ni espera tampoco ahora la asistencia del resultado. Un cristianismo histórico es galimatías y confusión anticristiana; pues los verdaderos cristianos que haya en cada generación no tienen nada que ver con los cristianos de las generaciones precedentes, sino sólo con el contemporáneo Cristo. Su vida sobre la tierra acompaña a todas las generaciones, y en cuanto historia eterna acompaña a cada generación en particular; su vida sobre la tierra posee la contemporaneidad eterna. Y esta contemporaneidad convierte a su vez toda enseñanza del cristianismo (enseñanza que esencialmente se ampara en la capa encubridora y en la reconvención de que el cristianismo es algo pasado y en los mil ochocientos años de historia) en la más anticristiana de todas las herejías, que cualquiera podría echar de ver, y con ello dejaría de adoctrinar, si tratase de representarse aquella generación contemporánea de Cristo en la función de enseñar. Mas cualquier generación (de creyentes) es ciertamente contemporánea.

Si no logras superarte a ti mismo hasta ser cristiano en situación de contemporaneidad con Él, o no puede Él en situación de contemporaneidad moverte y atraerte a sí, entonces jamás llegarás a ser cristiano. Podrás honrar, ensalzar, agradecer, agasajar con todos los dones terrenos a quien te haga creer que a pesar de todo eres cristiano; te engaña. Podrás felicitarte si no fuiste contemporáneo de alguien que se atreviera a decírtelo; podrás enfurecerte por la desazón —semejante a la punzada de «aquel aguijón»*— de ser contemporáneo de uno que te lo diga: en el primer caso quedas engañado; en el segundo, al menos, has conseguido saber la verdad.

Si no puedes tolerar la contemporaneidad, tolerar esta visión en la realidad, el salir a la calle y ver que es Dios con ese horrible acompañamiento, y que ésta es tu misma situación y no caes de rodillas y lo adoras: es que no eres cristiano *esencialmente*. Has de llegar a convencerte absolutamente de esto, para que defiendas sobre todo la humildad y el temor y el temblor con relación a lo que significa de verdad ser cristiano. Pues éste es el camino que has de tomar para aprender y ejercitar el modo de refugiarte en la gracia sin profanarla; no te encamines, por Dios, a nadie que te pueda «tranquilizar». Cierto que se ha dicho: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis»; un texto con el que están muy atareados los sacerdotes, lo que no deja de ser curioso, aunque a veces lo hagan quizá para defender

* Referencia a Platón, *Apología* 30 E, donde Sócrates compara a Atenas con un caballo magnífico pero pesado, que necesita un aguijón.

una elegancia mundana que, sin embargo, cabalmente en la situación de la contemporaneidad tendría bastante de chocante, como si esas palabras no hubiesen sido dichas única y exclusivamente de los contemporáneos que creyeron. Si la majestad se hubiera dejado ver inmediatamente, de suerte que todo el mundo, sin más, lo pudiera haber visto, entonces es una falsedad total que Cristo se humillase y tomase una figura de siervo; entonces es una superficialidad el que advierta contra el escándalo, pues ¿quién sobre la faz de la tierra se escandalizaría de la majestad revestida de majestad? Y ¿quién en el mundo entero sería capaz de aclarar por qué a Cristo le fue como le fue, y que no se precipitasen todos llenos de admiración para contemplar lo que era inmediatamente patente? No, «no hay en él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en él belleza que agrade» (*Isaías* 53, 2); *inmediatamente* no había más que ver que a un hombre sencillo, que mediante milagros y señales y diciéndose Dios, destacaba continuamente la posibilidad del escándalo. Un hombre insignificante, que expresaba de esta manera: 1) lo que Dios entiende por compasión (y el ser hombre pobre e insignificante, cuando se trata de ser compasivo, está contenido en ello), y 2) lo que Dios entiende por desgracia del hombre. En ambos casos es sumamente distinto de lo que los hombres entienden, y lo que cualquiera en cada generación hasta el fin del mundo debe aprender desde el principio, empezando cabalmente en el mismo punto en que lo hacía cualquier contemporáneo de Cristo, ejercitándolo en la situación de la contemporaneidad. En esto, naturalmente, no ayudan nada el arrebatamiento y desenfreno humanos. Hasta qué punto logrará uno llegar a ser cristiano esencialmente, no se lo puede decir ningún otro hombre. Pero la angustia, el temor y la desesperación tampoco sirven para nada. La sinceridad delante de Dios es lo primero y lo último, sincero para convencerse de en dónde uno está, sincero delante de Dios para mantener continuamente la intención en la tarea, por lento que sea el caminar, aunque se arrastre hacia adelante; una cosa se tiene, sin embargo: el estar rectamente orientado, no extraviado y engañado con la artística poetización de Cristo, que en vez de ser Dios, es convertido en aquella lánguida estampa de la compasión que han inventado los hombres, como si el cristianismo, en vez de atraer a los hombres hacia lo celestial, se hundiese a la mitad del camino y se hiciese lo completamente humano.

«Y ¿qué quiere decir todo esto?». Quiere decir que cada uno en particular, en la tranquila interioridad delante de Dios, ha de humillarse cuando pregunta lo que significa ser cristiano en el sentido más riguroso, es decir, reconociendo sinceramente delante de Dios dónde se está, pero entregándose dignamente a la gracia, que se ofrece a todos los imperfectos, es decir, a cada uno. Y nada más. Entonces se entrega uno a su trabajo, contento con él, ama a su esposa, contento con ella, educa a sus hijos que son su alegría, ama a sus semejantes, se goza con la vida. Y si se exige más de él, Dios se lo dará a entender a las claras, y en tal caso Él lo ayudará. En el tremendo lenguaje de la ley todo ello suena al oído de una manera tremenda, porque expresa como si fuese el hombre el que con su propia fuerza tuviera que mantenerse unido a Cristo, en vez de estar sostenido por Cristo como expresa el lenguaje del amor. Por lo tanto, si se exige más de él, Dios se lo dará a entender a las claras; pero esto es lo que se exige de cada uno, el que delante de Dios sinceramente se humille bajo las exigencias del ideal. Y por eso éstas tendrían que ser oídas, oídas constantemente, en su total infinitud. Llegar a ser cristiano se ha convertido en una nada, en un borrón de maniático, en algo que cualquiera es sin más, en algo que se alcanza más fácilmente que la más insignificante habilidad. Verdaderamente estamos en la sazón de un tiempo en que han de ser oídas las exigencias del ideal. «Pero si lo cristiano es algo tan terrible y pavoroso, ¿cómo en todo el mundo se le podrá ocurrir a un hombre aceptar el cristianismo?». Es muy sencillo, y muy luterano, si no te importa añadir esto: solamente la conciencia del pecado puede empujarte —si se me permite emplear este término (de otra parte la fuerza es la gracia)— a este terror. Y en el mismo momento lo cristiano se te transmuta y es suavidad, gracia, amor, misericordia. Para cualquiera otra consideración, el cristianismo es y será algo sin pies ni cabeza o lo más espantoso. La única puerta de acceso al cristianismo es la conciencia de pecado; y todo otro camino para querer introducirse en él es pecado de lesa majestad contra el cristianismo.

Pero el pecado —que tú y yo seamos pecadores (en cuanto individuos)— ha sido abolido, o se le ha quitado su peso de una manera

irresponsable, tanto en la vida (la doméstica, la civil, la eclesiástica), como en la ciencia [teológica], que ha descubierto la *doctrina* del pecado en general. En compensación de esto se ha pretendido ayudar a los hombres a ingresar en el cristianismo y mantenerlos en él mediante todo ese aparato de la historia profana, la enseñanza de guante blanco, lo alto y lo profundo, lo del mejor amigo que es Jesucrito, etc. A todo eso Lutero lo llamaría palabrería, y además es una blasfemia, ya que es irrespetuoso pretender meter a Dios y a Cristo en la fraternización universal.

Sólo la conciencia de pecado garantiza el absoluto respeto; y precisamente por eso, porque el cristianismo quiere poseer el absoluto respeto, desea y tiene que manifestarse como locura y espanto, cabalmente para que el acento infinitamente cualitativo pueda destacar que sólo la conciencia de pecado, al ser el absoluto respeto, es el acceso, la perspectiva apta para mostrar la suavidad y el amor y la misericordia del cristianismo.

El hombre sencillo que humildemente reconoce que es un pecador, que lo es personalmente (en cuanto tal individuo), no necesita hacerse conocedor de todas las dificultades que le salen al paso a quien no es sencillo ni humilde. Pero si falta este humilde convencimiento de que se es personalmente un pecador (como individuo), es seguro —aunque por lo demás se posea toda la sabiduría y prudencia humanas y todas las restantes cualidades humanas— que todo eso le va a ayudar muy poco. El cristianismo se levantará furioso contra él, transmutándosele en locura o espanto, hasta que se decida o a renunciar al cristianismo, o a entrar en él, movido por los tormentos de una conciencia abatida, que son cosa muy distinta a la propedéutica científica, a la apologética, etc.; en la medida en que sienta la necesidad de entrar en el cristianismo por este angosto camino, a través de la conciencia de pecado.

EJERCITACIÓN DEL CRISTIANISMO

por
Anti-Climacus

N.º II

«BIENAVENTURADO EL QUE NO SE ESCANDALIZA DE MÍ»

Una exposición bíblica
y una definición cristiana de conceptos

por

Anti-Climacus

ACORDE

Sí, dichoso aquel que no se escandaliza de Él, dichoso aquel que cree que Jesucristo ha vivido aquí en la tierra y que era lo que dijo ser: el hombre insignificante y, no obstante, Dios, el Unigénito del Padre; dichoso aquel que no sabe recurrir a otro, sino que en todo sabe recurrir a Él. Y sea cual fuere la situación de un hombre en la vida, aunque tenga que vivir en pobreza y desgracias: dichoso el que no se escandaliza y cree que Él alimentó a cinco mil hombres con cinco panes y dos pececillos, dichoso el que no se escandaliza sino que cree que esto sucedió, ni tampoco se escandaliza porque esto no suceda ahora, pero cree que sucedió. Y sea cual fuere el destino de un hombre en el mundo, como quiera que las tormentas de la vida se encrespen contra él, dichoso el que no se escandaliza sino que cree que Él imperó a las aguas y éstas se tranquilizaron; cree con fe firme y segura que Pedro se hundía única y exclusivamente porque no creyó con fe plena y firme. Y sean cualesquiera que fueren las culpas de un hombre, aunque su culpa fuera tan horrible que no solamente él, sino toda la humanidad dudase de que pudiera ser perdonada, dichoso el que no se escandaliza y cree que Él dijo al paralítico: «Tus pecados te son perdonados», y que decir esto era tan fácil para Él como decir al paralítico: «Toma tu camilla, levántate y anda»; dichoso el que no se escandaliza sino que cree en el perdón de los pecados, aunque no haya sido ayudado a creer con la seguridad de la curación como el paralítico. Y sea cual fuere el modo de la muerte de un hombre, dichoso el que en la presencia de su última hora no se escandaliza como aquellos contemporáneos cuando Él dijo: «La muchacha no está muerta, duerme»; dichoso el que no se escandaliza sino que cree, y dice (como el niño a quien se le han enseñado ciertas palabras para que musitándolas se duerma): «Yo creo en Él», y así, duerme; sí, dichoso él, no está muerto, sino que duerme. Y sea cual fuere el sufrimiento de un cristiano aquí en este mundo por causa de la fe, aunque sea ridiculizado, perseguido, asesinado, dichoso el que no se escandaliza y cree en Él, el hombre humillado, insignificante, despreciado y que solamente supo de una manera tan lastimosa lo que es ser un hombre, en aquella ocasión

en que se dijo sobre Él: «Mirad qué hombre»; dichoso el que no se escandaliza sino que cree que Él era Dios, el Unigénito del Padre, y que aquello le pertenecía a Cristo y les pertenece a los que desean pertenecer a Cristo. Sí, dichoso aquel que no se escandaliza sino que cree, dichosa victoria; porque la fe vence al mundo, siempre que se venza al enemigo, la posibilidad del escándalo, en el propio interior. No temas al mundo, la pobreza o la desgracia, la enfermedad o la miseria, la adversidad o la injusticia de los hombres, sus amenazas, sus malos tratos, no temas nada de lo que solamente puede echar a perder al hombre exterior; no temas a los que pueden matar el cuerpo; pero témete a ti mismo, teme lo que puede matar la fe, y con ello matar para ti a Jesucristo; el escándalo, que ciertamente puede darte otro, pero que, no obstante, es una imposibilidad si tú mismo no te lo aceptas. Teme y tiembla; porque la fe se porta en un frágil recipiente: en la posibilidad del escándalo. Dichoso aquel que no se escandaliza de Él, sino que cree.

* * *

«Dichoso el que no se escandaliza de mí». ¡Oh, si tú le oyeras a Él mismo decir esto, oír en la interioridad que también aquí Él sufre por ti, por la contradicción de que a pesar de su amor, por amor no puede hacer imposible el que tú ahora te escandalices o no de Él!; que Él, que vino de tan lejos, muy lejos, desde la majestad del cielo; que Él, que descendió tan abajo, tan bajo, hasta hacerse hombre insignificante; que Él, que es capaz de todo y amorosamente lo ofrece todo, sin embargo, impotente, sufriendo por ello, porque Él está más preocupado por tu bien de lo que lo estás tú mismo, debe proponerte si deseas escandalizarte o no, si deseas, salvado por Él, heredar la bienaventuranza o hacerte a ti mismo desdichado y a Él entristecido, como solamente el amor puede estarlo. ¡Oh, si tú pudieses sospechar lo que pasa por Él cada vez que melancólico tiene que repetir estas palabras: «Dichoso aquel que no se escandaliza de mí»; que Él, que viene al mundo para salvar a todos —¡ay, lo que, sin embargo, no va tan de prisa!—; que Él a cada uno en particular tenga que decir repetida y repetidamente: «Dichoso aquel que no se escandaliza de mí». ¡Oh, si tú pudieras oírle decir esto, y sospechar lo que pasa por Él cuando lo dice: me parece que te sería imposible escandalizarte de Él; si no supieras de otra parte qué importante es tu salvación, si se te ha pasado por alto en el pasado, deberías conseguir saberlo ahora atendiendo a su pena. ¡Tan humano en su divinidad! Él sabe con el Padre desde la eternidad que solamente así puede ser salvado el géne-

ro humano; sabe que ningún hombre puede comprenderlo a Él, que el mosquito que vuela sobre la luz no está más seguro de su ruina de lo que lo está el hombre que intenta pretenciosamente comprenderlo a Él o lo que en Él está unido: Dios y hombre. Y, sin embargo, es el Salvador, y para ningún hombre hay salvación fuera de Él.

Si yo por un momento me atreviese a hablar así —y he de atreverme—, diría: sí, aunque no fuera por ti mismo, aunque tu ruina no estuviera vinculada con el hecho de escandalizarte de Él, ¿quién resistiría ser tan cruel con Él que se escandalizara de Él? Porque se puede ser cruel de muchas maneras. El poderoso puede hacer que martiricen a un hombre cruelmente, pero el débil puede hacer cruelmente imposible para el amor el que lo ayude; ¡ay, lo único que el amor deseaba, y tan íntimamente! Puedes tú ser tan cruel con Él, que en su interior es como una infinita profundidad de melancolía. Puesto que cuanto mayor es la superioridad, mayor es la melancolía. Siempre acontece así, incluso en la relación entre hombre y hombre, pero los hombres generalmente apenas piensan en ello, porque casi siempre no hacen sino anhelar o envidiar la superioridad, pero no se piensan en su puesto. El superior comprende y cuanto más superior sea, más preocupadamente responsable comprende lo que favorece al otro, y desearía, por lo tanto, hacer todo por favorecerlo, y así contempla ahora con melancolía que el otro ni se comprende a sí mismo ni lo comprende a él. Y ahora Él, el Dios-hombre — ¡oh, cuánto habrá tenido que sufrir!, no solamente o, mejor dicho, no precisamente desde aquel momento en que la maldad logró poderío sobre Él para burlarlo, azotarlo, maltratarlo, no, en todo tiempo, cuando peregrinó por la tierra y fue Maestro. Infinita melancolía, cuando Él, que vino para salvarnos a todos, que, divinamente, no se preocupó en lo más mínimo por lograrse honor y prestigio (¡oh, qué locura, qué blasfemia!), sino que todos los días, a todas las horas, en todos los momentos de su vida no pensó más que en los demás; qué infinita melancolía, cuando ahora echando una mirada sobre toda la masa humana vio todo lo contrario y lo único que no vio fue la fe o la comprensión para la fe; vio la curiosidad, que incomprende, la superficialidad, que incomprende, la inconstancia, la prudencia egoísta, la fantasía, el colmo de la prevención, en una palabra, la incomprensión continuada para con Aquel que verdaderamente no necesitaba de ellos (¡oh, qué locura y qué blasfemia!), pero de quien todos tenían necesidad: ¡la verdad y la vida! Infinita melancolía, que los descarriados no saben en el día de la visita lo que les proporciona la paz, infinita melancolía en Aquel que es por sí mismo la visita y el anhelante pacificador. ¡Qué sufrimiento de melancolía, cuando Él fijaba la mirada —y ¿en quién?— en el individuo, en cada individuo, para

ver a quien por cuya causa Él había venido al mundo, y vino a este hombre particular obcecado, apretado, pecador, que de esta manera no se dejaría ayudar ni una sola vez! ¡Ah, hablando humanamente, es ésta una relación inversa que no tiene ningún sentido: entre un hombre individual, que ni siquiera una sola vez se dejará ayudar, y precisamente Él! Ningún hombre podría soportar este contraste; solamente lo puede el Dios-hombre, sí, ningún hombre puede hacerse una idea de esta melancolía.

* * *

«Dichoso el que no se escandaliza de mí». ¡Oh, si tú pudieras representarte su alegría por cada creyente: entonces, salvado, superarías el escándalo. Su alegría por el creyente es como la de un hombre que es comprendido, totalmente comprendido por otro. Desde luego, Él no es como un hombre, no puede ser comprendido o conceptualizado, tiene que ser creído; pero en la fe le perteneces totalmente, y su alegría es grande, como la de aquel que encontró a otro que lo entendió. Qué grande no sería su alegría cuando declaró a Pedro dichoso: «¡Dichoso tú, Simón Pedro!», pues Pedro creía. Puedes colegir lo grande que sería su alegría del hecho de que preguntara tres veces a Pedro: ¿me amas?

CONTENIDO DE ESTA EXPOSICIÓN EN UNA BREVE SÍNTESIS CONCEPTUAL

Al igual que el concepto «fe» es una categoría propiamente cristiana, así a su vez el «escándalo» es una categoría propiamente cristiana, que guarda relación con la fe. La posibilidad del escándalo es la encrucijada, o como estar plantado en la encrucijada. De la posibilidad del escándalo se parte o hacia el escándalo o hacia la fe; pero jamás se llega a la fe sin pasar por la posibilidad del escándalo[1].

El escándalo guarda relación esencialmente con la síntesis de Dios y hombre, o del Dios-hombre. La especulación, naturalmente, ha opinado que podía «comprender» en conceptos al Dios-hombre —lo que se comprende fácilmente— puesto que la especulación elimina del Dios-hombre la determinación de la temporalidad, la contemporaneidad y la realidad. Entristece y espanta la consideración de que se haya festejado como pensamiento profundo lo que en realidad no son más —y la expresión no resultará demasiado dura— que garabatos de loco, con los que se embauca a los hombres. No, la situación pertenece indisolublemente al Dios-hombre, la situación de que un hombre individual, que está a tu lado, sea Dios-hombre. Dios-hombre no es la unidad de Dios y hombre; semejante terminología no es más que pensada, profunda ceguera. Dios-hombre es

1. Ya se ha manifestado en los escritos de algunos seudónimos que, en su confusión, la nueva filosofía ha hablado de *la duda, donde debería haberse hablado de la* desesperación. Con lo que no se ha podido domeñar o someter la duda ni en la ciencia ni en la vida. «La desesperación», sin embargo, expresa inmediatamente el recto modo, al hacer entrar la relación bajo la determinación de la personalidad (el individuo) y bajo lo ético. Y de la misma manera que se ha hablado confusivamente de la «duda» en lugar de hablar de la «desesperación», así se ha tenido también la costumbre de emplear la categoría «duda», donde debería haberse hablado de «escándalo». La relación de la personalidad de cara al cristianismo no es: dudar o creer, sino: escandalizarse o creer. Toda la filosofía moderna, tanto ética como cristianamente, está basada en una ligereza. En vez de intimidar y llamar al orden hablando de la desesperación y del escándalo, ha sugestionado e invitado a los hombres para que se imaginen que dudan y han dudado. La filosofía moderna, en cuanto abstracta, flota en la indeterminación de la metafísica. En lugar de esclarecer esto inmediatamente para sí misma, y así orientar a los hombres (*los hombres individuales*) *a lo moral, lo religioso, lo existencial,* la filosofía ha dado el viso de que los hombres podían, para decirlo de una manera totalmente prosaica, meterse en especulaciones fuera de su propia piel y en las nubes del puro simulacro.

la unidad de Dios y un hombre individual. Que el género humano esté o tenga que estar emparentado con Dios es viejo paganismo; pero que un hombre individual sea Dios, esto es cristianismo, y este hombre individual es Dios-hombre. Ni en los cielos, ni en la tierra, ni en los abismos, ni en los más fantásticos extravíos del pensamiento es posible, hablando en términos humanos, una reunión de dos extremos más sin sentido. Así se manifiesta en la situación de contemporaneidad; y no hay otra relación posible con el Dios-hombre sino la que empieza con una situación de contemporaneidad[2].

El escándalo, en el sentido más riguroso, el escándalo κατ'ἐξοχήν guarda relación, pues, con el Dios-hombre y tiene dos formas. La que procede en la dirección de la majestad, escandalizándose de que un hombre individual diga que es Dios, y actúa o habla de una manera que traiciona a Dios. (De esta forma se tratará en el apartado B.) O el escándalo se verifica en la dirección de la pequeñez, que Aquel que es Dios sea este hombre insignificante, que sufre como un hombre insignificante. (De esta forma se tratará en el apartado C.) En la primera el escándalo sobreviene de tal manera que no me escandalizo ni mucho menos del hombre insignificante, sino de que pretenda que yo crea que es Dios. Y si lo he creído, entonces el escándalo proviene de otra parte, a saber, que tenga que ser Dios precisamente este hombre insignificante, impotente, que cuando hay que intervenir está desarmado. En un caso se procede desde la determinación hombre y el escándalo recae sobre la determinación Dios; en el otro se procede desde la determinación Dios y el escándalo recae sobre la determinación hombre.

El Dios-hombre es la paradoja, absolutamente la paradoja; por lo que es completamente seguro que la razón tiene que paralizarse en su cercanía. Si un hombre no nota el escándalo en la dirección de la majestad, tendrá que descubrirlo en la dirección de la pequeñez. No sería impensable que un hombre con fantasía y sentimiento exagerados, un representante del cristianismo infantil o infantilizado (ya que para un niño no existe el escándalo κατ'ἐξοχήν, y precisamente por ello el cristianismo en el fondo no está hecho para el niño) pudiera anticiparse y manifestar que él creía, sin descubrir el escándalo, que este hombre individual era Dios. Esto se funda en que tal personaje no posee una representación madura de Dios, sino el fantasma infantil o infantilizado de algo extraordinario, algo infinita y altamente elevado, santo y puro, una representación de

2. Aquí he de hacer referencia al «Venid a mí todos los que estáis atribulados y cargados» de la «Parada».

alguien que es mayor que todos los reyes, etc., sin que en todo ello se entrañe la cualidad: Dios. Lo que significa que tal personaje no posee ninguna categoría, con lo cual se explica que opine creer que un hombre individual es Dios, sin chocar con el escándalo. Pero incluso este hombre chocará entonces con la pequeñez.

Esto acontece con el escándalo; y así es descrito también en la sagrada Escritura en los lugares en que el mismo Cristo advierte contra el escándalo.

Pero también en la Escritura se habla de una forma de escándalo respecto de Cristo, cuya posibilidad es algo históricamente acontecido. Este escándalo no se relaciona concretamente con Cristo en cuanto Cristo, en cuanto Dios-hombre (este último es el escándalo esencial, y sus dos formas permanecerán todo lo que dure la temporalidad, hasta que la fe sea abrogada), sino con Él en cuanto llana y simplemente un hombre individual que entra en colisión con lo establecido. (De esta forma se tratará en el apartado A.)

EXPOSICIÓN

A

LA POSIBILIDAD DEL ESCÁNDALO QUE NO GUARDA RELACIÓN CON CRISTO EN CUANTO CRISTO (EL DIOS-HOMBRE), SINO CON ÉL EN CUANTO LLANA Y SIMPLEMENTE UN HOMBRE INDIVIDUAL QUE ENTRA EN COLISIÓN CON EL ORDEN ESTABLECIDO

El escándalo del que aquí se habla es de tal naturaleza que cualquiera, por lo demás, puede convertirse en objeto del mismo, cuando, como individuo, aparenta no querer subordinarse o enrolarse en el orden establecido. Pero el que un individuo no quiera eso, no significa que este individuo diga que es Dios. Con todo, se ve fácilmente que aquí se trata de una cuantificación que avanza en la dirección de ser más que hombre; y esto es lo que despierta la atención del orden establecido. ¿Es el individuo superior al orden establecido? Con esta pregunta, o más exactamente, con esta protesta el orden establecido quiere obligarlo a que se vuelva atrás, o a que diga de sí mismo que es más que un hombre, y aquí surge el escándalo.

1) *Mateo* 15, 1-12. «Entonces se acercaron a Jesús los escribas y fariseos venidos de Jerusalén, diciendo: '¿Por qué tus discípulos traspasan la tradición de los ancianos, pues no se lavan las manos antes de comer?'. Él respondió y les dijo: '¿Por qué traspasáis vosotros el precepto de Dios en nombre de vuestras tradiciones? Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y quien maldijere a su padre o a su madre, sea muerto. Pero vosotros decís: Si alguno dijere a su padre y a su madre 'Cuanto de mí pudiere aprovecharte, sea ofrenda', ése no tiene que honrar a su padre; y habéis anulado la palabra de Dios en nombre de vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos humanos'. Y llamando a sí a la muchedumbre les dijo: 'Oíd y entended: No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre; pero lo que sale de la boca, eso es lo que al hombre le hace impuro'. Entonces se le acercaron los discípulos y le dijeron: '¿Sabes que los fariseos, al oírte, se han *escandalizado*?'».

Naturalmente, se deduce de suyo que Cristo es siempre el Dios-hombre. Pero aquí se da ciertamente una situación histórica y el escán-

dalo, del que aquí se habla, no lo es en la dirección del Dios-hombre, ni respecto de que en cuanto hombre individual diga que es Dios, ni respecto de que Dios es el hombre insignificante. Cristo es aquí en el sentido más amplio un maestro, un maestro del temor de Dios, de la interioridad, que con originalidad (sin que al hablar de esto se incluya su reclamación de querer ser Dios) impele a la interioridad en contraste con toda exterioridad vacía, un maestro que transmuta la exterioridad en interioridad. Ésta es la colisión, una colisión que acontece continuamente en la cristiandad, la colisión —para decirlo en pocas palabras— entre el pietismo y lo establecido. Los fariseos y los escribas aparecen concretamente como los representantes del orden establecido, que precisamente a causa de su puntillosidad y prudencia se había convertido en una vacía, sí, en una impía exterioridad.

Mientras tanto, el orden establecido se empeñaba entonces, y se empeña siempre en ser lo objetivo, superior a cada individuo particular, a la subjetividad. En el mismo momento en que un individuo no quiera subordinarse a lo establecido, o protesta enérgicamente de que ello sea lo verdadero, lo enfila indudablemente como falsedad, mientras que él se afirma estando en la verdad y siendo de la verdad, que cabalmente consiste en la interioridad: aquí está la colisión. El orden establecido con toda razón lanza la pregunta: ¿Qué se piensa ser este individuo, se imagina quizá que es Dios o que está en trato inmediato con Dios, o se piensa que es más que hombre?

De este modo surge aquí el escándalo, y se ve con facilidad que muy correctamente lo provoca el hecho de que alguien pretenda ser más que hombre. Sin embargo, hay aquí todavía un gran espacio para las relatividades y cuantificaciones respecto de eso de ser algo desacostumbrado, extraordinario, etc., sin que se haga precisamente la reclamación de que se es Dios. Es verdad que a muchos hombres les acontece que su representación de Cristo termina imaginándose que ha tenido que ser algo enormemente extraordinario, casi casi divino. Éstos, con seguridad, se hubieran escandalizado de Él, de haber sido sus contemporáneos; pero se lo podrían haber evitado, porque el escándalo *sensu strictissimo* guarda relación con el Dios-hombre, que no se agota precisamente en una cuantificación indeterminada, por altísima que se estime, sino que se determina cualitativamente en el hecho de que Él es Dios, y exige adoración.

Éste es el escándalo esencial sobre el cual, por lo demás, no se habla aquí; pero es bien sabido que también hay escándalo de alguien que de alguna manera se las dé, o parezca dárselas de querer ser más que hombre. Se escandalizan de él; sin embargo, no debe interpretarse falsamente que es siempre él quien se las dio de ser

más que un hombre, lo que suele pasar es que el adversario está metido hasta las sienes en el orden establecido. Siempre que un testigo de la verdad convierte la verdad en interioridad (y éste es el asunto esencial de todo testigo de la verdad); siempre que un genio interioriza primitivamente lo verdadero: se escandalizará también de él el orden establecido.

No hace falta conocer muy a fondo la raza humana para saber que esto es así, y basta conocer un poco la filosofía más reciente para estar seguro de que lo mismo sucederá en nuestro tiempo. ¿Por qué ha convertido Hegel la conciencia y la relación de conciencia en el individuo en «una forma de lo malo» (cf. *Filosofía del Derecho*)? ¿Por qué? Porque diviniza el orden establecido. Pero cuanto más se diviniza lo establecido, más naturalmente se concluye: *ergo* aquel que subestima o rechaza lo divino, que es lo establecido, *ergo* tiene que estar muy cerca por cierto de imaginarse que es Dios. Quizá no es él, sin embargo (y si es en verdad un testigo de la verdad es seguro que no es él), el que pronuncia algo blasfemo acerca de sí mismo. No, la blasfemia es propiamente una proyección de la impiedad, dentro de la cual se venera lo establecido como lo divino, un engaño acústico, proveniente de que lo establecido se musita a su propio oído que es lo divino, y cuando ahora oye decir lo mismo al testigo de la verdad, lo oye como si fuese él quien se decía ser más que hombre.

Pero que el orden establecido se haya convertido en algo divino, que sea visto como lo divino, es una falsedad originada con la ayuda del desconocimiento de su propia ascendencia. Cuando un ciudadano asciende a noble, hace gustoso todo el esfuerzo posible para lograr que su *vita ante acta* sea olvidada. Lo mismo sucede con el orden establecido. Lo establecido comenzó también con aquella colisión entre el individuo y algo particularmente establecido, comenzó con la relación divina en el individuo; pero ahora ha de ser olvidado, los puentes hundidos, lo establecido divinizado.

Y cosa extraña, esta divinización del orden establecido es cabalmente la permanente rebeldía, la continuada insurrección contra Dios. Él desea concretamente (y en definitiva no se le debe reprochar por eso) estar presente, tener un poco en su mano el control de la evolución del mundo, o desea sostener la raza humana en la evolución. Por el contrario, la divinización del orden establecido es el hallazgo autosatisfecho del sentido perezoso, mundano y humano, que desea tumbarse despreocupadamente, imaginándose que ya todo es paz y seguridad, que ya hemos alcanzado la cumbre. Y así las cosas, llega un individuo cualquiera, un impertinente, y se empeña en que tiene que ser superior al orden establecido. Sin embargo, no,

no está dicho que sea un empeño de su imaginación, sino que muy bien podría suceder que él era el «aguijón»* que el orden establecido necesitaba para no adormilarse o, lo que sería todavía peor, no hundirse en la autodivinización. Todo hombre tiene que vivir con temor y temblor, y así tampoco nada establecido ha de estar descargado de temor y temblor. Temor y temblor significan que se está en devenir; y cada individuo, y también la raza entera, está en devenir y tiene que convencerse de que lo está. Y temor y temblor significan que hay un Dios, y que ningún hombre ni nada establecido deben olvidarlo jamás.

De este mismo modo, en el tiempo de Cristo el judaísmo, precisamente con los fariseos y los escribas, se había transformado en el orden autosatisfecho y autodivinizante establecido. Se introdujo una completa conmensurabilidad entre lo exterior y lo interior, tan completa que lo interior había salido a la calle. Cabalmente se conoce por la aparición de esta conmensurabilidad y congruencia que algo establecido está a punto de divinizarse a sí mismo. Es eliminado todo lo que pudiera suscitar el recuerdo de la verdad combativa —concepto que no se está muy lejos de considerar ridículo—, ahora que la verdad ha vencido; la verdad que en otro tiempo era combativa es ahora lo establecido. Ser en la verdad, y cuanto más se sea en la verdad ya no puede significar en adelante que se tiene que sufrir y en el mismo grado ascendente: no, aquí hay congruencia, cuanto más se es de la verdad, mayores son los honores y la vistosidad. ¡Sí! No hay duda, acaba de divinizarse el orden establecido — si Cristo viniera al mundo en este momento sería nombrado por lo pronto profesor, e iría ascendiendo más y más en la medida en que fuese haciendo claro que estaba en la verdad.

De esta opinión fueron también, evidentemente, los fariseos y los escribas. Que la piedad y el temor de Dios tenían que sufrir en el mundo era algo anticuado, se había alcanzado ya la congruencia: cuanto más piadoso y temeroso de Dios, mayor la estimación. Y para que nadie pudiera llamarse a engaño y reclamar quizá que era piadoso en su más profunda intimidad, ocultamente, se daban (y este procedimiento se había tomado precisamente como una prueba de la seriedad de lo establecido) como una especie de exámenes que la piedad tenía que aprobar —conmensurablemente—. Se poseía desconfianza para con todo lo que deseaba mantenerse oculto en la interioridad, que tenía que ser mentira — y en esto cabe que se tenga mucha razón; pero también se había descartado completamente

* Véase la nota de la página 86.

que la contraseña de la verdadera piedad, cuando no se mantiene oculta, es exactamente que sufre contrariedades en este mundo. Sí, como ya queda dicho, con la misma bravura que un noble neófito sabe olvidar que él era ayer un ciudadano más, con la misma bravura logra el orden establecido olvidar su ascendencia. Y como el hombre individual puede aspirar a ser algo, en cuanto es esto mismo a lo que aspira la generación, el orden establecido se las compondrá en favor de ésta para anular a Dios y por temor a los hombres atrapar al individuo en una ratonera — pero ésta no es la voluntad de Dios, que emplea precisamente la táctica contraria, valiéndose del individuo para arrancar de la autosatisfacción revulsivamente a lo establecido.

Cuando la conmensurabilidad y la congruencia han entrado en escena y el orden establecido queda divinizado, entonces es eliminado todo temor y temblor. Vivir, especialmente significando algo en lo tal establecido, no es más que una continuación, solamente que más embebida todavía, de la vida cabe las faldas maternales; en la medida en que se logra justipreciar la verosimilitud y liberarse afeminadamente de tomar incluso la más mínima decisión, por la que «el individuo» se duela; porque no hay ningún individuo, ¡ni mucho menos! Se ha quedado prendido en la carroza de las seguridades de la verosimilitud, con encantadoras perspectivas de seguro progreso, ni más ni menos que hasta la misma eternidad — la eternidad juzgará seguramente como lo hacía el orden establecido, que se ha autodivinizado. «¿Qué deseas tú?», dice el orden establecido al individuo, «¿amargarte y martirizarte a ti mismo con la tremenda meta de la idealidad? No seas tonto, dirígete al orden establecido, vincúlate a lo establecido; ésta es la meta. Si eres estudiante puedes estar seguro de que el profesor es la meta y la verdad; si eres sacerdote, entonces el obispo es el camino y la vida; si eres escribiente, el notario es quien te da la medida. *Ne quid nimis!* [Nada en demasía.] El orden establecido es lo razonable y dichoso de ti si te incorporas a la relatividad que te ha sido asignada; para lo demás, deja que los colegios, el consistorio o la autoridad constituida cuiden de» — ¿«mi felicidad»? «¡Oh, qué seguro es esto! Y si en definitiva hay algún obstáculo de tu parte en este sentido, si no te puedes contentar, como todos los demás, con ser enviado bien empaquetado y embalado en una de las grandes remesas que el orden establecido expide hacia el otro mundo con las señas: 'A la felicidad eterna', segurísimo de que serás completamente bien recibido y tan feliz como 'todos los demás'; en una palabra, si no te das por contento con una tan garantizada seguridad y caución como por las que te sale fiador el orden establecido para tu felicidad allá arriba, sea en buena hora, pero guárdate muy bien de

tragártelo tú a solas, el orden establecido no tiene nada que objetar; si tú no dices ni palabra sobre ello, llegarás a vivir tan estupendamente como los demás».

La divinización de lo establecido es la mundanización de todo. Lo establecido puede tener plena razón en exigir que lo concerniente a lo mundano se vincule a lo establecido, se contente con la relatividad, etc. Mas a la postre mundaniza también la relación con Dios, quiere que ésta sea congruente con una cierta relatividad, que no haya nada esencialmente distinto del puesto de uno en la vida, etc. — en lugar de que esto tenga que ser lo absoluto para cada individuo, y que esta relación con Dios del individuo sea precisamente lo que ha de hacer fluctuar a todo lo particularmente establecido, de suerte que Dios, siempre que le plazca, con sólo apretar a un individuo en su relación con Él, tenga enseguida un testigo, un mensajero, un espía —o como quiera llamárselo—, uno que en y con absoluta obediencia hace fluctuar el orden establecido, mientras él es perseguido, padece y muere.

Ahora bien, cuando un individuo se hace firme en su relación con Dios precisamente frente al orden establecido, que se ha autodivinizado, tiene que aparecer como haciéndose más que hombre. Sin embargo, de ninguna manera es esto lo que piensa; ya que concede totalmente que cada hombre individual, absolutamente cada hombre individual, tiene y ha de tener por lo que a él respecta la misma relación con Dios. Como tampoco quien afirma estar enamorado niega por ello que otro lo esté, menos todavía niega un tal individuo que los demás, pero en cuanto individuos, posean la relación con Dios. Mas es esto lo que al orden establecido no le entra en la cabeza, que consistiría en algo tan fluido como una colección de millones de individuos, en la que cada uno particularmente poseyera la relación con Dios. El orden establecido quiere ser una totalidad, que no reconoce nada superior sobre sí, sino que tiene a cada individuo bajo su bota y juzga de cada individuo como subordinado a lo establecido. Y aquel individuo que todavía se atreva a enseñar la doctrina no solamente más humilde, sino también la más humana acerca del ser-hombre, será espantado por el orden establecido, que le imputará el hacerse culpable de blasfemia.

Así acontecía con los fariseos que se escandalizaban de Cristo, porque hacía de la piedad la absoluta interioridad, no algo directamente conmensurable por lo externo (más bien lo contrario, reconocible en el sufrimiento), y en todo caso no acabándose en la inmediata relatividad. Cristo, con sólo convertir el temor de Dios y la piedad en interioridad, chocaba contra toda aquella fachada de prescripciones y

relatividades, contra la reconocibilidad inmediata de la piedad por el honor y la estimación, el poder y la influencia, contra la objetividad que los fariseos y escribas habían conformado a su antojo. Plenamente convencidos de que tenían razón, y probablemente seguros de antemano de que Cristo tenía que darse por perdido, le proponen la pregunta de que por qué los discípulos desatienden la tradición de los ancianos. Lo mismo sucede siempre que algo establecido ha terminado por divinizarse a sí mismo, que entonces los artículos de la fe se convierten definitivamente en usos y costumbres, todo se amolda al mismo rasero: lo importante son las tradiciones, los usos y costumbres. El individuo no siente y no reconoce que él, y lo mismo cada individuo, posee una relación con Dios, que para él encierra significación absoluta, no, la relación con Dios queda eliminada y son divinizados los usos y costumbres, las tradiciones y similares. Pero esta forma de temor de Dios es cabalmente desprecio de Dios, que no teme a Dios, sino que teme a los hombres. Por eso responde Cristo a los fariseos: «¿Por qué traspasáis vosotros el precepto de Dios en nombre de vuestras tradiciones?». De este modo, evidentemente, habían llegado a ser tan santos los fariseos y los escribas, y de este modo se hacen tan santos los hombres siempre que se diviniza lo establecido, que su respeto de Dios consiste en hacer de Dios un loco: bajo la apariencia de que respetan y adoran a Dios, honran y adoran sus propias invenciones, o con alegría autosatisfecha, en cuanto que son ellos mismos los inventores, o por temor a los hombres.

Pero, como queda dicho, quien no se subordina al orden establecido es considerado por ello como alguien que se hace más que hombre y se escandalizan de él, aunque lo único que en verdad hace es a Dios, Dios, y a sí mismo, hombre.

2) *Mateo* 17, 24-27. «Entrando en Cafarnaúm se acercaron a Pedro los que cobraban el impuesto del templo y le dijeron: '¿Vuestro Maestro no paga el impuesto?'. Y él respondió: 'Sí'. Cuando iba a entrar en casa, le salió Jesús al paso y le dijo: '¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran censos y tributos? ¿De sus hijos o de los extraños?'. Contestó él: 'De los extraños'. Y le dijo Jesús: 'Luego los hijos son libres. Mas para no escandalizarlos, vete al mar, echa el anzuelo, coge el primer pez que pique, ábrele la boca y en ella hallarás una estatera: tómala y dala por mí y por ti'».

La colisión es aquí nuevamente la misma, la del individuo con el orden establecido. Lo que les iba a escandalizar sería el que este individuo se sustrajera a la relación con lo establecido. Ha de recordarse incesantemente que en ninguno de los lugares, ni en este capítulo 17 ni en el 15, se da la posibilidad del escándalo con relación a Cristo

qua Dios-hombre. La cuestión no es propiamente aquí si Él es Dios-hombre, ni la situación es si Él se manifiesta aquí y se confiesa siendo Dios-hombre, pues así no se presenta Él aquí. La cuestión es si Él, este hombre individual, quiere reconocer el orden establecido pagándole el tributo. Como pagar tributo es una exterioridad indiferente, Cristo se somete a ella y evita el escándalo. Pero otra cosa acontecía respecto de una exterioridad que descaradamente pretendía ser piedad. En el primer caso, si Cristo no hubiera transigido, hubiera provocado también escándalo, y el motivo del todo correcto hubiese sido que un individuo al desentenderse de lo establecido aparenta hacerse más que hombre, sin que de ello mismo, para repetirlo una vez más, se deduzca que se define cualitativamente siendo Dios.

Lo curioso, por lo demás, de esta narración es que Cristo, que está aquí en cuanto hombre individual en colisión con el orden establecido, para evitar este escándalo propone el auténtico escándalo. Ciertamente que paga el tributo, pero consigue la estatera con un milagro, es decir, se manifiesta que es Dios-hombre. Dejar de pagar el tributo es hacer posible el escándalo respecto de Él, ese hombre individual; pero la manera de hacerse con la estatera enfrenta con la posibilidad del escándalo esencial, en su dimensión de Dios-hombre.

Ahora pasamos al escándalo esencial, que guarda relación con el Dios-hombre. La posibilidad del escándalo relativo a Cristo, del cual acabamos de hablar, es una constatación histórica, desaparecida con su muerte, solamente existente para aquellos contemporáneos en relación con Él, este hombre individual. Por el contrario, la posibilidad del escándalo relativo a Cristo *qua* Dios-hombre durará hasta el fin del mundo. Eliminar la posibilidad de este escándalo significa que se elimina también a Cristo, que se hace de Él algo distinto de lo que es, señal de escándalo y objeto de fe.

B

LA POSIBILIDAD ESENCIAL DEL ESCÁNDALO EN LA DIRECCIÓN DE LA MAJESTAD, QUE UN HOMBRE INDIVIDUAL HABLE Y ACTÚE COMO SI FUERA DIOS, QUE DICE DE SÍ MISMO SER DIOS, ES DECIR, EN LA DIRECCIÓN DE LA DETERMINACIÓN: DIOS, DENTRO DE LA SÍNTESIS DIOS-HOMBRE

1) *Mateo* 11, 6. (Texto paralelo: *Lucas* 7, 23.) Juan el Bautista acaba de enviar desde la prisión mensajeros a Cristo para que le pregunten si es Él el que ha de venir o tendrán que esperar a otro. «Y respondiendo Jesús, les dijo: 'Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado aquel que no se *escandalizare* en mí'».

Cristo no responde, pues, *directamente*, no dice: decid a Juan que yo soy el Mesías. Exige la fe, y por ello no puede ofrecer a un *ausente* una comunicación directa. A uno que estuviera *presente* podía decírselo directamente, porque el *presente*, viendo al que hablaba, a este hombre individual, no conseguiría, sin embargo, una comunicación *directa* a causa de la contradicción existente, que está en el caso entre lo que es dicho y lo que se ve, es decir: por quién se ha de juzgar al que habla, por lo que se ve. Pero esto se esclarecerá ampliamente en su lugar.

Además: Si la cosa hubiese sido verdaderamente, según la cristiandad ha acostumbrado a imaginársela desde hace mucho tiempo, que con todo era claramente visible que Cristo era lo que decía ser, entonces ¿a qué viene una respuesta tan extraña? Hubiera sido infinitamente más sencillo y más directo que Cristo hubiese procedido como se hace en los sermones, hubiese dicho a los enviados: miradme, bien podéis ver que soy Dios. Pero nunca hizo este ensayo. No, el medio más sencillo para terminar con todo este sentimental paganismo, que en la cristiandad se llama cristianismo, es confrontarlo de una manera plenamente simple en la situación de la contemporaneidad.

Todavía más: La respuesta de Cristo contiene compendiosamente lo que, por otra parte, acostumbra a ser presentado bajo el título de «Pruebas de la verdad del cristianismo», hecha excepción de la prueba de las profecías. Aunque en este sentido el mismo Bautista era el representante indicado, que muy bien —y de lo contrario

nadie—, mediante el argumento de los vaticinios podía haber esclarecido si Cristo era el prometido Mesías, de una manera muy próxima; pero es bastante curioso, el último profeta, y en cuanto tal en estrechísima relación con la inspiración profética, el Precursor no ha sido llevado por este argumento más que hasta el toque de la atención: y pregunta. En definitiva, excepción hecha de la prueba de los vaticinios, todas las restantes pruebas de la verdad del cristianismo están contenidas en la respuesta de Cristo. Él se remite a los hechos milagrosos (los cojos andan, los ciegos ven, etc.) y a la misma doctrina (los pobres son evangelizados), y todavía añade, bastante curioso, añade: «bienaventurado el que no se escandalizare en mí». Advierte que en la cristiandad se ha tenido una costumbre distinta. Se han escrito estos infolios descomunales que desarrollan las pruebas de la verdad del cristianismo. Al resguardo de estas pruebas y de estos infolios se está completamente convencido y seguro contra todo ataque; puesto que las pruebas y los infolios terminan siempre con: *ergo* Cristo era quien decía ser; es decir, mediante las pruebas es tan cierto como que 2 y 2 son 4, y tan a la medida como el pie en el calcetín; el docente y el sacerdote se empeñan en este *ergo* incontrastable, que hace la cosa directamente clara; y el misionero va lleno de confianza a la conversión de los paganos con la ayuda de este *ergo*. Y Cristo hace lo contrario. No dice: *ergo*, yo soy el esperado; dice, después de haberse dirigido a las pruebas: dichoso el que no se escandalizare de mí, es decir, aclara concretamente que con relación a Él no sirve ningún argumento, que no se llega a Él mediante las pruebas, que no hay ningún pasadizo directo para hacerse cristiano, que las pruebas a lo sumo pueden servir para hacer a un hombre atento, para que así, actualmente atento, pueda situarse en el punto justo: si quiere creer o prefiere escandalizarse. Las pruebas son todavía ambivalentes, son los *pro* y *contra* de la razón razonadora, que por lo mismo pueden emplearse *contra* y *pro*; primariamente en la elección se hace el corazón patente (y para eso justamente vino Cristo al mundo, para hacer patentes los pensamientos de los corazones): si un hombre quiere creer o quiere escandalizarse. Mira, un profesor de teología que con el bagaje de todo cuanto se ha escrito hasta ahora sobre el particular acaba de escribir una obra nueva sobre las pruebas de la verdad del cristianismo, se disgustaría mucho si cualquiera no le concediese que ahora la cosa estaba clara como el agua. Pero Cristo hace lo contrario, no dice más que las pruebas pudieran llevar a alguien — no a la fe, de ninguna manera (en ese caso sería muy superficial el añadir: bienaventurado el que no se escandalizare), sino hasta aquel punto en que puede surgir la fe; ayu-

dar a alguien a que esté atento y ayudarlo a que salga a la intemperie de la tensión dialéctica en la cual estalla la fe: ¿tú quieres creer, o quieres escandalizarte?

¿Dónde radica entonces la posibilidad del escándalo? En el milagro; y el milagro es la prueba; y por el milagro se ha querido *demostrar directamente* la verdad del cristianismo. Se entiende de suyo que la prueba directa debe así —lo que también hace— atender a que viene significativamente a la zaga, con lo cual sin duda revela indirectamente para qué —como todo lo que viene a la zaga— es apta; puesto que en la situación de la contemporaneidad es un imposible demostrar directamente. No digamos disparates, no queramos —sabiendo quién es Cristo (en el caso de que se pueda saber algo sobre Él), o imaginándonos que lo sabemos—, no queramos ahora nosotros, mil ochocientos años después, considerar el milagro y así quedar convencidos. ¡Qué sinsentido más profundo! Si nosotros sabemos quién es Cristo, ¿cómo puede afirmarse entonces que es el milagro el que nos lo demuestra? Y, además, la circunstancia no es aquí la que puede ser valedera respecto de otras cosas, de manera que el que venga a la zaga no pierde nada con volverse a casa y tumbarse tranquilamente, lo cual vale especialmente respecto de lo extraordinario. Si ha de tener sentido la afirmación de que el milagro demuestra quién es Cristo, entonces tendremos que empezar con que no sabemos quién es Él, es decir, en situación de contemporaneidad con un hombre individual, que es como los demás hombres, en el cual no hay nada especial que ver directamente, un hombre individual, que hace el milagro y dice de sí mismo que hace el milagro. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que este hombre individual se convierte en más que hombre, en algo cercano a Dios. ¿No es esto escandaloso? Tú ves algo inexplicable, milagroso (nada más que esto). Él mismo dice que es un milagro — y tú tienes delante de los ojos un hombre individual. El milagro no puede demostrar nada; pues si tú no crees que Él es quien dice ser, entonces niegas el milagro. El milagro puede despertar la atención — ahora estás en tensión, y todo depende de lo que tú elijas, el escándalo o la fe; es tu corazón el que ha de hacerse patente.

La contradicción, que provoca la posibilidad del escándalo, es la de ser un hombre individual, un hombre insignificante — y que tal hombre actúa en la dimensión del ser Dios. Presta sólo atención a la situación de la contemporaneidad; y si no atiendes a la misma, te metes equivocadamente en un engaño. Mas el caso es que en la cristiandad se posee solamente una imagen fantástica de Cristo, una fantástica figura de Dios, que corresponde inmediatamente al hecho

del milagro. Pero esto es falsedad, así no se ha manifestado Cristo nunca. El cristianismo de la cristiandad es fantasmático, tanto en la orientación del milagro como en la de Cristo. En la situación de contemporaneidad estás plantado entre ese algo inexplicable (sin que de esto se siga inmediatamente que se trata de un milagro) y un hombre individual, que aparece como los demás — y es este hombre el que realiza lo inexplicable.

La posibilidad del escándalo es insoslayable, tienes que pasar a través de ella, y solamente de una manera puedes ser liberado de ella: creyendo. Por eso dice Cristo: dichoso el que no se escandaliza de mí. En aquel tiempo no era tan fácil —como lo ha llegado a ser más tarde, hasta la náusea, en el mentidero de la cristiandad— que con sólo oír que un ciego había recobrado la vista de nuevo o un muerto la vida, se estuviese inmediatamente convencido de quién era Cristo. No, en aquel tiempo ser creyente era la más pavorosa decisión para un hombre. ¡Oh espantosa contradicción, oh atrocidad!: este atareado cristianismo que ha podido demostrar y demostrar la verdad del cristianismo; estos miles y miles que han creído — a fuerza de los argumentos; y, sin embargo, Jesucristo, el fundador y plenificador de la fe, a la par que señala la atención de las pruebas —que entonces, al suceder tuvieron que operar de una forma más acentuada—, tiene que añadir: «dichoso el que no se escandaliza de mí», es decir, que de tal manera refiere a las pruebas, que niega que ellas sean el camino hacia Él. Como si quisiera decir a los discípulos de Juan, para que se lo dijeran a Juan —lo que de este modo queda dicho a todos nosotros—: por el camino de las pruebas ninguno llega hasta mí; míralas, para que te conviertan en atento; y así, desde luego, dichoso el que no se escandalizare de mí.

¡Oh espantosa contradicción, oh atrocidad!: esta fantasización y tontería, con las que se ha porfiado con las pruebas y se ha traicionado al cristianismo — y así a Nuestro Señor Jesucristo, que también aquí sufre, que indudablemente hace referencia a las pruebas, pero al mismo tiempo, casi de rodillas ante cada individuo, añade: dichoso el que no se escandaliza de mí. ¡Oh, qué misterio de sufrimientos tener que ser señal de escándalo para poder ser objeto de la fe! Tan preocupado peregrinó por el mundo, Él que había venido por amor al mundo; ¡ay!, Él comprendió como nadie lo comprende, ni puede comprenderlo, lo infinitamente difícil que es ser cristiano. ¿Le causará placer el que haya miles y miles que de la manera más superficial se imaginan que ellos son cristianos?

2) *Juan* 6, 61. Cristo dice de sí mismo que es el pan vivo, «si alguno come de este pan vivirá». «Disputaban entre sí los judíos, di-

ciendo: '¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?'. Jesús les dijo: 'En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros'... Incluso muchos de sus discípulos, cuando oyeron esto, dijeron: 'Duras son estas palabras. ¿Quién puede oírlas?'. Entonces Jesús, conociendo que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: '¿Esto os escandaliza?'». Y por el versículo 66 se ve que «desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían».

Por lo tanto, según la regla, estas palabras escandalizaron ya entonces, de manera que incluso los discípulos, muchos discípulos, se desgajaron. Ahora, en la cristiandad, ya no se escandaliza nadie. Ciertamente, se entiende que estas palabras no escandalicen al verdadero cristiano, pues él cree. Pero para haber llegado a ser creyente se ha debido atravesar la posibilidad del escándalo, y éste es el que ha quedado anulado en la cristiandad. Ahora se exponen estas palabras en conexión con la Cena, se ha desarrollado una doctrina acerca de la ubiquidad del cuerpo de Cristo; y con todo ello se tiene en la cristiandad una fantástica figura de Cristo, sin que todo ello sea ni incomprensible ni en modo alguno contenga la posibilidad del escándalo.

Mas ya se ha hablado bastante sobre las fantasías de la cristiandad. Tratemos ahora de la situación de contemporaneidad.

Un hombre individual, que aparenta ser como todos los demás, habla de ese modo sobre sí mismo. ¡Qué milagro, desde luego, que hubiera escándalo, que muchos de sus discípulos se le desgajaran y siguiesen, escandalizados, su camino! Y parecidas a aquellas melancólicas palabras «dichoso quien no se escandaliza de mí», hay aquí a continuación otras, mientras Cristo dice a los Doce: «¿Queréis iros vosotros también?». ¡Ah, Cristo comprendía como ningún hombre que es muy difícil llegar a ser creyente! Él sufre también aquí; desea salvarlos a todos, pero para que sean salvados tienen que atravesar la posibilidad del escándalo, ¡ay!, y acontece que al escandalizarse todos de Él viene a quedarse casi solo, Él, el Salvador, que desea salvarlos a todos. Misterio de sufrimiento que no puede comprender ningún hombre, como tampoco entiende que sea precisamente señal de escándalo para ser objeto de fe. Y por eso son tan conmovedoras estas palabras: ¿Queréis iros vosotros también? Sufre tanto Él, que es como si dijese: ¿es que tengo yo, yo que vine a salvar a todos los hombres y cuyo amor absolutamente ningún hombre capta, es que tengo yo que ser llevado a tal extremo que no haya nadie para quien yo haya sido la salvación? ¡Ay, estar con los brazos abiertos diciendo: «venid acá» — y que todos huyan, y no solamente que huyan,

sino que huyen escandalizados! ¡Ser el Salvador del mundo! Y por eso rebota este sufrimiento en aquellas palabras de alegría dirigidas a Pedro: «Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás».

Pero volvamos ahora al mismo texto para mostrar que el escándalo lo es en la dirección de la majestad; simultáneamente no debemos olvidar que el relato histórico acerca del escándalo que estas palabras despertaron debe ser segura garantía de que las mismas palabras despertarían esencialmente en la misma situación el mismo escándalo. Es decir, en la situación de contemporaneidad con un hombre individual, un hombre como los demás, y que dice lo que dice de sí mismo. Se comporta de una manera sobrehumanamente espiritual, ya que habla sobre comer su carne y beber su sangre, fantásticamente a más no poder en la dirección de una propiedad divina: la omnipresencia, y, por otra parte, paradójicamente a más no poder, cuando se trata de su carne y de su sangre; dice que solamente a aquel que coma su cuerpo y beba su sangre le ensalzará en el último día — lo que es, ciertamente, la expresión más definitiva de que se determina a sí mismo como Dios. Dice que es pan bajado del cielo, también una expresión definitiva en la dirección de lo divino. Y cuando notó que sus discípulos murmuraban de esto y encontraron duras estas palabras, les dijo: «¿Os escandaliza esto?», y a renglón seguido añade todavía más fuertemente: «¿Pues qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes?». O sea, que lejos de ponerse blando y menguar las exigencias se hace a sí mismo algo completamente distinto del ser-hombre, se hace divino; Él, un hombre particular.

Ciertamente cuando se vive ebrio de fantasizaciones, cuando se deja a la *fantasía que forme una figura* fantástica de Cristo, con quien se relaciona uno en la distancia de la visión fantasmática; ciertamente, no se nota quizá entonces el escándalo. Pero en la realidad, en la verdad, es decir, en la situación de contemporaneidad con aquel hombre individual, cuya ascendencia es conocida, a quien se conoce de la calle, etc., nadie podría negar que aquí solamente hay una forma de soslayar la posibilidad del escándalo, la de la fe. Pero el que cree, para haber llegado a creer ha tenido que dejar atrás la posibilidad del escándalo.

APÉNDICE

Estos dos textos son los únicos en los que expresamente se nombra la posibilidad del escándalo en la dirección de la majestad. Pero en cuanto a la cosa en cuestión ha estado presente en todo momento

en que Él (Dios-hombre), Él, este hombre individual, hablaba u obraba en la dirección de la determinación: Dios; así, por otra parte, se anota con frecuencia en la sagrada Escritura. Por lo demás, la exposición no urge completamente el que se citen todos los lugares, y un trabajo exegético con todos ellos sería aquí totalmente superficial y quizá confusivo, en cuanto que podía dar la impresión de que la posibilidad del escándalo solamente era marcada en tal o tales lugares, en vez de señalarla en todo momento. Así, con *Mateo* 9, 4 (el relato del paralítico), cuando Cristo dice a los fariseos: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?»: en este caso estos malos pensamientos son el escándalo. Perdonar los pecados es en el sentido más decisivo una determinación en la dirección de Dios. Pero, para volverlo a repetir, cuando solamente se tiene una imagen fantástica de Cristo, entonces quizá se ve perfectamente que Él perdone los pecados, sin percibir ninguna posibilidad de escándalo. Por el contrario en la realidad, en la verdad, es decir, en la situación de contemporaneidad: ¡que un hombre individual como todos los demás, quiera perdonar los pecados! Entonces no hay más que una forma de soslayar el escándalo: la de creer; pero el que cree ha atravesado la posibilidad del escándalo. *Mateo* 12, 24, donde los fariseos, después que Cristo había sanado a un endemoniado, que era ciego y mudo, dicen: «Éste no echa a los demonios sino por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios»; se dice entonces: «Jesús, penetrando sus pensamientos»: se trata de unos pensamientos que son nuevamente el escándalo. *Mateo* 26, 64-65, cuando Cristo dice: «Un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo», y el Pontífice gritó: «Ha blasfemado... acabáis de oír la blasfemia»: lo que oímos es el escándalo. *Juan* 8, 48, 52, 53. Todo el relato acerca del ciego de nacimiento. *Juan* 10, 20, 30, 31, 33.

Con cada palabra en la dirección de la determinación: Dios, con cada obra en la misma dirección, ha de saltar la posibilidad del escándalo; cualquiera puede darse cuenta de ello en la situación de contemporaneidad. Pero en la cristiandad hemos llegado todos a ser cristianos sin percibir absolutamente lo más mínimo de la posibilidad del escándalo sobre el hecho de que un hombre individual hable y actúe en la dirección de que es Dios, todos nosotros somos cristianos, ¡no faltaba más! Pero se llega a ser cristiano solamente en la situación de contemporaneidad con Cristo; y en la situación de contemporaneidad cualquiera se dará también cuenta. Pero en la cristiandad todos hemos llegado a ser cristianos sin percibir para nada (lo que entre otras cosas es también la defensa de lo cristiano contra el «pensamiento especulativo», y por cierto un signo de muerte para

éste) la posibilidad del escándalo, sin ni siquiera notar, al parecer, que Jesucristo mismo hace caer en la cuenta de que la posibilidad del escándalo está presente — y eso que Él, por lo que respecta a este asunto, está tan bien enterado como todos los señores profesores de teología especulativa, sin cuya ayuda y asistencia, como es bien sabido, vino el cristianismo al mundo, aunque sería bien posible, de no haber algún obstáculo de otra parte, que con su ayuda y asistencia fuese expulsado del mundo.

C

LA POSIBILIDAD DEL ESCÁNDALO ESENCIAL EN LA DIRECCIÓN DE LA PEQUEÑEZ, QUE AQUEL QUE PROCLAMA SER DIOS SE MANIFIESTE SIENDO EL HOMBRE INSIGNIFICANTE, POBRE, SUFRIENTE Y, POR ÚLTIMO, IMPOTENTE

El escándalo no recae sobre el hecho de que Él sea Dios, sino sobre que Dios sea este hombre («¡mira qué hombre!»), bien sea que se esté realmente en el trance de creer que Él era Dios o que se considere de una manera puramente contemplativa esta infinita contradicción interna: que Dios tenía que ser un tal hombre. En el apartado precedente, quien estaba en trance de escandalizarse, parado junto a la posibilidad del escándalo, decía: un hombre individual como nosotros pretende ser Dios. Ahora, quien está parado junto a la posibilidad del escándalo, dice: suponiendo por un momento que eres Dios, ¡qué perversidad y desatino que entonces seas este hombre insignificante, pobre, impotente!

1) *Mateo* 13, 55; *Marcos* 6, 3. «'¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? ¿Sus hermanas no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?'. Y se *escandalizaban* en Él».

Por lo demás, la dirección del escándalo es aquí ambivalente. En cuanto se urge: «¿De dónde le viene todo esto?», el escándalo se desata en la forma precedente, ellos se escandalizan de que este hombre insignificante fuera lo extraordinario, fuera Dios. Pero también puede acontecer lo contrario: que se escandalicen de que Dios fuera el hijo del carpintero y con toda esa familia. La dirección del escándalo es aquí ambivalente, y así lo es también en expresiones como en *Juan* 7, 27 y 48.

Sin embargo, cuando se posee una representación fantástica de Cristo, que ni es tal determinado hombre individual, ni tampoco su padre es el carpintero, un hombre individual real a quien se conoce muy bien, y lo mismo digamos de los demás parientes: entonces es bastante posible no escandalizarse. Mas si no se es contemporáneo de Cristo de esa manera, entonces tampoco es posible ser cristiano.

2) *Mateo* 26, 31, 33; *Marcos* 14, 27, 29. La posibilidad del escándalo es aquí de un modo indubitable en la dirección de la pequeñez. Se habla de los discípulos, quienes, desde luego, habían creído

que Él era quien decía ser; se habla de que se escandalizarían de Él. Ahora bien, es imposible que su escándalo lo sea en dirección de la majestad, que su Maestro y Señor no fuera lo que decía, esto de ninguna manera, lo creían a pies juntillas. Lo es en dirección de la pequeñez, el que Él, el altamente encumbrado, el Unigénito del Padre, tuviera que padecer de esa manera, entregarse impotente a la violencia de sus enemigos. Cuando se habla de la negación de Pedro, se acostumbra en la narración con agrado a conseguir uno de esos clímax que tienen justamente la dialéctica en contra, de modo que resultan un anticlímax sin que el que habla lo perciba, porque no tiene ni idea acerca de los secretos de la dialéctica, sino que declamativamente todo lo desguaza, incluso la paradoja, en un superlativo inmediato, de suerte que eso de ser Dios viene a ser un superlativo inmediato de ser hombre. El predicador dice que ya hubiera sido muy digno de castigo el que Pedro negase a Cristo en el caso mismo de que Cristo hubiese sido meramente un hombre; pero ¡qué barbaridad siendo Cristo el que era! Se olvida del todo que si Cristo hubiese sido solamente un hombre y considerado por Pedro solamente como un hombre, Pedro, en este caso, no le hubiese negado. Lo que precisamente le saca a Pedro fuera de quicio, lo que opera como un golpe apoplético sobre él es, *cabalmente, que él cree que Cristo* era el Unigénito del Padre. Que un hombre caiga en las manos violentas de sus enemigos y no haga nada, esto es humano. Pero que Aquel cuya todopoderosa mano ha obrado señales y milagros esté ahora impotente y paralizado, esto precisamente es lo que le lleva a Pedro a la negación.

Así, pues, vayamos a aquellos dos textos. «En esta noche os escandalizaréis de mí todos vosotros...». Pero Pedro respondió y le dijo: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo jamás me escandalizaré». Ésta es la última vez que Cristo está reunido con sus discípulos antes de su sufrimiento, y les habla de ello, prediciéndoselo. ¡Oh!, con qué infinito dolor, un dolor que ningún hombre puede comprender y que, por lo mismo, sólo indirectamente está contenido en la descripción de la sagrada Escritura. Porque Cristo habla parcamente de lo que ahora va a sufrir, y no más ampliamente de cómo ha de ser maltratado, y, sin embargo, Él predice su sufrimiento; ¡ay!, su sufrimiento; ¡ay!, su más pesado sufrimiento, que es cabalmente éste, que todos se escandalizarían de Él, incluso Pedro. Él predice su sufrimiento, y parece como si solamente fuera una faceta en la descripción de su espanto, es decir, que ese sufrimiento será tan espantoso que hasta sus Apóstoles se escandalizarán de Él; ¡ay!, y precisamente esto es lo más pesado del sufrimiento. ¡Oh!, el hombre que sólo tiene sentimien-

to y entendederas para lo externo, no se da cuenta de cómo Cristo predice su sufrimiento, cabalmente el sufrimiento que más le pesaba en aquella noche, en la cual fue traicionado; en aquella noche, cuando fue escarnecido, burlado, escupido, azotado: esto, que todos se escandalizaran de Él. Cuando se le contempla clavado a la cruz como un malhechor, se puede afirmar muy bien que jamás hombre alguno, hablando humanamente, había conseguido menos, y que jamás causa alguna, hablando humanamente, estuvo tan perdida como la suya en este momento. Se olvida lo espantoso, sobre el espanto se olvida «lo espantoso»; puesto que el que sus enemigos y el mal alcanzaran poderío sobre Él no da lugar exactamente para que se diga, hablando humanamente, que ha sido en vano el que Él viniera al mundo. Pero en el momento en que todos se escandalizaban de Él, incluso Pedro: hablando humanamente, ¿no era toda su vida como una pasión inútil? Él deseaba salvarlos a todos, literalmente a todos — ¡y todos se escandalizaban de Él, literalmente todos! Y Él tiene en su poder, con un poco que se cambie, con tal que mantenga el sufrimiento ausente, si se trata de sus amados discípulos, de alejar la posibilidad del escándalo — pero entonces dejaría de ser objeto de la fe, se engañaría a sí mismo movido por la compasión humana, y los engañaría. ¡Oh, profundidad de sufrimiento, abisal para la razón humana: tener que ser señal de escándalo para ser objeto de fe!

Mas, por otra parte, no se necesitaría ninguna prueba de que la posibilidad del escándalo pertenece indisolublemente a la fe: así se manifestó ciertamente aquí, todos se escandalizaban de Él. Los discípulos que habían creído en su divinidad y en esta dimensión habían dejado atrás la posibilidad del escándalo, porque creyeron; sin embargo se quedan perplejos ante la pequeñez, ante esta posibilidad de escándalo que consiste en que el Dios-hombre sufra exactamente como si fuese sólo hombre. Es decir, según queda dicho en la primera sección: la posibilidad del escándalo es la defensa y el escudo de la fe, es de tal manera ambivalente que toda humana razón tiene de una manera u otra que llegar a la perplejidad, debe chocar contra ella, o para escandalizarse o para creer.

APÉNDICE I

Además de los textos citados, en que se habla de la posibilidad del escándalo en la dirección de la pequeñez del Dios-hombre, hay, naturalmente, una multitud de otros textos en los que se refiere lo mismo, donde el escándalo queda señalado, sin que concretamente

se le nombre. Así, para traer solamente un ejemplo, toda la historia de la Pasión.

APÉNDICE II

Acabamos de hablar de la posibilidad del escándalo relativo al Dios-hombre en dirección de la pequeñez.

A ésta corresponde otra posibilidad de escándalo, de la que también habla Cristo, una posibilidad de escándalo que lo es igualmente en dirección de la pequeñez, cuando se muestra que el discípulo no puede ser superior al maestro, sino lo mismo que él. Él es Dios-hombre y hay escándalo en que se humille de esa manera. Mas ahora, eso de ser cristiano, de pertenecer en verdad a Cristo —si Él es verdaderamente lo que dice ser— tendría que ser, hablando humanamente, lo más alto para un hombre. Pero no; verdaderamente ser cristiano tiene que significar humillación en el mundo, a los ojos de los hombres; tiene que significar sufrir todos los ataques de la maldad, el sarcasmo y la burla y en definitiva ¡ser castigado como un malhechor! Aquí se presenta nuevamente la posibilidad del escándalo. Y también de este escándalo se puede decir, válidamente, que lo puedes evitar, si movido hipócritamente o tamborileando las cuerdas de la humana compasión contigo mismo y con los demás, eres cristiano solamente hasta un cierto grado, a la manera del pagano *ne quid nimis*; porque así serás ensalzado y bien visto, soslayarás la posibilidad del escándalo, realizarás cosas enormes en el mundo, lograrás que una multitud inmensa desee también ser cristiana hasta un cierto grado. Si no es esto lo que quieres, entonces tienes que cruzar la posibilidad del escándalo; porque aunque ser cristiano no es lo mismo que ser Cristo (¡qué blasfemia!), es, sin embargo, ser su imitador, y no precisamente uno de esos emperejilados imitadores, que aprovechan la firma y dejan que Cristo haya sufrido ya hace muchos, muchísimos siglos; no, ser imitador significa que tu vida sea todo lo igual a la suya que es posible a una vida de hombre.

El cristianismo no es ninguna doctrina, todo hablar de escándalo respecto de él como doctrina es un malentendido, es la enervación del choque contra la piedra del escándalo, lo mismo que cuando se habla acerca del escándalo respecto a la *doctrina* del Dios-hombre, la *doctrina* de la reconciliación. No, el escándalo lo es o con relación a Cristo o a que uno mismo sea cristiano.

Pero como en la cristiandad se han confundido todas las cosas, también ésta ha sido confundida, y con ello se ha conseguido, natu-

ralmente, que la cristiandad se haya convertido en paganismo. Suena en la cristiandad una incansable plática acerca de lo que aconteció enseguida que murió Cristo, cómo triunfaba, y cómo su victoriosa doctrina conquistaba todo el mundo; en una palabra, continuamente se está oyendo una predicación que más apropiadamente podría terminarse con un «¡hurra!» que con un «amén». No, la vida de Cristo en la tierra es el paradigma; en parangón con ella tengo yo, y todo cristiano, que esforzarme por conformar mi vida, y éste es el tema esencial de la predicación, a lo que debe servir, a mantenerme en espíritu cuando me emboto, y a apoyarme cuando me amilano. Así es Él el paradigma en situación de contemporaneidad; y entonces no se parlotea sobre lo que aconteció después. Mas la cristiandad ha eliminado a Cristo y en compensación — quiere heredarlo, heredar su gran nombre, aprovecharse de las tremendas consecuencias de su vida, y ya falta poco para que se las apropie como méritos propios y nos embauque con el señuelo de que la cristiandad es Cristo. En lugar de que cada generación comience originalmente con Cristo, y así exponer la vida de Él como paradigma, lo que la cristiandad ha hecho es tomarse la libertad de exhibir toda la relación de una manera meramente histórica, comenzando por suponerle a Él muerto — ¡y así celebrar el triunfo! La cristiandad aumenta así que da gusto, multitudinariamente, año tras año — ¡qué maravilla! La mayoría se priva por tomar parte en una procesión donde de lo que se trata es de sólo celebrar triunfos y de entrar a caballo. Y por lo mismo ser cristiano en la cristiandad es tan distinto de ser cristiano en la situación de contemporaneidad, como lo son el paganismo y el cristianismo.

En la situación de contemporaneidad —en la que en cada momento se podría ser sabedor de hasta qué punto actualmente el discípulo se parecía al Maestro— no sería posible ninguna estafa de la historia universal, pues el discípulo estaría conformado al paradigma — no como en la cristiandad establecida, en la cual (suponiendo lo que por otra parte es la pura verdad, que Cristo es el paradigma), cuando se contempla a los cristianos en particular, se queda uno tan sorprendido de verlos conformados al paradigma tan maravillosamente como lo estaría uno si alguien erre que erre se empeñase en declinar *domus* según el paradigma *mensa*.

Si se considera cómo se vive en la cristiandad, creería uno que en el paganismo vivieron los hombres completamente libres de los sufrimientos y adversidades terrenales y de todo lo pertinente a los mismos — hasta tal punto se ha soslayado en la cristiandad lo que es específico respecto del sufrimiento cristiano, el que Cristo y el cristia-

nismo han traído al mundo; hasta tal punto se ha satisfecho y se satisface a sí misma la cristiandad con la predicación hinchada de todas estas adversidades terrenales, implicándolas en la categoría del específico sufrimiento cristiano. Se ha anulado el sufrimiento propiamente cristiano, el que lo es «a causa de la Palabra, a causa de la *justicia, etc.*», y en contraste se atavían los sufrimientos humanos corrientes hasta enrasarlos como cristianos y se los capacita —¡qué pieza maestra de patas arriba!— en la búsqueda imitativa del paradigma. Ya en relación con los paradigmas religiosos menores es esta costumbre y uso una profanación. Muere la esposa de un señor. En tal ocasión el sacerdote predica sobre Abraham, que ofrece a Isaac, y el viudo, gracias al arte de incensación de aquél, queda retratado como una especie de Abraham, un *pendant* de Abraham. Naturalmente toda esta plática no tiene ni pies ni cabeza, o, dicho de otra manera, la interpretación del sacerdote no es ni la del viudo ni la de Abraham; pero el buen hombre queda contento y da con gusto diez monedas por la plática, sin que la comunidad ponga ningún reparo, porque el que más y el que menos esperan les toque a ellos su turno — ¿quién no da con mucho gusto diez monedas por ser emparejado tan bonitamente con Abraham? Un caso como éste —el de la muerte de la esposa de un señor cualquiera— no tolera la comparación con el paradigma de Abraham. No es ciertamente el marido el que ha ofrecido a su esposa, o como el sacerdote tendría que haber dicho determinadamente, pero sin oportunidad, no es él quien «estaba dispuesto a asesinar a su mujer», que ciertamente ha muerto de muerte natural. El punto álgido en el caso de Abraham, esa cosa espantosa que refuerza de una manera infinitamente potenciadora su sufrimiento, es la responsabilidad de actuar que le incumbe al propio Abraham, que subirá al monte y ofrecerá a Isaac. Lo mismo se hace también en relación con el «paradigma» Cristo y con los restantes paradigmas cristianos derivados. Se ha conseguido olvidar por completo lo que significa el sufrimiento propiamente cristiano y los paradigmas cristianos derivados. Se ha conseguido olvidar por completo lo que significa el sufrimiento propiamente cristiano; se toman los sufrimientos humanos comunes y se los capacita —de qué modo se llega a esto es algo que sobrepasa mi entendimiento— en la búsqueda imitativa de los paradigmas cristianos. Si por oposición al puro cristianismo llamásemos a esto el cristianismo invertido, habría que añadir en verdad que estaba pésimamente invertido.

Lo discriminativo en el sufrimiento cristiano es la libre voluntariedad y la *posibilidad del escándalo para el que sufre*. De los Apóstoles se dice que lo dejaron todo por seguir a Cristo. Esto era, pues, volunta-

riamente libre. Actualmente, hay en la cristiandad un hombre que ha tenido la desgracia de perder todo lo que tiene y posee; no es que haya renunciado a algo, es que lo ha perdido todo. En tal caso el sacerdote estudia a fondo una plática de alivio; y entonces, ya se fundamente en lo mucho «estudiado» o donde quiera que sea, se embrolla en su facundia laudatoria exponiendo como sinónimos el perderlo todo y el renunciar a todo y conjuga el perderlo todo según el paradigma «renunciar a todo», a pesar de que la diferencia es infinita. Si yo libremente renuncio a todo, elijo el peligro y las molestias, de suerte que es imposible soslayar la tentación (la cual a su vez es una categoría propia de lo cristiano, pero, naturalmente, eliminada en la cristiandad), la cual llega con la responsabilidad (que de nuevo es una correspondencia de la libre voluntariedad), cuando se dice: sí, ¿por qué te expones a todo esto y empiezas de esta manera, cuando podrías dejar que las cosas siguieran su curso? Éste es el específico sufrimiento cristiano, que es una tonalidad más profunda que los sufrimientos humanos comunes. Si yo concretamente lo pierdo todo, entonces no tengo ninguna responsabilidad y ninguna tentación puede vincularse a ello. Mas en la cristiandad se ha anulado lo voluntario libre, y así también de este modo se ha anulado la posibilidad del escándalo, en cuanto que lo voluntario libre es también una forma de la posibilidad del escándalo; se vive de un modo completamente pagano, se encuentra correcto el ridiculizar ingeniosamente lo voluntario libre como una exageración ridícula o un *quid nimis*. Inevitablemente se ha de tropezar uno con los insoslayables sufrimientos humanos, al igual que en el paganismo, pero se predica de ellos hasta enrasarlos con los sufrimientos cristianos, se los predica conjuntamente con Cristo y los Apóstoles. Me comprometo a hacer un experimento, el de tomar los escritos paganos sin cambiar absolutamente nada de los mismos sino solamente meter en algún que otro párrafo el nombre de Cristo: pues bien, conseguiré hacer creer a la gente que se trata de un sermón o una meditación de un sacerdote, una plática solicitada quizá por muchos, es claro, por muchos cristianos, pues todos somos cristianos, no faltaba más, incluso el sacerdote.

En este caso, ¡qué milagro que en lo que se refiere a ser cristiano no se note lo más mínimo la posibilidad del escándalo! Pero en la situación de contemporaneidad con Cristo, es decir, cuando vivía, y cuando se era cristiano de verdad, entonces ser cristiano estaba ligado con la posibilidad del escándalo, el cristiano tenía que descubrir en lo que respectaba a su misma vida la posibilidad del escándalo, y la cuestión era si así las cosas se escandalizaría o permaneciendo creyente sería cristiano. En el sufrimiento humano corriente no se da ninguna

abnegación; no hay ninguna abnegación en el hecho de que muera mi esposa, que es ciertamente mortal; ninguna abnegación en el hecho de que pierda mis posesiones, que son ciertamente susceptibles de perderse, etc. Con la llegada de la abnegación al sufrimiento aparece también la posibilidad del escándalo, que, como queda dicho, es inseparable del hecho de ser cristiano, según el propio Cristo ha expuesto.

Que esto es así, que la abnegación propia es la que constituye la posibilidad del escándalo, se patentiza también en el texto definitivo acerca del escándalo en general (*Mateo* 18, 8-9). La posibilidad del escándalo radica en la propia abnegación, de manera que el remedio parece infinitamente peor que la enfermedad. «Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y arrójalo de ti; que mejor te es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti: que más te vale entrar con un solo ojo en la vida que con ambos ojos ser arrojado en la gehenna de fuego». Cristo habla del escándalo, pero atiende, entendiendo las cosas cristianamente, a que la posibilidad del escándalo (la posibilidad del escándalo propiamente tal, relativo a que se haga uno cristiano) primeramente salta en segundo lugar: el remedio, que Cristo aconseja para liberar del escándalo. El hombre natural posee también algo a lo que llama escándalo, algo a lo que llama amor, etc.; pero de la misma manera que lo que el hombre natural llama amor es cristianamente amor propio, así también lo que el hombre natural llama escándalo es una mera determinación provisional, y sólo cuando el cristianismo ensalza el medio correspondiente aparece la posibilidad del escándalo; puesto que en la relación a este medio se apoya ciertamente la decisión: hacerse cristiano o escandalizarse. El hombre natural se aplica en una cierta justicia burguesa, y mientras la busca hay algo que le escandaliza, su ojo o su mano. Indudablemente no es su intención la de ceder al escándalo, desearía seguramente salvar su justicia burguesa si ello fuese hacedero de un modo benigno, y el sacrificio exigido lo fuese solamente hasta un cierto grado. Mas llega el cristianismo y dice: quieres evitar el escándalo, pues córtate la mano, arráncate el ojo; déjate castrar por amor del Reino de los cielos (*Mateo* 19, 12). Esto es en el fondo lo que es escandaloso para el hombre natural. Un tal remedio es ciertamente una locura, es sin duda infinitamente peor que la enfermedad. Y ¿por qué tendría yo que hacerlo? A lo que el cristianismo responde: para evitar el escándalo o lo mismo con otras palabras: para entrar en la vida.

Lo que significa que el cristianismo acentúa infinitamente lo de entrar en la vida, la felicidad eterna en cuanto absoluto bien, y por

lo mismo acentúa infinitamente lo de evitar el escándalo. Lo que escandaliza es propiamente la pasión infinita con que recalca la felicidad eterna, a la cual corresponde el infinito temor ante el escándalo. Esto cabalmente escandaliza al hombre natural; éste ni tiene ni la tendrá una tal representación de la felicidad eterna, y, consiguientemente, tampoco la tendrá sobre el peligro del escándalo.

En la cristiandad establecida ha sido fundamentalmente eliminada ésta como toda otra posibilidad de escándalo — en la cristiandad establecida se llega a ser cristiano de la manera más placentera del mundo, sin percibir para nada la posibilidad del escándalo. El hombre natural ha alcanzado lo que quería en la cristiandad establecida. Ya no existe ningún contraste infinito entre lo cristiano y lo mundano. Lo cristiano se relaciona, a lo más, con lo mundano como una potenciación (y más próximamente bajo la determinación: cultura); pero directamente no es más que un comparativo completamente regular, cuyo positivo es: la justicia burguesa. En la cristiandad establecida están de sobra las duras reglas de conducta que el cristianismo recomienda para vencer el escándalo. Se parte de lo mundano; y mientras se tiene ante los ojos la justicia burguesa (bueno, mejor, óptimo) se las arregla de la forma más cómoda posible para recoger todo lo que pueda, escarbando en los bienes de la mundanidad; — entonces se agita conjuntamente lo cristiano como si fuera un suplemento, un ingrediente que de vez en cuando casi coopera al refinamiento del placer. Ya no existe ninguna contradicción infinita entre lo cristiano y lo mundano, el peligro del escándalo ya no es algo que pone los pelos de punta — aproximadamente lo mismo que la felicidad. Lo cristiano es inmediatamente relativo a lo mundano, es un movimiento en el mismo sitio, es decir, un movimiento fingido.

¡Qué milagro entonces que no se note para nada la posibilidad del escándalo con relación a ser y hacerse cristiano! Y ¡qué milagro entonces que la cristiandad sea un sinsentido continuado! Pues lo que tiene sentido es que a un hombre se le meta en el alma el atreverse a todo; — cuando está plena y firmemente convencido, por lo tanto, con temor y temblor, de que solamente en la fe en Cristo se halla la felicidad, sin la cual no queda sino la eterna condenación, y de que el escándalo es el peligro. Pero en la cristiandad establecida vivimos todos en una indolente y nada menos que pasional seguridad de que todos seremos un día felices. En tal caso, ¿de dónde tendría que surgir la posibilidad del escándalo para el hombre natural, tratándose de ser cristiano?

Al cristiano serio le tiene que parecer toda esta mezcolanza de la cristiandad establecida algo altamente escandaloso. Mas si la posi-

bilidad del escándalo radica indefectiblemente en el hecho de que la felicidad eterna se cotice a tan alto precio, entonces, cuando en esa referencia no se tiene más que haber nacido en la cristiandad, quedará alejada la posibilidad del escándalo. Por lo mismo, tan pronto como alguien en la cristiandad establecida expresara infinita pasión respecto de la preocupación por una felicidad eterna, es decir, expresara que es cristiano, la cristiandad establecida le prestaría cierta atención y descubriría la posibilidad del escándalo, porque ésta se manifestaría y se manifiesta siempre en la situación de contemporaneidad con Cristo. Pues aquí hay seriedad, y de esta manera el hombre natural tiene que darse cuenta de la autocontradicción que representa el que se tuviera que emplear un medio tan espantoso como el de cortarse la mano, arrancarse el ojo, castrarse, para evitar un peligro del cual él diría: ¡si al final de la jornada no fuese tan espantosa la desgracia que aguarda al que se escandalizó en la vida!

Ahora vayamos a los dos textos en que se habla de la posibilidad del escándalo en la dimensión de la pequeñez, relativo al ser y al hacerse cristiano; posibilidad de escándalo que corresponde por derivación a la posibilidad del escándalo en la dimensión de la pequeñez y humillación del Dios-hombre.

1) *Mateo* 13, 21; *Marcos* 4, 17. Se trata de la parábola del sembrador. Allí se dice: «Lo sembrado en pedregoso es el que oye la Palabra y, desde luego, la recibe con alegría... Pero cuando se levanta una tormenta o persecución a causa de la Palabra, al instante se escandaliza».

El acento recae en lo de «a causa de la Palabra». En el sermón, que busca a veces la compensación acentuando fuertemente lo de ganar dinero a causa de la Palabra, el acento, naturalmente, no recae allí. Se predica cristianamente acerca de que el hombre tiene que entrar en el Reino de los cielos a través de muchas congojas; que congojas tiene que haber. ¡Estupendo, éste es cristianismo auténtico! Mas en cuanto se oye lo que viene a renglón seguido, se descubre con sorpresa que estas muchas congojas son la enfermedad, la escasez de dinero, el apuro del año que se avecina, el apuro por lo que se comerá o por «lo que se comió ayer, pero todavía no está pagado», que no se llegó a ser en el mundo lo que se soñó, u otras calamidades por el estilo. Así se predica cristianamente, se llora humanamente, e insensatamente se relaciona todo esto con Getsemaní. Si es por estas muchas congojas como se entra en el Reino de los cielos, entonces también los paganos tenían que haber entrado en él, pues las congojas que pasaron eran las mismas. No, este modo de predicar representa de una forma muy peligrosa la eliminación del cristianismo, a la par que es blasfemo.

Determinemos un poco más acerca de estas congojas. En aquellas palabras citadas de Cristo se contiene: «a causa de la Palabra». Cristo no habla de los hombres mimados, que absolutamente no viven ni a medias la corrección de los gentiles, estos hombres mimados que desearían ser cristianos pero solamente les dura este deseo hasta que les ocurre un padecimiento humano corriente. No, de éstos no habla cuando se trata de *escandalizarse*; pues, de otra parte, dice claramente en la misma parábola que la avaricia, la preocupación por el sustento, etc., ahogan la buena semilla. Mas el «escándalo» es un pensamiento totalmente concreto, de suerte que se puede saber con exactitud si se da o no en el texto la posibilidad del escándalo. Y sobre él habla Cristo; Él habla de aquéllos que se escandalizan cuando la congoja y la persecución les alcanza a causa de la Palabra. Él enseña, pues, que el que ocurran las congojas y la persecución a causa de la Palabra es lo contradictorio, en lo que está la posibilidad del escándalo.

El cristianismo anuncia de sí mismo que es el consuelo, la medicina y la curación — y lo es, la gente acude a él, como se acude a uno en quien se busca amparo, le está agradecido, como se dan las gracias a un auxiliador; porque con ayuda de él o con su ayuda se espera soportar el padecimiento que oprime. Y entonces, acontece así cabalmente lo contrario. Se acude a la Palabra para buscar amparo — y se tiene que sufrir a causa de la Palabra. Y no es que suceda con este sufrimiento como cuando se toma una medicina o se somete uno a una cura, que la curación puede estar unida con algunos dolores, a los que uno se somete y que no tienen nada de contradictorios. No es éste el caso, la congoja y la persecución le sobrevienen a uno porque ha recurrido al cristianismo en busca de ayuda. Ahora mira: cuando de esta manera se amontonan las molestias, la razón humana se oscurece y no acierta a entrar ni a salir, ni sabe dónde está. ¿Qué es por tanto esto del cristianismo? ¿Para qué sirve? Se busca amparo en él, se está dispuesto de una manera indescriptible a agradecérselo, y entonces acaece cabalmente lo contrario: se empieza a sufrir por su causa — y esto no parece que sea algo que realmente tenga que ser agradecido. Ahora la razón está parada por la posibilidad del escándalo. La ayuda aparece hacia afuera como una calamidad, el alivio como una carga; cualquiera que lo contemple desde fuera tiene que decir: está loco quien se expone a todo esto — ¡y el sufriente creía que iba a ser aliviado! Permítaseme que aclare todavía más esto de «a causa de la Palabra». Cuando yo en cuanto enfermo recurro al médico, puede que éste encuentre quizá necesario el prescribirme una cura muy dolorosa; en esto no hay ninguna contradicción: que

yo me tenga que someter a la cura. Desde luego que no, pero si, al contrario, me veo en una nueva congoja inmediata, soy objeto de persecución precisamente por el hecho de haber recurrido al médico, entonces hay mucha contradicción en ello. Quizá me ha dado a entender el médico que puede curarme de la enfermedad que padezco, posiblemente también lo puede de veras; mas hay por medio un «pero» con el que yo no había contado. El que yo vaya con ese médico, me decida por él, eso es lo que me convierte en objeto de escándalo; aquí hay posibilidad de escándalo.

Y esto es lo que acontece con el cristianismo. Es la hora de la verdad: ¿quieres escandalizarte o quieres creer? Si quieres creer, entonces atraviesas la posibilidad del escándalo y te incorporas al cristianismo con todas las consecuencias. Así se hace; a tomar vientos con la razón; entonces afirmas: sea alivio o sea nueva calamidad, lo único que me importa es pertenecer a Cristo, deseo ser cristiano.

Por lo demás la posibilidad del escándalo, como se puede ver fácilmente, lo es en la dirección de la pequeñez: que esto infinitamente elevado que es ser cristiano tenga que ser lo despreciado, burlado, escupido y asunto criminal. Mas si la relación es correcta, el maltratado de esa manera es en verdad un cristiano, que se asemeja también al modelo todo lo que es posible a un hombre. Pero aquí hay contradicción, como hay posibilidad de escándalo: que uno sea castigado porque realiza el bien.

2) *Juan* 16, 1; y como explicación: *Mateo* 16, 23. Cristo acaba de hablar de lo que aguarda a los Apóstoles cuando diesen testimonio de Él en el mundo. «Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga; pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios».

La posibilidad del escándalo es aquí, como se ve fácilmente, en la dirección de la pequeñez. De la misma manera que ser Dios-hombre, significando tener que sufrir un castigo de malhechor, era escandaloso, así también el que ser un enviado del Unigénito del Padre tenga que significar ser perseguido, expulsado de la sinagoga y al fin ser asesinado, y que de la misma manera todo el que haga esto, opine que presta un servicio a Dios.

La contradicción en que el escándalo radica es fácil de ver: que el maltratar a los enviados de Dios no tenga que llamarse una injusticia sino ser considerado como un servicio a Dios, de suerte que la relación se invierte completamente: el Apóstol es maltratado y los que lo maltratan son altamente honrados y ensalzados, y precisamente como temerosos de Dios y personas piadosas. Ninguna humana razón puede aguantar tal relación, tiene que quedar parada ante la

posibilidad del escándalo y echar decisivamente a andar o por el camino de la fe o por el del escándalo. Así les sucedió a los Apóstoles o a los primeros cristianos. Todo debería indicar indudablemente que aquello era insensato a más no poder, pero es segurísimo que en la cristiandad se ha hecho la relación todavía más insensata, ya que las dos partes son cristianas. Que el pagano opinase que hacía un servicio a Dios con asesinar a un Apóstol no es descabellado, como, sin embargo, lo es el que el «cristiano verdadero» sea perseguido en la cristiandad — y que «los cristianos» crean que así prestan un servicio a Dios y a Cristo.

Por eso Cristo se lo predice, para que no se escandalizaran, sino que se escudasen en la defensa de la fe; ya que en la fe quedan salvados de la posibilidad del escándalo. Cuando un hombre vive de tal modo que no conoce ninguna meta más alta para su vida que la del escándalo, entonces toda su vida es relatividad, solamente trabaja para fines relativos; no emprende nada sin que la razón de alguna manera le pueda evidenciar su ventaja o pérdida mediante la verosimilitud, sin que pueda responderle sobre el por qué y el para qué. Otra cosa acontece con lo absoluto. Al primer golpe de intuición se convence la inteligencia de que eso es locura. Exponer toda una vida al sufrimiento, al sacrificio, es una locura para la razón. La inteligencia dice: para que yo ponga el cuello a un sufrimiento, ofrezca algo o tenga que sacrificarme a mí mismo de alguna manera, es preciso que sepa de antemano qué beneficio o ventaja se me seguirá de ello, de lo contrario es que estoy loco si lo hago. Mas que un hombre tenga que oír: vete por el mundo, te irá de esta manera, serás perseguido año tras año y el fin será que tus días terminen de un modo espantoso. La razón dice a esto: ¿De qué sirve? Ciertamente de nada, y ésta es la expresión de que hay algo absoluto. Pero esto es cabalmente lo que escandaliza a la razón.

Y aquí se verifica también cómo está ligado con una objeción contra el cristianismo —que se pone con frecuencia y en cierto sentido es completamente correcta— el que tenga en todo caso más sentido que la necia defensa del cristianismo que acostumbra a hacerse en esa perspectiva. La objeción es que el cristianismo es enemigo del hombre, y así los cristianos en los primeros tiempos del cristianismo fueron llamados *odium totius generis humani*. Esto tiene congruencia de la siguiente manera: en relación con lo que el hombre natural, que se ama a sí mismo egoísta o afeminadamente, tiene entendido por amor, amistad y valores semejantes, es el cristianismo como un odio del ser del hombre, la mayor maldición y calamidad para el hombre. Incluso el hombre más profundo puede vivir muchos momentos débi-

les en los que el cristianismo sea para él la enemiga del hombre; puesto que en los momentos de debilidad desea acariciarse a sí mismo, gemebundear, pasarlo bien en el mundo, tener por delante una vida del más tranquilo gozar. Esto es lo afeminado en el hombre; y por eso también con muy buena cuenta el cristianismo tiene cierta prevención contra el matrimonio y desea, entre los muchos servidores que tiene casados, tener también una persona célibe, un hombre independiente, porque el cristianismo sabe muy bien que con la mujer, el amor, etc., surge todo esto débil y mimado en el hombre, y que —en tanto el hombre no se invalide en ello— la señora de la casa representa todo esto ordinariamente con un desembarazo que es extremadamente peligroso para el hombre, especialmente para quien tiene que servir en un sentido más riguroso al cristianismo. Así se empieza la disputa: «¿Por qué te vas a exponer tú a todos estos rigores e incomodidades, a toda esta ingratitud y oposición? No, gocemos los dos juntitos las delicias y agrado de la vida. Como dice el sacerdote, el matrimonio es un estado agradable a Dios, el único del que expresamente se dice esto; esto no se dice ni siquiera del estado sacerdotal. Hay que casarse; Dios no exige ni más ni otra cosa de ningún hombre, sino que, al revés, es la más alta; y tú ya has hecho bastante, ya tienes el beneplácito divino, ya te has casado — incluso en segundas nupcias. Así que saca de la cabeza aquellos pensamientos, que no son más que vanidad y locura; la doctrina que pretende lanzar así al mundo a un hombre es enemiga del hombre, y no tiene nada que ver con el cristianismo, que es, como dijo el predicador el último domingo, la doctrina suave, que tan amicalmente nos saca de aprietos. ¿Cómo se te puede ocurrir que el cristianismo sea esa debilidad en que habitan unos cuantos solitarios despreciables, lívidos e inhumanistas, que no tienen ni idea de lo que es lo femenino?».

Esto vale lo mismo respecto de los sacrificios menores e insignificantes. Y se trata de vivir de este modo la vida entera, consagrándose a sacrificarlo todo, enfrentarse a tal futuro sin ninguna perspectiva de alivio, asumiendo libremente el tener que trabajar con el máximo esfuerzo — para conseguir, o mejor dicho, para estar cierto de que se conseguirá el ser burlado año tras año, perseguido y, por último, asesinado. ¡Ay, incluso en el hombre más fuerte tiene que haber momentos en que le parezca inhumano el exigir tal cosa de un hombre!

Esto mismo le pasó a Pedro con Cristo (*Mateo* 16, 21 ss.): «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y ser muerto. Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios,

Señor, que esto suceda». Se ve con ello qué extraordinaria seguridad ha de poseer un hombre para que se atreva a exponerse al peligro de tener un amigo; puesto que un amigo de seguro no ayuda a arriesgarse y sacrificarse, sino más bien a regatear y rebajar — y con ello queda claro que se habla demasiado en honor y alabanza de la amistad. Por lo tanto, si un hombre, que a pesar de todo busca el bien en una medida más que ordinaria, no puede confiarse a sí mismo un dominio sobrehumano, entonces dejadle que apoyándose con temor y temblor en Dios eche mano para todo de la precaución de no tener un amigo. Pues si Cristo no hubiera sido Cristo, entonces es probable que Pedro hubiese vencido.

Así que Pedro comenzó por amonestarle. Porque Pedro, desde luego, amaba a Cristo, se le había entregado completamente, y por eso desea ahora *amigablemente* que ambos no tuvieran sino que pasarlo bien mutuamente. Lo «amonesta»; puesto que el amigo verdadero expone sinceramente su opinión, no titubea en charlar con el amigo duramente y amonestándole cuando éste se encamina locamente, esto es, dispuesto a arriesgar algo o a ofrecerse por algo — y con ello queda claro que se habla demasiado en honor y alabanza de la amistad; pues en tanto que ya uno mismo quizá estaba a punto de ser lo suficientemente débil para dejar de hacer, se aparece la amistad como un estupendo invento, e inestimable, ya que es un deber tener un amigo. Él dice: «¡No lo quiera Dios!». Sin duda Pedro es compasivo y un buen amigo — y por lo mismo tampoco sin un cierto amor propio, ya que también era por su propia causa por lo que Pedro tomó las cosas tan a pecho. Él dice: «¡Que no suceda esto, por Dios!». Que Cristo se expusiera a ello voluntariamente es algo que a Pedro no se le pasó por las mientes, ya que en tal caso se hubiese permitido estar todavía más duro.

Pero Cristo responde: «¡Apártate de mí, Satanás!», que me escandalizas, «porque no sientes según Dios, sino según los hombres». Aquí se evidencia de una manera considerable en qué se funda la posibilidad del escándalo y al mismo tiempo cómo la cristiandad —que meramente siente según los hombres, al conformar el cristianismo conforme a ese sentimiento— ha eliminado la posibilidad del escándalo. Pues por lo que Pedro es escándalo para Cristo, lo es Cristo para Pedro; ciertamente, pero al contrario. Pedro es la edición más amable de la humana compasión — mas esta compasión humana es cabalmente lo que escandaliza a Cristo. Cristo es lo divino, lo absoluto, consiguientemente lo que escandaliza a Pedro.

Lo relativo consiste, dentro de la temporalidad, en señalar un período de recompensa por el trabajo; lo absoluto consiste única-

mente en escoger la eternidad. Pero esto de lo eterno no es totalmente firme para la sensibilidad, para el hombre natural, incluso para el más diestro; por lo cual lo absoluto le escandaliza. El creyente mira la vida entera como el hombre natural mira algunos años de la misma. El hombre natural está de acuerdo en sacrificarse algunos años — para cosechar así la recompensa. El creyente dispone de toda la vida temporal.

Mas en lo absoluto encalla la razón. La contradicción está en exigir de un hombre el que haga el máximo sacrificio, el de consagrar toda su vida al sacrificio. Y ¿por qué? No hay ningún porqué; entonces sería una locura, objeta la razón. No hay ningún porqué, porque se trata de un porqué infinito. Mas siempre que la razón se encalla de esta manera, es que hay posibilidad de escándalo. Y para poder cruzarla victorioso es indispensable la fe; ya que la fe es una nueva vida. Sin la fe se permanece en el escándalo, y así se llega quizá a ser algo grande en el mundo, se alcanza una dicha extraordinaria, es uno honrado y ensalzado por los contemporáneos como el hombre más grande de la época, etc. — todo esto es bien posible. Entonces no olvidemos que retorna de nuevo la dialéctica del escándalo. Por lo cual si estar escandalizado significase que le tenían que ir a uno las cosas mal en el mundo, quedaría el concepto eliminado, pues de esa manera no hay ciertamente nada por qué escandalizarse; la posibilidad del escándalo radica cabalmente en que aquél en quien el mundo ve un criminal es un creyente.

Por lo demás, como se ve con facilidad, la posibilidad del escándalo lo es aquí en la dirección de la pequeñez: que lo infinitamente elevado, es decir, que se viva por lo absoluto, tiene su expresión en que se sea un deshecho en el mundo, un despreciado, objeto de burlas, que mueve a compasión, mientras que a la par se considera como justo castigo el que a tal sujeto se le juzgue como un criminal.

CONCLUSIÓN DE B Y C

La exposición acaba de esclarecer las dos formas del escándalo esencial, ha hecho la exégesis de aquellos textos en que el mismo Cristo advierte expresamente del escándalo, y además, en el apéndice, ha hecho referencia a otros muchos lugares de la sagrada Escritura en que está clara la posibilidad del escándalo relativo al Dios-hombre. La pretensión no era recorrerlos todos, y mucho menos, de haberlos recorrido todos cuidadosamente, dar a entender que solamente era en estos textos donde se manifestaba la posibilidad del escándalo. No, la

posibilidad del escándalo sigue al Dios-hombre en todo momento, o de una manera o de otra; no sigue su sombra más inseparablemente a un hombre de lo que lo hace la posibilidad del escándalo respecto del Dios-hombre, puesto que el Dios-hombre es objeto de fe. El Dios-hombre (y con ello entiende el cristianismo, según se dijo, no esta fantástica especulación sobre la unidad de Dios y hombre, sino un hombre individual que es Dios) existe solamente para la fe; mas la posibilidad del escándalo es cabalmente el choque del que puede surgir la fe — si es que no se elige el escándalo.

DETERMINACIONES CONCEPTUALES DEL «ESCÁNDALO», ESTO ES, DEL ESCÁNDALO ESENCIAL

En los primeros tiempos de la cristiandad, en que incluso las herejías portaban un cuño inconfundible de que se sabía sobre lo que se trataba, había diversas herejías relativas al Dios-hombre; la que desplazaba de uno u otro modo la determinación «Dios» (ebionitismo y similares), o la que desplazaba la determinación «hombre» (gnosticismo). En toda la modernidad, que porta inconfundiblemente el cuño de que no se sabe de lo que se trata, la confusión es otra y mucho más peligrosa. Doctrinariamente se ha hecho del Dios-hombre aquella unidad especulativa de Dios y hombre *sub specie aeterni*, o aparencial en el *medium* ilocalizable del ser puro, en lugar de afirmar que el Dios-hombre es la unidad de Dios y de un hombre individual en la situación realmente histórica. O también se ha eliminado totalmente a Cristo, se le ha arrojado fuera, y se ha tomado su doctrina, considerándole a Él casi como se considera a un anónimo: la enseñanza es lo principal, lo es todo. De donde se sigue esa autosugestión de creer que el cristianismo todo él no es más que comunicación directa, todavía más inmediata en su sencillez que los dictados del profesor. Carece completamente de sentido haber olvidado que el Maestro aquí es más importante que la enseñanza. Siempre que se dé el caso de que el maestro está esencialmente incluido en lo que enseña, hay reduplicación, la reduplicación que consiste cabalmente en esa inclusión del maestro; pero siempre que se dé reduplicación no puede ser tampoco la comunicación una comunicación inmediata de párrafos y profesor; en el maestro está reduplicado en cuanto que aquél existe en lo que enseña, lo que es un arte discriminativo de múltiples variaciones. Y ahora cuando el Maestro, que es inseparable de la doctrina y más esencial que ella, es una paradoja, tenemos que es imposible la comunicación directa. Mas en nuestro tiempo se hace todo abstracto y se anula todo lo personal: se toma la doctrina de Cristo — y se anula a Cristo. Esto es la eliminación del cristianismo; ya que Cristo es una persona, y es un Maestro, que es más importante que la doctrina. Como ya he tratado esforzadamente de mostrar en otra parte: la vida de Cristo, que Él haya vivido, es infinitamente más importante que todas las consecuencias

de su vida: de la misma manera es también Cristo infinitamente más importante que su doctrina. Sólo en el caso de un hombre, nada más que un hombre, es válida la afirmación de que su doctrina es más importante que él mismo; aplicar esto a Cristo es una blasfemia, porque es convertirlo en puro hombre.

1
El Dios-hombre es un «signo»

¿Qué se entiende por «signo»? Un signo es la negada inmediatez, o el otro ser distinto del primero. Con esto no quiere decirse que el signo no sea inmediatamente algo; pero que sea un signo, y lo que es en cuanto signo, no es inmediato, o en cuanto signo no es lo que es inmediatamente. Una señal marina es un signo. Inmediatamente es sin duda algo, una boya, una luz, o algo parecido, mas lo que señala no es inmediato; que sea un signo es algo distinto de lo que inmediatamente es. En esto radica el motivo de toda mixtificación mediante el señalar; pues el signo solamente lo es para aquel que sabe que es un signo, y en sentido más riguroso solamente para aquel que sabe lo que significa; para otro cualquiera el signo es lo que es inmediatamente. Incluso cuando no haya nadie que haya hecho de esto o de lo de más allá un signo, ni con nadie se ha hablado de que tal cosa sea un signo — se da una determinación reflexiva cuando yo contemplo algo extraño. Esto que asombra es inmediato, mas el que lo suponga señal de algo (lo que es una reflexión, algo que pongo de mí mismo en cierto sentido) es expresión de que opino que tiene que significar algo; mas que tenga que significar algo es ciertamente algo distinto de lo que inmediatamente es. Por lo tanto no niego su inmediatez al contemplarlo como un signo, aunque no sepa concretamente si es un signo o cuál es su significado.

Un «signo de contradicción» es un signo que contiene en sí una contradicción. No hay ninguna contradicción en que esto que es inmediatamente tal o cual cosa sea además un signo; pues seguramente tiene que haber algo inmediato para que pueda haber un signo, ya que la nada absoluta no puede ser un signo. Un signo de contradicción es por el contrario un signo que en su interior contiene una contradicción. Para legitimar la nominación «signo» se exige que sea algo, por lo que atrae la atención sobre sí o sobre la contradicción. Mas las contradicciones no deben abolirse mutuamente de tal modo que todo ello se convierta en nada, ni tampoco de tal modo que se convierta en lo contrario de un signo, en la total ocultez. Una comunicación que con-

sista en la unidad de bromas y seriedad es de esa manera un signo de contradicción. Ésta no es una comunicación directa, es imposible para el que la recibe que diga inmediatamente con precisión qué es esto, precisamente porque el que comunica no anuncia inmediatamente la broma o la seriedad. La seriedad relativamente a esta comunicación radica por lo tanto en otro lugar, o en éste está, logrando que el destinatario actúe por sí mismo y entendida sólo dialécticamente, la más alta seriedad con relación a la comunicación. Mas una comunicación tal tiene que asegurarse un algo con lo que atraiga la atención, con lo que sugiera e invite a considerar la comunicación; y de otra parte no debe ser desatinada la unidad de bromas y seriedad, pues en este caso no hay comunicación alguna, en tanto se convierte —ya sea la broma ya sea la seriedad la que prevalezca— en comunicación directa.

Un signo no es lo que es inmediatamente, pues inmediatamente no es signo, ya que «signo» es una determinación de la reflexión. Un signo de contradicción es el que atrae la atención y cuando ésta lo atiende, se manifiesta conteniendo una contradicción.

Y en la Escritura se llama al Dios-hombre un signo de contradicción. Mas ¿qué contradicción podría darse en la unidad especulativa de Dios y hombre? No, ahí no hay ninguna contradicción; pero la hay hasta más no poder, cualitativa, entre el ser Dios y ser un hombre individual. Ser un signo es ser, además de lo que se es inmediatamente, otra cosa; ser un signo de contradicción es ser otra cosa que está en contradicción con lo que se es inmediatamente. Esto acontece con el Dios-hombre. Inmediatamente es un hombre individual, completamente como los demás hombres, un hombre insignificante, desapercibido; mas he aquí la contradicción: Él es Dios.

Sin embargo, para que esta contradicción no llegue a ser una contradicción que no lo sea para nadie —aproximadamente como una mixtificación que se pasa de extraordinaria y su efecto es nulo— debe darse algo para que atraiga la atención hacia sí. A esto ayuda el milagro y alguna que otra expresión directa de que se es Dios. No obstante ni el milagro ni las expresiones aisladas son absolutamente comunicación directa; pues de esa manera es desplazada *eo ipso* la contradicción. En cuanto al milagro, que es objeto de fe, la cosa es clara; y en cuanto a lo segundo, que la expresión aislada inmediata no es con todo comunicación directa, lo veremos después.

El Dios-hombre es signo de contradicción, y ¿por qué? La Escritura responde: porque Él tenía que hacer patentes los pensamientos de los corazones. Así las cosas, ¿encierra toda esa modernidad acerca de la unidad especulativa de Dios y hombre, todo ese considerar el cristianismo como una mera enseñanza, la más mínima relación

de igualdad con lo cristiano? No, en esa modernidad todo se ha hecho tan adecuado como el anillo al dedo — y lo cristiano es: signo de contradicción, que hace patentes los pensamientos de los corazones. El Dios-hombre es un hombre individual, no una fantástica unidad, que jamás ha existido fuera del *sub specie aeterni*; y Él es todo menos un doctrinario, que enseña directamente para recitadores o dicta para mecanógrafos; hace cabalmente lo contrario. Él hace patentes los pensamientos de los corazones. Y es tan cómodo eso de ser mero oyente o escribiente, cuando todo marcha tan sobre ruedas... Que los señores oyentes y escribientes tengan mucho cuidado: son los pensamientos de su corazón los que han de hacerse patentes.

Y esto lo puede lograr solamente el signo de contradicción: porque atrae la atención hacia sí y entonces presenta una contradicción. Hay algo que impulsa a que se lo mire — ¡y mira!, mientras se lo mira se ve uno como en un espejo, acaba de verse uno a sí mismo, o Aquél, que es signo de contradicción, le cala a uno hasta el corazón, mientras se mira de hito en hito dentro de la contradicción. Una contradicción está parada frente a un hombre —y cuando se logra que él la mire, se convierte en un espejo—; mientras se juzga, se va haciendo patente lo que habita en él. Es una adivinanza; mas mientras va adivinando se va manifestando lo que le habita, según cómo adivine. La contradicción le enfrenta a una elección y a través de lo que elige se patentiza él mismo.

Nota. Está visto que la comunicación directa es una imposibilidad para el Dios-hombre, puesto que siendo signo de contradicción no puede comunicarse directamente; ya con ser solamente signo es una determinación de la reflexión, y nada digamos del signo de contradicción. Además se ve que la moderna confusión ha logrado hacer de todo el cristianismo una comunicación directa con sólo dejar fuera al comunicante, que es el Dios-hombre. Tan pronto como no se desplace al que comunica, o no se tome la comunicación dejando al que comunica fuera, tan pronto se tome conjuntamente al que comunica, y el que comunica es el Dios-hombre, un signo, signo de contradicción: es imposible la comunicación directa, como lo era en la situación de contemporaneidad. Pero ahora se ha procedido a la inversa. Ya hace mil ochocientos años que Cristo vivió, está tan olvidado — solamente queda su doctrina, es decir: se ha eliminado el cristianismo.

2
La figura del siervo es la incognoscibilidad (el incógnito)

¿Qué es incognoscibilidad? Incognoscibilidad es no ser en sus caracteres lo que se es esencialmente, por ejemplo, cuando un policía está vestido de civil.

Y así es incognoscibilidad la absoluta incognoscibilidad: que cuando se es Dios, se sea un hombre individual. Ser tal hombre individual o un hombre individual (en cierto sentido es indiferente que se trate de un encumbrado o un insignificante) es la distancia máxima, la infinita distancia cualitativa de ser Dios, y por lo tanto el más profundo incógnito.

Mas esta modernidad ha eliminado a Cristo, o desplazándolo lejos y tomando su doctrina, o convirtiéndolo en fantástico, atribuyéndole fantásticamente la comunicación directa. Otra cosa distinta acontece en la situación de contemporaneidad; y además no olvides que la voluntad de Cristo era la de mantener el incógnito, cabalmente porque Él quería ser signo de contradicción. Pero estos dieciocho siglos, ¡cuánto no se ha llegado a saber presuntamente por ellos!; y de otra parte el desconocimiento y la inexperiencia de la mayoría de los hombres respecto de lo que significa querer ser incógnito, un desconocimiento e inexperiencia que se funda en el predominio de lo doctrinario, en tanto se olvida completamente lo que significa existir: esto es lo que ha llevado confusión a la representación del Dios-hombre.

La mayoría de los hombres que ahora viven en la cristiandad tienen la impresión de que si hubieran vivido contemporáneamente con Cristo, lo hubiesen conocido automáticamente a pesar de la incognoscibilidad. Se les escapa totalmente cómo se están traicionando al no conocerse a sí mismos; y también se les escapa totalmente que su opinión, con la que creen ensalzar a Cristo, es blasfema; blasfemia contenida en todo ese clímax en falsete adialéctico del vocerío de los predicadores: que Cristo era Dios *en tan alto grado* que se podía ver esto automática y directamente, en vez de decir: Él era verdadero Dios y por lo tanto Dios en tan alto grado que era la incognoscibilidad, de suerte que no fue la carne y la sangre, sino todo lo contrario de la carne y la sangre lo que permitió a Pedro reconocerlo.

En el fondo se fantasea acerca de Cristo. Se le convierte en un hombre, que estaba convencido de ser algo extraordinario — pero los contemporáneos no cayeron en la cuenta de esto. Esto, por otra parte, puede ser verdad. Mas se sigue fantaseando, se imagina que Cristo en el fondo había deseado ser conocido directamente como

lo extraordinario que era, pero la ceguera contemporánea no supo injustamente comprenderlo. Es decir, que se da a entender que no se tiene la mínima idea de lo que un incógnito significa. Ser incógnito era la libre decisión de Cristo desde toda la eternidad. Por eso cuando se opina que se le ensalza al decir o pensar: si yo hubiera vivido contemporáneamente con Él lo hubiese conocido automáticamente: lo que se hace es ultrajarle, y como se trata de un ultraje a Cristo, resulta que es blasfemia.

Mas la mayoría de los hombres no existen en el sentido más profundo, jamás se han percatado de ello existencialmente, es decir, jamás han ensayado ejecutivamente el pensamiento de intentar pasar de incógnito. Tomemos simplemente una relación humana. Cuando yo deseo pasar de incógnito (ahora quedan fuera los motivos o de dónde yo haya sacado el permiso para ello), ¿es un cumplido si alguien viene y me dice al oído: te he conocido de repente? Cabalmente lo contrario, es una sátira contra mí. Sin embargo, tal vez la sátira era justa y mi incógnito pésimo. Pero supongamos ahora un hombre que fuese capaz de mantenerse seguro de incógnito: por lo tanto *desea* pasar de incógnito, desea ser reconocido, mas no *inmediatamente*. No le importa nada que no se le reconozca inmediatamente, puesto que indudablemente ésta es su libre decisión. Mas aquí está el secreto, la mayoría de los hombres no tienen el menor presentimiento de su superioridad sobre sí mismos; y este autodominio: querer pasar de incógnito de tal manera, que se aparente mucho más insignificante de lo que se es, no lo barruntan aquéllos. Si lo barruntaran, pensarían: ¡Qué locura, de salirle bien el incógnito, que sea tenido realmente por lo que aparenta! Los hombres no llegan a más, si es que llegan a tanto. Ellos descubren aquí una contradicción, que dentro del servicio del bien es la abnegación de sí mismo propiamente tal: el que es bueno se esfuerza denodadamente por mantener su incógnito, es decir, por aparentar mucho menos de lo que es. Por lo tanto, alguien elige un incógnito, que le patentiza siendo mucho menos de lo que él es. Quizá tiene en el pensamiento el dicho socrático: buscar el bien de verdad significa que se ha de evitar también la apariencia de hacerlo. El incógnito es su libre decisión. Pone en máximo rendimiento sus facultades, echando mano de toda su inventiva e intrepidez para mantener el incógnito. O tiene éxito en ello o no lo tiene. Si lo tiene — entonces, precisamente entonces, hablando humanamente, se ha perjudicado a sí mismo, porque ha logrado que los hombres crean lo más bajo de él. Abnegación grande; y, de otro lado, descomunal esfuerzo, ya que él ha tenido en cada momento en su mano el mostrarse tal cual es. Grande abnegación, pues ¿qué es la

abnegación sin libertad? Y el colmo máximo de la abnegación propia sería el que tuviese tanto éxito pasando de incógnito que si pretendiese hablar directamente en un momento dado, nadie le creería.

Pero los hombres no tienen ni idea de que exista o pueda existir una tal superioridad. Y están tan lejos de tenerla como lo mostraría el experimento de intentar conseguir de un tal superior la comunicación directa, o en el caso de que él mismo empezase por darla — se comprobaría lo mismo, al tomar entonces de nuevo el incógnito. Supongamos, pues, una noble simpatía humana que por precaución o por cualquier otro motivo juzgó obligado el incógnito. Para ello se escoge, por ejemplo, el aparentar ser un egoísta. Entonces se declara a uno, le muestra su auténtica figura, el otro lo cree y queda impresionado por ello. Por lo tanto se comprenden mutuamente. El otro quizá opina que comprende el incógnito — no cae en la cuenta de que éste había sido anulado y que lo comprendió gracias a la comunicación directa, es decir, gracias al que era de incógnito, pero que dejó de serlo en tanto le comunicó la comprensión. Supongamos ahora que al superior por uno u otro motivo se le ocurre o juzga necesario interponer nuevamente el incógnito entre ambos, que, sin embargo, se habían comprendido. ¿Qué pasará entonces? Se decidirá si el otro es cabalmente tan gran dialéctico como el primero, o si el otro tiene fe en una tal posibilidad de abnegación, es decir, que se decidirá si el otro posee en sí la fuerza suficiente para romper el incógnito, o para mantenerse firmemente comprensivo frente a él, o para comprenderlo desde sí mismo. En este momento el superior se reviste de su incógnito, hace todo lo posible por mantenerlo, como es natural; no ayuda al otro para nada, sino que excogita cabalmente la forma más apropiada para engañarlo, es decir, para mantener su incógnito. Si realmente es el superior tendrá éxito en la empresa. El otro, al principio pondrá un poco de oposición en la dirección de la comunicación directa: «Déjate de bromas, esto es un engaño, tú no eres eso», mas el de incógnito se mantiene, no añade ninguna comunicación directa, y el otro empieza a opinar, consiguientemente, que este hombre es un egoísta, quizá dice: «Yo había creído en algún tiempo en él, pero ahora veo yo también que es un egoísta». Lo que sucede es que no le cabe en la cabeza de ningún modo que a aquel desconocido no le sea más grato aparecer tan bueno como es; lo que sucede es que él solamente comprende un incógnito mientras el desconocido le manifiesta con la comunicación inmediata el cómo y el qué de todo, es decir, en tanto que no hay incógnito, o mientras el desconocido no reviste su carácter de desconocido, reconcentrando toda su fuerza espiritual en el mantenimiento de la incognoscibilidad y dejando al otro a solas consigo mismo. En tanto

el primero le ayuda con la comunicación directa de la incognoscibilidad, la comprende y también comprende — la abnegación, que en ese caso propiamente no existe. Lo que significa que el otro propiamente no cree en la posibilidad de que exista una tal abnegación. Yo no decido si es que un hombre tiene derecho a mixtificar de esta manera, si lo puede hacer, si en caso de poderlo hacer era suficiente esta defensa de la mixtificación por medio del desarrollo mayéutico del otro; o si, visto de otro lado, no es precisamente un deber, suponiendo que se trata de abnegación y no de soberbia. Todo esto solamente es considerado como un experimento mental, que, sin embargo, da una poca luz respecto de la «incognoscibilidad».

¡Y ahora vengamos al Dios-hombre! Él es Dios, pero elige ser este hombre individual. Como queda dicho, éste es el más profundo incógnito o la incognoscibilidad más impenetrable de todas; ya que la contradicción entre ser Dios y ser un hombre individual es máxima, infinitamente cualitativa. Mas ésta es su voluntad, su libre decisión, y por consiguiente un incógnito todo-poderosamente mantenido. Sí, en cierto sentido se ha atado a sí mismo una vez por todas por el hecho de haber nacido; su incognoscibilidad es tan todopoderosamente mantenida que es como si él quedara bajo el poder de su incógnito, en lo cual radica la *realidad* precisa de su sufrimiento puramente humano, que no es una mera apariencia, sino en cierto sentido es la dominación de la aceptada incognoscibilidad sobre él mismo. Solamente de esta manera hay en el más profundo sentido seriedad en el hecho de que fuese verdadero hombre, por lo que fue atravesado del dolor más intenso: el de sentirse abandonado de Dios. Así tampoco domina en ningún momento, como desde fuera, el sufrimiento, sino que está realmente implicado en el sufrimiento, y prueba el cáliz de lo puramente humano, que consiste en que la realidad sea más espantosa que la posibilidad, de suerte que Él, que escogió la incognoscibilidad, sin embargo, sufre realmente como si estuviese cogido o se hubiese cogido a sí mismo en la incognoscibilidad. Ésta es una especie extraña de dialéctica: que Él, el omnipotente, se ate a sí mismo; y hace esto tan omnipotentemente que se siente realmente atado, sufre bajo las consecuencias de su amorosa y libre decisión de hacerse un hombre individual — tanta seriedad había en el hecho de hacerse un hombre real; mas así tenía que ser si había de ser signo de contradicción, que patentizase los pensamientos de los corazones. Lo imperfecto en relación con toda incognoscibilidad de un hombre es cabalmente la arbitrariedad que en cualquier momento puede anularla; la incognoscibilidad es tanto más perfectamente seria cuanto más capaz se sea de impedirse aquella arbitrariedad y

de hacerla menos posible. Pero la incognoscibilidad del Dios-hombre es un incógnito omnipotentemente mantenido, y la seriedad divina consiste cabalmente en que se mantiene hasta tal punto que Él mismo en cuanto puro hombre sufrió bajo la incognoscibilidad.

Nota. Se ve fácilmente que la comunicación directa es una imposibilidad cuando honradamente se toma al que comunica al mismo tiempo, *y no se distrae uno tanto que olvide a Cristo por el cristianismo.* Relativamente a la incognoscibilidad, o al que está en la incognoscibilidad, es una imposibilidad la comunicación directa; ya que ésta expresa inmediatamente lo que se es esencialmente — pero la incognoscibilidad consiste en no representar lo que se es esencialmente: por lo tanto media una contradicción que convierte de todas las maneras la comunicación directa en indirecta, es decir, que hace imposible la comunicación directa. Para que ésta se dé en el caso, de suerte que sea verdadera comunicación directa, hay que salir del incógnito, de lo contrario lo que por lo pronto es comunicación directa (una expresión inmediata concreta), al estar unido con un segundo aspecto (el del incógnito del que comunica), deja de ser comunicación directa.

3
La imposibilidad de la comunicación directa

Lo opuesto a la comunicación directa es la comunicación indirecta. Ésta puede producirse de dos maneras.

La comunicación indirecta puede consistir en un arte comunicativo que duplica la comunicación. Este arte consiste cabalmente en que el que comunica se hace a sí mismo un nadie, un algo puramente objetivo, y que así ininterrumpidamente pone en unidad oposiciones cualitativas. Esto es lo que algunos «seudónimos» acostumbran a llamar la doble-reflexión de la comunicación. Aquí tenemos, por ejemplo, una comunicación indirecta: conjuntar broma y seriedad de tal manera que la síntesis sea un nudo dialéctico — y entonces uno mismo no ser nadie. Si alguien desea tener algo que hacer con tal comunicación, es imprescindible que sea él mismo y por sí mismo el que deshaga el nudo. Otro ejemplo: conjuntar de tal modo defensa y ataque que nadie pueda decir inmediatamente si se ataca o se defiende, de suerte que tanto el más apasionado seguidor de la cosa como su enemigo más empedernido puedan pensar por ambas partes el habérselas con un aliado — y entonces uno mismo no ser

nadie, un ausente, un algo objetivo, ningún hombre en persona. Así cuando en un tiempo dado la fe está como desaparecida del mundo, algo que hay que ir a buscar entre las cosas arrinconadas, podía ser quizá provechoso ir a la caza de la fe con reclamo dialéctico — sin embargo, no decido si esto es provechoso; mas tenemos aquí un ejemplo de comunicación indirecta, o una comunicación en la doble-reflexión: se expone la fe en sentido eminente, la exposición se realiza de tal manera que el más ortodoxo vea en ella una defensa de la fe y el librepensador un ataque, mientras que el que comunica está a cero entre bastidores, un hombre desaparecido, un algo objetivo — sin embargo, quizá sea un diestro espía que mediante esta comunicación logra saber quién es quién, dónde hay un creyente y dónde un librepensador; pues esto se manifiesta en tanto que ellos juzgan lo presentado, que ni es ataque ni es defensa.

Mas la comunicación indirecta puede presentarse también de otra manera, relacionando la comunicación con el comunicante; aquí el que comunica está implicado, mientras que en el caso anterior estaba fuera, sin embargo se le podía notar muy bien mediante una reflexión negativa. Pero nuestro tiempo no conoce propiamente otra forma de comunicación que esa perezosa del adoctrinamiento. Se ha olvidado totalmente lo que significa existir. Toda comunicación referente a la existencia exige un comunicante; el que comunica es concretamente la reduplicación de la comunicación; existir en lo que se comprende, eso es reduplicar.

Mas por el solo hecho de que haya un comunicante que existe mismamente en lo que comunica no se sigue todavía que esta comunicación ha de llamarse indirecta. Por el contrario, si el mismo comunicante está dialécticamente determinado, lo que propiamente sea es una determinación de la reflexión, entonces es imposible toda comunicación directa.

Esto acontece con el Dios-hombre. Él es un signo, un signo de contradicción, Él está en la incognoscibilidad, por lo tanto toda comunicación directa es imposible. Para que la comunicación de un comunicante sea concretamente directa es necesario que no solamente la comunicación sea directa, sino que el mismo comunicante esté directamente determinado. De no ser así, incluso la más directa de todas las expresiones de un tal comunicante, que tiene que ser inseparable de él, es decir, de aquello que él es, nunca será a pesar de todo comunicación directa.

Cuando Alguien dice directamente: yo soy Dios, mi Padre y yo somos una misma cosa, estamos ante una comunicación directa. Mas si Aquel que lo dice, el comunicante, es este hombre individual,

un hombre individual completamente como los demás, entonces esa comunicación deja de ser totalmente directa; puesto que no es precisamente muy directo, ni mucho menos, que un hombre individual tenga que ser Dios — en tanto que lo que dice es totalmente directo. La comunicación contiene una contradicción al estar implicado en ella el que comunica, por lo que permanece como comunicación indirecta, que te enfrenta a una elección: si lo quieres creer a Él o no.

Tendría uno que llorar cuando se pone a considerar la situación del cristianismo en la cristiandad a propósito del contenido habitual de la predicación que con la más enorme suficiencia desarrolla algo ciertamente apabullante y supraconvictivo. Todo ello suena así: Cristo ha dicho directamente que Él es Dios, el Unigénito del Padre; en tal caso se ponen los pelos de punta ante la indignidad que para Cristo representa el mantenerlo oculto, esto sería una bagatela y una profanación, y nada menos que respecto de un asunto tan serio, el más serio de todos, la salvación de la humanidad; se asegura que Cristo ha dado una respuesta inmediata a una cuestión inmediata. ¡Ay!, tales sacerdotes no tienen ni la mínima idea de lo que dicen, y se les oculta a sus ojos el que están eliminando el cristianismo. Aquel que era escándalo para los judíos, locura para los griegos, el misterio en quien todo se revela, pero en el misterio, queda convertido humanamente en una especie de funcionario serio, casi tan serio como el sacerdote; cuando no se comete la impertinencia de decirle a boca de jarro tuteándole indolentemente: «Dímelo seriamente ahora mismo», con lo que sin ningún temor ni temblor por la divinidad, sin la lucha mortal que es el nacimiento de la fe, sin el espanto que es la primicia de la adoración, sin el horror que es la posibilidad del escándalo, se consigue de repente saber directamente lo que no se puede saber directamente.

Ciertamente Cristo ha dicho del todo directamente que Él es el Unigénito del Padre, es decir, ha dicho *del todo directamente el signo de contradicción.* ¿Qué significa esto? Mira, aquí nos paramos de nuevo. Si Él es el signo de contradicción no puede ofrecer entonces una comunicación directa, lo que significa que la expresión puede ser totalmente directa, pero al estar Él implicado en ella, el que Él la diga, que es signo de contradicción, la convierte en comunicación indirecta. Ciertamente Cristo ha dicho: cree en mí, y esto es seguramente una expresión totalmente inmediata. Mas, dándose el caso que el que lo dice es signo de contradicción, esta expresión inmediata en sus labios significa seguramente que creer no es algo totalmente directo, o dicho de otra manera, significa que su exigencia de que se crea es comunicación indirecta.

Y por lo que respecta a la seriedad, hay que decir que tales sacerdotes entienden tanto de seriedad como de cristianismo en general. La seriedad consiste en que Cristo no puede ofrecer una comunicación directa, y que por consiguiente una expresión directa cualquiera, lo mismo que el milagro, solamente puede servir para hacer caer en la cuenta, y así que el que acaba de ser suscitado a la atención, chocando con la contradicción, pueda elegir el creer o no.

Pero se mete confusión en lo cristiano de todas las maneras. Se convierte a Cristo en la unidad especulativa de Dios y hombre; o se desplaza lejos y se toma su enseñanza; o se hace con toda seriedad de Cristo un ídolo. Espíritu es la negación de la directa inmediatez. Si Cristo es verdadero Dios tiene que estar en la incognoscibilidad, oculto en la incognoscibilidad, que es la negación de toda manifestación directa. La cognoscibilidad directa es precisamente característica del ídolo. Pero ahora se hace lo mismo con Cristo, y esto en virtud de seriedad; se toma una de las expresiones directas, se conforma fantásticamente una figura que las corresponda (con preferencia sentimental, de mirada suave, ojos amables, o lo que de otra parte se le ocurra a tal párroco mentecato) y de esa manera es *directamente* segurísimo que Cristo es Dios.

¡Qué repugnante superficialidad sentimental! No, a pesar de tan buena compra no se llega por eso a ser cristiano. Él es signo de contradicción, y con una de sus expresiones directas solamente te aprisiona hacia sí para que tú entonces choques con la contradicción y se revele el pensamiento de tu corazón, mientras eliges el querer creer o no.

4
La imposibilidad de la comunicación directa es para Cristo el misterio de su sufrimiento

Especialmente en los primeros tiempos del cristianismo se habló mucho y frecuentemente de los sufrimientos de Cristo, cómo fue burlado, azotado, crucificado. Pero aparte de éstos parece que se olvida un sufrimiento completamente distinto, el sufrimiento de la interioridad, el anímico, o lo que tendría que llamarse el secreto de los sufrimientos, que era inseparable de su vida de incógnito, desde que apareció en el mundo hasta el último suspiro.

Siempre es doloroso tener que ocultar una interioridad y tener que aparecer como otro distinto — esto acontece ya en las relaciones meramente humanas. Éste es el sufrimiento humano más pesado

de todos; y quien sufre de este modo, ¡ay!, con frecuencia sufre más en un solo día que lo que podrían suponer todos los dolores corporales juntos. No me toca decidir, en el caso de que se den tales colisiones, si un hombre que vive tal colisión peca y peca además en cada uno de los momentos en que permanezca en ella: hablo exclusivamente del sufrimiento. El conflicto consiste en que por amor a otro hombre tenga que ocultarse una interioridad y aparecer otro distinto.

Los dolores son puramente anímicos y concentrados hasta más no poder. Mas no es bueno que un dolor se concentre: con cada nueva concentración una punzada más. Lo doloroso empieza a ser ahora el propio sufrimiento; pues todo lo dichoso que es pertenecer a otro en el amor, en la comprensión de la amistad, lo es de doloroso el tener que guardar esta interioridad para sí mismo. Además es un sufrimiento a causa del otro; pues el cuidado del amor, de un amor que desearía hacerlo todo, ofrecer la vida por el otro, encuentra aquí su expresión en algo que tiene un parecido espantoso con la forma más alta de la crueldad — ¡ay!, y, sin embargo, se obra así por amor. Finalmente lo que duele es un sufrimiento de la responsabilidad. Es decir, tener que anular, inmediatamente, por amor, su propio amor, conservándolo a pesar de todo; ser cruel por amor contra el amado; asumir por amor esta terrible responsabilidad.

Ahora vengamos al Dios-hombre. El verdadero Dios no puede ser conocido directamente; pero es cabalmente la cognoscibilidad inmediata la deseada por lo humano, la que los hombres, a los que vino, le pedirían y rogarían de rodillas como un alivio indescriptible. ¡Y por amor se hizo hombre! Él es amor; y, sin embargo, en todos los momentos de su existencia tiene que crucificar toda humana compasión y cuidado — puesto que Él solamente puede ser objeto de la fe. Mas todo lo que se llama compasión meramente humana está ligado a la cognoscibilidad directa. Pero si Él no permanece objeto de la «fe», es que no es verdadero Dios; y si no es verdadero Dios tampoco salva al hombre. Por lo tanto con el paso que Él da por amor arroja una vez por todas al hombre, a la humanidad, en la más tremenda decisión. Sí, es como si oyéramos un grito de la humana compasión: Entonces, ¿por qué lo haces, Dios mío? Y, sin embargo, lo hace por amor, lo hace para redimir a los hombres. Mas en este horror de la decisión los tiene que mantener apartados de Él, si es que, salvados, han de pertenecerle en la fe — y Él es amor. Por amor desea hacerlo todo por los hombres, se juega su vida por ellos, padece la muerte ignominiosa por ellos — y sufre por ellos esta vida en la que tiene que ser, hablando humanamente, tan duro a fuerza de amor divino, compasión y misericordia (en

cuya comparación, sin embargo, toda humana compasión ha de ser juzgada como una nada). Toda su vida es sufrimiento de interioridad. Y cuando con la traición nocturna comienza el último período de su vida, entonces padece dolores físicos y malos tratos; sufre la traición de un amigo; el tener que quedarse solo, mofado, burlado, escupido, coronado de espinas, vestido de púrpura; solo con su causa perdida, hablando según criterios humanos — mira qué hombre; solo entre sus enfurecidos adversarios — espantoso contorno; abandonado de todos sus amigos — ¡tremenda soledad! Sin embargo, también un hombre puede sufrir todo esto, padecer los mismos malos tratos, aguantar incluso que su mejor amigo lo abandone; pero en todo caso esto y no más; cuando todo esto se ha consumado ya queda vacío para un hombre el cáliz del sufrimiento. Por el contrario, a Él se le brindará todavía el cáliz de la máxima amargura: Él tiene que sufrir que su sufrimiento pueda ser y sea para escándalo de los pocos que creen. Ciertamente que sufre solamente una vez, mas no puede contentarse como un hombre con sufrir una sola vez, sino que tiene que sufrir una vez más en el cuidado y en la angustia de que su sufrimiento sea motivo de escándalo.

Ningún hombre puede comprender este sufrimiento; pretenderlo es atrevimiento.

* * *

Por lo que respecta a mí mismo, en cuanto he ensayado el exponer todo esto, quizá esté obligado a hacer aquí una pequeña aclaración. Quizá yo dé a entender posiblemente a veces un tal conocimiento de la interioridad oculta, del propio sufrimiento de la autonegación, que quizá alguien pueda pensar que yo —aunque en la medida adecuada a un hombre— sea uno de «aquéllos», uno de los hombres nobles raros. Éste está muy lejos de ser el caso. Lo que sucede es que he llegado a poseer de una manera extraña, y no precisamente a causa de mis virtudes, sino más bien de mis pecados, una sabiduría puramente formal acerca de los secretos de la existencia y de la plenitud misteriosa de la existencia, que, desde luego, muy pocos tienen. No me alabo por ello, puesto que no es a causa de mis virtudes. Mas procuro lealmente emplear todo este saber en el esclarecimiento de lo verdadero humano, y —humanamente— del verdadero bien. Y, además, empleo todo esto para en lo posible hacer caer en la cuenta de lo santo — aunque respecto de lo mismo he de añadir a renglón seguido que ningún hombre lo puede comprender, que respecto de ello se empieza y se termina con la adoración. Pues si se alcanza a comprender lo puro humano y se lo comprende plenamente, en

cuanto al Dios-hombre esta comprensión es sin lugar a dudas una incomprensión. La responsabilidad que pesa sobre mí, no hay ninguno que la comprenda como yo mismo; que nadie se moleste en pretender intimidarme, pues ante aquello que puede intimidar de otra manera me mantengo en temor y temblor. Pero tampoco hay muchos que entiendan como yo que en la cristiandad se ha eliminado el cristianismo.

5
La posibilidad del escándalo consiste en rehusar la comunicación directa

Como nos hemos esforzado en mostrar, la posibilidad del escándalo está presente en cada momento, fijando en cada momento la abisal profundidad que hay entre el individuo y el Dios-hombre, abismo que solamente la fe puede cubrir. De este modo todo esto, para repetirlo sin cansancio, no es casual, de manera que unos noten la posibilidad del escándalo y otros no la noten; la posibilidad del escándalo es piedra de choque para todos, ya elijan el creer o el escandalizarse.

La comunicación empieza, pues, con un empujón retroactivo. Mas empezar así es negar la comunicación directa. Esto es tan fácil de ver que se ofrece casi saltando a la vista. Lo que se ofrece directamente no puede decirse que empiece primeramente por una repulsa; mas lo que se ofrece de modo que empieza por una repulsa no puede afirmarse que se ofrezca inmediatamente. Ni tampoco siquiera puede afirmarse que empiece meramente repeliendo; ya que se ofrece, pero de tal modo que lo primero que hace es repeler.

Mas si, como se ha hecho, quitas la posibilidad del escándalo en la cristiandad, entonces todo el cristianismo es comunicación directa, con lo cual queda eliminado el cristianismo, al convertirse en algo fácil, algo superficial —que ni hiere ni sana lo bastante profundamente—, en el falso invento de la compasión humana, que olvida la infinita diferencia cualitativa que existe entre Dios y hombre.

6
Negar la comunicación directa equivale a exigir la fe

La posibilidad del escándalo, que es la relación con la cual hay que empezar, expresa en el sentido más profundo que ha de estarse atento o que es exigida de un hombre la máxima atención (ciertamente

según una medida que es muy distinta de la puramente humana; ya que se trata de una medida divina) respecto a decidirse por ser creyente. También la comunicación directa pretende atraer todo lo que pueda la atención de aquel a quien va destinada: le suplica, se lo jura, le mete en el corazón la importancia de la cosa, amonesta, amenaza, etc., todo lo cual es a su vez comunicación directa y por lo tanto no encierra la suficiente seriedad respecto de la más alta decisión, ni tampoco obtiene la suficiente atención.

No, tiene que comenzarse con la negación de la comunicación directa: esto es seriedad. La posibilidad del escándalo es pavorosa, y, no obstante, ella es lo que la ley respecto del Evangelio, la severidad, que pertenece a la seriedad. No se da comunicación directa ni recepción directa: solamente se da una elección. Aquí no se trata del procedimiento de la comunicación directa, que sugestiona, amenaza, amonesta y de esta manera, totalmente desapercibida, paso a paso, se va efectuando el tránsito a una tal suposición, al convencimiento de lo mismo, a ser de tal parecer, etc. No, lo exigido ahora es un modo de recepción completamente definido: el de la fe. Y la fe es por su parte también una determinación dialéctica. Fe es una elección, de ningún modo es una recepción inmediata — y el que la recibe es aquel que patentiza si desea creer o escandalizarse.

Mas toda la filosofía moderna nos ha hecho creer con todo su empeño que la fe es una determinación inmediata, es lo inmediato, con lo cual está nuevamente ligado el hecho de la eliminación de la posibilidad del escándalo, de la conversión del cristianismo en una enseñanza, de la anulación del Dios-hombre y de la situación de contemporaneidad. Lo que la moderna filosofía entiende por fe es propiamente lo que se llama una opinión, o lo que en el lenguaje corriente se entiende por creer. Se hace del cristianismo una enseñanza; entonces esta enseñanza es anunciada a un hombre, y éste empieza a creer que la cosa es como dice esta enseñanza. El estadio próximo inmediato lo constituye, consiguientemente, la «comprensión» de esta enseñanza; esto es lo que hace la filosofía. Todo ello sería completamente correcto si el cristianismo fuera una enseñanza; mas como no lo es, todo eso no tiene ni pies ni cabeza. La fe en sentido preciso guarda relación con el Dios-hombre. Mas el Dios-hombre, signo de contradicción, tiene que rehusar la comunicación directa y exige la fe.

Puede aclararse con sencillez, recurriendo al ejemplo de una relación meramente humana, cómo el hecho de la negación de la comunicación directa equivale a exigir la fe, con tal de que no se olvide que la fe, en el sentido más eminente, es algo relativo al Dios-hombre. En-

sayemos esto y permítasenos tomar para este ensayo la relación entre dos enamorados. Los supongo primeramente en la siguiente relación: el amante asegura su amor a la amada con las más ardientes expresiones, y toda su entrañable esencia está volcada en esta confesión aseguradora, casi simplemente hasta la adoración. Entonces él pregunta a la amada: «¿Crees tú que yo te amo?». Y la amada le responde: «Claro que sí, te lo creo». Ésta es seguramente nuestra manera de hablar. Para contraste permítasenos ahora suponer que al amante se le ocurre la idea de intentar probar a la amada, para ver si ella le cree. Entonces, ¿qué es lo que hace? Alejará toda comunicación directa y se transformará a sí mismo en una duplicidad; posiblemente aparece de una manera tan chasqueante que lo mismo se le podría tomar por un engañador como por el amante más fiel. Esto significa que se convierte en enigma. Mas ¿qué es un enigma? Un enigma es una cuestión; y ¿qué es lo que pregunta esta cuestión? Pregunta si ella le cree a él. No me toca a mí decidir ahora si él puede hacer lícitamente esto, estoy ensayando meramente una serie de determinaciones mentales; y he de recordar a cada momento que un mayéutico hace lo mismo hasta cierto punto, enfrenta con la duplicidad dialéctica, mas con un propósito exactamente contrario, cabalmente para desligar a la otra persona de sí, para hacerla introvertida, para hacerla libre, no para arrastrarla hacia sí. Se verá fácilmente la diferencia en la conducta de los amantes. En el primer caso él pregunta directamente: ¿me crees? En el segundo se convierte él mismo en pregunta: ¿me crees ahora? Quizá se llegue a arrepentir de haberse permitido tal cosa; pero lo que de esto sea no me importa, solamente me toca ensayar determinaciones mentales. Dialécticamente considerada la cosa, es completamente seguro que el último método encierra una forma mucho más elemental de exigir la fe en uno. La intención del método último es la de que la amada se manifieste en una elección; ella ha de elegir concretamente dentro de la duplicidad la encarnación que cree la verdadera. Se decide por la parte buena, entonces se revela que ella le cree. Esto es claro porque él no le echa ninguna mano; por el contrario, él la ha enfrentado con el desdoblamiento totalmente a solas sin la menor protección. Él se ha desdoblado y ahora la cuestión es qué juzgará ella de él; mas él ve las cosas de otra manera, ya que ve que no es él el juzgado, sino que es ella la que se revela, según sea su modo de juzgarle. No me toca a mí decidir ahora si él puede hacer lícitamente esto, estoy ensayando meramente algunas determinaciones mentales. Su método, que quizá todo el tiempo que dura le está propinando unos sufrimientos indescriptibles en la inquietud y la preocupación, consiste a la par en una indiferencia helada e inhumana y, sin embargo, también en la pasión

más potenciada. Mas él exige la fe. Y dialécticamente tiene razón que le sobra, pues creer cuando se ha recibido una comunicación directa es demasiado directo.

El cristianismo jamás ha entendido por fe algo de este estilo. El Dios-hombre ha de exigir la fe y ha de negar la comunicación directa para exigir la fe. En cierto sentido no puede hacer otra cosa, ni tampoco desea otra cosa. En cuanto Dios-hombre es cualitativamente distinto de cualquier hombre, por lo cual ha de negar la comunicación directa, tiene que exigir la fe y exige ser objeto de la fe.

En la relación interhumana un hombre tiene y debe darse por contento con las seguridades que el otro le da de creer en él; a ningún hombre le está permitido convertirse en objeto de fe para otro. Si un hombre en relación con otro tiene que echar mano de la duplicidad dialéctica, entonces es necesario que en pleno contraste emplee la mayéutica precisamente para evitar convertirse en objeto de fe para otro hombre o en algo que se le aproxime. La duplicidad dialéctica es lo corriente; la falsedad absolutamente llega con lo que sigue, es decir, cuando un hombre en lugar precisamente de usar de la duplicidad dialéctica como para hacer una apuesta, se atreva a convertirse en objeto de fe para otro hombre. Incluso por lo que respecta a la mayéutica no me toca a mí decidir hasta qué punto —entendiendo las cosas cristianamente— ha de ser permitido.

Mas exclusivamente el Dios-hombre no puede hacer otra cosa, tan cualitativamente distinto del hombre, ha de exigir ser objeto de la fe. Si no es esto, entonces es un ídolo; y por eso mismo tiene que rehusar la comunicación directa, porque tiene que exigir la fe.

7
El objeto de la fe es el Dios-hombre, cabalmente porque el Dios-hombre es posibilidad del escándalo

Tan inseparable de la fe es la posibilidad del escándalo, que si el Dios-hombre no fuese posibilidad del escándalo tampoco podría ser objeto de la fe. De esta manera la posibilidad del escándalo, al ser descubierta por la fe, asimilada por la fe, se convierte en el síntoma negativo del Dios-hombre. Pues de no darse la posibilidad del escándalo en este caso, entonces se daría la cognoscibilidad directa y el Dios-hombre sería un ídolo; la cognoscibilidad directa es paganismo.

Con esto se evidencia qué pequeño servicio se ha prestado al cristianismo al eliminar la posibilidad del escándalo, cómo se le ha convertido en un amable y sentimental paganismo.

Porque ésta es la ley: quien elimina la fe, elimina la posibilidad del escándalo, como cuando la especulación se empeña en aprehender en conceptos en lugar de creer; y quien elimina la posibilidad del escándalo elimina la fe, como cuando la lánguida predicación atribuye engañosamente a Cristo la cognoscibilidad directa. Mas ya se elimine la fe, ya se elimine la posibilidad del escándalo, lo que por añadidura se elimina es otra cosa: el Dios-hombre. Y si se elimina al Dios-hombre, se elimina el cristianismo.

Y, evidentemente, los dieciocho siglos no han contribuido un ardite a la demostración de la verdad del cristianismo, por el contrario, han contribuido con un poder en constante aumento a la eliminación del cristianismo. Ciertamente no acontece, como podría colegirse del encendido homenaje al argumento de los dieciocho siglos, que ahora, en el siglo XIX, se está convencido de una manera completamente distinta de la verdad del cristianismo, a como se estaba en la primera y segunda generación; más bien lo que ha sucedido —y que ciertamente suena a sátira bastante buena contra los defensores y adoradores de aquel argumento— es que a medida que el argumento iba ganando en fuerza eran cada vez menos los que se convencían. Mas esto acontece siempre que se soslaya una vez por todas el punto álgido de una cosa: que pueden surgir terribles confusiones, y que van en aumento de generación en generación. Así ahora que, conforme también a un esfuerzo imponente, está comprobadísima la verdad del cristianismo: no se encuentra a nadie, o tantos como nadie, que estén dispuestos a sacrificar lo más mínimo por su causa. Mas en aquel tiempo en que se creía, he de decir: «solamente» se creía en su verdad, se le ofrecía la vida y la sangre. ¡Qué tremendo engaño! ¡Quién pudiera, como aquel pagano que quemó bibliotecas enteras, mandar a paseo los dieciocho siglos; si esto no es posible, entonces el cristianismo queda también anulado! ¡Quién pudiera llevar al convencimiento, por pavorosa que sea esta cosa, de los innumerables predicadores que demuestran la verdad del cristianismo mediante los mil ochocientos años y arrollan a los hombres, quién pudiera convencerlos de que están traicionando, negando, anulando el cristianismo! — si esto no es posible, entonces queda eliminado el cristianismo.

EJERCITACIÓN DEL CRISTIANISMO

por
Anti-Climacus

N.º III

«DESDE LA ALTURA* LOS ATRAERÁ A TODOS HACIA SÍ»

Desarrollos cristianos

por

Anti-Climacus

* En el original *Höiheden*, que significa también la majestad, la excelsitud, la elevación, el encumbramiento, la gloria, en que Cristo ingresó después de la consumación terrestre de su obra redentora, después de su humillación (*Fornedrelse*), empequeñecimiento y padecimientos temporales. El autor de este incansable comentario a *Juan* 12, 32, que es el texto de los sermones que constituyen esta tercera parte, emplea la palabra cientos de veces. Raramente la sustituye por sinónimas, por ejemplo *Herlighed*. El traductor recurre indistintamente a las sinónimas, aunque con mayor frecuencia use la más vaga, pero que ya no lo es en el sentido concreto de todo el contexto. Entre la servidumbre y la majestad de Cristo media la *Ophöielse*, que sin distinción se traduce por levantamiento, exaltación y también elevación en sentido activo.

I[1]

ORACIÓN

Señor Jesucristo, hay muchas cosas que intentan apartarnos de Ti: vacuos ejercicios deportivos, insignificantes alegrías, indignas preocupaciones; hay mucho que nos amenaza retrotrayéndonos: una soberbia, demasiado cobarde como para dejarse ayudar, una cobarde medrosidad que arrastra a la propia ruina, una angustia del pecado que ahuyenta la pureza de lo santo, como la enfermedad huye de la medicina. Pero Tú eres el más fuerte: así que atráenos, y con más fuerza todavía, hacia Ti. Te llamamos nuestro Salvador y Redentor porque viniste al mundo para librarnos de las cadenas con las que estábamos atados o nos atábamos a nosotros mismos, y para salvar a los redimidos. Ésta fue tu obra, la que llevaste a cabo, y que llevarás a cabo hasta el fin de los tiempos; pues según lo dijiste lo cumplirás: exaltado sobre la tierra atraerás a todos a Ti.

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

Desde la altura atraerá a todos hacia sí

Devoto oyente: Si la vida de un hombre no ha de emparejarse en indignidad a la de un bruto, que jamás levanta su cabeza; si no ha de exponerse al ridículo de estar vacíamente ocupada con lo que, mientras dura, es vanidad y cuando ya ha pasado no es más que nada; o estar ajetreadísima con lo que ciertamente mete algún ruido en un momento dado, pero no da ningún eco en la eternidad; si la vida de un hombre no ha de estar adormilada en la inactividad o malbaratada en el activismo, entonces es preciso que haya algo elevado que la atraiga. Esto alto solamente puede ser lo muy distinto.

1. Este sermón fue pronunciado por el Magister Kierkegaard en la Frue Kirke, el viernes 1 de septiembre de 1848. Puesto que propiamente me ha dado la idea del título, lo he editado con su permiso. Además, para redondear todo esto con un epílogo, que corresponda a este comienzo, he redactado el número VII en la misma tonalidad más suave, y con ello he renunciado parcialmente a mi carácter.

Mas para que esto alto pueda en verdad y en todo momento atraer, se necesita que no esté sometido a la mutación y al cambio, sino que, victorioso, haya superado toda mutación, que sea esclarecido — como la clara vida de un muerto. Y como entre todos los vivos realmente hay sólo un hombre que se nombra, el de Nuestro Señor Jesucristo, así también sólo hay un muerto, que vive todavía, Nuestro Señor Jesucristo, que desea atraer a todos hacia sí desde la *altura*. Mira, por eso la vida de un cristiano está bien instalada si se orienta hacia lo que está alto, hacia la altura, hacia Aquel que desde la altura atrae al cristiano hacia sí — si el cristiano no se olvida de Él; y quien no haga esto no es cristiano. Y tú, oyente mío, a quien va dirigido mi sermón, tú has venido hoy aquí cabalmente para recordar su *memoria*.

Se sigue de suyo que si Él ha de poder atraer al cristiano hacia sí desde la altura, tiene que haber mucho que ha de ser olvidado, mucho que ha de ser visto de lejos, mucho para lo que hay que estar muerto. ¿Cómo se conseguirá esto? ¡Oh!, si tú has estado preocupado alguna vez, preocupado quizá por tu futuro, por la dicha de tu vida, sin duda que has deseado entonces poder olvidar algo: un negocio fracasado, una esperanza rota, un amargo y amargoso recuerdo; o si has estado, ay, preocupado por la salvación de tu alma, sin duda que has deseado interiormente poder olvidar algo: una angustia del pecado, que interrumpidamente estaba frente a ti, un pensamiento empavorecedor, que no te dejaba ni de día ni de noche, en tal caso habrás experimentado qué vacuo es el consejo que da el mundo cuando dice: «¡Procura olvidar esto!». Pues si tú preocupado preguntas: «¿Cómo he de comportarme para olvidar?», que se te responda: «Procura olvidar», no pasa de ser una mofa vacía, si es que en general es algo. No, si hay algo que pretendes olvidar, procura alcanzar algo distinto para tu memoria, entonces tendrás éxito. Por eso el cristianismo, al exigir del cristiano que olvide muchas cosas, que lo olvide todo en cierto sentido, a saber, la multiplicidad, le recomienda entonces también el medio; piensa en algo distinto, embarga tu memoria solamente con una cosa, con Nuestro Señor Jesucristo. Si notas que las alegrías del mundo te aprisionan, y deseas olvidarlas; si notas que la preocupación terrenal te embarga, de manera que deseas olvidarla; si notas que el ajetreo de la vida te arrastra, como la corriente al nadador, y deseas olvidarlo; si las angustias de la tentación te acorralan e íntimamente deseas poder olvidarlas: entonces recuérdale a Él, a Nuestro Señor Jesucristo, y saldrás airoso. Que puedas tú, tú que vienes hoy a comer del pan y beber el vino en su memoria, que pueda su memoria permanecer cada día en tu

pensamiento, de manera que en todo lo que emprendas lo recuerdes a Él: entonces habrás olvidado por completo todo lo que ha de ser olvidado; en todo lo que tiene que ser olvidado habrías llegado a ser olvidadizo como un viejo chocho, olvidadizo como quien en un país extranjero ha olvidado su lengua natal y la habla a trompicones, olvidadizo como un ausente espiritual — así serías plenamente atraído hacia la altura en que Él habita, Él que a todos los quiere atraer desde la altura.

Desde la altura los atraerá a todos hacia sí

Desde la altura; pues cuando anduvo por la tierra lo hizo en la pequeñez, en la insignificante figura de un siervo, en la pobreza y la miseria, como un sufriente. En esto consistía ciertamente el cristianismo, no en que un hombre rico hiciera ricos a los pobres, sino en que el más pobre de todos hiciese ricos tanto a los ricos como a los pobres. Y en esto consistía el cristianismo, no en que el alegre consolara a los afligidos, sino el que lo hiciera el más afligido de todos. Él desea atraer a todos hacia sí; *atraerlos* a todos, puesto que no desea *seducir* a nadie, atrayéndolo con halagos. Atraer hacia sí en verdad tiene en cierto sentido algo de repeler de sí. Ya que en tu esencia, en la mía y en la de cualquier hombre hay mucho que Él quiere que esté alejado; Él desea respecto de todo esto apartar de sí. La pequeñez, la humillación es la piedra de choque, la posibilidad del escándalo y tú estás plantado entre su humillación, que queda atrás, y su majestad: y cabalmente por eso se dice que Él atrae a todos. Atraer con halagos es atraer falsamente hacia sí; mas Él no quiere seducir a nadie, la humillación le pertenece tan exactamente como la elevación. Si alguien solamente lo pudiera amar en su elevación, es porque su perspectiva está equivocada, este tal no conoce a Cristo, ni tampoco lo ama, sino que lo profana. Cristo era y es ciertamente la verdad. ¿Qué significa que alguien solamente le ama en la majestad? Esto significa que ese tal solamente ama la verdad: cuando ésta ha triunfado, cuando está en el trono, rodeada de poder y honor y gloria. Pero cuando la verdad luchaba, cuando tenía todos los vientos en contra, para los judíos era escándalo, para los griegos locura, cuando fue escarnecida, burlada, escupida como dice la Escritura, en ese caso aquel mencionado no la ama, lo que desearía es estar a mil kilómetros de distancia. Es decir, que desearía tener la verdad a mil kilómetros de distancia, mas esto significa cabalmente estar en lo falso. A la «verdad» pertenece tan esencialmente el sufrir en este mundo como el triunfar en el otro, en el mundo de la verdad;

y Jesucristo es el mismo en su humillación que en su elevación. Mas si hubiera alguien, por el contrario, que solamente pudiera sentirse atraído y amar a Cristo en su humillación; si un tal no quisiera oír absolutamente nada acerca de su elevación, en la que le pertenecen el poder, el honor y la gloria; si éste (¡qué triste descarrío!) con la impaciencia de un espíritu inquieto se hastiase —ésta sería su expresión favorita— de los días buenos y victoriosos del cristianismo, únicamente deseoso del espectáculo del horror, de estar junto a Él cuando fue escarnecido y perseguido: también es equivocada la perspectiva de este sujeto, no conoce a Jesucristo, ni tampoco lo ama. Puesto que la melancolía no está más cerca del cristianismo que la veleidad, ambas encierran la misma mundanidad, están igualmente lejos, ambas necesitan la misma conversión.

Querido oyente, a quien va dirigido mi sermón, que has venido hoy aquí para conmemorar su memoria, la memoria de Nuestro Señor Jesucristo, también tú has venido acá atraído por Aquel que desea atraerlos a todos desde la altura. Mas cabalmente hoy conmemoras tú de seguro su humillación, su pasión y muerte; Él es el que te atrae hacia sí. Él no te ha olvidado en la majestad y tú no lo olvidas en su humillación; lo amas en su humillación, pero además lo amas en su gloriosa epifanía.

Desde la altura los atraerá a todos hacia sí

Cabalmente se cumplen dieciocho siglos desde que Él abandonó la tierra y ascendió a la majestad. Desde entonces el mundo ha transmutado su figura más de una vez, se han levantado y desplomado tronos, han aparecido y han sido olvidados grandes nombres; y, lo menos, en nuestra vida cotidiana acontece lo de costumbre, el sol sale y se pone, el viento se cambia en sus direcciones consabidas, ahora se pregunta por algo nuevo, que enseguida caerá en el olvido, para volver a preguntar por algo nuevo; mas, en cierto sentido, de Él no se oye ni una palabra. Y, sin embargo, Él ha dicho que los atraerá a todos desde la altura. Él tampoco descansa en la altura, sino que trabaja, ocupado y preocupado con atraerlos a todos hacia sí. ¡Maravilloso! Cómo contemplas tú también el movimiento de las muchas fuerzas de la naturaleza en tu contorno; pero no ves la fuerza que todo lo mueve, no la ves, no ves la omnipotencia de Dios y, no obstante, es completamente seguro que Él también actúa, de suerte que si retirase su influjo solamente un minuto todo el mundo quedaría aniquilado. Lo mismo acontece con Cristo, invisible en la majestad y, sin embargo, presente en todo lugar, ocupándose de

atraerlos a todos hacia sí — ay, pero en el mundo se habla de todo menos de esto, como si Él no existiera. Él emplea las cosas más variadas como caminos y medios para atraer hacia sí; mas no podemos exponer esto por el momento, ya que tenemos prescrito un lapso de tiempo desacostumbradamente corto, ya que lo principal es la acción sagrada y el culto divino propiamente tal es el acercamiento al altar. Pero por muchos que sean los medios que Él emplea, sin embargo, todos los caminos se concentran en un solo punto: la conciencia del pecado, atravesándola está «el camino» desde el cual Él atrae a un hombre, al arrepentido, hacia sí.

Querido oyente, a quien va dirigido mi sermón, que has venido hoy aquí, para conmemorar su memoria, a participar del banquete sagrado de la Cena; hoy te acercaste primero a la confesión — en tanto que ahora subes hasta el altar. Él te ha atraído hacia sí desde la altura, pero a través de la conciencia de los pecados. Él conduce allá desde muy diferentes caminos al individuo, pero solamente desde un camino lo atrae hacia Él: a través de la conciencia del pecado. Puesto que no desea seducir a nadie, sino atraerlos a todos hacia sí.

Desde la altura los atraerá a todos hacia sí

Querido oyente, a quien va dirigido mi sermón: Hoy está Él junto a ti como más cerca de la tierra, como si removiese la tierra, Él está presente en el altar, adonde tú le buscas; Él está allí presente, mas solamente para atraerte enseguida hacia sí desde la altura. Pues porque tú te sientas atraído por Él, y por eso has venido hoy acá, no se deduce que por eso solamente has de pensar que Él ya te ha atraído completamente hacia sí. «Señor, aumenta mi fe»; aquel que rezó esta súplica no era un infiel sino un creyente; y lo mismo sucede con esta otra oración: «Señor, atráeme completamente hacia ti», aquel que con justeza pueda rezar esta oración, tiene que sentirse ya atraído.

Mas ¿no es verdad, cabalmente hoy, cabalmente porque hoy te sientes atraído hacia Él, que por eso mismo estarías dispuesto a concederte a ti mismo y a Él que hay muchísimas cosas todavía que te retienen, que todavía dista mucho de ser verdad que Él te haya atraído completamente hacia sí desde la altura, lejos de todo lo bajo y terrenal, que te quiere retener asido? No, no he de ser yo, oyente mío, ni ha de ser ningún otro hombre el que te lo diga, el que tenga o se atreva a decírtelo; no, cada uno tiene bastante con decírselo a sí mismo y Dios le encomiaría si un tal nunca se cansase de decírselo a sí mismo. Oyente mío, no sé en dónde estás, si quizá Él ya te ha atraí-

do largo trecho hacia sí, si has avanzado quizá en orden a ser cristiano mucho más que yo y muchos otros; pero Dios quiera que hoy, dondequiera que te encuentres, y quienquiera que seas, hoy que has venido acá para participar en el sagrado banquete de la Cena, Dios quiera que sea un día bendito de verdad para ti, que te sientas en el momento santo totalmente atraído hacia Él, que captes su presencia, la presencia del que está aquí presente, del que ciertamente te separas al abandonar el altar, pero que no te olvidará si tú no le olvidas a Él, ni tampoco te olvidará si tú, ay, le olvidares alguna vez, ya que permanece en la altura para atraerte hacia sí hasta que llegue el momento feliz definitivo en que ya seas con Él y junto a Él en la gloria.

II

Señor Jesucristo, débil es nuestro propio sentido malo, que demasiado a gusto se deja arrastrar —y ¡hay tantas cosas que nos arrastran! Hay el placer con su fuerza tentadora, la diversidad con su dispersión extravagante, el momento con su acuciante importancia, y la apresurada desazón de la actividad y la despreocupada pérdida del tiempo de la reflexión y el oscuro devanarse los sesos de la melancolía: todo esto nos quiere arrastrar lejos de nosotros mismos, para engañarnos. Pero Tú, que eres la verdad, solamente Tú, nuestro Salvador y Redentor, puedes atraer en verdad a un hombre hacia Ti, lo que ciertamente has prometido hacer: que los atraerás a todos a Ti. Que Dios nos conceda que mientras caminamos hacia nosotros mismos podamos llegar hasta nosotros mismos de tal modo que Tú, según tu palabra, puedas atraernos a Ti — desde la majestad, mas a través de la pequeñez y la humillación.

Juan 12, 32. «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

Atento oyente: Primeramente, a manera de introducción, esclarezcamos lo que se contiene, entendido exactamente, en el pensamiento: «atraer hacia sí», para entender mejor de este modo y entenderlas más íntimamente las palabras sagradas citadas: que Cristo, levantado de la tierra, es decir, *desde la majestad, atraerá a todos hacia sí.*

¿Qué significa: atraer hacia sí? ¿No es mentira en el fondo decir que atrae hacia sí, lo que solamente atrae hacia sí con engaños, o atrae hacia sí para engañar, o engaña en tanto atrae hacia sí? Pues en este caso lo justo y verdadero sería decir sin más ambages: que engaña. Si se dice de ello: que atrae, es porque se desearía por unos instantes callar lo decisivo, demorarse unos momentos con ello, no queriendo llamar inmediatamente a las cosas por su nombre, de frente como siempre acontece con la verdad, huyendo rápidos como lo verdadero huye siempre de la mentira. Si de lo que seduce se dijera que conduce —y aquí se para uno, sin añadir nada, o al cabo de que te harás— a la seducción: ¿no sería todo esto en el fondo un indicio

claro de que se estaba bajo el poder de la seducción? Verdaderamente es peligroso y da que pensar cuando un hombre tartamudea así y tarda tantísimo en unir los términos; es una peligrosa demora junto a lo prohibido, una demora o, más exactamente, como si en el fondo se sintiese placer en dejarse llevar un trecho por ello, conducido un trecho por lo seductor. Ciertamente también sería indefendible que a quien estuviera bajo el poder de la seducción se le dijese: ten cuidado, eso conduce a la seducción. ¡Ah!, quien está preocupado por la salvación propia o por la de otro hombre habla impacientemente de otra manera; aun en el instante en que está, hablando humanamente, más alejado de lo que seduce, no ofrece ni siquiera un dedo, para que no le cojan el brazo entero, no bromea, no coquetea con ello.

No digas que éstas son agudas acotaciones verbales, son nada menos que edificantes y, créemelo, es de muchísima importancia para un hombre el que su lenguaje sea exacto y verdadero; pues entonces lo es también su pensamiento. Y además, aunque no lo sea todo el entender y hablar correctamente, pues también se exige el obrar bien, sin embargo, el entender es con relación al obrar como un trampolín, desde donde el que salta impulsa el salto: cuanto más claro, más preciso, y, en el buen sentido, más apasionado es el entender más se aligera proporcionalmente el obrar, o es más fácil para el que obra el hacerse con la acción, como acontece con el pájaro a quien le es más fácil levar alas desde la rama trémula, pues la oscilación de ésta es como un movimiento muy relativo al del vuelo y conforma la más ligera transición del volar.

Para que podamos hablar de un atraer verdadero hacia sí es necesario, sobre todo, que haya algo en sí, que sea algo en sí mismo. Porque lo que no es en sí mismo no puede atraer de ninguna manera hacia sí. Este último es el caso de lo sensible, lo mundano, lo momentáneo, lo diverso, que no es nada en sí mismo, está vacío. Por eso en definitiva no puede atraer hacia sí, solamente puede engañar. Esto es lo último, que engaña; mas esto último es lo que hay que decir al principio y sin pérdida de tiempo: que engaña.

Lo que verdaderamente puede decirse que atrae hacia sí ha de ser lo elevado, lo más noble, que atrae lo bajo hacia sí, es decir, que atraer verdaderamente hacia sí es levantar, no precisamente hundir. Cuando lo bajo atrae hacia sí a lo alto, no lo atrae, lo abate, lo engaña. Esto es precisamente lo que aparece a lo último, el engaño: mas esto último es lo que hay que decir al principio y sin pérdida de tiempo: engaña.

Por otra parte, lo que más propiamente ha de entenderse por atraer en verdad hacia sí, depende de la peculiaridad de lo que ha de

ser atraído. Si esto es un yo, entonces atraerlo verdaderamente hacia sí no puede significar meramente que se le aparta de ser sí mismo, de suerte que se le atraiga de tal manera que haya perdido su entera consistencia propia, por el hecho de haber sido atraído a lo que le atrajo hacia sí. No, respecto de lo que verdaderamente es un yo, atraer de esta manera sigue siendo un engaño. Esto sería precisamente lo que aparecería a lo último, el engaño; pero esto último es lo que hay que decir al principio y sin pérdida de tiempo: que engaña. No, cuando lo que ha de ser atraído es en sí mismo un yo, atraerlo en verdad significa por lo pronto ayudarlo a que verdaderamente sea sí mismo, para así atraerlo hacia sí, o significa que en y con la atracción hacia sí se le ayuda a ser sí mismo. — Por lo tanto, atraer en verdad tiene aquí un doble significado: primero, hacer que el yo que ha de ser atraído sea sí mismo, y esto supuesto atraerlo hacia sí.

Y ahora, ¿qué significa ser un yo? Significa que se es una duplicidad. Por lo cual en este sentido «atraer en verdad hacia sí» significa una duplicidad. El imán atrae al hierro hacia sí; pero el hierro no es ningún yo, por lo cual en este sentido atraer hacia sí es algo sencillo. Mas un yo es una duplicidad, es libertad; por lo cual en este sentido atraer hacia sí significa enfrentar a una elección. Cuando es atraído el hierro no hay ni puede hablarse de ninguna elección. Mas a un yo solamente le puede atraer otro mediante una elección; de suerte que atraer en verdad hacia sí es algo conjuntamente determinado.

Por lo tanto: aquello de lo cual puede decirse que verdaderamente atrae hacia sí ha de ser algo en sí, o algo que es en sí mismo. Así ocurre con la verdad atrayente hacia sí; puesto que la verdad es en sí misma, es en y por sí misma — y Cristo es la verdad. Ha de ser lo más alto lo que atrae a lo más bajo hacia sí — así acontece con Cristo, el infinitamente más alto, verdadero Dios y hombre, que atraerá a todos hacia sí. Mas el hombre —de quien hablamos aquí— es en sí mismo un yo. Por lo cual, Cristo ayudará también, sobre todo, a cada hombre para que sea sí mismo; Cristo exige, sobre todo, del hombre que sea sí mismo mientras avanza interiormente, para poder así atraerlo hacia sí. Cristo desea atraer al hombre hacia sí, mas Él quiere, para atraerlo verdaderamente hacia sí, atraer al hombre solamente en cuanto es esencia libre, es decir, a través de una elección. Por lo tanto, Aquel que se humilló a sí mismo, el humillado, desea atraer al hombre hacia sí desde la majestad. Sin embargo, Él es uno y el mismo en la pequeñez y en la majestad; y la elección no sería correcta si alguien creyese que tenía que elegir entre Cristo en la pequeñez y Cristo en la majestad, ya que Cristo no está dividido, Él es uno y el mismo. La elección no es: o la pequeñez o la majestad, no,

la elección es Cristo; mas Cristo es un combinado y, sin embargo, uno y el mismo, es el humillado y el exaltado, que impide, consiguientemente, elegir una de las partes, en tanto que ambas partes, o que ambas partes se den en Él, imposibilitan el ser atraído hacia Él independientemente de una elección. Pues para que en verdad pudiera atraer hacia sí independientemente de una elección, entonces tendría que ser simplemente o el exaltado o el humillado, mas Él es ambas cosas a la par. De este modo no hay nada que atraiga hacia sí a través de una duplicidad, ningún poder de la naturaleza, nada mundano puede atraer así — solamente lo puede el espíritu y éste, a su vez, solamente puede atraer hacia sí al espíritu.

Desde la altura los atraerá a *todos* hacia sí.

¿Y no es verdad que es esto lo que ha sucedido? Todos los miles y miles y millones que Él ha atraído y atrae hacia sí — ya que en la humillación solamente atrajo a los Doce, y de éstos uno le traicionó y los otros le negaron. Pero estos miles y millones que Él atrae hacia sí desde la elevación están firmes como rocas junto a Él. ¡Quizá! Mas suponte que Él hiciera una prueba de ello, suponte que revistiese de nuevo la figura de la pequeñez — y viniera a los suyos con una rigurosidad todavía mayor que lo hiciera antes: ¿cuál sería la consecuencia?

Sin embargo, ¿es que no son sus propias palabras, las de que atraería a todos hacia sí desde la elevación? En este caso está perfectamente en orden el que suceda lo que sucede, según Él lo predijo, y está en plena consonancia a pesar de todo lo que acontece con tantos miles y millones de seres, que se sienten todos atraídos por Él desde la altura. Mas ¿qué es lo que significa entonces atraer hacia sí? Atraer hacia sí ha de ser mediante una oposición, atraer hacia sí mediante una elección; por lo tanto, no inmediatamente, sino mediatamente, de manera que la elección no consista, según queda dicho, en elegir uno de los términos opuestos, sino en elegir una unidad de los dos opuestos, lo cual no se deja hacer inmediatamente. Por eso mismo no se puede decir tampoco de Él que atrae solamente desde la altura, en el caso de que sólo hubiera sido el altamente elevado y jamás hubiese sido otra cosa.

Mas ¿quién es el que habla? ¿Es el exaltado el que habla? De ninguna manera, en este caso el sonido de las palabras sería indudablemente distinto, tendría que ser: yo, el levantado, atraeré a todos hacia mí. Por el contrario, las palabras son: mas yo — si fuere levantado. El yo que habla no es, pues, el levantado. Yo, es decir, yo el humillado, si fuere levantado, los atraeré a todos hacia mí. El levantado lo realizará, mas el humillado es quien ha dicho que lo realizará. Si

el humillado no hubiera vivido no sabríamos nada del levantado; y si el humillado no hubiera dicho estas palabras no habríamos sabido ciertamente nada acerca de que Él atraería a todos hacia sí desde la altura.

¿Cómo, pues, hay que entender esas palabras? Para entender un discurso, especialmente un discurso en primera persona, donde consiguientemente se nombra un yo, no es de seguro suficiente el que se entienda lo que se dice, debemos también procurar atender a *quién* es el que habla. Y el que habla es el humillado, de modo que esas palabras, históricamente, no fueron dichas ayer o antes de ayer, sino hace mil ochocientos años, cuando el humillado no había sido todavía levantado. Mas cuando un hombre atraviesa por tales mutaciones y cambios como el de la humillación — la elevación, entonces resulta de gran importancia —para comprender sus expresiones llana y sencillamente— el que se ponga en claro en qué parte de su vida lo ha dicho. Con todo, respecto de la vida de Cristo esta aclaración es bien fácil de conseguir; puesto que su elevación no comienza sino con la ascensión a los cielos — y desde este momento no se ha oído ni una sola palabra salida de sus labios, cada palabra que ha dicho ha sido, pues, dicha en su humillación.

Mas permítaseme construir un caso completamente sencillo para una cabal aclaración de la importancia que tiene respecto de una expresión de un hombre, que en su vida atravesó mutaciones significativas, el que se determine exactamente en qué período de su vida la dijo. Pensemos el caso de un hombre piadoso, pobre; naturalmente, vive abandonado, y todo el mundo se frota las manos de contento cuando al pasar por su puerta lo ha visto de antemano acercarse y lo descubrió tan a tiempo que se ha podido mantener la puerta cerrada o negarle la entrada. De este fulano se cuenta que ha dicho: cuando llegue a ser el hombre más rico entre los ricos, entonces todos me buscarán. Supongamos que sucediera lo que este hombre había piadosamente esperado, con infantil confianza en Dios, sin murmurar lo más mínimo, contento en su pobreza, que llegase a ser realmente el más rico entre los ricos — y que ahora todos le buscaran. Supongamos que han pasado ya muchísimos años entre uno y otro período de su vida — entonces si alguien entendiera su expresión de tal modo que olvidase que había sido el hombre pobre el que le había dicho: ¿la entendería? No, la falsificaría.

Precisamente lo curioso fue que era el hombre pobre, mientras era pobre, el que dijo estas palabras, que a la mayoría les parecieron locura, cuando fueron dichas; lo curioso fue que él tuviera en los días de la pobreza tal fe y confianza en Dios, en que Dios le haría el

más rico entre los ricos. ¿No es esto curioso? ¿O es que tiene algo de curioso el que todos busquen al hombre rico, o el que se profetice que esto acontecerá? Esto lo pueden predecir todos, tanto el simple como el sabio. Lo curioso consiste precisamente en la relación entre la expresión y las circunstancias de este hombre, en las cuales lo dijo. Por eso en la ocasión en que el hombre pobre dijera estas palabras: «cuando yo sea el más rico entre los ricos», entonces..., todos seguramente con sorna contestarían: sí... cuando... Es decir, que, aparte de la injusticia de mofarse de él, se había entendido claramente que lo propiamente curioso de este discurso era el discursante, o que era un hombre en la pobreza quien lo decía.

Y lo mismo acontece con las sagradas palabras citadas de Aquél, el levantado. Lo asombroso consiste en que quien las dijo fue el humillado; el despreciado, el escarnecido, el burlado, el escupido fue el que dijo: y yo, si fuere levantado, atraeré a todos a mí. No tiene nada de asombroso el que el elevado, el victorioso, el poderoso atraiga a todos así, tan poco asombro contiene que lo pueden predecir en última instancia todos, tanto el simple como el sabio; si semejante predicción fuese una profecía, entonces seríamos todos, los grandes y los pequeños, grandes profetas. Mas lo asombroso estaba en que fue el humillado quien lo dijo. Y por eso también los contemporáneos dirían con seguridad: sí... cuando..., es decir, que comprendían muy bien cuál era el punto de asombro sobre estas palabras. Absolutamente acontece lo mismo que con las palabras de aquel hombre pobre. Sin embargo, intermedia una diferencia infinita, ya que aquél, al pronunciar aquel «cuando», solamente pudo a lo sumo, dada su fe y esperanza en Dios, *esperar en la posibilidad*, en que ello fuese posible. Por lo demás, es también una inmensa perogrullada que aquél, el pobre, cuando era pobre lo era realmente. Mas Aquél, el humillado, *estaba seguro* de que sería levantado, lo estaba desde toda la eternidad, de suerte que en cierto sentido, aun siendo el humillado, era el exaltado. Y mira, esto es lo asombroso, ¡un tal humillado y tales palabras de un tal humillado! Mas, según se ha dicho, para que se pueda hablar de haber comprendido esas palabras, ha de recordarse sobre todo que es el humillado el que habla.

Si ya alguien ha captado esto plenamente, de suerte que no supiera de la elevación sino que solamente escuchase al humillado que habla, en este caso todavía podrían comprenderse mejor las palabras por un medio distinto. Como se ha explicado, para comprender una expresión de un hombre no es solamente suficiente el que se comprenda lo dicho sino que hay que saber también quién es el que lo dice, y si su vida se ha ensayado en varias mutaciones decisivas es

necesario concretar en qué período de su vida — y esto supuesto todavía es preciso saber una cosa más: en qué estado de ánimo ha dicho las palabras.

Volvamos al caso de aquel hombre pobre. En la actualidad es el hombre rico a quien todos buscan. Todos estos que le buscan quisieran en el fondo echar en el olvido que él fue pobre una vez y, sobre todo, olvidar que fue en cuanto pobre como lo dijo — porque de lo contrario las palabras les recuerdan algo desagradable, que cuando era pobre no hubo ni siquiera uno solo que lo buscase. Lo que significa que las palabras propiamente acaban de alcanzar ahora su estímulo, ahora que ha llegado a ser rico — y que todos lo buscan. Este estímulo ha de quedar anulado; pues en caso de que no lo fuese no podrían gozarse todas las ventajas que comporta este hombre rico. ¿Qué es lo que se hace para ello? Se dice: ¡bah, olvidémoslo, éste es un recuerdo negro y tristón! Se arroja lejos la primera parte de la expresión: «cuando yo llegue a ser», y se quedan como si solamente se tratase de un hombre rico que dijo —en este caso qué profundamente significativas son las palabras, casi tan profundamente significativas como la referencia de un día de sol: ¡qué día más magnífico hace hoy!—: yo soy buscado por todos. Y todo esto se considera evidente, que fue estupendamente dicho por él, que así es y tiene que ser, que está completamente en regla, y que no es ningún milagro el que todos lo busquen con empeño a este hombre rico, que tan jocunda y profundamente habla, que arrastrado por el sentimiento del placer vital, con la sonrisa en los labios, alegremente satisfecho dice: todos me buscan.

Pero, pero era el hombre pobre el que dijo las palabras: cuando llegue a ser el más rico entre los ricos, todos me buscarán. No olvidemos las circunstancias en que él dijo estas palabras, así captaremos suficientemente la huella de su estado de ánimo — si quizá, a la postre, hubo amargura en el alma del pobre, cuando las pronunció. Quizá pensó: ¡oh, pícaro mundo!, mientras sea pobre todos me huirán, mas cuando llegue a rico todos me buscarán. Y suponiendo que el alma de este hombre pobre era profunda, de manera que cuando ya fuese rico se humillase, sobre todo, ante Dios, arrepentido por la amargura que hubiese en su corazón al decir estas palabras — con todo, probablemente, le tenía que asquear lo que acontece en la vida, al ver que todos huyen al pobre, y todavía le tenía que asquear más el ver que todos buscan al rico. Puesto que había profundidad en su alma no podía permitir ser objeto de mofa. Y él no era en el sentido más hondo objeto de burla cuando todos le huían a él, el pobre; pero con facilidad podría serlo cuando todos le buscasen a él, el rico; podría serlo fácilmente — puesto que en un sentido más hondo

convertirse en objeto de burla no es lo que otros hacen contra uno, sino lo que uno mismo sea — si avanzara deslumbrado y olvidase lo que en cuanto pobre había enseñado.

¡Y ahora Él, el humillado! Sí, en su alma no había ninguna amargura, ni siquiera cuando dijo: «¿Hasta cuándo habré de soportar a esta generación?». Él era el amor. Respecto de Él, la amargura estaba al acoso desde fuera, pero jamás estaba en su poder el amargarlo interiormente. Por el contrario, podía amargarle su vida, la vida que llevó en la humillación, entregado a la mentira y a la emboscada, a los malos tratos y a la persecución, como un testigo doloroso de la continua debilidad y cobardía y egoísmo, esquivado de todos. Entonces dijo Él: «Y yo, si fuere levantado, atraeré a todos a mí». ¿Cabría ahora pensar que Él, que dijo: «Hasta cuándo habré de soportar a esta generación?», se dirigía solamente a aquella generación con esas palabras, y que las restantes generaciones, dispuestas a echar en saco roto su pequeñez y participar con Él en su elevación, eran esencialmente mejores y más soportables. ¿Cabría que realmente le deslumbrase a Él el hecho de que cuando fuese levantado todos se decidieran por Él? ¿Podría haberle deslumbrado esto e influido en lo más mínimo para que cambiase su juicio acerca de lo que la verdad sea, Él que es la verdad? Mas si esto es imposible, más imposible todavía que la mayor imposibilidad en el orden de la naturaleza: entonces no ha olvidado Él en lo más mínimo lo que era su vida, cuando Él era el humillado.

Por eso, en el fondo de estas palabras yace un estímulo, un estímulo de la verdad: y yo, si fuere levantado, los atraeré a todos a mí. Cuando fueron dichas por Él, el humillado, ese estímulo de la verdad consistía en que el humillado sabía que Él mismo era el altamente elevado. Como queda dicho, Él jamás fue un amargado, pero, sin embargo, dijo: «¿Hasta cuándo he de soportar a esta generación?». Y cuando fue exaltado y aconteció que Él atrajo a todos hacia sí, entonces el estímulo, el estímulo de la verdad consiste en que es el humillado quien ha dicho estas palabras. Y ni tú, ni todos los millones de hombres o: todos los millones de cristianos, podréis deslumbrarlo o conseguir que Él olvide algo — como los alegres, los festivos amigos asiduos de aquel rico, que antes era el hombre pobre, desearían gustosos hacerle olvidar que era en cuanto pobre como dijo las palabras, hacerle olvidar lo que en cuanto pobre alcanzó a saber acerca del mundo, engatusándole con que el mundo es estupendo — pues ¡no es verdad que todos se apiñan en torno a él!

No, un hombre puede muy bien tornarse olvidadizo con los años, y olvidar en los días estupendos de la riqueza las experiencias de la

pobreza y la verdad; pero Él, el exaltado, todo lo tiene ante sí como una presencia eterna — los mil ochocientos años son como un día. La elevación no lo puede cambiar; Él está tan presente a sí mismo que todavía hoy es Él mismo en las palabras que dijo; recuerda de una manera tan viva que Él era el humillado; Él es el humillado que dice al hombre *actual*: los atraeré a todos desde la altura.

Mas ¿no es Él quien ha dicho que los atraerá a todos hacia sí desde la altura? Desde luego — Él, el humillado, lo ha dicho. Él no se deja engañar — no le desatarás de la humillación; si las palabras evocan la elevación, el que las dice evoca la humillación. No puedes elegir una de las dos partes sin incurrir en error, con lo cual te engañas a ti mismo, no a Él, y te engañas a ti mismo respecto de la verdad, que es Él.

III

Señor Jesucristo: Muchas son las cosas por las que puede sentirse atraído un hombre; pero hay una por la que nunca se sintió naturalmente atraído: por el sufrimiento y la humillación. A los hombres nos parece que hay que huir de todo esto cuanto sea posible, y en todo caso padecerlo a la fuerza. Mas Tú, nuestro Salvador y Redentor, Tú el humillado, que no quieres forzar a nadie, y menos que a nada a lo que es y debe ser el más alto honor de un hombre, a que se atreva a semejarse a Ti: que, a pesar de todo, tu imagen en la humillación esté viva de tal manera para nosotros, despertándonos y convenciéndonos, que nos sintamos atraídos hacia Ti en la pequeñez, atraídos para hacernos semejantes a tu pequeñez, Tú que deseas atraernos a todos hacia Ti desde la altura.

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS HACIA MÍ»

¿Quién es, pues, este encumbrado? Es el Hijo Unigénito de Dios, Nuestro Señor, que desde la eternidad estaba en Dios, era Dios, que vino al mundo, desde donde ascendió a los cielos, donde ahora está sentado a la diestra del Padre, glorioso con la gloria que tenía antes de que el mundo fuese hecho. Él es Aquel a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; Aquel a cuyo nombre han de inclinarse todas las rodillas, las de todos los que están en el cielo y en la tierra y bajo la tierra; Aquél, en alabanza y honor de cuyo nombre resuena la eternidad y resonará eternamente; Aquél, que ha de venir de nuevo en las nubes, rodeado de todos sus santos ángeles, para juzgar al mundo y para salvar a aquellos que, creyentes, han esperado su gloriosa revelación.

Mas ¿es esto todo lo que se sabe de Él? No, falta lo más por saber acerca de Él, algo completamente distinto, que Él era el humillado. Nació como hijo ilegítimo; y si el padre se hubiese dejado llevar de su propio consejo, entonces, bueno como era, no hubiera repudiado públicamente, pero a ocultas hubiese abandonado a la despreciada virgen, que era la madre. Sin embargo, el padre putativo cambió de

parecer milagrosamente, se quedó y cumplió como un padre real, si atendemos a la preocupación y abnegación humanas que mostró con el niño; mas, por el contrario, toda la parentela a la que este niño vino a pertenecer por el hecho de hacerse hombre, se le convirtió en un padrastro cruel para este hijo ilegítimo, que la parentela no quería reconocer como de los suyos. Sí, lo mismo que de vez en cuando acontece con un pájaro, un pobre pájaro al que todos los demás pájaros de la misma especie persiguen sin cesar y lo maltratan y lo picotean, porque no es como los otros, hasta que finalmente consiguen quitarle la vida, con lo que el parentesco expira. De igual forma su raza no quería tener parentesco con este niño o con este hombre; quitar de en medio a este hombre, para que el parentesco expirase, era lo que más en serio se tomaron, era cuestión de vida o muerte para ellos. Esta historia, es decir, la historia de este constante maltrato, que al final se corona con la muerte, esta historia o esta pasión: ésta es la historia de su vida. Puede contarse de muchas maneras; puede contarse parcamente, con dos y hasta con una palabra: era la historia del sufrimiento. También puede contarse de una manera más extensa; mas entonces jamás podría contarse en toda su verdad, porque sería tan extensa que ningún hombre podría contarla. No puede contarse de una manera distinta a una de estas dos. Por una incomprensión humana se la ha acortado de tal modo que se llama a la última parte «historia de la pasión»; pero se trata de una incomprensión. Ciertamente que hubo un tiempo de su vida, un período, en el que casi consigue parecer gloriosa. Mas ¿no es verdad, con todo, que también en este período le aguijoneaba la raza con los tormentos de la incomprensión que le propinaban a Él? E incluso en el momento de su vida en que, hablando humanamente, se le rodeó de gloria, ¿no se echa de ver fácilmente que este esplendor es más volcánico que fiable, que hay que desconfiar de él? ¿No se barrunta entonces que ese esplendor tiene que significar otra cosa, que ocultamente —como una altura desde la que un hombre se precipita— da a entender cabalmente lo contrario, el horror a la ruina, que es ambiguo como aquel momento en que aquella mujer le ungió con un caro ungüento? Propiamente, no tienes la impresión de asistir a la grandiosa solemnidad de un banquete; Él mismo también dice: «Lo tenía guardado para el día de mi sepultura» (ese ungüento) —pues en verdad cada día de su vida, de la vida de Aquel que estaba destinado como víctima, era en cierto sentido el día de su sepultura. Y así no era más que el esplendor de un corto instante, que solamente hacía referencia al fin mortal, cuyo significado era este fin o la preparación de este fin. Se le quiso proclamar rey, pero Él no tiene

la facha característica de un candidato para la elección real, a la que aspira y que hace todo lo posible por asegurarse la corona. Por eso Él no hace mucho caso de este clamoreo de su realeza proclamada por la turba, porque sabía que este episodio estaba meramente ligado con la seriedad de lo que indudablemente estaba a punto de ser en sí mismo: el sacrificio. ¡Y a Éste lo querían proclamar rey! Esto es tan raro y tan insensato como el pretender brindar todos los tesoros del mundo a quien según sagrada promesa vivía en la pobreza: ¿para qué los quería?; y ¿qué le importaba a Él el poder real, si era el más indiferente de todos para con todo lo mundano? El pequeño pueblo, al que pertenecía, se llamaba a sí mismo con ufanía el pueblo escogido de Dios; este pueblo gemía bajo el dominio extranjero y, como cosa natural, todos abrigaban el pensamiento de poder arrojar de sí el yugo maldito. Por eso se le quería proclamar rey. Pero mira, entonces se le muestra una moneda del tributo y con una pregunta engañosa se le quiere forzar *velis nolis* a que tome partido. Y ¿qué es lo que pasó? ¡Oh, mundana pasión partidista, aunque te llames santa y nacional, no, no conseguirás atraparlo en su indiferencia! Él pregunta: «¿De quién es esa imagen y esa inscripción?», se le responde: «Del César». «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». ¡Qué infinita indiferencia! No le importa nada que el emperador se llame Herodes o Salmanasar, que sea romano o japonés. Mas, por la otra parte, ¡qué infinita diferencia abisal la que Él establece entre Dios y el César! — «dad a Dios lo que es de Dios». Ya que desde el punto de vista mundano se pretendía hacer una cuestión divina de si estaba permitido pagar tributo al César; de esta manera, la humanidad busca gustosa aderezarse con lo propio de la divinidad y así se quería mezclar también en la pregunta a Dios y al César, como si ambos sin más y directamente tuviesen algo en común, como si fuesen quizá dos rivales, y Dios de este modo una especie de César; es decir, que propiamente y a hurtadillas en la pregunta se había tomado a Dios en vano, mundanizándolo. Pero Él establece la diferencia, la infinita diferencia, hace del dar el tributo al César la cosa más indiferente de todas, es decir, algo que hay que hacer cuanto antes, sin perder un minuto en palabras — para de este modo tener más tiempo para dar a Dios lo que es de Dios. ¡Y lo querían proclamar rey! ¡Qué sufrimiento ser incomprendido de tal manera! — Y como en esto fue incomprendido en todo. No se pasó ni siquiera un día, ni siquiera una hora de un día en que la incomprensión —como ella solamente puede hacerlo, y quizá todavía más martirizadora que el sufrimiento corporal— no lo crucificase. Se incomprendió su doctrina y se la profanó, se incomprendieron

sus milagros y se los profanó, Él mismo fue incomprendido y profanado; se incomprendió su trato con los pecadores y aduaneros y provocó el escándalo, se incomprendió su predicción de su pasión y muerte y provocó el escándalo. Con excepción de sus Apóstoles, aquella mujer fue de los pocos que lo comprendieron, aunque lo incomprendió en cuanto no supo que lo hacía, que le estaba ungiendo, con referencia a su muerte. ¡Qué espanto horroroso que se dé una tal interpretación plenamente misteriosa de lo que aparenta ser todo lo contrario: que este momento del banquete amical, en que es ungido con un ungüento costoso, signifique su sepultura!

Imagínate a este humillado, a quien la raza no quiere reconocer, sobre quién todos, al contrario, están acordes, aunque de diversas maneras, en el mismo grito: ¡mira qué hombre! Desigual fue su vida desde el principio al fin. ¡Mira qué hombre!, gritaba la multitud cuando intentaba proclamarlo rey, y ¡mira qué hombre!, gritaban cuando lo crucificaron. ¡Mira qué hombre!, ésta es cabalmente la historia de la pasión de su vida concentrada en un solo grito.

Y Él, el humillado, era el amor; solamente deseaba una cosa: salvar a los hombres; lo deseaba a costa de cualquier condición: dejó la gloria celestial para eso; lo deseaba a costa de cualquier condición: ofrece su vida para eso. Así — ciertamente no se puede decir que le fueron las cosas en el mundo, no — así, porque con este propósito descendió a la tierra, le fueron las cosas en el mundo. Cabría haber esperado que hubiese puesto en conmoción a todos los hombres, pero ninguno se conmovió — y, sin embargo, sí: a todos los puso en movimiento, hizo que todos se rebelaran contra Él. ¡Qué pasión, que pasión del amor!

¿No es capaz de conmoverte ahora este espectáculo? ¿No es verdad que deseas ser sincero contigo mismo? Y si uno de esos oradores estéticos, que tratan el asunto al revés o no saben lo que hacen, intentara engañarte con su brillante oratoria, hablando encantadoramente de la pasión de Cristo y haciendo todavía más encantadoramente el ademán de tirarse a los pies de su cruz — pero, como espectador, para desde allí poner la mira en el mundo, en la historia mundial, en la humanidad, ¿no es verdad que no te dejarás engañar? Porque has de pensar que hay seriedad en el hecho de ponerse o estar a pie firme junto a su cruz, esto tiene que hacerse en la situación de contemporaneidad, lo que significaría que realmente se llegaba a padecer con Él, no el que se hacían consideraciones al pie de su cruz, sino el que quizá se tenía que estar uno clavado a una cruz junto a la suya — para emprender una serie de consideraciones. Por eso piensa —movido por la fuerza de la seriedad o para que haya se-

riedad— en Él, no contentándote con contemplaciones al respecto, sino, sobre todo, piensa en ti mismo, para que en tu pensamiento te hagas contemporáneo con Él. ¿No es capaz de conmoverte ahora este espectáculo? No a las lágrimas, que aquí estarían fuera de sitio, superficiales, de mal agüero, a no ser que fuese sobre ti mismo tu llanto — sino a la seriedad, a la acción, al querer al menos de alguna manera sufrir a semejanza de Él. No serás forzado a ello contra tu voluntad; mas dichoso de ti, si tu voluntad te fuerza de tal modo que digas: no puedo evitarlo, este espectáculo me conmueve hasta la médula. Tú no eres forzado contra tu voluntad; oh, no entiendas al revés lo que te estoy diciendo, estamos hablando de una cuestión de honor; si no quieres, si te parece quizá demasiado pesado, puedes quedarte a gusto con tu libertad — en este caso te liberas a ti mismo de una cuestión de honor. ¿Te resulta esto quizá más fácil? Mas dímelo de veras, y dítelo a ti mismo: ¿qué juzgarías de un amante que solamente quisiera pertenecer al que ama cuando éste hubiese superado todas las dificultades, triunfado de todos los peligros, un amante que solamente pudiese amarlo cuando estuviese encumbrado? ¿Es esto amor? Ciertamente, es amor propio; pero ¿es esto amar? Imagínate dos amantes; el amante, el hombre, ha tenido que pasarlo muy mal en su vida, tuvo que estar solo en el mundo, empobrecido, incomprendido de todos, despreciado, mofado — pero un buen día se cambió la página, su empeño ha triunfado, y ahora es admirado de todos, todos le buscan precipitadamente. En este momento conoce a una muchacha, que se enamora de él y él de ella. Ella, desde luego, no es en absoluto culpable de no haber participado de sus sufrimientos, ni siquiera le conocía en el tiempo de sus sufrimientos; pero en el caso de que estuviese verdaderamente enamorada, ¿no se lo echaría eso en cara como una especie de infidelidad? —ciertamente esto es una exageración, mas una exageración del amor—; o, ¿no sentiría que su amor estaba incompleto porque no lo conoció en el tiempo de sus sufrimientos, avergonzándose de participar solamente con él en el triunfo?

Mas por lo que respecta a Jesucristo, nadie puede decir que empezó a conocerlo cuando ya había alcanzado la gloria; puesto que todo el que llega a conocerlo lo conoce en la pequeñez; y si de verdad llega a conocerlo, empieza por conocerlo en la pequeñez. Ni tampoco puede decir alguien con verdad que es imposible llegar a participar con Él de la pequeñez, porque ésta pasó definitivamente, y hace muchísimo tiempo que pasó. No, si tú te haces contemporáneo con Él en la humillación, y este espectáculo te conmueve de tal modo que quieras sufrir con Él: entonces se te ofrecerá la ocasión —que Él mis-

mo te garantizará— de poder sufrir a semejanza de Él; y aunque no se diera la ocasión, después de todo no es ésta la que viene al caso, sino la disposición de querer sufrir a semejanza de Él. Sufrir a su semejanza, y ¿no es verdad, que no te quieres engañar a ti mismo, que deseas ser sincero — supuesto que eres un amante, y, por lo tanto, no buscador en absoluto de subterfugios y escapatorias como los que desde la cumbre buscan escabullirse del sufrimiento? No, al que ama a Cristo le es muy fácil comprender y lo comprende sencillamente, sin tener que recurrir a brillantes discursos, lo que significa padecer a su semejanza. Si tú concretamente o cualquier otro hombre tiene adversidades en la vida, si todo se le tuerce, si quizá llega a perder lo que le es más querido: todo esto no se llama padecer a semejanza con Jesucristo. Tales sufrimientos son los comunes-humanos, en los cuales son y fueron tentados los paganos lo mismo que los cristianos. El cristiano se reconoce en que soporta estos sufrimientos pacientemente; pero por muy pacientemente que los soportase, no se le ocurriría pensar jamás que eso era sufrir emparejado con Cristo — cabalmente, este pensamiento sería acristiana impaciencia. Sufrir con Cristo no significa que uno soporta con paciencia lo inevitable, sino padecer la maldad de los hombres porque en cuanto cristiano, o siendo cristiano, se desea y uno se obliga a la bondad, de suerte que se podría soslayar este sufrimiento con sólo dejar de querer lo bueno. Como si, para solamente citar un ejemplo, un hombre se obligase cristianamente a soportar su carga con paciencia — y entonces fuese mofado y burlado por los hombres, porque deseaba ser paciente. Puesto que de esta manera sufrió Cristo; sufrió porque era la verdad y no quería ser más que lo que era: la verdad.

Contémplalo todavía una vez más a Él, el humillado. Pues de esto es sobre lo que hay que predicar, de la humillación — puesto que para lo que se refiere a participar en su gloria no hay que hacer muchas introducciones para saber cómo hay que comportarse. Hay que predicar sobre la humillación, ya que si tú no quieres participarla con Él, tampoco participará Él contigo su gloria; por lo tanto, hay que predicar sobre si tú participarás en su humillación. Contémplalo a Él, el humillado. Y si este espectáculo te impresiona, de suerte que estés dispuesto a cualquier padecimiento con Él — entonces, sí, entonces yo te diría: *debes* padecer con Él. Hablar así es una bienaventuranza. En cambio, tener que decir constantemente al displicente «tú debes» es bastante desagradable. Mas cuando alguien no desea otra cosa fuera de ésta, tener que sufrir con Él, y lo desea exclusivamente, entonces es una bienaventuranza decirle: felicidades, amigo, tú debes. Qué dichoso es decir esto; y entonces la palabra

«debes» está también en el sentido más bello en su puesto preciso. Entonces la palabra «debes» no es tan imperiosa —¿pues a qué viene la imposición respecto de quien desea anhelosamente lo que el mandato le impone?—, sino que es santificadora, purificadora, para que en este fervor no haya ninguna precipitación, ninguna exageración fantasiosa, ningún pensamiento camuflado con algo meritorio.

Vuelve, pues, otra vez los ojos hacia Él, el humillado. ¿Qué efecto te produce este espectáculo? ¿No debiera moverte a querer de alguna manera sufrir a su semejanza, es decir, a querer testimoniar la verdad con el peligro de tener que padecer precisamente por ello? Olvida por un momento en lo posible todo lo que sabes sobre Él, arráncate de la quizá desidiosa costumbre según la cual tú eres sabedor de Él: que te suceda como si fuese la primera vez que oyeras la narración de su humillación. O si crees que esto te será imposible, procuremos ayudarnos de otra manera. Supongamos a un niño que nos eche una mano, un niño que no haya sido estropeado con el simple haber aprendido como una lección escolar una retahíla de memoria acerca de la pasión y muerte de Jesucristo, un niño que va a oír por primera vez la narración de eso; veamos el efecto que le produce cuando nosotros se lo narremos sencillamente de cualquier manera.

Imagínate, pues, a este niño y alégralo mostrándole algunos de estos cuadros que se compran en las buhonerías, artísticamente detestables, pero tan valiosos para el niño. — En este primer cuadro tenemos a uno que cabalga sobre un resoplante caballo, con el penacho ondulante, con aire de dominador, a la cabeza de miles y miles, que tú no ves, con la mano extendida, dando órdenes, «¡adelante!», adelante sobre las crestas de las montañas, que tú ves cabalmente enfrente, adelante a la victoria: es el emperador, el único, Napoleón; y ahora cuéntale un poco al niño acerca de Napoleón. — En este otro tenemos a uno vestido de cazador, apoyado junto a su arco y mirando a lo que tiene delante con una mirada perforadora, tan segura y, sin embargo, tan preocupada. Es Guillermo Tell; ahora le cuentas al niño un poco acerca de él, acerca de esa mirada extraña, que al mismo tiempo pone los ojos en el amado hijito, para no atravesarlo, y los está poniendo sobre la manzana en la cabeza del niño, para hacer blanco en ella. — Y de este modo le vas mostrando al niño muchas imágenes, lo que le vuelve loco de contento, y de repente llegas a una, colocada entre las demás a propósito, que representa a un crucificado. El niño no comprenderá de momento, directamente, lo que encierra esta imagen, preguntará qué significa, por qué cuelga de un árbol tan raro. Entonces le explicas al niño que se trata de una

cruz, y que estar colgado de la misma significa que se está crucificado, y que la crucifixión en aquel país era la pena de muerte más penosa de todas y, consiguientemente, la más afrentosa, reservada sólo a los más bajos criminales. Y ahora, ¿cómo impresionará todo esto al niño? El niño se sentirá apocado y lo que le llamará muchísimo la atención será cómo se te ocurrió la idea de mostrarle una imagen tan odiosa mezclada con todas las otras tan deliciosas, la imagen de un criminal horrendo mezclada con las de todos esos héroes, esos gloriosos. Pues como a despecho de los judíos llegó a ponerse sobre la cruz: «rey de los judíos», de la misma manera esta imagen, que ininterrumpidamente se reedita cada año, es a despecho de cada generación un recuerdo que jamás podrá ni deberá ser anulado, y Él no deberá ser representado de otro modo. Y siempre será como si *esta* generación lo hubiese crucificado, cuando *esta* generación le muestre por primera vez al niño de la nueva generación esta imagen, explicándole por primera vez cómo le fueron las cosas en el mundo; y el niño, la primera vez que lo oye, no podrá por menos de angustiarse y atemorizarse a causa de los mayores, del mundo y de sí mismo; y todas las demás estampas tendrían que volverse del revés, como se dice en una antigua canción, pues tan distinta es esta imagen. Mientras tanto —puesto que todavía no hemos llegado a lo decisivo, ya que el niño no sabe todavía quién era este horrendo criminal— el niño, dado lo curiosos que son los niños, preguntará sin duda: ¿quién es éste?, ¿qué es lo que ha hecho, qué? Entonces cuéntale al niño que este crucificado es el Salvador del mundo. Mas el niño no podrá hacerse idea determinada de lo que esto significa, por eso cuéntale sencillamente que este crucificado era el más amable de todos los hombres que han existido. ¡Qué fácil resulta todo esto en el ajetreo cotidiano, cuando se sabe de memoria la retahíla de esta historia!; en el ajetreo cotidiano, cuando una palabra a medias basta como indicio de que todo el mundo sabe esto: ¡se hace todo tan de prisa!; pero verdaderamente tuvo que ser un hombre extraordinario o, mejor dicho, alguien no humano, que no ponía a trancas y barrancas los ojos en el suelo y se enrasó casi como un pobre pecador. Esto es lo que hay que contar a un niño la primera vez, a un niño que, naturalmente, no haya oído antes ni siquiera una palabra sobre el particular y, consiguientemente, tampoco haya presentido jamás nada parecido. Pero entonces, en el mismo momento, el adulto narrador se convierte en un acusador, el acusador de sí mismo y de la raza entera. ¿Qué impresión crees tú que no hará esto ahora al niño, que naturalmente preguntará: pero por qué se portaron tan mal con Él, por qué?

Mira, ahora es el momento —si es que no has causado demasiada impresión al niño— de que le hables de Él, el levantado, que atraerá a todos hacia sí desde la altura. Cuéntale que este crucificado es el levantado. Cuéntale al niño que Él era el amor, que vino al mundo por amor, que tomó la figura de un siervo insignificante, que vivió solamente para una cosa: para amar y ayudar a los hombres, especialmente a aquellos que estaban enfermos y atribulados, que sufrían y eran desgraciados. Cuéntale al niño cómo le fue a Él en la vida, cómo uno de los pocos que estaban próximos a Él le traicionó, y los otros pocos le negaron, y todos los demás le escarnecieron y se mofaron de Él, hasta que al fin lo clavaron en la cruz —como se ve en la estampa— reclamando que su sangre cayera sobre ellos y sobre sus hijos, mientras Él rogaba por ellos, para que no sucediera esto, para que el Padre celestial les perdonase esta culpa. Cuéntale todo esto al niño de una manera viva, como si jamás lo hubieras oído tú mismo o no se lo hubieras contado a alguien anteriormente; cuéntaselo, como si tú mismo lo hubieses tramado todo, pero sin olvidar un detalle de los que nos ha *transmitido* la tradición, aunque a gusto puedes olvidar mientras lo cuentas que ha sido transmitido. Cuéntale al niño que contemporáneamente con este amoroso vivía un afamado ladrón, que estaba condenado a muerte — mas el pueblo pidió su libertad, gritó vivas por él, viva Barrabás; mas sobre el amoroso todos gritaban: «¡Crucifícale, crucifícale!», de manera que este amoroso no solamente fue crucificado como un malhechor, sino como un monstruo tal de criminalidad que aquel afamado ladrón resultó en comparación con este amoroso una especie de hombre justo.

¿Cuál piensas que será la impresión que todo esto cause al niño? Sin embargo, para que la puedas captar claramente, haz una prueba: continúa la narración acerca de este crucificado, dile que al tercer día resucitó de entre los muertos, que subió a los cielos, para entrar en la gloria celestial junto al Padre — haz esta prueba, y verás que el niño por lo pronto casi no lo ha oído; la narración de sus sufrimientos ha producido una impresión tan profunda sobre el niño que no está como para oír hablar de la gloria que los siguió. Pues hay que estar muy estropeado espiritualmente y haberse aprendido de memoria durante muchos años la retahíla de toda la historia de su humillación, pasión y muerte, como para entrar enseguida, sin sentir ningún frenazo, en la consideración de la majestad.

Por lo tanto, ¿qué efecto, crees tú, que habrá hecho esta narración en el niño? Por lo pronto es seguro que ha olvidado completamente las otras estampas que le enseñaste; pues ahora había alcanzado otra cosa distinta que le embargara el pensamiento. Y entonces el niño

pensaría con un asombro profundísimo por qué Dios del cielo no había hecho todo lo posible por evitar que tal cosa sucediera; o que esto sucediera sin que Dios, si no al principio, por lo menos en el último momento, no enviase fuego del cielo para evitar su muerte; que esto sucediera sin que la tierra se abriese para tragarse a todos los impíos. Y de este mismo modo lo entenderíamos también los adultos si es que no supiéramos que todo ello era un sufrimiento libre y, consiguientemente, más pesado, ya que Él, el humillado, tenía en todo momento en su mano el rogar que el Padre le hubiera enviado legiones de ángeles para impedir lo espantoso. — Efectivamente ésa era la primera impresión del niño. Pero cuando con el tiempo más vueltas diese a esta historia, más y más se tendría que apasionar; y no querría hacer otra cosa, sino hablar de armas y de guerra — pues el niño estaría dispuesto en cuanto fuese mayor a cortar la cabeza de todos los impíos que habían tratado de tal modo al amoroso; esto es lo que había determinado el niño, olvidando infantilmente que hacía ya más de mil ochocientos años que aquéllos vivieron.

Mas cuando este niño fuese muchacho no olvidaría la impresión de la infancia, aunque ahora miraría las cosas de otra manera, vería que al haber echado en saco roto lo de los mil ochocientos años se hacía imposible realizar lo que había determinado; sin embargo, pensaría luchar con el mismo apasionamiento contra el mundo, en que se escupe al santo, se crucifica al amor y se intercede por los ladrones.

Por eso cuando llegase a ser adulto y maduro no habría de olvidar la impresión de la infancia, aunque lo entendiera de otra manera. Ya no desearía golpear a nadie; pues diría: de este modo no me asemejo a Él, el humillado, que ni siquiera devolvió la bofetada cuando fue abofeteado. No, lo que él desearía ahora sería solamente una cosa, es decir, aproximadamente sufrir como Él sufrió en el mundo, este mundo que *los filósofos siempre han llamado el mejor*, pero que, *sin* embargo —lo cual no tiene con todo mucho de extraño ya que algo es verdadero en filosofía que no lo es en teología— crucificó al amor y gritó «¡Viva Barrabás!». Esto es lo que ha hecho sin cesar el mundo en las relaciones menores, de modo que no solamente quien desea el bien humanamente tiene que padecer, sino que también —en virtud del contraste, del que tan encariñado está el mundo, con lo que se manifiesta claramente qué contrarios son el mundo y lo bueno— al mismo tiempo quien acostumbra a vivir a sus anchas en la grosería, lo despreciable y lo bajo, suele ser, por contraste, vitoreado para que viva muchos años.

Así *puede* conmover el espectáculo de esta humillación — ¿no te puede conmover a ti de esta manera? Así conmovió a los Após-

toles, que no sabían ni querían saber nada que no fuera Cristo, y éste crucificado — ¿no te puede conmover a ti de esta manera? No se sigue de ello que seas un Apóstol — ¡qué insolencia! No, de ello se sigue solamente que tú eres un cristiano. Así conmovió este espectáculo a los santos, a quienes la Iglesia evoca como sus Padres y Doctores, quienes como los Apóstoles no sabían ni querían saber nada fuera de Cristo, y éste crucificado — ¿no te puede conmover a ti de esta manera? Ello no significa que tú seas uno de aquéllos — ¡qué vano pensamiento! Solamente se deduce que tú eres cristiano. Pues, ¿por qué les conmovía tanto este espectáculo? Porque le amaban. Por eso descubrieron sus sufrimientos; porque solamente quien le ama comprende que Él era el amor, y, en consecuencia, solamente éste puede caer en la cuenta de cómo Él sufrió: ¡qué pesada, qué martirialmente!; y cómo Él sufrió: ¡qué mansa, qué amorosamente!; cómo Él sufrió: ¡cuánto derecho tenía y cuánta injusticia le hicieron! Si este espectáculo no te conmueve de esta manera, es porque no le amas. Mas por eso no dejes de mantener los ojos fijos en Él, que quizá a la postre el espectáculo de este humillado en su dolor podría moverte a que le amases. Y si esto te ocurre, desearás contemplar una vez más este espectáculo y entonces te moverá también al deseo de padecer a semejanza de Él — que atraerá a todos hacia sí desde la majestad.

IV

Señor Jesucristo, Tú que no viniste a juzgar, pero que, sin embargo, vendrás nuevamente para juzgar: tu vida aquí en la tierra es el juicio con el que seremos juzgados. Que cada uno, de los que se llaman cristianos, intente poner a prueba con este juicio su vida, si es que te ama solamente en tu humillación, o te ama solamente en tu exaltación, es decir, si te ama; puesto que el que te ama solamente en una de las dos partes, no te ama. Mas si te ama, entonces camina con gusto humillado —porque te ama en tu humillación—, pero no al modo con que el sentido mundano experimenta mundanamente la mundana humillación —así no caminaste Tú en la humillación aquí en la tierra—. No, *aunque humillado, él se levanta sobre la humillación, su sentido, su mirada contempla la altura en la que Tú ingresaste y la que él espera alcanzar junto a Ti, que los atraerás a todos hacia Ti desde la altura.*

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

Muchos son los llamados, pocos los escogidos — desde la majestad los quiere atraer a «todos» hacia sí. Mas del hecho de que muchos sean los llamados no se sigue que sean muchos los escogidos, al revés, en el texto se dice que sólo pocos son los escogidos. Y de la misma manera, del hecho de que Él quiera atraerlos a todos hacia sí no se sigue que todos se dejen atraer. Pero no es en Él en quien hay que buscar la culpa, si es que eso sucede, ya que Él desea atraerlos a todos hacia sí. «Desde la majestad»; pues cuando Él peregrinó aquí en la tierra en la pequeñez deseaba, desde luego, atraer a todos hacia sí, Él llamó a todos aquellos que estaban atribulados y cargados, se acercó a todos los que estaban enfermos y tristes, mas Él tenía que realizar además otra cosa, tenía que expresar la verdad con su vida, exponer que Él mismo era la verdad, y en cuanto hombre verdadero todavía tenía esta otra tarea: la de dar cumplimiento de este modo a su vida. Así que Él tenía que realizar algo plenamente, Él aprendió por sí mismo de lo que sufrió, aprendió la obediencia, Él —para hablar en términos completamente humanos y, sin embargo, con

todo derecho acerca de un hombre verdadero— se desarrolló hasta convertirse y ser la verdad. Y simultáneamente con el cumplimiento de esto buscó además el atraer a todos hacia sí. Entonces, una vez que había cumplido la tarea, que le había sido impuesta, hasta lo último, obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz, fue recibido en la gloria; ya había terminado su carrera, su obra, la de la obediencia, estaba consumada, la obra que le fue impuesta o que Él mismo libremente se impuso. Entonces comienza Él por segunda vez — desde la altura; ya no tiene que desarrollarse más, porque ya nada le queda por aprender, ahora sólo está ocupado con una cosa, en atraer a los hombres hacia sí — Él atraerá a todos hacia sí desde la majestad.

Él comienza, pues, por segunda vez, desde la majestad, Él comienza ahora la única tarea que desde allí tiene, la de atraer a todos hacia sí — mas, ¿por dónde empezaremos nosotros? Puesto que Él está ahora en la gloria, ¿no podríamos empezar también nosotros por la gloria? Puesto que Él heredó la gloria, ¿no podríamos nosotros también tomarla de antemano?

Contemplémosle a Él y a su vida, hablemos de una manera totalmente humana sobre ello, pues ciertamente era un hombre verdadero. Él empezó su vida en pequeñez, la llevó en pequeñez y humillación hasta lo último, entonces asciende a la gloria. ¿Qué quiere decir todo esto? Significa que la temporalidad era para Él entera e ininterrumpidamente sufrimiento, humillación, y que sólo con la eternidad conoce la victoria, la elevación. No acontece aquí como a veces en otros casos con la vida de un hombre, que quizá durante unos cuantos años se halla en la pequeñez y humillación, tiene que aguantar la incomprensión y la persecución, pero un buen día, todavía dentro de la temporalidad, vence y gana la altura. No, Él terminó como había empezado; nació en la pobreza, como si apenas fuese un hombre (pues solamente en un establo se encontró sitio para la criaturilla), terminó como si apenas fuese un hombre, con la muerte más ignominiosa, crucificado como un malhechor — y solamente entonces asciende a la gloria.

Si tuviéramos que llamar a esta nuestra existencia terrenal una prueba, entonces —con tal que prescindamos por un momento de la infinita significación que encierra su muerte como muerte de reconciliación, y le contemplemos solamente como hombre— hay que decir de Él: acaba de cumplir su prueba, la ha superado satisfactoriamente, Él es ahora el cumplido, a quien la gloria abre sus puertas. Mas esta nuestra existencia temporal es cabalmente una prueba, es el tiempo de la prueba; ésta es la enseñanza del cristianismo, lo que siempre, consiguientemente, ha sido considerado por la ortodoxia

cristiana como su punto de vista típico. Ser hombre, vivir en este mundo, es ser probado; la vida es —para emplear una palabra extranjera, en parte porque su fuerza es exactísima y en parte porque hace recordar a cada uno de una manera rápida y determinada lo que tiene que recordarse— *un examen*. Y el máximo examen a que un hombre tiene que someterse, al que toda su vida está abocada, es el de hacerse cristiano y serlo; todo lo que tome entre manos, ya se trate de la actividad más importante de todas a los ojos humanos, o ya se trate de una actividad completamente simple, todo ello no significa para él otra cosa que está sometido a examen. Sé muy bien que corrientemente se habla de otra manera, que los hombres se afanan en «ejecutar» algo en el mundo, en conversar sobre lo que otros han ejecutado y sobre lo que ellos mismos han hecho; yo sé que se nos quiere enseñar que la historia es el juicio; pero sé también que todo esto es un invento de la prudencia humana, que anula la relación con Dios, que desea dárselas de importante y suplantar el puesto de la providencia, y que por ello sólo está ocupada con las consecuencias de una vida, en lugar de pensar que un hombre en todo momento sólo es examinado por Dios. Por lo que respecta al «ejecutar» no tiene nada que hacer el hombre, es un asunto de Dios, es una añadidura de Dios a la vida del hombre individual; mas para el hombre individual toda su vida, cada una de sus acciones, jamás ha de ser otra cosa sino una prueba a la que está sometido, en la que Dios es el examinador. Incluso la vida de Cristo —y ha de antojarse una total superficialidad el hablar de ello—, todo lo que Él ejecutó, en cuanto le consideramos meramente como hombre, no era otra cosa que una prueba para Él mismo, un examen, el examen de la obediencia. Mas Él lo aprobó en todo momento hasta la muerte en la cruz; por eso le levantó Dios tan alto — y ahora está Él, el levantado, en la altura. Hablemos sobre ello de un modo plenamente humano. Él ha aprobado su prueba, ha desarrollado el arquetipo, está ahora en la majestad: y acontece como en otros casos, cuando uno que ha superado la prueba se dedica a ayudar a los demás a que la superen.

Ahora los quiere atraer a todos hacia sí desde la altura. Lo que ahora importa sobre todo es que tengas buen cuidado de que tú, por decirlo de una manera atrevida, no dibujes al revés por un engaño de los sentidos la vida de Él, que es el modelo. Si hubieras vivido contemporáneo con Él, entonces habrías empezado lo mismo que Él, con la pequeñez y la humillación. Mas puesto que ahora Él está en la majestad y los quiere atraer a todos hacia sí, se te podría aparecer como en un deslumbramiento de la vista que lo propio era *empezar* con la majestad, lo que Él no hizo, puesto que Él, el ahora cumpli-

do, terminó en la majestad. Verás y entenderás fácilmente lo que quiero decir: que su vida, la del modelo, puede ser dibujada de dos maneras: en la primera se representa el modelo de la pequeñez y la humillación, y en lontananza, solamente significativa como objeto de fe, está la majestad; en la segunda el modelo es la majestad y muy en lontananza, a la espalda, como un recuerdo casi olvidado, está la pequeñez y la humillación. Mas puesto que es desde la majestad desde donde te llama, estás a un paso muy próximo del chasco.

Mientras tú le contemplas así, parece muy ligera la prueba de su vida, ahora que la ha superado Él, el cumplido. En este sentido no es ningún milagro que los atraiga a todos hacia sí. Mas precisamente por eso mismo recordábamos hace muy poco las palabras que sirven aquí de interpretación apropiada: muchos son los llamados y pocos los escogidos. La llamada es también la invitación; si solamente se atiende a la «llamada» parece fácil la cosa; pero a renglón seguido viene la comprensión más acertada — y solamente pocos serán los escogidos.

Mas ¿no es entonces como un engaño de su parte el que atraiga de esta manera hacia sí desde la altura?, ¿no calla Él algo? Para ser la verdad, ¿no debería en la misma medida que atrae hacia sí, advertir al que se deja atraer, haciéndole caer en la cuenta de la diferencia que media entre ambos, y de la diferencia subsiguiente: que Él, el cumplido, se encuentra ya en el contorno de la plenitud y el otro se encuentra en las circunstancias de la realidad, de la mundanidad y de la temporalidad, donde aquella altura se manifiesta contrastadamente como la pequeñez y la humillación, de modo que, al atraer Él desde la altura, el que se siente atraído y está en el camino de la atracción no pueda por menos, y ello cuanto más íntimamente se encamine, de sentirse estando en una situación cabalmente contraria, hundiéndose más y más en la humillación y en la pequeñez? No es difícil dar respuesta a estas preguntas propias de la impaciencia y de la incomprensión. Por lo pronto Él no puede hacer otra cosa; Él ha superado su prueba y es el cumplido y ésta tiene que ser su permanencia, ¡no faltaba más que tuviera que empezar en cada generación por el principio! ¡Con dejarse nacer en cada generación, sufrir, morir, como lo hizo aquella vez!; esto sería tomar en vano el significado de su sufrimiento y de su muerte. — Tampoco se puede decir que Él haya callado nada; ya que su vida, la que llevó en la humillación y en la pequeñez, es bien notoria. Por consiguiente no es Él quien calla algo, lo que más bien ocurrirá es que el individuo con sólo mirar apasionadamente en falso a la majestad se olvida algo y le profana a Él, viniendo a olvidar la humillación y la pequeñez, hasta que después de haberse desorientado quizá hasta el extremo, sin saber siquiera

dónde está, le quiere echar la culpa a Él, a Él que atrae hacia sí desde la majestad. En cuanto a que Él en vez de atraer tuviera que estar haciendo advertencias, es totalmente contradictorio; pues si el espíritu de un hombre está cabalmente formado en cristiano, comprende muy bien que de ninguna manera hay relación alguna confusiva entre la humillación y la majestad. Mas en todo caso ahí tenemos a la misma vida de Cristo con su humillación indubitable advirtiendo, es decir, advirtiendo contra la ligereza de pretender solamente tomar en vano su glorificación.

Así atrae Él hacia sí desde la majestad, y por eso así también el que quiere ser cristiano, retrasándose a la contemporaneidad con su humillación, empieza en cierto sentido con lo más fácil; pues la gloria es lo más fácil, y sentirse atraído hacia ella es demasiado fácil. Pero Cristo que atrae desde la majestad a los hombres hacia sí, no los saca del mundo en que viven; por lo cual precisamente al que sea atraído en verdad por Él se le impone de suyo lo de la pequeñez y la humillación.

Esto lo sabe Cristo muy bien y también sabe que está en su lugar, como una estratagema necesaria de la educación, el permitirse empezar con lo más fácil o lo que aparenta ser más fácil; como lo está el tener que ir avanzando por lo más dificultoso para que el vivir verdaderamente pueda ser una prueba y un examen. Cristo no les predijo a los Apóstoles, a pesar de vivir contemporáneamente con Él, todo lo que tendrían que padecer, ni siquiera les predijo inmediatamente lo que Él mismo iba a padecer; incluso cuando se separó de ellos tenía todavía muchas cosas que decirles, pero no se las dijo porque todavía no podían soportarlas. Un hombre es una creatura débil, no es como el Dios-hombre siempre dispuesto a saber desde el primer momento toda la futura verdad y necesidad de su sufrimiento y de su muerte, y, sin embargo, capaz de seguir viviendo día tras día tranquilo, confiado en Dios, como si todo lo que tenía delante fuese de color de rosa. Un hombre tiene que ser tratado con suavidad, y solamente poco a poco va entrando en su tarea, poco a poco va atornillándose más y más sujeto en los más y más duros esfuerzos de la prueba y del examen. Así poco a poco va dándose cuenta el individuo de la seriedad que encierra el que la vida sea un examen, y que el máximo examen de la vida sea: si uno quiere en verdad ser cristiano o no.

Procuremos hacernos con una idea cabalmente clara de cómo en general se logra la educación de un hombre en la escuela de la vida, y de cómo hay que enfrentarse al examen de la vida; lo mismo será valedero para la más alta educación en la escuela de la vida, la de hacerse y ser cristiano.

Todo hombre posee en mayor o menor grado una facultad, que se llama la imaginación, y cuya fuerza es la condición primera de lo que llegará a ser un hombre; mientras que la voluntad es la otra fuerza y en sentido último la decisiva. La memoria es la más fuerte en la niñez y va perdiéndose con los años; la imaginación es la más fuerte en la mocedad y va perdiéndose con los años. Supongámonos ahora un joven: con su fuerza imaginativa aprehende una u otra imagen de la perfección (el ideal), ya sea una que ha sido transmitida históricamente, por lo tanto proveniente de un tiempo pasado —que, en consecuencia, ha sido real, ha poseído la realidad del ser—, o haya sido conformada por la misma imaginación, y que por lo tanto no guarda relación con el tiempo y con el espacio ni está determinada en ellos, sino que solamente contiene una realidad pensada. Hacia este modelo (el cual contiene la plenitud perfecta, mas no la plenitud combativa y sufriente, puesto que para el joven solamente existe dentro de la imaginación, es decir, dentro de la ilimitada lejanía de la realidad que es característica de la imaginación) es ahora arrastrado el joven mediante su imaginación, o su fantasía es la que atrae esta imagen hacia sí; él se enamora de este ideal, o este ideal se convierte en su amor, en su entusiasmo, en su yo más pleno (más ideal); no puede apartar de sí, ni siquiera en el sueño, esta imagen, ella le quita el sueño, como era el caso de aquel muchacho que no podía dormir hasta que él mismo llegó a ser un vencedor tan grande como aquel cuya famosa y admirada imagen le hiciera insomne*. La imaginación está, pues, dirigida a esta imagen de la perfección; e incluso aunque esta imagen fuese la de un perfecto, cuya perfección cabalmente consistiera en haber soportado no sólo espantosos sufrimientos, sino también —lo que es lo más contrario de la perfección (de la idealidad)— diarias ofensas, zancadillas y molestias durante una larga vida: en cuanto es la imaginación la que da fe de esta imagen, todo parece muy fácil; solamente se ve la perfección, incluso la perfección combativa, acabada. La fuerza de la fantasía es más perfectiva en la concreción de sí misma que el sufrimiento de la realidad, determinada aquélla atemporalmente está más allá del sufrimiento de la realidad y puede representarse la perfección de una manera grandiosa, posee todos los colores deliciosos para describirla; mas en contraste la imaginación no puede representarse el sufrimiento si no es en una figura acabada (idealizada), es decir, en una réplica ablandada, pálida y recortada. La imagen de la fantasía, el modelo que la fantasía se representa y atenaza es, sin embargo, en

* Esto le acontecía a Temístocles, según Plutarco, cuando pensaba en las hazañas gloriosas de Milcíades.

cierto sentido irrealidad, le falta la realidad del tiempo y de la temporalidad y de la vida terrenal con todos los sufrimientos y dificultades que ésta lleva emparejados. La auténtica perfección consiste no en que *existiera* (pues entonces se refería al que fue perfecto en ella, no a mí), sino que se exista en ella día tras día, persiguiéndola en los sufrimientos reales de esta realidad. Mas esto último rebasa el poder de la imaginación —porque ciertamente no puede ser plagiado, puede ser solamente vivido—, y por eso el modelo de la fantasía, como la fantasía se lo representa, aparece tan fácil, tan convincente.

De ordinario un joven tiene muy pequeña idea de lo que sea la realidad, sus sufrimientos y lo que significa que éstos se hagan reales; pero aunque así fuese, o (entonces ello irremediablemente no puede ser así) aunque un provecto le viniese en ayuda con toda su experiencia, y aunque un poeta con esfuerzos jamás hechos hasta ahora por ningún poeta, y con esfuerzos logrados como jamás lo lograra hasta ahora poeta alguno, consiguiese también describir en la réplica del modelo de la perfección todos los sufrimientos: con todo es esencialmente imposible hacerlo, pues, como queda dicho, la fantasía se refiere a la réplica de la perfección y por muy exactamente que rebote el sufrimiento, éste siempre quedará aligerado, por el solo hecho de acontecer ante y dentro de la imaginación —puesto que acontece mediante ella—. Un comediante vestido de harapos —y aunque su vestimenta, a despecho de las exigencias comunes de un escenario, fuesen realmente los harapos— no sería más que un engaño, que dura una hora, y tan distinto de ser un harapiento en la vida cotidiana de la realidad. No, por mucho que la imaginación se empeñe en convertir este modelo fantástico en realidad, no podrá conseguirlo. Si esto fuera posible, si fuera posible que un hombre mediante la imaginación viviese exactamente lo mismo que en la realidad, lo reviviese de la misma manera, completamente como si lo viviera en la realidad y de este modo se conociese a sí mismo cabal y fundamentalmente como lo haría a través de la experiencia de la realidad: entonces habría que decir que la vida no encerraba ningún sentido, y que la providencia había planeado la vida equivocadamente; pues ¿qué pintaba entonces la realidad, si se la podía incorporar realmente de antemano y con toda perfección mediante la fuerza imaginativa?; ¿a qué venía el tener que vivir setenta años, cuando a los veintidós se podía haberlo vivido todo? Mas todo esto no es así; y por lo mismo la imagen que la fantasía representa no es la de la verdadera perfección, le falta algo: el sufrimiento de la realidad o la realidad del sufrimiento. La auténtica perfección consiste en que es la perfección — pero el sufrimiento es real, es decir, que es

la perfección que día tras día y año tras año existe en el sufrimiento de la realidad, lo que provoca esta terrible contradicción de que la perfección no exista en lo más perfecto, sino que tenga que existir en lo infinitamente más imperfecto. Y ésta es precisamente la imperfección del modelo de la fantasía, que no recoge lo imperfecto; ¡ay!, y lo angustioso es que en la realidad, donde exclusivamente está el lugar de la perfección de verdad, ésta se verifica raramente, porque es muy pesado y esforzado encarnarla, tan pesado — sí, tan pesado, que encarnarlo es justamente por ello la verdadera perfección.

Volvamos otra vez al muchacho. Ese modelo de la perfección es también su amor; no hay más que mirarle a la cara, sus ojos no ven nada de lo que está en su entorno próximo, los tiene solamente fijos en aquella imagen; camina como un soñador, y, sin embargo, está despierto, no hay más que mirar el fuego y la llama de sus ojos; camina como un extraño, y, sin embargo, se mueve como por su casa, pues él, gracias a la imaginación, habita siempre como en su casa junto a esta imagen, a la que desea asemejarse. Y como acontece también tan hermosamente con los que se aman, que llegan a parecerse mutuamente, así también el muchacho se va transformando a semejanza de este modelo, que le tiene sorbido el seso y hasta la compostura, mientras que, como queda dicho, sus ojos están clavados en él — sin darse cuenta dónde pisa, ni dónde está. Él desea asemejarse a este modelo, ya empieza a parecérsele y de repente descubre ahora un contorno de realidad, en el que tiene que vivir, y descubre la relación de estas circunstancias a su vida.

Si el Poder, que tiene providencia de la vida de los hombres, fuese un poder seductor, sería ahora la ocasión de decirle burlonamente acerca de este muchacho: mirad, ya le tenemos cogido —que es poco más o menos lo que el mundo circundante dice acerca de él—: aquí tenéis un muchacho que se ha dejado embaucar por su fantasía y ha ido tan lejos que se ha desvirtuado tanto y se ha hecho tan ridículo que ya no puede adaptarse a la realidad. Pero el Poder, que tiene providencia de la vida de los hombres, es amor, y si pudiera hablarse de predilección en este amor, ella sería para este muchacho, como cuando Cristo se sintió a gusto al encontrar a aquel joven rico, no precisamente porque resultara mundanamente prudente y se alejara, sino porque de antemano se había atrevido a ir tan lejos que Cristo empezó a hacerse esperanzas de él. La Providencia amorosa no juzga sin amor sobre este muchacho, como lo hace el mundo, sino que dice: ¡Bien, chico!, ahora empieza la seriedad de la vida para ti, has llegado tan lejos que te tiene que ser motivo de seriedad el hecho de que vivir es examinarse. Pues la seriedad de la vida no

consiste en toda esta ocupación de finitud y ajetreo en el ganarse el pan, en el empleo y en la crianza de los hijos, sino que la seriedad de la vida consiste en *querer* ser y expresar la perfección (la idealidad) en la cotidianidad de la realidad, quererlo de tal manera, que ajetreado no se lo tache de un plumazo, para propia condenación, ni tampoco se lo avente tomándolo en broma como un sueño —¡qué dos modos tan desazonantes de carencia de seriedad!—, sino que se lo quiera humildemente en la realidad.

En cierto sentido la fantasía del muchacho lo ha engañado, pero verdaderamente —si tiene voluntad de superación— no lo ha engañado para su daño, lo ha embaucado respecto de la verdad, con un engaño consistente casi en que Dios le hubiese caído en suerte; mas si el muchacho quiere — Dios del cielo lo está esperando, dispuesto a ayudarle, como se puede ayudar en un examen que, sin embargo, tiene que encerrar la seriedad del examen. La fantasía le ha engañado al muchacho haciéndole olvidar mediante aquella imagen de la perfección que se halla ciertamente en la realidad: pero ahora está plantado en ella — plenamente instalado. Es verdad que por unos momentos se le cubre de sudor del espanto la frente, al contemplar ahora las cosas; mas él no desea deshacerse de la imagen, de ninguna manera, esto no puede entrar en sus cálculos. Por otra parte tampoco puede deshacerse del sufrimiento, si es que no desea convencidamente deshacerse de la imagen; porque la imagen a la que quiere asemejarse es la de la perfección, y la realidad en la cual está y desea expresar la semejanza no es nada menos que la perfección: con lo que el sufrimiento está puesto, y no se puede soslayar. Él está, pues, ¡gracias a Dios! —pues debemos mandar a paseo todas las formas de locución cobardes, y malditas sean las bromas ruines donde solamente tiene que hablarse de felicitación—, él está, pues, gracias a Dios, en aprieto. Depende solamente de la Providencia —pero no olvidemos jamás que la Providencia es amor— el número de vueltas con que le atornillará, si es que puedo expresarme de este modo; lo caliente que estará el hornillo, si me es permitido expresarme así, en que le acrisolará, como se acrisola el oro. Quizá esté el muchacho todavía muy lejos de tener una idea verdadera de todo el conjunto, puesto que la Providencia es amor; no hay más que seriedad en esta probación, no hay ninguna crueldad en esta seriedad, que a pesar de todo se encarga benignamente de un hombre y no le tienta sobre lo que no puede. Él ha visto que empieza a sufrir, ha visto lo que ese amor le va a costar, pero ¿quién sabe?, se dice, ya vendrán tiempos mejores, ya tendré quien me ayude, y esto puede mejorar. De este modo el muchacho no abandona la imagen, mas se adentra volunta-

rio en el sufrimiento, en el que es conducido. Pues la Providencia es amor; *llena de precaución respecto de este muchacho entusiasta no* se apresura a dejarle comprender inmediatamente que en su modo de ver hay todavía una alucinación, que ha calculado sin contar con el posadero. Mas él no podría todavía tolerar la comprensión de esto y por eso —¡qué infinito cuidado de parte del amor!— tampoco lo puede comprender. Él persevera; y mientras persevera se robustece, en la medida en que el sufrimiento robustece — él ama ahora aquella imagen de la perfección todavía más, porque aquello por lo que se ha sufrido se ama siempre más. ¡Estupendo! Mas, por el contrario, hay algo que se le ha escapado: no vino ninguna ayuda, como él había esperado; solamente ha sido ayudado en otro sentido muy distinto, en cuanto ha llegado a *ser más fuerte*.

Así se va comportando la Providencia sucesivamente con él, y cada vez le ayuda adentrándole más y más en el sufrimiento, ya que él no quiere desprenderse de aquella imagen a la que desea asemejarse. Entonces llega un momento en que todo se le hace claro; comprende que aquella esperanza era una esperanza juvenil y ahora comprende que el sufrimiento es insoslayable, y que irá a más con cada paso que dé hacia adelante. Ahora le ha atornillado la existencia tan fuertemente como ella puede hacerlo con un hombre; vivir en este aprieto o mantener la vida en este aprieto se llama con énfasis: existir en cuanto hombre; si la existencia le hubiese hecho caer en la cuenta de esto con mucha antelación, le hubiera aniquilado. Ahora puede tolerarlo muy bien — sí, tiene que ser capaz de tolerarlo, en tanto que la Providencia lo realiza con él, la Providencia que ciertamente es amor.

Pero, no obstante, hay todavía algo que le espanta; el tentador le insinúa que tendría que desprenderse de aquella imagen. Mas él no puede convencerse a sí mismo de este desprendimiento; y entonces tiene que exclamar: ¡yo no puedo obrar de otra manera, que Dios me ayude! Supongamos que él se mantiene firme hasta su muerte, entonces habría salido bien de la prueba. Entonces habría encarnado la imagen de la perfección, la imagen que amó, y su fantasía verdaderamente no le habría engañado, como tampoco la Providencia. Para entrar en el Reino de los cielos es necesario volverse niño de nuevo; mas para que la vida de uno pueda expresar que se ha ingresado en el Reino de los cielos es necesario que se vuelva a ser joven por segunda vez. *Ser* niño y *ser* joven a su tiempo es bastante fácil; pero serlo por segunda vez... —y esta *segunda vez* es lo decisivo—. Volverse niño nuevamente, hacerse nada, fuera de todo egoísmo; volverse joven nuevamente: es decir, despreciar el obrar por prudencia a pesar de que uno ha llegado a ser prudente con los años, prudente con tanta experiencia, prudente

a lo mundano; *querer* ser joven, tener la *voluntad* de mantener el entusiasmo de la juventud en su peculiar espontaneidad y *querer* defenderlo a brazo partido, teniendo más miedo que al lobo y abochornándose de los regateos o de, lo que es lo mismo, las ganancias de ventajas terrestres —más miedo y bochorno que los que pueda tener la muchacha pudorosa ante una indecencia—, sí, ésta es la tarea.

Pensemos ahora en Él que quiere atraer a todos hacia sí desde la majestad, de suerte que el examen de la vida sea cabalmente éste: hacerse uno cristiano y serlo.

Aquí se empieza de nuevo con lo más fácil, con la majestad. Como la fantasía elevaba hacia la altura a aquel muchacho, así también esta imagen, la imagen del perfecto que habita en la majestad, atrae hacia arriba a los hombres. Pensemos en el muchacho. Él mira de hito en hito tanto tiempo a esta imagen, por la que se siente totalmente atraído, que esta imagen llega a convertirse en su único pensamiento. El muchacho —lo suponemos— ha oído la narración de la vida que Aquél levantado llevó en la humillación y en la pequeñez cuando estuvo en la tierra. Suponemos también que el joven en cuestión no es uno de tantos superficiales que hay; que se esfuerza todo lo que puede por representarse con la ayuda de la fantasía este sufrimiento. Mas la fantasía, que es una facultad de redondeamiento (de idealización), guarda relación esencialmente con lo elevado, con la perfección redondeada, y sólo imperfectamente con la imperfección. Incluso cuando el joven se representa de la manera más viva el sufrimiento de este humillado, su fantasía no puede menos de poner de relieve inmediatamente lo amable, lo suave, lo infinitamente elevado que se encierra en este humillado, hasta tal punto (hasta este momento todavía no había nada de falsificador en la réplica de la fantasía, lo falso va a aparecer precisamente ahora) que se volatiliza insignificativamente la oposición del mundo, todos estos miles y miles de insensatos, y la mofa del mundo al compararlas con aquello —tan insignificantes se hacen que el sufrimiento aparece muy ligero—. La dificultad que siempre existe para la fantasía al tratar de representarse el sufrimiento desemboca aquí en una nueva dificultad: cuanto más alta es la elevación y la pureza, más insignificante se muestra en virtud del contraste la oposición, mientras que en la realidad el sufrimiento es mayor y más íntimo en la medida que lo sea la elevación.

Así sale al mundo este muchacho con esa imagen ante los ojos; no necesita, como la gente piadosa que lo anhele, recorrer el largo camino que separa de la Tierra Santa para revivir el pasado, pues esa imagen le está tan presente, que se puede decir que en otro sentido

indudablemente ha peregrinado, aunque no se ha movido de su sitio acostumbrado, de su viejo contorno — solamente ocupado con el deseo de asemejarse a esa imagen. Y ella despliega su poderío sobre él, poderío del amor, que ciertamente todo lo puede, sobre todo, asemejar; todo su interior va conformándose poco a poco y por muy imperfecto que sea todavía, sin embargo, ya ha empezado a asemejarse a esa imagen fuera de la cual todo lo ha olvidado — también al mundo que ve con extrañeza en él a un extranjero.

Ahora está cogido, ahora ha de empezar la seriedad. No puede hacerse a la idea de desprenderse de la imagen; no se desprende, de ninguna manera, y la imagen le va a conducir ahora a lo contrario de la elevación y la gloria. Puesto que está en perfecta congruencia que la verdad en el mundo de la verdad consista en la gloria, y también para el humillado cuando éste ya está en la gloria; pero también es perfectamente congruo que en el mundo de la mentira el solo querer asemejarse débil e imperfectamente a la verdad consista en tener que entrar por la pequeñez y la humillación. Quizá el joven lo haya comprendido también así y esté convencido de ello con toda la fuerza de la imaginación, pero no lo ha experimentado —ahora por primera vez empieza a haber seriedad—. De lo que no puede desprenderse es de aquella imagen, o —lo que es lo mismo— no puede dejar de hacerse cristiano y serlo.

Entonces le va a acontecer lo mismo que con aquel joven; se aferra a la imagen y sufre, y sufre porque se agarra, pero además, como aquel joven, él se consuela con una esperanza humana, la de que las cosas vayan mejor. ¿Es que siendo tan noble y convencido seguidor de lo bueno y verdadero no va a tener éxito en el vencimiento de los hombres? ¿No le ayudará Dios a vencer? Desde luego, Dios le ayudará a vencer; pero en este mundo lo verdadero vence solamente a través del sufrimiento, abajándose. Mas esto el joven no lo comprende todavía del todo; pues la Providencia es amorosa, ¿cómo se le iba a ocurrir precipitarse en dejar que el joven lo comprendiera esto completamente?

La Providencia le ayuda ahora adentrándole más y más en el sufrimiento y el peligro; ya que él no puede hacerse a la idea del desprendimiento de la imagen; y al ir adentrándose paso a paso, va notando a medias que acontece cabalmente lo contrario de lo que aquella esperanza le prometía. Mas llegará un momento en que él, instalado ya en el sufrimiento de la realidad, logre una vista del conjunto — y entonces la misma eternidad dirá: en este momento empieza la seriedad. Ya es sabedor del sufrimiento plural, y ahora comprenderá la imagen, que simultáneamente adquiere una cercanía espantosa.

Tengo, pues —se dice a sí mismo—, toda una vida por delante, pero con el sufrimiento hasta lo último, esto es lo que veo en el modelo; así como no puede pararse un cuerpo que rueda por una pendiente, tampoco puede pararse el sufrimiento antes de la muerte, porque el sufrimiento por pertenencia también propia no puede mantenerse quieto y tranquilo. Y no acontece solamente que no pueda pararse el sufrimiento, sino que su dolencia crece con su permanencia. Ser repelido de la comunidad humana, ser aborrecido por todos, lo que a su vez repercute poderosamente sobre los pocos que le están próximos a uno y después de haber dado por descontado que estos pocos encontrarían muy caro el precio de la relación amical: ser traicionado, vendido por un confidente; tener que oír del único amigo en quien se tenían puestas las últimas esperanzas estas palabras: «¡No le conozco!». Esto es terrible, si no es que se ha perdido el juicio de tal modo que ni siquiera se conoce uno a sí mismo, o se habla consigo mismo como un tercer hombre, o se responde al escarnio dirigido en nombre de uno mismo: yo no conozco a este hombre. ¡Ah!, cuando se vive alegre y confiadamente, o se tiene todo lo propio a buen cubierto, entonces se puede leer a gusto algo por el estilo, quizá se hable de ello, quizá también en el decurso de la charla rueden dos lágrimas por la mejilla: mas con todo se está tranquilo en su interior, por lo que a uno le toca, completamente imperturbado por lo que se habla. Pero cuando ya se ha recibido la consagración de los sufrimientos, entonces de seguro se puede entenderlo mejor, mas en ese caso también se tiene lo entendido desazonándonos con la máxima presencia. Mas él todavía no está listo. Yo no puedo —se dice a sí mismo— desprenderme de esta imagen, no, no puedo; que en el nombre de Dios me suceda lo que tiene que suceder, me es imposible hacer otra cosa; que venga sobre mí este sufrimiento, tengo puesta mi esperanza en Dios, mas no de aquella manera característica de mis años mozos primeros, sino de un modo distinto y más profundo. Por lo tanto no estoy dispuesto a desprenderme de esta imagen —y en este momento vuelve a poner los ojos una vez más en el modelo, y ve que el sufrimiento ni siquiera se para aquí, todavía tiene que consumarse, hasta lo último: es decir, tener que ser abandonado en el momento más amargo del Último —de Dios—. Él ya había contado, confiado en Dios, con tener que aguantar todos esos sufrimientos, toda esta pena y este martirio que los hombres pueden inventar; pero no había contado con tener que ser abandonado de Dios, que Dios, en otro caso seguramente amoroso y rápidamente propicio en todas partes, que Dios, sin embargo, una vez se iba a dejar esperar y se echase a un lado, y —¡qué horroroso!—, preci-

samente en el momento, en el momento único desde que el mundo existe en que su ayuda era necesaria como nunca jamás lo había sido ni lo volvería a ser.

Supongamos ahora que aquel joven, del que estamos hablando, ha llegado ya a ser como un viejo, aunque en realidad no han pasado muchos años; supongamos que él, consolándose con que si tenía que suceder que Dios le abandonase, sería solamente con todo por un momento — elige no desprenderse de la imagen. ¿Por qué? Ciertamente esto es lo único que puede responder: yo no puedo obrar de otra manera. Supongamos entonces que él se mantiene hasta el final: así es que superó su prueba, se hizo y se mantuvo cristiano, atraído por Aquel que atraerá a todos hacia sí desde la altura. Quizá tuvo una larga vida por delante, quizá fue corta. Quizá en algún momento dijera con una feliz confianza plena: «falta solamente un poco de tiempo», seguramente en un poco de tiempo habré cumplido, y quizá tenía simultáneamente la impresión de que le faltaban muchos años, pero lo eterno estaba tan cercano que por eso mismo dijo: «un poco de tiempo». Quizá en otros momentos se haya dicho por lo bajo: «por fin», por fin voy a ser feliz, y con todo no haya pensado quizá en un tiempo más largo que antes, pero se haya sentido más flaco y haya sentido lo eterno más alejado. Pues estas expresiones: «un poco de tiempo» y «por fin» dicen en cierto sentido una y la misma cosa, pero de una manera distinta; aunque solamente se tratase de media hora se podría decir: un poco de tiempo, pero también: por fin; y al contrario, de la más larga vida se puede decir: por fin, pero también: un poco de tiempo. Mas volviendo a nuestro supuesto: ese joven o viejo, lo que fuese ahora, se mantuvo firme hasta el final; cuando el poco tiempo había pasado ingresó (después de haber superado la prueba, la de hacerse y mantenerse cristiano) por fin en la felicidad, junto a Aquel que lo atrajo hacia sí desde la altura.

Ésta es la prueba: hacerse y mantenerse siendo cristiano, un sufrimiento con el cual no puede compararse en dolor y tormento ningún otro sufrimiento humano. Sin embargo, ni el cristianismo ni Cristo son crueles. No, Cristo es en sí mismo la suavidad y el amor mismos; la crueldad procede de que el cristiano tiene que vivir en este mundo, tiene que expresar que es cristiano en las circunstancias de este mundo — pues tan suave, es decir, tan débil no es Cristo que exima del mundo al cristiano. Con una contextura sentimental del alma, relacionada con la posibilidad del escándalo, le parecerá a uno que el cristianismo es cruel; pero no es así, es el mundo el que es cruel, el cristianismo es suavidad y amor. Sin embargo, como queda dicho, es el sufrimiento más atormentador de todos, y al cristiano

individual le aguardan sufrimientos que ni siquiera el Dios-hombre pudo conocer. Es un terrible descubrimiento el de que la verdad tiene que ser perseguida; pero el sufrimiento resulta distinto con relación a quién sea el que haga ese descubrimiento. Un hombre malo, fantasioso, que está extraordinariamente satisfecho consigo mismo, no sufre mayormente con este descubrimiento de que la verdad tenga que ser perseguida — si es que, por otra parte, fuese posible que un tal sujeto pudiese verdaderamente hacer este descubrimiento. De otro lado, el Dios-hombre está convencido desde la eternidad en su profundo centro interior de que es la verdad, desde luego, que Él tiene que sufrir persecución por ser la verdad o a despecho de que es la verdad, mas él no sufre simultáneamente en otro punto de su interior profundo, en tanto que en cada momento está indubitablemente en la verdad. Pero esto no acontece en el caso del cristiano individuo. Éste jamás podría, naturalmente, arrogarse el ser la verdad, lo que sería una especie de blasfemia, sino que es delante de Dios un hombre insignificante, pecador, que solamente de un modo muy imperfecto se relaciona con la verdad. Y de esta manera cuanto el cristiano más esté con temor y temblor delante de Dios, tanto más se angustiará y preocupará por cualquier tropiezo, tanto más se inclinará a echarse la culpa solamente a sí mismo. Entre tanto constituiría sin duda a veces una gran alegría para él, el que los demás juzgasen bien de él. Mas cabalmente acontece todo lo contrario, se le acusa de todo lo malo, y de esta manera se va replegando incesantemente en su propia desazón, aunque la falta a pesar de todo no estuviera en él — y le entran escalofríos. Pero cuando él ahora más trabaje con nuevo temor y temblor, luchando más todavía por mantenerse desinteresado, sacrificado y amable, tanto más le inculparán los hombres de egoísmo. Y si es que vive en la cristiandad, entonces sucede esto mismo bajo un susurro gruñiente de figuras fantasmáticas, pertenecientes en parte al sacerdocio, a quienes habría que llamar los «sedicentes sacerdotes», que a la par del modo de vivir, aseguran que el hombre amable es amado de Dios y de los hombres, y que en esto consiste el cristianismo, y no, en absoluto, en que el amable tenga que ser víctima, sino que el amable es aquél a quien todos inciensan — no pensando que con esto se están burlando de Cristo y blasfemando, pues si eso fuera verdad, Cristo —que fue la víctima— no sería el amable. Mas es así como un cristiano sufre en la cristiandad el sufrimiento que acabamos de describir, aumentado todavía, al angustiársele diciendo que ni siquiera es cristiano, que su vida no es más que una exageración anticristiana, porque él no está dispuesto como los demás cristianos a que la cristiandad sea algo

que, por supuesto, ha de mantenerse meramente oculto en el propio interior de cada uno — quizá tan oculto que ni siquiera está allí. Por lo tanto, angustiado por la preocupación de sí mismo, o mientras se angustia en su propia desazón, tiene que descubrir —no que la «verdad» ha de sufrir (pues este descubrimiento no puede verdaderamente hacerlo ningún cristiano, solamente lo pudo el Dios-hombre, que era la verdad)— que a pesar de todo «el amor a la verdad» ha de padecer; esto es doloroso hasta más no poder. Por eso si éste —¿tendré que decir: este cristiano *sufriente?*; no es necesario, pues todo cristiano es sufriente—, si este cristiano no tuviera el modelo delante de los ojos, no podría soportarlo más, no se atrevería a creer que el amor habita en él, ya que los hombres testifican de ese modo contra él. Pero el modelo, Aquel que estaba eternamente seguro por sí mismo de que era amor, a quien ningún mundo, ni tampoco todo el mundo podría privar de esa seguridad, Aquél ha expresado con toda precisión que el amor será odiado y la verdad perseguida. Con esta imagen delante de los ojos se mantiene el cristiano en la humillación, atraído por Aquel que a todos los quiere atraer hacia sí desde la altura.

De esta manera se relacionan la elevación y la pequeñez. La humillación del verdadero cristiano no es simple y llanamente la humillación, es solamente un espejarse de la elevación, pero un espejarse en este mundo, en que la elevación tiene que manifestarse contrastadamente como pequeñez y humillación. La estrella está fija de verdad en el alto cielo, tan altamente fija en el cielo, aunque vista en el espejo del mar parece estar muy hundida bajo el rasante de la tierra; y del mismo modo ser cristiano es la más alta elevación, aunque en el espejismo de este mundo tenga que mostrarse como el más hondo abajamiento. Por lo tanto la humillación es en cierto sentido la elevación; tan pronto como alejas el mundo, el turbio elemento que todo lo confusiona con su espejismo, tan pronto como el cristiano muere, está él en la altura, en la cual estaba de antemano; mas esto no se podía ver desde la perspectiva del mundo, de la misma manera que quien no puede mantener la cabeza alzada, y por lo mismo solamente puede contemplar la estrella profundamente abatida en el fondo de las aguas, tampoco puede caer en la cuenta de que la estrella propiamente está en la altura. Y así acontece con el verdadero cristiano; en su humillación no se sostiene en la representación de los demás, que conciben esta humillación propiamente como la elevación misma o, consiguientemente, como el invertido espejamiento de la humillación, ya que se invierte lo tercero en que el espejamiento consiste. Si esto fuera así no habría realmente seriedad

en la humillación. No acontece con ésta como si un príncipe fuese desconocido y, sin embargo, conocido; sino como si un príncipe se hubiera disfrazado de tal modo que no hubiese hecho a nadie sabedor de ello, o viviese en un país extranjero en que nadie lo conoce, y a quien ahora se supone pretendiendo manifestarse como príncipe, y a quien, naturalmente, hay que decirle: ¡déjate de comedias, lo que es a nosotros no nos engañas; que tú seas con esa facha una persona real o cualquier otra cosa grande no es más que mentira y vanagloria y fantasías, lo que eres es un loco o un engañador!

Entonces ¿cómo ha de presentarse el caso de esta humillación? De la siguiente manera: Aquél, que quiere atraer a todos a sí desde la altura, atrae a un hombre de tal modo que este hombre se hace y se mantiene cristiano; pero este cristiano está aquí en el mundo, y por lo mismo es la elevación de Aquél, del que atrae, la que rebota en la humillación de este cristiano.

V

Señor Jesucristo, sin duda que es desde la altura desde donde atraes a un hombre hacia Ti, y que es a la victoria a lo que le llamas, pero esto significa que lo llamas a la lucha y le prometes la victoria en la lucha, a la que lo llamas desde la altura, Tú, gran vencedor. Por eso defiende nuestra alma de cualquier otro extravío; también de éste: el de imaginarnos que ya en este mundo somos miembros de una Iglesia triunfante. Tu Reino no era ni es ciertamente de este mundo, aquí en el mundo no está el lugar de tu Iglesia, solamente hay aquí sitio para ella si combate y combatiendo se hace sitio. Mas si lucha tampoco será nunca desplazada del mundo, porque la defenderás; por el contrario, si se imagina que su triunfo está aquí en este mundo, ¡ay!, entonces se hace seguramente acreedora a que le apartes tu apoyo, porque se ha hundido, transmutándose con el mundo. Por tanto permanece, Señor, con tu Iglesia militante, para que no suceda jamás que ella desaparezca de la tierra —y ciertamente no hay otra forma de que esto sucediera— al convertirse en triunfante.

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

«Sí, la cosa está más clara que el agua; Él ha vencido, nosotros no tenemos más que decidirnos por Él y tomar parte en su victoria; fuera retrasos y sutilezas, la cosa es muy sencilla». Es cierto que apenas habría ninguno que se expresase oralmente de esa manera, pero quizá haya bastantes que en sus tranquilas entendederas se expresen aproximadamente de ese modo. Y ¿qué es lo que tenemos que decir por nuestra parte?

Podría hacerse caer en la cuenta de que, aunque no hubiera ningún otro impedimento por medio, la cosa no es tan fácil como parece, puesto que la vida de Cristo en un sentido está fuera de la directa relación con cada individuo de la especie humana, que no es realizable sin más —en una especie de descarada aproximación— la pretensión de entrar en partido con Él, puesto que en cuanto Dios-hombre, aunque hombre verdadero, es con todo muy distinto del hombre individual.

Podría hacerse caer en la cuenta de que esta inconmensurabilidad de Cristo (el Dios-hombre) con todos los hombres individuales está también expresada en la doctrina de su vuelta. Porque con Él no sucede como con otro hombre que haya vivido y alcanzado quizá alguna que otra victoria sonada, cuyas consecuencias nos apropiamos por las buenas, en tanto que de él ya nada se oye; y mucho menos todavía el que pueda volver de nuevo para ajustarnos las cuentas, para juzgarnos reclamando de nosotros lo que es suyo o lo propiamente personal. Con Cristo no acontece esto. Él vivió aquí en la tierra y su vida es el modelo. Después asciende a la majestad y entonces dice igualmente a toda la humanidad: ¡empezad vosotros! Y ¿con qué se tiene que empezar? Viviendo de acuerdo con el modelo — mas Él añade: allá al final de los tiempos volveré de nuevo. Esta forma de existencia hace también —si es que puedo hablar así— que la existencia entera de la Iglesia aquí en la tierra sea un paréntesis o algo parentésico en la vida de Cristo; con la ascensión de Cristo a los cielos comienza el contenido del paréntesis y se cerrará con su vuelta. En este caso no se aglutina todo en una sucesión súbita como acontece en el caso de la relación histórica entre un individuo y los restantes, que sin más toman a renta favorable su victoria; ya que tal individuo ni es el modelo ni tampoco un individuo tal que haya de volver de nuevo. Solamente Cristo es quien puede hacer de su vida una prueba para todos los hombres. Mientras asciende a los cielos empieza el tiempo del examen; este tiempo ha durado ya mil ochocientos años, quizá durará dieciocho mil. Pero (y ello está cabalmente ligado con el hecho de que el intervalo sea examen) Él vuelve de nuevo. Y si las cosas son así, entonces toda adhesión a Él para tomarse sin más a renta su victoria es más imposible que en la relación con cualquier otro hombre.

Con todo no queremos alargarnos más en la exposición de esto, sino que preferimos hacer valiosa otra consideración: ¿acaso es «la verdad» algo de tal naturaleza que con relación a ello quepa pensar que uno sin más pueda apropiársela con la ayuda de otro? ¿Sin más, es decir, sin que uno mismo quiera desarrollarse, ensayarse, luchar y sufrir como Aquel que conquistó para él la verdad? ¿No es tan imposible hacerse con la verdad durmiendo o soñando, como apropiándosela sin más, aunque se esté despierto o por muy despierto que se esté? ¿No se trata meramente de un embaucamiento cuando no se comprende o no se quiere comprender que con relación a la verdad no se da ningún atajo por el cual se vaya pronto a heredarla, o no se quiere comprender que heredarla de generación en generación no es esencialmente ningún atajo, sino que cada generación y cada uno en cada generación ha de empezar esencialmente por el principio?

Pues ¿qué es la verdad? Y ¿en qué sentido era Cristo la verdad? La primera pregunta la hizo Pilatos como es sabido, una segunda pregunta es si a él le importaba mucho o nada conseguir respuesta a esta pregunta; en todo caso su pregunta en un sentido estaba perfectamente en regla, y en otro sentido era descabellada hasta más no poder. Pilatos le hace a Cristo esta pregunta: «¿Qué es la verdad?»; mas Cristo era ciertamente la verdad, por lo tanto la pregunta está perfectamente en regla. Desde luego; y, sin embargo, en otro sentido no lo está. El que Pilatos se decida en ese momento a preguntar a Cristo de esa manera muestra con claridad que él carece completamente de ojos para la verdad. La vida de Cristo era concretamente la verdad; y por eso mismo dice Cristo (en tanto que aclara estas palabras más de cerca: «Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos»): «Yo para esto he nacido y venido al mundo, para dar testimonio de la verdad». La vida de Cristo en la tierra, cada instante de esta vida era la verdad. Entonces ¿en qué consiste la fundamental confusión de la pregunta de Pilatos? Consiste en que se le ocurra preguntar a Cristo de esa manera; pues mientras pregunta a Cristo de esa manera, da a entender por sí mismo muy a las claras que la vida de Cristo no le ha esclarecido a él lo que es la verdad — pero ¿cómo podría Cristo esclarecérselo a Pilatos con palabras, cuando la verdad misma que es la vida de Cristo no le ha abierto los ojos a Pilatos para que vea lo que es la verdad? Parece como que Pilatos está deseoso de saber, dispuesto a aprender, pero verdaderamente su pregunta es disparatada del todo, no porque pregunte: «¿Qué es la verdad?», sino porque se lo pregunta a Cristo, cuya vida es cabalmente la verdad, y que, por consiguiente, en todo momento demuestra con su vida lo que es la verdad con mucha más fuerza que todas las agudísimas y prolijísimas exposiciones de un pensador. En todo caso tiene algún sentido preguntarle a cualquier otro hombre, a un pensador, a un sabio en las ciencias, etc., a sea quien sea al que se le pregunte, un dependiente, un cartero, etc.: ¿qué es la verdad?; pero preguntárselo a Cristo que está más claro que la luz del día viviendo delante de uno, preguntárselo a Él, es la mayor de todas las confusiones. Para que Cristo pudiera responder a esta pregunta tendría que dejar por unos momentos, falsamente, de ser la verdad. Ningún hombre, fuera de Cristo, es la verdad; en el caso de otro hombre cualquiera la verdad es algo infinitamente más alto que su ser, y entonces es natural preguntar: ¿qué es la verdad?, y también lo es responder a esta pregunta. Es evidente que Pilatos opinaba de este modo acerca de Cristo, que Cristo también era un hombre como

otro cualquiera, y por eso le convierte con la prontitud de su pregunta, falsamente, en algo que realmente puede serlo cualquiera, en una especie de pensador, y le pregunta, sobre todo, en calidad de hombre políticamente encumbrado que en el fondo desprecia el pensamiento como algo que no tiene hogar reconocido, pero que encuentra agradable en virtud de una aristocrática condescendencia y no desatendiendo el qué dirán, mezclarse por unos momentos con este hombre. Es así como Pilatos pregunta a Cristo: ¿qué es la verdad? ¡Y Cristo mismo *es* la verdad! ¡Pobre Pilatos! Se conservan, desde luego, tus lastimosas palabras acerca de Él: «¡Mirad qué hombre!»; mas por lo que respecta a tu pregunta, hay razón de sobra para decir acerca de ti: ¡mira, qué imbécil!, puesto que esta pregunta tuya, incluso aunque no lo entendieras así, es la más imbécil y la más confusa pregunta que haya sido hecha en el mundo. La pregunta es cabalmente tan disparatada, exactamente tan disparatada, como si uno preguntase a un hombre que tuviera delante y con el que estuviese hablando: ¿existes? — puesto que Cristo es la verdad. Y ¿qué es lo que tendría que responder aquel hombre?: si alguien que está junto a mí y habla conmigo no está seguro de que yo existo, el que yo se lo asegure no le servirá de nada, pues esa seguridad será algo infinitamente inferior a mi propia existencia. Y lo mismo acontece también con Cristo en relación con Pilatos. Cristo es la verdad; tendría que decir: «Si mi vida no puede abrirte los ojos para ver la verdad, entonces no hay nada más imposible para mí que explicártela. En eso consiste mi diferencia de todos los demás hombres; ciertamente jamás es totalmente verdadero lo que cualquier otro hombre dé como respuesta a la pregunta: ¿qué es la verdad?; pero yo soy el único hombre que no puede responder a esta pregunta, puesto que yo *soy* la verdad».

Por lo tanto Cristo es la verdad en el sentido de que la única explicación verdadera sobre lo que la verdad sea, consiste en *ser* la verdad. Por ello se puede preguntar a un Apóstol, se puede preguntar a un cristiano: ¿qué es la verdad?, y enseguida el Apóstol y el cristiano señalarán a Cristo con el dedo como respuesta a la pregunta y dirán: míralo a Él, aprende de Él, Él es la verdad. Esto significa que la verdad en el sentido de que Cristo es la verdad, no consiste en una suma de proposiciones, ni en una determinación conceptual y cosas similares, sino que es una vida. El ser de la verdad no es una duplicación directa del ser relativo como sucede en el pensamiento, que solamente da un ser pensado, que solamente asegura que el pensar no sea una pura elucubración, que no *es*; asegurando la validez del pensar, que lo pensado es, es decir: tiene validez. No, el ser de la

verdad es la duplicación en ti, en mí, en él, de manera que tu vida, la mía y la suya, en el esfuerzo de aproximarnos a ella, exprese la verdad; que tu vida, la mía y la suya, en el esfuerzo de aproximarnos a ella, sea el ser de la verdad, como la verdad era en Cristo: una *vida*, pues Él era la verdad.

Y por eso la verdad, entendida cristianamente, no es lo mismo que saber la verdad, sino ser la verdad. Porque a despecho de toda la más moderna filosofía hay que afirmar una diferencia infinita entre esos dos modos, una diferencia que se ve admirablemente como nunca en la relación de Cristo con Pilatos; pues Cristo no podía, o lo podía sólo falsamente, responder a la pregunta: ¿qué es la verdad?, precisamente porque en su caso no se trataba de alguien que sabía la verdad, sino que era la verdad. No porque no supiera lo que era la verdad, sino porque cuando se es la verdad y la exigencia consiste en ser la verdad, es una falsedad saber la verdad. Ya que saber la verdad es algo que se sigue completamente de suyo con sólo ser la verdad, pero no al contrario; y por eso mismo se convierte en falsedad la separación entre saber la verdad y ser la verdad, o el hacer equivaler el saber la verdad con el ser la verdad, ya que la relación es la contraria: ser la verdad equivale a saber la verdad, y Cristo jamás habría sabido la verdad si no lo hubiese sido; y ningún hombre sabe más de la verdad que lo que él sea de la verdad. Ya que saber la verdad es propiamente imposible; pues si se sabe la verdad ha de saberse que la verdad es serlo, y sabiendo la verdad de esta manera se sabe que saber puramente la verdad es una falsedad. Si se pretende afirmar que saber la verdad es la verdad, expresando con ello que la verdad es ser la verdad, al afirmar: saber la verdad es ser la verdad; entonces en el otro caso se tendría que decir: la verdad es saber la verdad, de lo contrario surge nuevamente la pregunta por la verdad, porque la pregunta no ha sido respondida, sino que la respuesta decisiva ha sido soslayada, y estamos otra vez sin poder saber si la verdad es o no es. Esto quiere decir: el saber guarda relación con la verdad, pero entre tanto yo estoy falsamente fuera de mí; pues en mí, es decir, cuando yo soy verdaderamente en mí (no falsamente fuera de mí), la verdad consiste —en el caso de que esté allí— en un ser, en una *vida*. Por eso está escrito: «Hay una *vida* eterna que consiste en conocer al único Dios verdadero y a Aquel que envió», la verdad. Lo que significa que solamente conozco de verdad la verdad si ella se hace una vida en mí. Por eso Cristo compara la verdad con un alimento, y el apropiársela con el comer; pues de la misma manera que, corporalmente, el alimento al ser apropiado (asimilado) mantiene la vida, así también, espiritualmente, la verdad da la

vida y mantiene la vida, es la vida. Y por lo mismo se ve qué grande extravío, a punto de ser el mayor de todos, es *enseñar* cristianismo; y cómo se ha transmutado el cristianismo con tan continuada enseñanza, se ve enseguida que se atiende a que actualmente todas las expresiones se conforman en la dimensión de que la verdad es conocimiento, saber (solamente se habla ya de comprender, especular, considerar, etc.), del modo más opuesto al del cristianismo primitivo en el que todas las expresiones se conforman en el sentido de que la verdad es un serlo.

Hay diferencia entre la verdad y las verdades; y esta diferencia se conoce especialmente mediante la determinación: *ser*, o se reconoce mediante la discriminación entre *camino* y conclusión, es decir, lo que se consigue al final, el *resultado*. Con respecto a la verdad en que se da diferencia entre el camino y lo que se alcanza caminando o habiendo caminado, puede aparecer un cambio entre el seguidor y el precursor, aquél puede emprender la marcha en un lugar distinto que el segundo, y alcanzar la meta en un instante — ya que con el cambio habido se ha acortado el camino, en ciertos casos se ha acortado tanto que simplemente ya no existe. Mas cuando la verdad es el camino, entonces ser la verdad es una vida —y de este modo se expresa Cristo de sí mismo: yo soy la verdad y el camino y la vida— y en tal caso no se puede pensar ningún cambio esencial entre el precursor y el seguidor. El cambio acontecía ciertamente cuando se acortaba el camino, lo cual era posible en cuanto el camino no significaba una misma cosa con la verdad. Mas cuando la verdad misma es el camino, entonces el camino ni puede acortarse ni ser borrado del mapa, a no ser que la verdad se tergiverse o se arrincone lejos.

Esto no es tan difícil de comprender que no pueda cualquiera —con tal de que se reserve un poco de tiempo— entenderlo fácilmente. También puede hacerse más patente esclareciéndolo con algunos ejemplos; y que quede más patente esta diferencia entre verdad y verdad es de la mayor importancia, puesto que lo que ha confundido el cristianismo y lo que ha provocado para una gran mayoría ese señuelo de una Iglesia triunfante es cabalmente esto: que se ha considerado el cristianismo como verdad en cuanto significa un resultado, en lugar del hecho de que sea verdad en cuanto significa el «camino».

Aquí tenemos algunos ejemplos. Alguien inventa algo, por ejemplo, la pólvora. Ése, el inventor, ha empleado quizá muchísimos años de su vida cavilando y devanándose los sesos; otros muchos antes que él han dedicado quizá mucho tiempo a lo mismo, pero en vano: él se ha salido con la suya, acaba de inventar la pólvora. En ese mismo instante el camino que ha llevado al invento ya no cuenta

para nada y puede acortarse hasta un grado de nulidad. Para lo que él ha necesitado veinte años de sudores, lo puede ahora aprender otro en media hora, gracias a sus instrucciones sobre el procedimiento adecuado. Los veinte años están en relación completamente provisional con el invento; propiamente no se puede afirmar que él ha necesitado veinte años para inventar la pólvora, no, en realidad también él la inventó en media hora; incluso se tiene que decir más: no estuvo inventando la pólvora durante los veinte años, pues éstos en cierto sentido carecen de valor, porque no transcurrieron en la invención sino en el ensayo inútil de la invención de la pólvora, por lo tanto en la no invención de la pólvora. Si alguien pudiese demostrar con sólido testimonio que había empleado treinta años enteros, día y noche, para inventar la pólvora, pero sin lograrla, el «camino» no encierra en sí ninguna importancia; si aquel que la inventó, la inventó al atardecer, cuando volvía borracho a casa después de dejar a sus compinches y tropezando con los mojones de la cuneta: el camino es completamente indiferente, el inventor en tal caso sólo será emparejado en la misma línea exactamente del perro que descubrió la púrpura, pues el hallazgo de éste tendría el mismo valor para la especie humana que el de aquél, que —de haber sido otro su invento— quizá habría sido llamado benefactor de la raza, pero no su maestro; ya que eso de ser maestro, especialmente maestro de la raza, «maestro de la humanidad», corresponde a que la verdad sea el «camino». — Un segundo investiga denodadamente sobre un oscuro rincón de la historia; hasta la fecha ningún investigador ha logrado dar luz sobre este punto: finalmente se sale aquél con la suya, después de veinte años de trabajo ininterrumpido, y publica la verdad histórica de una manera incontrastable. Este logro le viene al continuador de perlas; el camino se acorta considerablemente, el continuador necesita quizá apenas tres meses para ponerse completamente al corriente del verdadero entresijo de aquel oscuro rincón histórico. — Un tercero investiga acerca de un idioma hasta la fecha totalmente desconocido. Tiene que hacer enormes esfuerzos durante toda su vida, pero deja como herencia de su vida y de su esfuerzo preciosos medios de colaboración, con cuyo empleo el continuador se planta quizá al cabo de dos años en la misma avanzadilla que aquél en veinte años. Como se ve el camino se le abrevia mucho al continuador; el discípulo (a pesar de que en comparación con su maestro quizá sea un pobre diablo) está siempre por encima del maestro y con los trabajos previos de éste se dispone a empezar en otro tramo y a avanzar mucho más que él. Y ésta es más o menos la relación siempre que la verdad en cuestión sea un saber.

Mas de manera totalmente distinta acontece cuando la verdad es un ser, es el «camino». En este caso es imposible que pueda haber ningún acortamiento esencial en la relación entre el precursor y el seguidor, imposible que lo haya de generación en generación, aunque el mundo durase dieciocho mil años, porque la verdad no es distinta del camino, sino que es cabalmente el camino. Cristo era la verdad, era el camino, o era el camino en el sentido de que la verdad es el camino. El que Él haya dejado atrás el «camino» no altera para nada en absoluto la situación del seguidor, quien, si es de la verdad, y desea ser de la verdad, solamente conseguirá esto recorriendo el «camino»; el que en un tiempo dado hayan vivido ya treinta generaciones, que han dejado atrás el camino, no altera nada en absoluto la situación de la inmediata generación, o de cada individuo de la misma, pues hay que empezar completamente por el mismo sitio, por el principio del camino, para de esta manera poder dejarlo atrás. Así que no se da en absoluto ninguna ocasión u oportunidad para triunfar; puesto que solamente puede triunfar el que ha dejado atrás el camino, pero para eso ya no está en este mundo, ha ingresado en la majestad, como Cristo que, desde luego, era el camino cuando ascendió a los cielos. Por eso si un posterior quiere triunfar de forma oportunista por el hecho de que un antecesor ya ha dejado atrás el camino, no obraría de una manera menos insensata que un estudiante que quisiera triunfar de forma oportunista por el hecho de que otro estudiante hubiese superado su examen.

Si se da esto por descontado, lo que además no es sino propia expresión de Cristo: que la verdad es el camino, se verá con creciente claridad que una Iglesia triunfante en este mundo es una fantasización, que en este mundo solamente se puede hablar de verdad de una Iglesia militante. Mas la Iglesia militante está referida y se siente atraída por Cristo en la pequeñez. La Iglesia triunfante ha profanado a la Iglesia de Cristo. Clarificar esto es la tarea de esta exposición, y solamente no ha de olvidarse que con la expresión: Iglesia triunfante, se ha de entender constantemente una Iglesia que ya en este mundo pretende ser triunfante; puesto que una Iglesia triunfante en la eternidad es la cosa más natural, supuesto el ingreso de Cristo en la gloria.

¿De qué manera, en general, se ha venido a caer en el señuelo de una Iglesia triunfante, y qué es lo que hay que entender por una Iglesia triunfante?

Ya queda explicado en lo anterior que lo que especialmente ha contribuido a la desnortación relativa de una Iglesia triunfante es el hecho de haber entendido el cristianismo como la verdad en que cabe

distinguir entre resultado y camino, o haber entendido la verdad del cristianismo como un resultado, como algo que quizá podría llamarse el remanente, la ganancia; cuando acontece que con relación a la verdad como camino se acentúa cabalmente la negación de remanente, ganancia o resultado del precursor en favor del seguidor. Si el cristianismo fuese la verdad precisamente en este sentido, entonces estaría completamente en regla lo de triunfar. De este modo cada generación se considera con perfecto derecho triunfadora con respecto a la invención de la pólvora y la imprenta, etc., con respecto a tantas conquistas que se han hecho dentro del campo de la ciencia y del arte, etc., ya que en estos casos la verdad es un resultado, aquí no se acentúa el «camino» ni «cada individuo», en cuanto que éste con responsabilidad ante Dios tiene que decidir en su interior si quiere o no quiere recorrer el camino, no importándole nada, absolutamente nada, el hecho de que otro o todos los demás recorran el camino, no importándole nada, absolutamente nada, el hecho de que otro o incontables millones hayan recorrido el camino — no, aquí se acentúa la verdad, la «ganancia», lo de la raza, la comunidad humana, la compañía, la «sociedad», que se posesionan sin más de la verdad y es incidental que un individuo lo haya descubierto, inventado, escudriñado, etc. Si Cristo hubiese sido de esta manera, por ejemplo, un maestro de la verdad, un pensador que había hecho un descubrimiento, o escudriñado algo que quizá le costara indescriptibles quebraderos de cabeza, pero que de esa manera también podía convertirse en resultado (porque el «camino» guardaba solamente una relación incidental con la verdad), entonces estaba perfectamente en regla que la generación siguiente se posesionara de ello por las buenas y triunfante. Los seguidores, liberados de todos esos terribles quebraderos de cabeza, de todo ese esfuerzo de muchísimos años, podrían sentirse deudores en sumo grado de agradecido recuerdo a quien logró tanto, pero por lo demás no quedaba otra cosa que hacer sino triunfar. Ya se ha mostrado que todo esto no es más que un engaño. Solamente queremos añadir que, por los motivos aludidos, la doctrina de Cristo es infinitamente más elevada que todas las invenciones de todos los tiempos, una eternidad más antigua y una eternidad más alta que todos los sistemas, incluso más que aquel que sea el más reciente de todos, y que aquel que dentro de diez mil años sea el más nuevo de todos; puesto que su doctrina es la verdad, pero en el sentido de que la verdad es el camino, y Él es y permanece en cuanto Dios-hombre siendo el camino mismo, y ningún hombre, por muy celosamente que reconozca que la verdad es el camino, puede atreverse a afirmar eso de sí mismo sin incurrir en blasfemia.

Mas junto a este error que ha equivocado el cristianismo mediante la concepción, confusiva hasta más no poder, de la verdad como resultado, viene emparejado otro error, que ha contribuido a producir la fantasización de una Iglesia triunfante. Este error consiste en el señuelo, que ha ido afianzándose en el decurso de los tiempos, de que todos somos cristianos por las buenas. Pues si éste es el caso, entonces aparece como una imposibilidad lo de una Iglesia militante. Dondequiera en que aparente haber o se suponga que hay una cristiandad establecida, se da el intento de constitución de una Iglesia triunfante, y esto aunque no se emplee esta palabra, pues la Iglesia militante consiste en el *hacerse*, una cristiandad *establecida es*, no se hace.

Finalmente esta fantasización de una Iglesia triunfante está estrechamente unida con la impaciencia humana, que desea anticipar lo venidero; y como actualmente es casi corriente en las edades infantil y juvenil el querer anticipar la vida entera, de suerte que ya no queda nada para la madurez y la ancianidad: del mismo modo con parecida impaciencia ha pretendido la humanidad, la humanidad o la cristiandad, anticipar la eternidad y (en contra de lo que constituye el designio y el pensamiento de Dios respecto de toda la existencia, que la temporalidad, que esta vida es tiempo de milicia, tiempo de prueba, mientras que la eternidad es el tiempo de la victoria) traer el triunfo al marco de la temporalidad, lo que constituye la anulación del cristianismo. Lo que Cristo concretamente dijo: «mi Reino no es de este mundo», no fue dicho con especial referencia a aquellos tiempos, sino que es eternamente válido, por lo tanto es una expresión igualmente válida para todo tiempo en lo que se refiere a la relación entre el reino de Cristo y este mundo; tan pronto como el reino de Cristo establece un acuerdo con este mundo, y se convierte en un reino de este mundo, el cristianismo ha sido eliminado. Por el contrario, cuando el cristianismo es auténtico, es ciertamente un reino en este mundo, pero no es de este mundo, lo que significa que está combatiendo.

¿Qué es, pues, lo que se entiende por una Iglesia triunfante? Con ello se entiende, es el supuesto, una Iglesia para la cual el tiempo de lucha ha pasado, una Iglesia que aunque siga existiendo todavía en este mundo ya no tiene nada por o para qué luchar. Mas en este caso la Iglesia y este mundo vienen a significar lo mismo; y éste es también cabalmente el caso no sólo con todo lo que se llama la Iglesia triunfante, sino con la llamada cristiandad establecida. Puesto que la Iglesia de Cristo solamente puede subsistir de verdad en este mundo en cuanto que combate, es decir, combatiendo en todo mo-

mento para subsistir. Si ella es la Iglesia establecida, entonces significa que ha vencido. La Iglesia militante se verifica combatiendo, mas una Iglesia llamada establecida tiene que ser aquella que se verifica después de haber vencido.

Y esta Iglesia triunfante o esta cristiandad establecida no se parece más a la Iglesia militante que lo que se parece el cuadrado al círculo. Si nos imaginamos a un cristiano de aquellos tiempos en que la Iglesia era verdaderamente militante, le sería completamente imposible reconocer el cristianismo en esta metamorfosis. Oiría hablar expositivamente del cristianismo, y lo que oyese sería plenamente verdadero, pero con la más profunda extrañeza vería que las reglas existenciales para ser cristiano se habían vuelto cabalmente contrarias a las de su tiempo, de suerte que el ser ahora cristiano no se parecía al ser cristiano en su tiempo más que lo que puedan parecerse el andar sobre los pies o el hacerlo de cabeza.

Ser cristiano en la Iglesia militante significa que hay que expresar el serlo dentro de unas circunstancias que son lo contrario del ser cristiano. Ser cristiano en una Iglesia triunfante, en una cristiandad establecida, significa expresar serlo dentro de unas circunstancias que son equivalentes y conmensurables con el ser cristiano. Si yo soy cristiano auténtico de la primera forma, esto consiguientemente se conocerá (puesto que el escenario es la contradicción) *de rebote* por la oposición que padezca; y en la misma medida en que el que yo sea cristiano contenga más verdad, se irá ello haciendo más patente cuanto mayor sea la oposición. En el otro caso ser cristiano se manifestará sin duda (puesto que el escenario es la conmensurabilidad) directamente por el favor, el honor y el prestigio que yo logre en este mundo — pero ¿por qué digo en este mundo?, pues este mundo es ni más ni menos que la cristiandad, por lo tanto ello se manifestará directamente por el favor, honor y prestigio que yo logre en la cristiandad. En la misma medida en que el que yo sea cristiano de esta forma contenga más verdad, se irá ello haciendo más patente cuanto más extraordinaria sea la estimación que yo goce en este mundo — pero ¿por qué digo en este mundo?, pues este mundo es ni más ni menos que la cristiandad, por lo tanto ello se manifestará según el extraordinario prestigio de que yo goce en la cristiandad. Ésta es una consecuencia completamente insoslayable en el caso de que la suposición sea una Iglesia triunfante. Allí donde, de vivir en una Iglesia militante, me sobrevendría el sufrimiento, me sobrevendrá ahora la recompensa; allí donde, de vivir en una Iglesia militante, me encuadrarían el escarnio y la mofa, me sonreirán ahora el honor y la estimación; allí donde la muerte me estaría

rondando inevitablemente, festejo yo ahora el mayor de los triunfos. Puesto que sin lugar a ninguna duda —ésa es la suposición— son todos cristianos íntegros entre los que yo vivo, es natural que éstos se apresuren a reconocer mi legítima disposición cristiana, y que, por consiguiente, en vez de hacerme oposición me salgan raudos al encuentro con laureles y menciones honoríficas. Desde luego, si se imagina que un miembro de la Iglesia cristiana de aquel tiempo en que era combativa, presenciase todo esto: por lo pronto tendría que echarse a reír unos momentos, considerando que lo que en su tiempo constituía una tremenda seriedad, se hubiese convertido en un juego agradable. Entonces el cristianismo se presentaba con sus exigencias de autonegación: ¡niégate a ti mismo — y sufre en tanto te niegas a ti mismo! Esto era el cristianismo. Pero ahora ¡cuánto ha cambiado! Si me imagino a un joven que entusiasta y fielmente se decidiera a llevar su vida conforme a la Sagrada Escritura, ¿cuál no sería su admiración?, y hasta, quizá, se tendría que reír de sí mismo y de toda la existencia; pues cabalmente en el mismo momento en que conforme a una educación cristiana estaba dispuesto a padecer cosecharía —¿qué cosecharía?— ¡honor y prestigio! Se dispone con todas sus fuerzas a hacer frente a la oposición, se enardece con la lucha y de sopetón es recibido con aclamaciones; se prepara para recibir, por lo menos, frialdad y bromas heladas, y es recibido con abrazos de admiración caliente casi como de la sangre. El joven había olvidado por completo (sobre lo cual indudablemente no hay nada escrito en la Biblia) que era en la cristiandad donde vivía, en la cristiandad en que todos son cristianos, en la Iglesia triunfante, donde ya no se lucha más, sino que recompensa al cristiano verdadero con menciones honoríficas.

Ésta es la situación en la Iglesia *triunfante*, donde se paga extraordinariamente el ser cristiano, y lo único que no se paga es no ser cristiano. Por lo demás, en cuanto la así llamada *cristiandad establecida* no se nombra a sí misma como la Iglesia triunfante y rehúsa quizá esta forma externa, sin embargo, ella provoca la misma confusión mediante lo de la *interioridad oculta*; pues la cristiandad establecida, en que todos son cristianos pero en oculta interioridad, se parece a su vez tan poco a la Iglesia combativa como el silencio de un muerto al grito clamoroso de la pasión.

Sin embargo, solamente la fantasización de una Iglesia triunfadora logró propiamente plasmar el pensamiento de que un cierto estado acaparaba a los auténticos cristianos; la tarea de esta profesión, su negocio era ser cristiano, y aquí valía, evidentemente, el principio de que cuanto más cristiano se era, mucho más se ascendía

en honor y prestigio. El mundo restante se componía propiamente de espectadores, era el coro, pero no representaba de ninguna manera oposición al ser cristiano, al revés, era un contorno admirador de aquel estado que representaba el ser cristiano. Mas cuando la diferencia de este estado desapareció, desapareció también la Iglesia triunfante. La directa recognoscibilidad (que el grado en que se sea verdadero cristiano corresponde directamente al honor y prestigio que se gozan) se desmenuzó, al querer ahora todos entrar en juego, chocando con una dificultad intrínseca que la hacía imposible.

El sacerdote no tenía esencialmente otra cosa que hacer que el expresar lo de ser cristiano; y mientras la muchedumbre de los cristianos se dio por contenta con contemplarse en aquellos que representaban aquel estado fue bien la cosa de la Iglesia triunfante. Pero la cosa fue distinta cuando la muchedumbre de los cristianos ya no se daba por contenta con el privilegio de este estado. La masa de los cristianos tenía ya otra cosa —sí, vista desde fuera: esencialmente distinta— que ejecutar en el mundo y no estarse (en el sentido de la Iglesia triunfante) a manifestar lo de ser cristiano: esto supuesto, ¿cómo podía ya la directa notoriedad de que se era cristiano ser expresada por aquello que es inconmensurable con el ser cristiano, y ya que no le sea adversario, le es con todo indiferente? Ciertamente era imposible. En la Iglesia militante es imposible esa directa notoriedad, porque ser cristiano se expresa dentro de la contradicción de lo que no lo es. En el caso, por el contrario, la notoriedad directa se hizo imposible porque ser cristiano tenía que expresarse dentro de algo que era indiferente respecto de ser cristiano. Que se me entienda bien. Por ejemplo, un ciudadano cualquiera es un cristiano. Supongamos que este ciudadano es, por ejemplo, un zapatero; éste es su medio de vida, naturalmente está ocupado la mayor parte del día con sus zapatos. Para que en este caso fuese posible la directa notoriedad del hecho de que él era un cristiano, sería preciso que el más auténticamente cristiano de entre todos los zapateros, o que él era el más auténtico cristiano, fuese reconocido por el hecho de que era el que tenía más demandas, ocupaba al mayor número de aprendices y también porque quizá era el zapatero del rey y de la reina y de toda la casa real, o en todo caso del clero. Cada día iba haciéndose más evidente con el decurso del tiempo que este entuerto no podía mantenerse. La directa notoriedad con respecto al hecho de ser cristiano fue recusada con una forma distinta de oposición que la conocida por la Iglesia combativa. Esa oposición no era contradicción respecto al ser cristiano, sino la indiferencia. Esta «oposición de la indiferencia» no invierte completamente la relación

con la invertida notoriedad, como acontece en la Iglesia combativa, pero con todo hace imposible la notoriedad directa.

De esta manera se operó en la cristiandad un cambio completo del escenario en lo que se refiere al ser cristiano. Se abandonó la fantasización de una Iglesia triunfante; se dejó en su sitio sólido la entera exterioridad y respecto de ésta se impuso la ley de la indiferencia por lo que atañe a lo cristiano, de suerte que el mejor zapatero sería el que hiciese mejores zapatos y el mejor poeta el que compusiese las mejores poesías, etc., etc. De esta manera se dejó a su lado la exterioridad y entonces lo de ser cristiano se redujo a la interioridad. Se establece y se supone una nómina común para todos, está en nómina que todos somos cristianos, cabalmente en el mismo sentido en que es un hecho que todos somos hombres. Con este supuesto se pone primariamente en marcha el juego de la vida y de la realidad, por lo cual sería una imbecilidad, ciertamente una locura que alguien se empeñase en hacer valer especialmente el hecho de ser hombre, pues eso sería tomar conciencia de una presuposición que de una vez por todas y supuesta por todos no es ni más ni menos que el fundamento de todo.

Ahora alcanzamos el concepto de la cristiandad establecida. En la cristiandad establecida somos todos auténticos cristianos, pero en la interioridad oculta. El mundo externo no tiene nada que hacer con el hecho de ser cristiano, mi ser-cristiano no es mensurable en esa dimensión. Si yo soy hospedero no deseo de ningún modo que el que yo sea auténtico cristiano haya de ser recognoscible en el hecho de que dé el mejor trato a los huéspedes; si yo como hospedero doy el mejor trato, solamente lo achaco a mi convencimiento cuidadoso de que hay que tener contento al público prestigioso y educado, y lo de que yo sea un auténtico cristiano, eso se queda para mí, es algo para mí mismo, algo que yo soy en la oculta interioridad — exactamente como les pasa a todos los demás, no solamente a todos los demás hospederos, sino literalmente a todo otro hombre cualquiera en la cristiandad; en tal grado es verdad que yo soy cristiano, que es tan completamente verdad de mí como lo es de todos los demás. Si soy sacerdote no he de desear de ningún modo que el que yo sea auténtico cristiano tenga que ser recognoscible por el hecho de que sea el predicador más oído y de más campanillas. No, aquello de que en cuanto sacerdote he de tener más cuidado depende de los dones de elocuencia que yo tenga, depende de la voz que tenga, de cómo me siente la sobrepelliz, de cuánto haya estudiado la nueva filosofía, de suerte que pueda acallar las exigencias de nuestro tiempo; el cristiano auténtico que yo sea, o el que yo sea cristiano auténtico, eso se queda para mí mismo, es algo

para mí solamente, algo que yo soy en la interioridad oculta — exactamente como todos los demás; mas de que yo sea cristiano auténtico no puede caber ninguna duda, es tan cierto que lo soy como lo son todos los demás.

Y ¿a qué viene toda esta ocultez?, ¿esta ocultez que yo defiendo tan cuidadosamente como las niñas de mis ojos? ¡Ah!, naturalmente, porque temo que si se lograra saber hasta qué grado soy cristiano auténtico, tendría que recompensarme con honor y estimación extraordinarios; y yo soy demasiado auténticamente cristiano como para pretender ser honrado y estimado *porque* soy un cristiano auténtico. ¡Mira!, por eso cabalmente lo guardo en la oculta interioridad; pues si se lograra saber no se podría evitar el convertirme en objeto de honor y estimación extraordinarios, ya que ciertamente vivo en la cristiandad establecida, donde todos somos auténticos cristianos — pero en la oculta interioridad.

Si un cristiano de aquel tiempo en que la Iglesia era militante fuese transportado a la cristiandad establecida, no podría menos de embargarlo un asombro inigualable. En la Iglesia militante ser cristiano era reconocido en la oposición que se tenía que sufrir. En la Iglesia triunfante era reconocido en el honor y estimación de que se gozaba. Mas «la cristiandad establecida» ha encontrado algo nuevo: se mantiene oculto el que se es cristiano por temor de que ello, acristianamente, fuese recompensado con honor y estimación. En la Iglesia militante se daba a veces el caso de que alguno que otro deseaba mantener oculto que era cristiano por miedo a la oposición que estaba reservada a quien lo era; pero en «la cristiandad establecida» se hace por miedo a gozar de honor y estimación. Por lo tanto, «la cristiandad establecida» debe ser algo infinitamente más elevado que la Iglesia combativa, que apenas tuvo presentimiento de una piedad tan alta. En la Iglesia combativa la piedad consistía en confesar el cristianismo; en la cristiandad establecida la piedad consiste cabalmente en callarlo. ¡Oh, qué profundo abismo de piedad, que todo eso tan bonitamente podría no ser otra cosa que apariencia! ¡Oh, innumerable teoría de piadosos, cuando todos los millones de cada país son tales piadosos — e indudablemente lo somos todos! ¡Quítate los zapatos, pues la tierra que pisas es santa, puesto que pisas en la cristiandad, en la que no hay más que cristianos auténticos! Que Dios sea el custodio de la eternidad, en la que apenas caben tantos cristianos auténticos como en cada momento hay en la cristiandad establecida, donde todos son cristianos.

Si se piensa en un joven crecido en la cristiandad establecida, mas hasta ahora desconocedor de las circunstancias reales en las

que tendrá que ingresar, que haya sido educado mediante la Sagrada Escritura en una lejanía casi conventual de la vida: tendría que experimentar el más altamente extraño fenómeno, y en cierto sentido ridículo. Él está bien adoctrinado en el cristianismo —suponiendo que ese adoctrinamiento pueda lograrse por la Sagrada Escritura y que esa suposición pueda referirse por las buenas al pobre muchacho—; se le ha dicho que la exigencia es confesar a Cristo ante el mundo; él está bien sobre aviso —es decir, en cuanto esto es posible mediante la Sagrada Escritura, y esta suposición se refiera buenamente al joven—; él está sobre aviso de las consecuencias que se seguirán de ello: después de haberlo meditado mucho el joven está decidido a ajustar su vida a lo prescrito. Pero ¿qué es lo que sucede? — ha venido a vivir en la cristiandad establecida. Mientras hace ademán de lanzarse intrépido a la lucha, aparece un hombre bienintencionado, una especie de padre espiritual y le «espeta este discurso»: joven amigo, estás en un error, no te das cuenta del lugar en que habitas, que es la cristiandad establecida, y en la que verdaderamente no hay lugar para confesar a Cristo. Y que esto que te voy a decir se quede entre nosotros —muy entre nosotros, pues es incluso una debilidad y un descuido de mi parte al decirte tanto— que todos nosotros somos cristianos y el cristiano auténtico es cabalmente aquel que lo mantiene más oculto. — Si un joven, que en la infancia había sido educado en los libros de aventuras y, consiguientemente, estaba al tanto del monstruo que habita en los bosques, pero que ha sido muerto a mano armada, si este joven ahora, armado para la batalla, con una espada tremenda a su costado y no menos tremendamente enardecido en su pecho entrase en la realidad, no le iba a suceder algo más extraño que lo que le sucediera a aquel muchacho en la cristiandad establecida. Aunque concretamente le saliera al encuentro un monstruo todavía más extraño que ninguno de aquéllos de las aventuras oídas y leídas, eso no iba a ser lo más extraño o al menos no tendría punto de comparación con lo extraño que le aguardaba: que completamente no podría poner los ojos en algo que se pareciese a un monstruo. Entonces le saldría al paso un hombre maduro y bienintencionado diciéndole: mi joven amigo, estás en un error, ya no estás en el mundo del cuento, sino en un mundo civilizado y cortés, donde no se dan tales monstruos, en el que vives entre hombres instruidos y bien educados y en donde, por lo demás, la policía vigila de la seguridad, el sacerdocio sobre las costumbres y la sociedad del gas hace la noche tan luminosa como el día. Por lo tanto, vuelve a meter la espada en la vaina y ahora que el tiempo de los monstruos ha quedado muy atrás debes aprender que la tarea es:

ser un hombre agradable, como lo somos todos los demás; de suerte que te reconozcas en cada uno de los demás y cada uno de los demás en ti, hasta alcanzar la forma de la máxima ilusión.

Como queda dicho, la Iglesia triunfadora no se parece más a la Iglesia combativa que lo que se parecen el cuadrado y el círculo, y «la cristiandad establecida» se le parece aún menos. Sin embargo, solamente la Iglesia militante es verdad, la Iglesia triunfadora y la cristiandad establecida son una fantasización. «Pero —oigo que alguien está diciéndolo— eso de la Iglesia *militante* es ahora una insensatez y una imposibilidad; si todos somos cristianos, ¿contra qué habría que luchar?». Querido amigo, aunque no hubiese otra cosa por qué luchar podríamos con todo hacerlo sobre este punto: *¿en qué medida congrua somos todos cristianos?* «¿Cómo te atreves insolentemente a ser escrutador de los corazones de suerte que juzgues el interior de los hombres?; si un hombre dice de sí mismo que es cristiano, no debes atreverte, insolentemente, por nada de este mundo a negarlo». ¿Ves cómo hemos tropezado con algo con que luchar? Además, ¿lo dice él eso? Yo creía que en la cristiandad establecida reinaba la interioridad oculta, que lo teníamos que mantener secreto. «Desde luego, lo tenemos que mantener oculto ya que se da por supuesto que todos somos cristianos». ¿Cómo puede ser un hecho lo que cada uno mantiene especialmente oculto, porque se da por supuesto que todos lo somos?

La cosa es ésta. Si cada uno en todo el contorno establece que es cristiano como «los demás», entonces, si se quiere, propiamente nadie reconoce a Cristo; lo que, por el contrario, si así se quiere, es que se reconoce a cada uno como siendo cristiano. Cada uno ha sido bautizado de niño, después —sí, también casi como de niño (probablemente para que todo en este sentido esté lo más tempranamente posible en regla y listo respecto de lo que actualmente sin duda es un salvoconducto requerido para poder transitar por el mundo sin más reclamaciones de la autoridad)— es confirmado. Y de quien cuando niño ha sido bautizado y de muchacho o muchacha tiernos confirmado, no puede caber ninguna duda de que es cristiano — no hace falta más que hojear los libros del registro. Mas probablemente en su vida posterior no ha llegado a confesar a Cristo, porque viviendo en la cristiandad establecida solamente basta echar una mirada al registro para ver que todos son confesadamente cristianos. Incluso respecto de los sacerdotes en la «cristiandad establecida» no es necesario que «confiesen a Cristo», puesto que «confesionalmente se sabe sobre ellos», como de todo el mundo, que son cristianos; si se dijera que ellos, con todo, confiesan a Cristo en el púlpito, quizá ello sea

debido a la circunstancia de que siendo el predicar su medio de vida y haciendo lo que hacen en cuanto funcionarios, esto decida el que *no se acentúa que confiesan personalmente* a Cristo.

En la oculta interioridad todos son cristianos; ¿quién se atrevería a negarlo, si quien se dedicase a negarlo correría muy seguramente el peligro de pasar por auscultador de los corazones? Por lo tanto, nadie puede negarlo. De este modo, el que cada uno sea cristiano en la ocultez interior se ha convertido en un misterio misteriosísimo que, por decirlo así, casi ha quedado cerrado en la cerradura: ya es imposible saber si estos miles y miles de cristianos son realmente cristianos, pues todos lo son, según se dice, en la oculta interioridad; y no solamente es válido respecto de la Iglesia, sino también de cada individuo, el axioma de que de lo interno oculto no se juzga, porque no se puede juzgar.

Mas ¿no se podría con todo descerrajar este misterio misteriosísimo para revelarle un poquito sin tener que pasar por auscultador de los corazones? Desde luego; pero, ¿de qué manera? Muy fácilmente, con que cada uno, por lo que a él respecta, se dedique a confesar a Cristo en medio de la cristiandad. Con eso no juzga a nadie, todo lo contrario; mas muchos quedarán patentes según la manera en que le juzguen. Él no afirmará que es un cristiano más perfecto que los demás; todo lo contrario, les concederá a los demás *que son más perfectos cristianos que él*, ya que lo mantienen oculto por miedo a conquistar honor y estimación, en tanto que él está tan preocupado, por su propia conducta, de que todo eso de ser cristiano de un modo tan superelevado no sea más que un juego de artificio que, por consiguiente, se aferra a la antigua manera de confesar a Cristo. Él no afirma, pues, que ninguno de los demás no sea cristiano, ni mucho menos, lo único que afirma es que él es un pobre hombre; sin embargo, se revelarían los pensamientos de muchos corazones en la medida en que se juzga de este pobre hombre, de este cristiano imperfecto. Lo único que expresa es que él, conforme a la educación cristiana que ha recibido, es un miembro de la Iglesia militante — entonces se verá si esta pacífica comunidad de la cristiandad establecida no vendrá en su ayuda, persiguiéndole y cosas por el estilo, para que quede claro como la luz del día que era un miembro de la Iglesia *militante*.

Pero entonces lo que se quiere dar a entender, ¿no es que en tanto dure el mundo o la Iglesia cristiana en este mundo, ella es y tendrá que ser una Iglesia combativa? Respuesta: sí, seguramente es eso lo que se quiere dar a entender, seguramente ése es el parecer del cristianismo y también es completamente seguro que hay sentido en este

parecer. «¡Qué insensatez —oigo que alguien está diciendo—, pero qué insensatez!, pues es completamente imposible que todos nosotros pudiéramos ser mártires; si todos tuviéramos que ser mártires, padecer muerte violenta, ¿quién sería el que nos tendría que matar?; si todos tuviéramos que ser mártires y ser perseguidos, burlados, escarnecidos, ¿dónde estaría quien nos tendría que perseguir y mofarse de nosotros?». ¡Bien urdido!, con tal de que la presuposición —que ha tensado el arco de este agudo ataque— sea correcta, la presuposición de que todos somos cristianos; con tal de que esta presuposición sea correcta, es decir, sea verdadera en un momento dado, o con tal de que todavía más en general sea verdadero que el parecer del cristianismo consista en afirmar que en este mundo acontecería en un momento dado que todos, literalmente todos, fuesen cristianos en verdad.

La cosa es así. Con la constante consideración de la historia mundial y de la historia de la raza, con el constante hablar de la consideración histórico-mundial, etc., se ha llegado finalmente con demasiada facilidad a eso de encadenar sin más ni más al cristianismo como formando parte de la historia del mundo, se ha llegado a ver como perfectamente correcto que el cristianismo sea un desarrollo más dentro de la determinación: el género humano. Se ha olvidado del todo que la vida de Cristo en la tierra (y en esto consiste el cristianismo, distinto de la historia de los cristianos, o de la historia acerca de la vida de los cristianos, su modo de hacerla, su suerte; igualmente distinto de la herejía, *item* de la ciencia) es la historia sagrada, que no debe ser confundida con la historia del mundo y de la raza. Se ha olvidado por completo la esencial inconmensurabilidad del Dios-hombre con cualquier otro hombre o con la raza entera. Se ha olvidado por completo que el cristianismo se relaciona esencialmente con la eternidad, que la vida aquí sobre la tierra es —recordando lo que se ha explicado anteriormente— para cada uno en especial de esos innumerables millones, que han vivido y vivirán, tiempo de prueba. Ciertamente: éste es el parecer del cristianismo, que esto sea anunciado a todos, sin que de ello se siga que su parecer haya sido alguna vez el de que iba a suceder que todos lo aceptasen así y se hiciesen auténticos cristianos. En otro caso —si es que puedo expresarme así— diríamos que Dios no estuvo muy acertado en sus designios aquella vez que desde la eternidad decidió que Cristo viniera al mundo; Cristo, que anunció que esta vida aquí en la tierra es tiempo de prueba. Una de dos: o el pensamiento de la Providencia ha sido (la que puede saber muy bien mediante su presciencia si sucederá, mientras que serán los hombres los que se carguen con la responsabilidad de que suceda) que ese caso nunca se daría, el que en un momento dado todo o la máxima parte

serían verdaderos cristianos; o la Providencia no ha alcanzado a ver tanto, pues cuando se da el caso de que realmente todos son en verdad cristianos, esta vida ya deja de ser tiempo de prueba. La prueba es concretamente la negación de sí mismo, el negarse a sí mismo; ser cristiano es la prueba y ser cristiano es negarse a sí mismo. Mas cuando realmente en un tiempo dado todos son auténticos cristianos, ya no hay ninguna negación de sí mismo ligada con lo de ser cristiano, por lo menos ninguna negación de sí mismo cristiana. El Magister Kierkegaard ha mostrado (en la conclusión de la primera parte de *Las obras del amor*) qué es lo que hay que entender por negación cristiana de sí mismo, que ésta solamente se da cuando se corre un doble peligro, siendo el segundo —que se sufra porque se niega uno a sí mismo— la determinación decisiva. Mas este peligro desaparece necesariamente si en un tiempo dado, en el que yo vivo, todos son auténticos cristianos; pues entonces todo en torno mío no será más que una animación y acicate para que yo también me haga cristiano auténtico. Y si esto acontece, si yo viviera en tales circunstancias, entonces por lo que a mí y a mi vida toca, no habría verdaderamente por qué llamar en sentido cristiano —y no cabe ninguna duda que ha sido el cristianismo el inventor de esta expresión— a esta vida tiempo de prueba. No, la Providencia no habría realmente estado muy acertada al poner una prueba; se le habría pasado por alto un caso, la posibilidad de su acontecimiento, un caso que podía trastocar toda su idea del cristianismo.

Por el contrario, si en vez de embrollar el cristianismo dentro de la historia del mundo se le toma como él se da a sí mismo, entonces se cree que esta vida es tiempo de prueba, se cree que la Providencia ha sabido muy bien lo que se ha hecho, se cree que la voluntad del cristianismo era y es anunciárselo a todo el mundo, sin que jamás el cristianismo haya supuesto que todo el mundo lo aceptará; entonces vuelven a estar las cosas en su sitio; entonces esta vida se convierte para cada uno en tiempo de prueba y la Iglesia cristiana siempre será aquí en este mundo una Iglesia militante. Un concepto tal como el de «comunidad» —con el que en nuestro tiempo se anda tan ocupado— referido a esta vida es propiamente una anticipación impaciente de la eternidad. Luchar corresponde al «individuo», si es que se entiende: luchar, en un sentido espiritual y cristiano, y no en un sentido sensible, eso de entablar batallas donde el individuo apenas cuenta, sino los miles de soldados, los miles de cañones que se tengan. Cristianamente luchan siempre sólo los individuos; pues eso cabalmente es el espíritu, que cada uno es un individuo delante de Dios, que la «sociedad» es una determinación

inferior a la del «individuo», a lo que cada uno puede y debe ser. E incluso aunque los individuos fueran miles y así luchasen en unión, entendida cristianamente, con todo es cada individuo el que lucha, lucha unido con los demás y lucha en sí mismo, y en cuanto individuo dará cuenta en el día del Juicio, en que su vida, como vida de tal individuo, ha de ser juzgada. Por eso la comunidad propiamente pertenece por lo pronto a la eternidad; la «comunidad» es en paz lo que el «individuo» es en inquietud. Mas esta vida es cabalmente vida de prueba, tiempo de inquietud, por eso la comunidad no tiene su domicilio en el tiempo, sino que lo empezará a tener en la eternidad, donde será en paz la asamblea de todos los individuos que superaron el combate y la prueba.

Mientras dure el mundo y la Iglesia cristiana sea en el mundo, ella será una Iglesia militante; mas tiene la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero, ¡ay, ay, de la Iglesia cristiana si pretende triunfar en este mundo!; pues entonces no es ella la que vence, sino que es el mundo el que ha vencido. Entonces ha desaparecido la inconmensurabilidad entre el cristianismo y el mundo, el mundo ha vencido y el cristianismo ha salido derrotado. Entonces Cristo deja de ser el Dios-hombre y se convierte en un hombre excepcional, cuya vida es relativa a la medida del desarrollo de la raza. Entonces queda anulada la eternidad, el escenario para la perfección de todo se levanta dentro de la temporalidad. Entonces el camino a la vida ya no es estrecho ni la puerta angosta, ni serán pocos los que lo encuentren; no, entonces el camino será ancho y la puerta completamente abierta; las puertas del infierno habrán prevalecido, y muchos, sí, todos encontrarán la entrada. Cristo nunca ha querido triunfar en este mundo; Él vino al mundo para padecer, a esto es a lo que llamaba vencer. Pero cuando la humana impaciencia y la descarada intromisión pretenden implicar al cristianismo en sus pensamientos y representaciones, en lugar de dejar conformar sus pensamientos y representaciones por el cristianismo: cuando todo eso ha predominado, se impone, naturalmente, de una antigua manera humana, el principio de que triunfar significa triunfar en este mundo, y así queda eliminado el cristianismo. No era un altercado de poca monta el contraste entre Cristo y el mundo, de suerte que Él en el fondo estuviera un poco equivocado en no poder arreglárselas mejor con el mundo, no; el amor a Dios es odio al mundo. Y el cristianismo queda ciertamente eliminado el día en que el cristianismo y el mundo se hagan amigos. Entonces no se hablará más de que Cristo volverá de nuevo y juzgará a los hombres, no; entonces es Él quien quedará juzgado como un hombre que en

el fondo era un visionario, un irascible; pues de no haber sido un irascible se las hubiese arreglado de perillas con el mundo, sin necesidad de tener que haber muerto violentamente, sino habiendo llegado a ser algo grande en el mundo, como les ha acontecido a sus discípulos en la Iglesia triunfante, con lo que han anulado o hecho falsa aquella expresión: que el discípulo no está sobre el maestro, ya que Él fue crucificado y ellos encumbrados en honor y prestigio; lo que también ha acontecido con sus discípulos en la cristiandad establecida, no porque se hayan aprovechado de su cristianismo, sino porque manteniendo cristianamente su cristianismo en la oculta interioridad han puesto a prueba de rendimiento sus facultades y dones naturales para alcanzar éxito en el mundo.

Sin embargo, aquel fulano, que introdujimos hace poco en la conversación, vuelve quizá otra vez a la misma carga y nos dice: «A pesar de todo lo que estás diciendo, no puedo por menos que repetir que es y será una imposibilidad que todos seamos mártires». Respuesta: ¿es para ti una imposibilidad el serlo? «Seguramente, si todos tuvieran que serlo». Pero ¿qué te importa a ti de todos «los demás»? Verdaderamente no tiene sentido tu manera de pensar, no tiene sentido que tú, cuando se trata de que conformes tu vida y ensayes la prueba de hacerte cristiano y serlo, tengas que preguntar primero por los otros o saber algo de lo que todos hagan para poder empezar. Yo creía que la primera condición de esta prueba de hacerse cristiano y serlo consistía en estar orientado hacia el propio interior, que para uno mismo fuese como si todos los demás no existieran, tan interiorizado, que se esté como literalmente solo en todo el mundo, solo delante de Dios, solo con la Sagrada Escritura como vademécum, solo con el Modelo ante los ojos. Y, por el contrario, el lenguaje que tú hablas es hasta más no poder el de la extraversión, se parece completamente al lenguaje que emplea un periodista.

Esto es fácil de comprender. La primera condición para hacerse cristiano es la de hacerse absolutamente interiorizado. Infinitamente interiorizado, de esta manera el que se interioriza no tiene en absoluto nada que hacer con otro hombre — ésta es la seriedad, que se impone en un sentido mucho más riguroso que cuando en la escuela el maestro manda a cada discípulo que mantenga los ojos hacia adelante sin mirar a los demás. Interiorizado de este modo, el que aprende comprende, o aprende a comprender, en qué consiste esta tarea: la de hacerse cristiano y serlo. Cada momento en que esté extravertido es desperdiciado y si tales momentos se repiten, entonces todo está perdido. Quizá esté bien enterado de la tarea, se la haya aprendido de memoria, quizá pueda declamarla en magníficas conferencias para

los demás y en tanto hacerse sacerdote y ser retribuido por el Estado; pero se le ha escapado una cosa, lo cristianamente decisivo: que lo que dice le afecta a él mismo, y le afecta con infinita interiorización, aunque quizá piense que lo que dice afecta a la comunidad, y a él solamente le afecta el sueldo y el ascenso.

El infinitamente interiorizado aprende, pues, a comprender qué tarea ha de ser realizada hasta lo último, si es que él está interiorizado a causa de esta fe, o negándose a sí mismo en sentido cristiano. Mas supongamos ahora —para no echar en saco roto la insensatez de aquella réplica («que es imposible a ojos vistas el que todos fuésemos mártires»)— que se verifica esa incongruencia, que cabalmente todos, entre los cuales vive este cristiano, fuesen verdaderos cristianos: entonces es imposible que él pueda ser mártir. De seguro. Mas ¿cuándo logrará él saberlo? ¿Acaso al principio, de modo que ello se convierta en una retirada, en una disculpa que le impida empezar con la tarea? Esto es imposible; pues está sin duda infinitamente interiorizado, no sabiendo ni queriendo saber nada de los demás. Por lo tanto, logrará saberlo por primera vez al final de su vida: saber que no fue mártir. Al final de su vida, entendido al pie de la letra, es decir, en el mismo momento en que muera, antes no; ya que antes no puede saber si eso es lo que le aguarda. Mas en el momento en que muera ya no le puede aguardar de ninguna manera. Él ha experimentado en todo caso la posibilidad de un martirio. Y esto, según queda dicho, bajo el supuesto de que se diese la incongruencia de que cabalmente todos o la mayoría de sus coetáneos fuesen verdaderos cristianos y la puerta a la vida fuese, a pesar de la expresión de Cristo, no angosta, sino abierta de par en par o quizá considerablemente agrandada y ensanchada mediante una reforma.

«Pero —oigo que alguien está diciendo—, ¿tú de qué estás hablando?, ¿es que tú tienes fuerzas para ser mártir de ese modo?; o, para no decir una insolencia, ¿es que tienes ánimo para afirmar que nadie es verdadero cristiano si no fuese mártir? ¿Fuiste siempre tan fuerte que jamás sentiste deseos de que se te hablase suave y tranquilizadoramente? ¿O perteneces al número de aquellos que angustiados y temerosos necesitan suavidad, pero que —como es con frecuencia el placer del temeroso— encuentran alegría en atemorizar a los demás?». No me faltan respuestas a estas preguntas, y solamente deseo que el que las hace no interprete mal la respuesta, pues por mi parte nunca subestimo el significado de las preguntas. Concedido que yo sienta necesidad de suavidad; mas debo a la confesión de la verdad el que sienta esa necesidad y se lo debo cabalmente porque fui educado en el rigor y viví muchísimo tiempo en

el rigor, sí, todo instante ininterrumpidamente seguirá estando bajo su yugo. Jamás he encontrado mi alegría en el «atemorizar»; estoy convencido de que puedo hablar suave y tranquilizadoramente a los que sufren, a los enfermos, a los entristecidos; yo sé muy bien que ésa ha sido mi alegría. Jamás he afirmado que todo cristiano es un mártir, o que nadie sea un verdadero cristiano si no fuese mártir, lo que digo es que todo cristiano que se tiene por tal —entre los que yo también me cuento— para poder ser cabalmente un verdadero cristiano ha de hacer la concesión humilde de que ha seguido un camino mucho más ligero que los cristianos verdaderos en el sentido más riguroso; y tendrá que hacer esta concesión para que el orden de puestos cristiano —para hablar de una manera atrevida— no se altere y los de la primera fila se queden sin sitio porque lo han ocupado los de la segunda. Y ahora vengamos a la que principalmente es mi respuesta. El cristianismo está completamente destronado en la cristiandad; lo que es lo mismo que decir que está eliminado. Pues un rey no deja de existir porque, por ejemplo, su país se haya convertido en república, manteniéndole como presidente; pero el cristianismo queda eliminado en cuanto se le destrona. El cristianismo es lo incondicionado, tiene solamente *un* ser, el ser incondicionado; si no es incondicionalmente, está eliminado; con relación al cristianismo es incondicionalmente válida la alternativa: o esto o lo otro. Se ha hablado demasiado en la actualidad y demasiado a voz en grito e insolentemente de que hay que progresar, que no se puede estar parado en el cristianismo, en la fe, en lo sencillo, en la obediencia, en este «tú debes». Y esto ha ido calando cada vez más en el pueblo, en el cual naturalmente influye muchísimo lo que se piensa —para decirlo de algún modo— en las altas esferas; esto le ha calado al pueblo hasta la médula, y con gran facilidad, porque desgraciadamente cada hombre posee una tendencia natural e innata a la desobediencia. Por eso las «razones», eso de creer por tres razones, reemplazó a la obediencia; pues era empachoso eso de obedecer. Por eso la suavidad reemplazó al rigor; pues no se osaba mandar y se resistían a tener que ser mandados; porque los que tenían que mandar se hicieron cobardes y los que tenían que obedecer se hicieron insolentes. De este modo el cristianismo quedó anulado en la cristiandad, por la suavidad. Sin autoridad va caminando la suavidad con un traje usado y averiado y medrosa en medio de la cristiandad, y no se sabe si uno tiene que quitarse el sombrero cuando ella pasa o si es ella la que tiene que hacerle a uno una reverencia, o si somos nosotros los que necesitamos su compasión o ella la que implora la nuestra.

Pero al igual que para nosotros no hay más que una salvación: el cristianismo, para el cristianismo solamente es posible una salvación: el rigor. Mediante la suavidad no puede ser salvado; esto no quiere decir ni que pueda ni deba ser salvado, pues este pensamiento es un crimen de lesa majestad contra él; mas ha de ser mediante el rigor reinstalado nuevamente en su derecho de dominador. Y aunque yo *mismo tuviera que sentirme oprimido bajo* el peso de este módulo, y fuese el primer llamado a cuentas, e incluso aunque fuese el único: sin embargo, no puedo opinar de otra manera. Sé muy bien lo que hago; también sé lo que yo con temor y temblor, blanco de ataques, he tenido que sufrir por haberme arriesgado tantísimo, solitario, ocupado día y noche con tales pensamientos y durante largo tiempo solitariamente ocupado con ello en creciente medida de esfuerzos; y solitariamente, aunque vivía en la cristiandad, en que todos indudablemente son cristianos, pero en donde con todo jamás he oído ningún discurso ni ningún sermón sobre los cuales pudiera decir —en el caso de que se me plantease esta cuestión delante de Dios— que eran cristianos, pues incluso lo más cristiano que haya oído, tenía, sin embargo, siempre un plus considerable de «razones», un saborcillo de gemebundez y conmiseración, una disonancia de autolisonjero. Yo no encontraba ningún convento donde poderme refugiar, buscando un contorno que de alguna manera correspondiese a mi ocupación interior. Por eso escogí la única salida que quedaba para mí en la cristiandad: el aparecer como el más superficial de todos, el «hacerme un loco en el mundo», para en este serio mundo poder, sin embargo, salvaguardar al máximo lo que ocultaba en mi interior más íntimo, un poco de seriedad, y para que esta interioridad pudiera conseguir la paz del ensimismamiento para crecer en silencio. Viviendo de este modo, he aprendido, cabe la vacua superficialidad y satisfecha confusión de los hombres, lo que quizá así se pueda aprender mucho mejor que en el desierto y en el silencio de la noche; con esta vida en medio del tumulto humano, con esta, si se quiere, falsa vida —pues en verdad yo ocultaba otra cosa en mi interior más íntimo, mas lo que yo ocultaba era lo mejor, y nunca jamás he engañado de forma que me haya hecho mejor de lo que era—, con esta vida en medio del tumulto humano, aprendí a comprender la tremenda verdad de que el rigor es lo único que puede ayudar.

Ésta ha sido mi arma. Mas yo no tengo ningún poder, ni de soldados ni de otra especie; no tengo ninguna relación de poderío, absolutamente ninguna influencia o poder sobre el destino de los demás; soy entre todos el más solitario y, entendido mundanamente, el más impotente. Si se emplea el rigor se exaspera fácilmente a los

hombres; por eso quien ha de usar del rigor acostumbra primero a asegurarse el poder. Ni puedo ni deseo emplear el rigor de esta manera; pues no deseo dominar, solamente deseo servir a la verdad o, lo que es lo mismo, al cristianismo.

El rigor es lo único que puede ayudar a un hombre. Por eso un niño, en comparación con un adulto, puede tanto, es mucho más robusto, pues todavía se da a pesar de todo algún rigor en la educación; y ¡cuánto más no podría un niño si el rigor fuera mayor! Por eso los romanos vencían siempre en las batallas — ¿por qué? Porque el rigor los ayudaba, los ayudaba a temer lo que era peor que la muerte, y así los ayudaba a vencer. Y esto mismo acontecía con el cristianismo. Hubo un tiempo en que con divina autoridad ejercía dominio sobre los hombres, cuando se dirigía a cada individuo con palabras cortas, precisas, imperiosas: ¡tú debes!; cuando amedrentaba a cada individuo con un rigor totalmente desconocido hasta entonces: el castigo de la eternidad. Este rigor ayudó; con temor y temblor ante lo inevitablemente venidero conseguía el cristiano despreciar todos los peligros y sufrimientos de esta vida como si fueran juegos de niños y bagatelas de media hora. Sí, este rigor ayudó; hizo que fuera verdad que ser cristiano es estar emparentado con la divinidad. Ésta era la Iglesia combativa; el propio Satanás no podía nada contra ella, fuera de que daba la ocasión deseada a los héroes de la fe para que resplandeciesen coronados con el fulgor inmarcesible del martirio, la ocasión requerida para que la secreta majestuosidad del hombre se hiciese transparente — porque la cristiana majestuosidad lo es del hombre interior, es una interioridad que hay que dar a luz si la ocasión justa lo exige. Entonces Satanás se dijo a sí mismo: de esta manera me es imposible triunfar; y cambió de método. Poco a poco fue haciendo creer a la Iglesia cristiana que ella ya había vencido y que ya era hora de que descansara después de la lucha y gozase la victoria. Y todo esto aparecía muy seductor; pues cuando la Iglesia todavía combatía, un hombre tenía que pensarlo mucho antes de decidirse a entrar en ella, con lo que en definitiva su crecimiento era pequeño. Pero después de haber triunfado — sí, entonces ganó prosélitos a millones. ¿Qué más se puede desear? Pues si sobre el hecho de una Iglesia triunfante pudieran hacerse cábalas razonables, éstas consistirían en opinar que a medida que ella descendiese iría perdiendo prosélitos. Mas aconteció cabalmente lo contrario. Completamente seguro; ella no descendió, no disminuyó el número de sus prosélitos, sino que aumentó considerablemente; esto es tan verdad como la hinchazón de un hidrópico crecida hasta un límite de insana obesidad que casi repugnantemente se extiende en una deformidad corporal que apenas permite reconocerle.

Ahora ya todos eran cristianos. Pero el poder y la autoridad se habían también perdido. Se mimó a la gente haciéndola escuchar retahílas ininterrumpidas de sermones y conferencias sobre las verdades cristianas — grandes cosas, si es que quedaba alguien que encontrase placer en oírlas. ¡Dios grande!, y el escenario estaba montado en la cristiandad, donde todos eran cristianos y donde, sin embargo, era más que dudoso que alguien encontrase placer en oír las verdades cristianas. Todo menos hablar ya el lenguaje anticuado, casi ridículo, que hablaba el cristianismo cuando con divina autoridad ejercía dominio sobre los hombres y los educó con un rigor hasta entonces desconocido en el temor del castigo de la eternidad, castigo que solamente el cristianismo se ha atrevido a aplicar; pero los predicadores del cristianismo en la cristiandad no se atrevían a hablar este lenguaje. «Esto no lo haré yo por toda la eternidad —se decía a sí mismo uno de los tales predicadores—, no solamente porque haría el ridículo, ni siquiera solamente porque quizá terminaran colgándome; sino porque aunque me atreviera a ello, no saco nada en limpio, y lo único que consigo es poner a los hombres furiosos hasta el punto de que arrojen el yugo muy lejos». Aquí resultaba caro aconsejar bien. Entonces comenzó una quizá bien intencionada prudencia humana la más lamentable de todas las empresas: la de traicionar el cristianismo mientras lo defendían. Y entonces el Diablo se echó a reír en su silencioso fuero interno y se dijo: mirad, ahora ya puedo estar tranquilo, la partida está ganada. Aquellos que así defienden el cristianismo no saben lo que se hacen, se trata de un misterio muy oculto, ellos pretenden encontrar siempre la falta en la imperfección de la hasta ahora habida defensa y empeñadamente avanzan en esa línea con celo redoblado, hundiéndose más y más en la defensa — ¿quién puede caer en la cuenta entonces de que aquel que defiende es cabalmente el traidor, si ni siquiera él lo sabe? Así defendían el cristianismo — ¡justo Dios, y el escenario estaba montado en la cristiandad!; también era frente a los mismos cristianos que se defendía el cristianismo, como si un rey tuviera que defenderse delante de sus súbditos. Ellos defendían el cristianismo; de la autoridad no se decía ni una palabra, ni se echaba nunca mano de la misma; jamás se oía ese «tú debes», para que no se soltasen las carcajadas; ellos defendían el cristianismo y afirmaban: «No menospreciéis el cristianismo, es una doctrina llena de suavidad, que contiene todas las dulces fuentes de la dicha que todo hombre, a pesar de los pesares, puede fácilmente llegar a necesitar en la vida. ¡Santo Dios!, la vida no es siempre sonriente, todos necesitamos un amigo, y ese amigo es Cristo; no menospreciéis a Cristo, Él está de acuerdo con vosotros».

Y esto tuvo éxito; se escuchó con atención este lenguaje, se le prestó realmente oídos a este mendigo, a Nuestro Señor Jesucristo (pues aunque Él no fuera de suyo mendigo, con todo hubo muchos que por su nombre se hicieron mendigos); se encontró que había contenido en ello; esto halagaba los oídos de la ambiciosa cristiandad, y ya no faltaba más que hacer elecciones — desde luego, bajo estas condiciones aceptamos el cristianismo. ¡Justo Dios, y el escenario estaba montado en la cristiandad!, en la que todos son cristianos, y el cristianismo bajo estas condiciones fue aceptado por los cristianos.

Así se fue dejando atrás el cristianismo; y ahora se vive en la cristiandad establecida, en la que nunca se habla del rigor, y en ella habita una raza mimada, soberbia y no obstante cobarde, obstinada y no obstante sentimental, que en ocasiones se para a oír esas suaves razones confortadoras, pero que no sabe apenas si tendrá que hacer uso de esas razones, incluso cuando la vida le sonría de la manera más bella, o si se escandalizará en el momento de apuro si se demuestra que esas razones no son tan confortadoras. ¡Justo Dios, y el escenario está montado en la cristiandad! Justo Dios; ciertamente quien tenga ojos para ver, verá aquí al Dios justo: tremendo castigo, porque la Iglesia militante se convirtió en triunfante o en la cristiandad establecida. Si tú puedes ver al Dios justiciero cuando contemplas a un hombre que cae, cuando lo contemplas en toda su ruindad, infamia y miseria: es natural que —si es que a pesar de todo tuviste la gracia de haber sido educado con rigor en el cristianismo— veas en «la cristiandad establecida» al Dios justiciero.

Solamente la Iglesia militante es verdad, o sea, la verdad es que mientras la Iglesia perdure en este mundo es la Iglesia militante, que se relaciona con Cristo en su humillación, aunque también sea atraída hacia Él desde la majestad. Por el contrario es falso ese lenguaje con el cual los hombres embaucan a la humanidad y a sí mismos: que el mundo progresa. Pues el mundo ni progresa ni retrocede, se mantiene esencialmente el mismo, como el mar, como el aire, en una palabra: como un elemento; concretamente es y tiene que ser el elemento que puede ofrecer la prueba de que se sea en él un cristiano, quien siempre en este mundo será miembro de la Iglesia militante. Ésta es la verdad. La Iglesia triunfante y la cristiandad establecida son una falsedad, la mayor desgracia que puede acontecer a la Iglesia, su ruina, y además su castigo, pues todo esto de seguro solamente puede acontecer por culpa propia.

VI

Señor Jesucristo, no viniste al mundo para ser servido, ni tampoco para ser admirado o en este sentido adorado. Tú eras el camino y la vida, y sólo has deseado «imitadores». Por eso despiértanos si estamos adormilados en este engaño, líbranos de la equivocación de querer admirarte o de adorarte en la admiración, en vez de imitarte y asemejarnos a Ti.

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

En la cristiandad todavía se oyen con frecuencia sermones, conferencias, discursos acerca de lo que se exige a un imitador de Cristo, en qué consiste ser un imitador de Cristo, qué significa imitar a Cristo y cosas parecidas. Lo que se oye es común y totalmente exacto y verdadero, pero con sólo meditar un poco lo que se oye, se va descubriendo que en el fondo late una confusión fundamental y una irregularidad no cristianas. La predicación cristiana se ha convertido en la actualidad principalmente en «consideración»: consideremos durante esta hora; invito a mis oyentes a que consideren que el objeto de esta consideración es, etc. Mas «considerar» puede significar, en un sentido, que se aproxima uno mucho a la cosa que se desea considerar, en otro sentido significa que se mantiene uno muy alejado, infinitamente alejado, es decir, personalmente alejado. Cuando se le muestra a alguien un cuadro y se exige de él que lo contemple, o cuando alguien en el comercio considera, por ejemplo, una pieza de tela, entonces se acerca mucho al objeto, en el segundo caso incluso lo toca y lo palpa, no pudiendo acercarse ya más al objeto; pero en otro sentido con este movimiento no hace cabalmente sino salirse plenamente de sí mismo, alejarse de sí mismo, olvidarse de sí mismo, sin acordarse para nada de sí mismo, pues seguramente es él quien contempla el cuadro o el vestido, y no el cuadro o el vestido los que le contemplan a él. Esto significa que con esta contemplación me extravierto en el objeto (me hago objetivo), mas saliéndome de mí mismo o alejándome de mí mismo (ceso de ser subjetivo). De

esta manera, con su favorita consideración de lo cristiano, que no es más que «consideraciones» y más «consideraciones», la predicación ha anulado lo que cristianamente es lo decisivo en la predicación, lo personal, este «tú y yo», el que habla y aquel a quien se habla, esto de que quien habla está también en movimiento, es un esforzado, y lo mismo aquel a quien se habla, a quien el primero para eso exhorta, estimula, amonesta, advierte, pero todo confluyendo en el sentido de un esfuerzo, de una vida; esto de que quien habla se empeñe constantemente en no alejarse de sí mismo, sino que retorne a sí mismo y ayude al oyente a que no se aleje de sí mismo, sino a que retorne a sí mismo. La predicación en nuestro tiempo ha pasado completamente por alto e influido para que se olvide totalmente que la verdad cristiana en sentido propio no puede convertirse en objeto de «consideración». Pues la verdad cristiana, por así decirlo, tiene ojos, sí, ella es toda ojos; y ciertamente sería muy molesto e incluso se me haría imposible contemplar un cuadro o un trozo de tela si al disponerme a contemplarlos descubriese que era el cuadro o la tela los que me estaban mirando — y esto es lo que acontece cabalmente con la verdad cristiana, que es ella la que mira, para ver si hago lo que ella dice que tengo que hacer. Por eso la verdad cristiana no se deja exponer a la consideración, ni tampoco explicar como considerandos, ella tiene —si se me permite la expresión— oídos para escuchar, sí, ella es toda oídos y está escuchando mientras el orador habla; no se puede hablar de ella como de un ausente o como de un presente solamente objetivado, pues ella es de Dios y Dios está en ella, y de esta manera ella está presente en un sentido plenamente propio mientras se habla de ella, no como objeto; es más bien el orador el que se convierte en objeto de ella, pues apenas comienza a hablar, exhala un espíritu que le perfora auditivamente mientras habla.

Por eso predicar es un riesgo; pues cuando subo a la cátedra sagrada —ya esté la iglesia de bote en bote o vacía, ya me dé cuenta de ello o no me la dé— tengo un oyente más a quien no puedo ver, un oyente invisible, el Dios de los cielos, a quien ciertamente no puedo ver, pero que verdaderamente puede verme a mí. Este oyente me oye con toda exactitud si es verdad lo que digo, si es verdad en mí, por lo tanto Él escudriña — y lo puede hacer precisamente porque es invisible, de una manera que me sea imposible tomar posiciones de sobreaviso, escudriña si mi vida expresa lo que digo. Y aunque yo no tengo autoridad para obligar a nada a ningún otro hombre, sin embargo cada una de las palabras que he dicho desde el púlpito en mi sermón me obliga a mí mismo — y Dios las ha oído. ¡Verdaderamente predicar es un riesgo! La mayoría cree que se trata

de algo que solamente exige temperamento animoso, como en el caso del comediante para salir a escena, que se arriesga en el peligro de que todos los ojos están pendientes de él. Y no obstante este peligro, como todo lo de las tablas, es quimérico; pues el comediante está personalmente fuera, su quehacer es cabalmente el de engañar, el de simular la encarnación de un otro y repetir con precisión las palabras de otro. Otra cosa se le exige al que sube a un púlpito a anunciar la verdad cristiana: que aunque no estén todos los ojos pendientes de él, hay no obstante un ojo omnisciente que le mira; tiene una tarea: la de ser sí mismo, y en un contorno que es la casa de Dios, donde, todo ojos y todo oídos, no se exige de él otra cosa sino que sea sí mismo, que sea verdadero. Que sea verdadero, es decir, que sea lo que predica, o que se esfuerce por serlo, o que al menos sea tan sincero que admita de sí mismo que no lo es — ¡ah, y de cuántos que se suben a la sagrada cátedra para predicar el cristianismo no se patentiza a ojos vistas el desagrado y la befa que la cátedra sagrada les otorga, cuando entusiasmados, conmovidos y plañideros predican todo lo contrario de lo que su vida expresa!

Tan arriesgado es ser ese «yo» que predica, el predicador, un yo que predicando y en tanto predica se obliga a revelar su vida de modo que en lo posible se le pueda ver hasta el fondo del alma: ¡ser ese yo, sería arriesgadísimo! Por eso el sacerdote fue poco a poco recatando los ojos para dar a entender con ello que nadie debía mirarle. Su criterio manifiesto era que no hablaba ciertamente de sí mismo, sino de la cosa; y esto fue admirado como un extraordinario avance en la sabiduría, que el predicador de esa manera cesase en cierto sentido de ser un yo, y se convirtió en cuanto es posible en la cosa. En todo caso, de este modo se hizo mucho más fácil ser sacerdote — el predicador ya no predicaba, solamente dedicaba unos momentos a hacer algunas consideraciones. ¡Algunas consideraciones! Basta poner la vista en el que habla; con su mirada baja, no parece tanto un hombre como una de aquellas figuras esculpidas en la piedra, que no tienen ojos. Con esto establece un abismo entre sí y el oyente, casi tan abisal como el que media entre el comediante y el espectador. Y aquello que expone es una «consideración», con lo que establece otro abismo entre sí y lo que dice, casi tan abisal como el que media entre el actor y el poeta; personalmente no puede estar más fuera, en tanto «dedica esos momentos a hacer algunas consideraciones».

De este modo desapareció el «yo», que era quien hablaba; el que habla ya no es un yo, es una cosa, la consideración. Y mientras desaparecía ese yo, se iba anulando en consecuencia también este «tú», tú que escuchas, que estás sentado ahí, a quien se te está ha-

blando. Desde luego, se ha llegado rápidamente tan lejos, que se tacha de «personalidades» a los que conservan el modo antiguo de hablar a los hombres. Por personalidades, por el recurso y la permisión de las personalidades se entiende una ciertamente indecente e ineducada conducta — y por eso ya no importa hablar personalmente (el yo que habla), ni hablar a personas (el tú que oye). Y si esto no importa, se acabó lo de predicar. Y esto es realmente lo que ha sucedido — solamente se hacen consideraciones. Y «la consideración» no afecta cercanamente ni al que habla ni al que escucha, lo único que seguramente asegura es el no caer en el seno de las «personalidades»: no se habla de mí que hablo, apenas soy yo quien hablo, es la consideración; ni eres tú que oyes a quien se habla, es la consideración; tampoco te importa nada si yo hago lo que digo, solamente te importa si la consideración es correcta, ni siquiera casi no me importa a mí mismo, pues no voy a darme un trato de favor sobre los demás, y lo único que no puedo permitirme es pasar por una personalidad; y si tú, oyente, no cumples lo que se dice, esto tampoco a mí me importa, ni apenas te ha de importar a ti mismo, lo importante es la consideración, y lo que más importa de la consideración es si te ha satisfecho.

Esta transmutación fundamental de la predicación, con la que el cristianismo quedó eliminado, expresa también entre otras cosas la fundamental transmutación que aconteció con la Iglesia triunfante y la cristiandad establecida: que Cristo a lo sumo tuviera admiradores, pero no imitadores.

Con la explicación de esta diferencia, *la diferencia entre el admirador y el imitador*, tratará este trabajo de esclarecer el cristianismo, sin perder nunca de vista las palabras santas: «Él desea atraerlos a todos desde la majestad»; porque aquí sigue siendo lo decisivo la majestad y la pequeñez, o la relación con la majestad y la relación con la pequeñez. Si Cristo solamente es para nosotros en la majestad, si lo de su humillación está olvidado o Él jamás hubiera existido en la pequeñez, entonces habría congruencia interna en que Él solamente deseara admiradores, adorantes admiradores; puesto que majestad y admirador, divina majestad y adorante admirador se corresponden plenamente entre sí. Ciertamente en la relación con la majestad sería en definitiva de nuestra parte una insolencia, una usurpación, una ceguera y en parte una enajenación mental el pretender ser imitadores, en lugar de decorosamente no aspirar a lo que quizá no nos ha sido dado —porque ha sido dado a otro—, contentándose decorosamente con admirar y admirar adorando. En cambio a la humillación y a la pequeñez corresponde ser imitador.

Es completamente notorio que Cristo siempre emplea la expresión: imitadores; jamás ha dicho que Él desea admiradores, adorantes admiradores, prosélitos; y cuando Él usa la expresión: discípulo, la aclara siempre de tal manera que se ve que con ella se refiere a los imitadores, que no son prosélitos de una doctrina, sino imitadores de una vida, lo que impide el que echando mano de una incidental majestad la pretensión de imitarla no sea más que una insolencia o una locura. También es suficientemente notorio —lo que ya se ha repetido en otros lugares muchas veces— que es el humillado Cristo quien habla, y que cada palabra que tenemos de Cristo es suya en cuanto el humillado. Ahora ha de suponerse con toda razón que Cristo sabía cabalmente por qué escogió precisamente esta expresión, que total y absolutamente está en la más interior y profunda conformidad con la que era constante afirmación acerca de sí mismo o con lo que Él decía ser: a saber, la verdad y el camino y la vida, que Él no era un maestro en el sentido de que meramente tuviese que explicar una doctrina, de suerte que se diese por contento con prosélitos que aceptasen la doctrina — pero que seguían viviendo como si no hubiera pasado nada, o dejaron que el cinco fuera un número indivisible. Y también ha de suponerse con toda razón que Él sabía cabalmente por qué toda su vida en la tierra, desde el principio al final, estaba destinada a poder alcanzar solamente «imitadores», y destinada a hacer imposibles los «admiradores».

Cristo vino al mundo con el propósito de redimir al mundo y además con el propósito —este propósito está contenido implícitamente en el primero— de ser el «ejemplo», de dejar una huella para quien se decidiera por Él, el cual habría de ser un «imitador», como corresponde indudablemente al hecho de seguir una huella. Cabalmente por eso consintió nacer en la pequeñez, y vivió en ella pobre, abandonado, despreciado, humillado — sí, ningún hombre ha vivido tan humillado como Él; incluso el más insignificante de los hombres si comparase la situación de su vida con la de Él, tendría que concluir que a pesar de todo su vida comparada con la situación de la vida de Cristo era mucho más preferible. ¿A qué viene, pues, esta pequeñez y esta humillación? Porque Aquel que en verdad ha de ser «el modelo» y solamente busca imitadores, tiene que estar en un sentido *detrás* de los hombres, empujándolos hacia adelante, mientras en otro sentido está *delante* haciéndoles señas. Ésta es la relación de la majestad y de la pequeñez en «el modelo». La majestad no debe ser la majestad directa, la mundana, la terrenal, sino la espiritual y por ello cabalmente la negación de la elevación mundana y terrenal. La pequeñez, por el contrario, ha de ser la pequeñez directa; pues

la pequeñez directa, cuando se ha de pasar a través de la misma, es cabalmente el camino, y por otra parte para el sentido mundanal y terreno es el rodeo que garantiza el que la majestad no se tome en vano. De este modo «el modelo» está situado infinitamente cerca, en la pequeñez y humillación, y con todo infinitamente lejos, en la majestad, sí, tan alejado que lo está más que si simplemente estuviese lejos en la majestad; pues para alcanzarlo, para determinarse a asemejarlo, hay que pasar a través de la pequeñez y la humillación, y puesto que no hay otro camino, éste se hace todavía más largo que si se tratase propiamente de la infinita lejanía. Y de este modo «el modelo» está en un sentido situado *atrás*, hundido profundamente en la pequeñez y la humillación como ningún otro hombre lo ha estado jamás, y en otro sentido está *delante*, infinitamente elevado. Pero «el modelo» tiene que quedar atrás para poder ser alcanzado y captado por todos; si se diese un único hombre que pudiese regatear y zambullirse más por debajo, manifestando que en la pequeñez y humillación había estado instalado todavía más abajo, entonces el modelo dejaría de ser «el modelo», no sería más que un modelo imperfecto, es decir, solamente modelo para una gran multitud de hombres. El modelo ha de estar *absolutamente* detrás, detrás de todos, y debe estar *detrás* para empujar a los que han de ser conformados con Él hacia adelante.

Concretamente arraigada en el género humano, y en cada hombre en particular, se da, consciente o inconscientemente, una profunda cautela respecto de aquello que se le impone como modelo, una cautela que proviene del mal. Si quien ha de ser modelo está en posesión de todas las ventajas terrenales, mundanas y temporales, ¿qué acontece? Que el modelo está de seguro equivocadamente propuesto, equivocadamente dirigido, y entonces toda la raza y cada individuo de la raza echa mano de él para trastocarlo todavía más de su parte. El modelo queda lanzado fuera como una exigencia para la admiración de los poetas, en vez de que tendría que quedar detrás, pisando los talones de los hombres como una exigencia sobre ellos. En tanto que el modelo ha quedado así convertido en objeto de admiración, los hombres se inclinarían a decir a propósito de «la exigencia»: «¡claro, a él le resulta fácil todo eso con tantas ventajas y beneficios como goza!; si nosotros estuviéramos en su pellejo seríamos tan perfectos como él. Por eso lo único que podemos hacer es admirarlo, y si lo hacemos seremos dignos de honor y de alabanza con tal de que no nos dejemos influir por la envidia. Pero más que admirarlo nos es imposible; pues él está en unas condiciones muy distintas de las nuestras, de las que no nos hará partícipes, y resulta

una desfachatez que pretenda exigir de nosotros lo que se exige a sí mismo».

Cristo es ahora «el modelo». Si Él hubiese venido al mundo con poderío terrenal y temporal, habría tenido lugar la mayor de las falsedades. En vez de haberse convertido en «la exigencia» para toda la especie humana y para cada individuo dentro de la especie, se habría transformado en una disculpa general y en una desbandada para toda la especie humana y para cada individuo dentro de la especie. Así tampoco hubiese sido condenado a muerte — porque también esto contribuyó a encorajinar a los contemporáneos contra Él, el que no pudieran trastocarlo a su antojo, el que Él quisiera «empeñada y fijamente» ser el humillado y que *deseaba* solamente —y esto es lo que más sacaba de quicio a la sentimentalidad egoísta de los hombres— tener «imitadores»; pero fue convertido en objeto de admiración, con lo que la confusión era tremenda y apenas pensable. Él dijo de sí mismo que era la verdad y ahora que —según nuestra suposición— los hombres le admiraban, daban a entender así que amaban la verdad, y se hacía casi imposible desenredar todo este barullo. La confusión, contrastada con la situación de contemporaneidad, sería tan grande como lo es en la cristiandad establecida, en que cada uno con una aparatosidad extraordinaria admira y adorando admira, y vuelve a admirar y a adorar a Cristo — en tanto que su vida expresa precisamente todo lo contrario de la vida de Cristo, tal como Cristo la vivió en la tierra, que para ser cabalmente «el modelo» nació y vivió en la pequeñez y la humillación. Mas el admirador tiene una admirable tapadera; «pues —dirá— creo que ya no se puede exigir más que esta admiración expresada con todas las fuerzas —y si se puede expresar todavía de una manera más fuerte con las palabras, estoy también dispuesto a emplear las que sean—, con lo que yo conozco y reconozco que admirando adoro a Cristo como la verdad. Sin duda alguna que no se puede exigir ya más de mí; ¿es que puedes tú concebir nada más alto?».

Atiende, por esto nació y vivió Cristo en la humillación; no había ningún hombre, absolutamente ninguno entre sus contemporáneos, tan humillado, ni jamás ha habido nadie tan humillado; por lo mismo sería absolutamente imposible para cualquier hombre el desentenderse de «la exigencia» mediante la disculpa o la huida por el motivo de que «el modelo» estuviese en posesión de las ventajas terrenales y mundanas que él no tenía. En este sentido lo de admirar a Cristo es un invento falso de un tiempo posterior embaucado con la «majestad». No habría, así entendido, absolutamente nada que admirar, a no ser que se admirase la pobreza, la desgracia, el des-

precio y cosas semejantes. No se le escapó ni lo más mínimo de lo que mueve a lástima, fue un lastimero objeto moviente a compasión. Desde luego, no había en Él absolutamente nada que admirar.

Y en la situación de contemporaneidad tampoco había ninguna oportunidad para la admiración; pues Cristo no tenía más que ofrecer que la misma circunstancia a quien se decidiese por Él — y en estas circunstancias jamás ha querido existir un admirador; las mismas circunstancias: ser igualmente pobre, escarnecido, burlado, e incluso en lo posible un poco peores si se atiende que además se era seguidor de un tal Despreciado, a quien cualquier hombre razonable rehuía.

¿En qué consiste, pues, la diferencia entre «un admirador» y «un imitador»? Un imitador es o se esfuerza por ser aquello que admira; un admirador se queda personalmente fuera y consciente o inconscientemente no descubre que lo admirado encierra una exigencia para él, la de ser o esforzarse por ser lo admirado.

Con todo, para no incurrir en ningún malentendido, no quiero dejar de recordar —lo que también es fácilmente comprensible— que se dan circunstancias en las que lo que procede es admirar. Concretamente, si aquello que es objeto de mi admiración no contiene realmente ninguna exigencia, ni la puede contener, sobre mí para que me asemeje a ello, entonces está perfectamente en regla el que me limite a admirarlo. De este modo puedo admirar la belleza, la riqueza, los dones extraordinarios, las hazañas señaladas, las obras maestras, la dicha, etc.; pues en todo esto no se contiene ninguna exigencia para mí, al revés, todo esto guarda relación con una diferencia entre hombre y hombre, con algo que ningún hombre se puede dar a sí mismo, sino que le ha de ser dado. Esto significa que la admiración es auténtica siempre que verdaderamente se dé una condición —que no está en mi mano— bajo la cual estoy impedido de asemejarme a lo admirado, aunque sería para mí una satisfacción inmensa el poder hacerlo. Pero aunque sería una satisfacción inmensa el poder hacerlo, sin embargo, dadas las circunstancias, no debo quererlo de ninguna manera. Si se metiese en la cabeza ese deseo inmenso de querer asemejar o ser lo admirado, entonces fácilmente acontecería otra cosa, que mi admiración se cambiaría en envidia. Por eso mismo en tales circunstancias he de renunciar a la pretensión de ser lo admirado; pues, como dice la Escritura, no debes desear lo que te ha sido negado, no has de desearlo, y si ha sido dado a otro, debes alegrarte de que tenga éxito, y, si eso dado es de una peculiaridad que lo convierte en objeto de admiración, entonces has de admirarlo.

Otra cosa acontece cuando se trata de lo común-humano, de lo que es posible para todos, absolutamente todos los hombres, que no

está circunscrito por ninguna condición, sino en el poder de cada hombre, que es lo común-humano, es decir, lo propio ético, lo que todo hombre ha de ser y también puede ser muy bien. Aquí la admiración está completamente fuera de su sitio, es ordinariamente un fraude, una astucia, que busca la retirada y la disculpa. Si conozco a un hombre en el que tengo que reparar su desinterés, su espíritu de sacrificio, su animosidad, etc., entonces no he de admirar, sino asemejarme a él; no debo engañarme a mí mismo e imaginarme que admirar sería meritorio de mi parte, no, eso no son más que subterfugios de la pereza y de la sentimentalidad, lo que tengo que hacer es asemejarme a él y esforzarme inmediatamente por asemejarme a él.

¿Qué significa, pues, todo esto? Significa que el admirador (naturalmente se habla del caso en que auténticamente se sea el admirador) se mantiene fuera personalmente, se olvida de sí mismo, se olvida que le ha sido negado lo que admira en otro; y esto es cabalmente lo bello, que se olvide de tal manera de sí mismo para admirar. En el caso distinto (cuando lo de admirar es inauténtico) vengo inmediatamente a pensar en mí mismo, única y exclusivamente en mí mismo. En cuanto yo diviso al otro, a ese desinteresado, animoso, me digo de repente a mí mismo: ¿eres como él?; pensando en mí mismo le olvido completamente. Y cuanto más descubro desgraciadamente que de ninguna manera soy como él, más me encierro en la ocupación mía y conmigo mismo, de suerte que ya no queda ni un vislumbre de su recuerdo pero no, no le puedo olvidar, se me ha convertido en una exigencia para mi vida, como una espina en mi alma, que me empuja adelante como una saeta que me hiere. En el primer caso desaparezco más y más, perdiéndome en lo admirado — lo admirado me devora; en el segundo caso, el otro desaparece más y más, en tanto que se va hundiendo en mí o en tanto que yo lo asumo, como se hace con una medicina, lo devoro — pero bien entendido: puesto que él es una «exigencia», tengo que rebotarle en mí compensadamente y voy haciéndome mayor y mayor cuanto más y más me asemejo a él.

Que la admiración con respecto a Cristo —o lo que es esencialmente lo mismo: la admiración adoradora— en lugar de imitarle sea una falsedad, un fraude, es cosa que seguramente se patentiza fácilmente. Mas como esta forma de consciente o inconsciente autoengaño se ha hecho tan frecuentísima en el mundo o en la cristiandad, y puesto que precisamente la vida de Cristo —en cuanto el modelo— se orienta a la anulación de este juego engañoso —por lo cual es doblemente lamentable que con el abuso de la majestad de Cristo sea cabalmente en la cristiandad donde se ha hecho tan frecuente—,

será de seguro muy conveniente que atendiendo al modelo se esclarezca lo que se ha oscurecido con diligencia y de propósito o al menos de la manera más irreflexiva.

Así, pues, cuando un hombre —para tomar un ejemplo provisional de dimensiones menores— se afana enardecidamente combativo por la verdad y el derecho, a costa de cualquier sacrificio y totalmente desinteresado, entonces se entiende, desde luego, que en el mundo surjan una vileza y una bajeza que se confabulan encarnizadamente contra él, precisamente por lo que hace — pero de esto no quiero hablar; mas con todo cuando eso sucede hay todavía, aunque no todos, un grupo siempre dispuesto a otorgarle su admiración a un tal entusiasta; es para ellos una satisfacción testimoniarle de la forma más expresiva que su corazón se pacifica dándole a entender que su esfuerzo cuenta plenamente con su aplauso y admiración; no tienen reparos en mostrar la indignación que les causa el ver cómo la vileza y la bajeza se confabulan contra él. Pero hasta aquí y nada más. Por eso el que se pueda decir de ellos que no tienen reparos en mostrar la indignación que les causa la injusta oposición que él pueda padecer, ha de entenderse con cierta limitación, a saber, que mientras expresan su indignación ponen la precaución que les asegure un poco de no entrar en litigio con la misma vileza. Por eso eligen un lugar aparte para expresar esta indignación, un lugar y un contorno donde pueda uno expresarse sin peligro, por ejemplo, en el delicioso confort del cuarto de estar, en el que en compañía del admirado y un par de amigos de confianza, en cuyo silencio se puede creer a pies juntillas, se puede, completamente sin el menor temor a consecuencias para la vida propia personal, soltar la voz y tronar, al mismo tiempo que se pegan golpes sobre la mesa a la manera de los héroes, rebosando ira contra la bajeza del mundo, en una circunstancia donde se está «no meramente para la diversión», mas tampoco apta para representar con seriedad un papel de héroe o de carácter. Pues si aquél, a quien ellos admiran, les diese de alguna manera a entender que ahora le urgía saber si estaban decididos a hacer lo mismo que él, en vez de jugar a la guerra en el cuarto de estar, a luchar en el mundo de la realidad por la verdad y la justicia: la decoración cambiaría por completo, la admiración se echaría precavida para atrás, hasta convertirse en enojo contra él. Y aun sin llegar a esto, con sólo que él no tolerase su admiración, porque sabe que no es más que fraude y falsedad, ellos se enojarían contra él. Pues se trata de una estratagema sentimental, no precisamente de los hombres perversos, sino de los que podrían llamarse los mejores, pero con todo hombres débiles, cuando en relación con lo moral pretenden admirar en vez de asemejarlo, con lo que

buscan el quedarse personalmente fuera. Se relacionan al admirado solamente a través de la fantasía, es para ellos como un espectáculo, claro que como se presenta en la realidad produce una impresión un poco más fuerte. Pero por lo que toca a su propia persona sacan las mismas conclusiones propias de la presencia teatral: sentaditos cómoda y tranquilamente, sin la mínima relación real al peligro, mas cuidándose muy bien de sacar partido de que le admiran, con lo que probablemente esperan participar en sus méritos a la verdad y a la justicia —de una manera facilona y barata, que por añadidura es casi deleitable—. Por eso si él acepta su admiración, ellos estarán a su servicio; de esa manera su vida será para ellos una oportunidad al júbilo, un júbilo unido a la pertinente precaución de que todo ello no represente para ellos un choque con el peligro. Mas no comprenderán que su vida contenga una reclamación respecto de la de ellos; y chocarían contra él apenas diese a entender que era aquello lo que procedía y que ya estaba bien de admiración; su peculiar modo de ser les repelería hasta que no pudieran encontrar paz en la admiración sensiblera, notando que el alternar con él era algo así como estar de exámenes, porque su vida, aunque sin decir una sola palabra, examina calladamente la de ellos.

En este bajío han encallado muchos esfuerzos éticos en sus comienzos. Un tal hombre se había superado a sí mismo en la búsqueda del bien, pero chocaba de un modo desabrido con la humana admiración. Quizá pensó al principio que ésta era algo hermoso, amable — quizá no comprendió al pronto cuánto fraude y falsedad se ocultan en ella. Mas cuando se dio cuenta de ello, y además notó qué fácilmente la admiración —que es frágil y falsa en sí misma— puede revelar otra cosa muy distinta, entonces no se atrevió a romper con ella. La admiración lo trabó a él y a su esfuerzo en sus redes para adorno de sus círculos y festejos — y ya estaba perdido para la verdad.

Ahora atendamos nuevamente al modelo, para ver todo lo claro que se pueda cómo su vida se orientaba a la reclamación de imitadores y a la imposibilitación de admiradores. Él —según se ha dicho— no estaba en posesión de ninguna de las ventajas que le hicieran verdaderamente objeto de admiración para ningún otro; ni daba pie para ninguna disculpa o escapatoria, echando mano de que lo de Él, el modelo, era bien hacedero, puesto que estaba en posesión de esas ventajas. Además su vida era «la verdad», y en relación con ésta la admiración es también cabalmente mentira.

¿Mas no fue Él con todo objeto de admiración? Desde luego; puesto que en los primeros momentos es imposible frenar de repen-

te esta incomprensión, que se llama admiración, la cual incluso es necesaria en cierto sentido para lograr que los hombres se acerquen. Mas cuando «la verdad» está convencida de ser mismamente la verdad, poco a poco se va presentando de una manera más determinada como la verdad, hasta que llega también el momento en que el «admirador» no se puede mantener junto a ella y ella sacude a los «admiradores» lejos de sí como la tormenta los frutos carcomidos del árbol. Y cabalmente la vida de Cristo ha revelado y lo ha revelado de un modo atroz, que con relación a la verdad es una tremenda falsedad el admirar en vez de imitar, lo que debiera recordarse todos los domingos en los buenos días de la cristiandad, en los que la paz y la seguridad fomentan esta equivocación. Pues cuando no hay ningún peligro, cuando todo es calma chicha, cuando todo es favorecedor del cristianismo, es facilísimo que se transpongan un admirador y un imitador y ello sin darse cuenta para nada del birlibirloque, hasta que el admirador muere en la creencia de que la posición que adoptó era la verdadera. Por eso, ¡cuidado con la contemporaneidad!

¿Quién puede poner en duda, por poco que conozca a los hombres, que *Judas* era un admirador de Cristo? Y Cristo tuvo en el comienzo de su vida muchísimos admiradores. La admiración le ha echado también sus redes para ver de poderle atrapar. Pero como una planta que por interna necesidad se va desarrollando, así era en su vida el desarrollo de la verdad; Él no se alborotaba, ni se amargaba, ni juzgaba, mas siendo como era la verdad misma obligaba con poder infinito a todo lo que le rodeaba para que se manifestase en la verdad o como lo que es en la verdad. Pero cuando se puso a echar cuentas, halló que al final en aquella contemporaneidad admiradora había aproximadamente doce imitadores, y de estos doce uno era solamente admirador — o, según se le llama comúnmente, traidor, a saber, Judas, que cabalmente porque era admirador se transformó con toda corrección en traidor. Pues es tan claro como las estrellas que quien con relación a la verdad se contenta con ser admirador, acaba, cuando llega el peligro, siendo traidor. «El admirador» está enamorado de una manera meramente sentimental o egoísta de lo grandioso; en cuanto surgen las molestias o el peligro se echa para atrás; y si no puede retirarse se hace traidor para poder de algún modo escabullirse de lo que admiró alguna vez. Asimismo, cuando «el admirador» ha visto o esperado en algo y de algo o en alguien y de alguien lo grandioso: lo ha esperado todo, si llega a descubrir que eso no acontece, que incluso la parte interesada lo da al traste (como era ciertamente el caso de Cristo que «quería su propia ruina»), entonces el admirador se hace impaciente, se convierte en traidor. La

admiración (cuando tiene lugar a destiempo o en la circunstancia en que solamente la imitación es la verdad) es un fuego tan ambiguo como el del amor sensible, que en un abrir y cerrar de ojos puede transmutarse en todo lo contrario, en odio, en celos, etcétera.

La historia sagrada nos ha conservado además la narración de otro admirador: *Nicodemo*. En la cristiandad establecida se predica una vez al año —por lo tanto, por esos miles y miles de sacerdotes— sobre Nicodemo. En las palabras del sacerdote la cosa se presenta de la siguiente manera: «en el fondo Nicodemo era un hombre débil; en lugar de decidirse por Cristo a la luz del día, por temor humano se acerca a Él a hurtadillas por la noche». «El sacerdote» se goza en este modo de hablar y el discurso agrada a los oídos de la comunidad — y además es todo lo cortés que cabe, pues a la chita callando insinúa propiamente que tanto el sacerdote como cada uno de los presentes es gente completamente distinta que Nicodemo — ¡ellos confiesan a Cristo a la luz del día sin ningún temor humano!, ¡estupendo!, cuando lo que acontece es lo contrario, que quizá la mayoría por respeto humano se abstengan de manifestar en público que no son cristianos. Si se predica así, qué milagro —para decirlo sin rodeos— que el cristianismo se haya convertido en completa cháchara; qué milagro —para decirlo con palabras de uno de los sermones de Lutero—, qué milagro que «el rayo (el fuego de la cólera divina) no se precipite con más frecuencia sobre las torres de la iglesia»; qué milagro — o, dicho con más exactitud, qué extraño que no se precipite sobre ellas cada domingo para fulminar un tal modo de predicar, que no es más que una especie de disipación mediante la cual el predicador se embauca a sí mismo y a los oyentes con la posesión de lo que respecto de ellos no es de ninguna manera verdadero.

Todo el que tenga solamente un poco de conocimiento de los hombres y no esté movido por intenciones pecuniarias o impedido por miedo a los hombres de ser noble, ha de conceder incondicionalmente que un Nicodemo es en cada generación una gran rareza. Cuando seriamente hay un peligro en ciernes y se es un hombre destacado, y el peligro es precisamente el escarnio, la befa y la expulsión de la sociedad; seguramente se encuentran muy pocos entre los destacados, que en este sentido tienen mucho que perder, poquísimos, solamente uno solo que se sienta con todo atraído por la verdad, tanto que se decida a entablar relaciones con ella por la noche. Nicodemo era un admirador; personalmente deseaba mantenerse fuera del peligro de la realidad, que para él era grandísimo. Mas de otra parte la verdad le guerreaba tanto que buscó relaciones con ella. Oculto por la noche se escurría a hurtadillas —desde luego, pisaba caminos prohi-

bidos— hasta la verdad despreciada; sin duda que tuvo que hacer esfuerzos de superación enormes para arriesgarse a entablar relaciones con el Despreciado. Porque por muy oscura que fuese la noche y por muy cuidadosamente que se embozase en la capa, siempre era posible que alguien le hubiese visto y conocido, siempre era posible que surgiera cualquier incidente que le delatase; y, en fin de cuentas, ¿qué seguridad tenía él de que Aquel a quien iba a visitar no sacase partido de la visita de un modo que perjudicara el buen nombre y la fama de Nicodemo? Sin embargo, en este aspecto podía estar bien tranquilo, con lo que el pensamiento quedaba suelto otra vez en pos de Cristo. Con todo hay algo despreciable en el proceder de este admirador — claro que de esto no se sigue ni que yo ni la mayoría de los hombres tengamos derecho a decir esto de Nicodemo, como si nosotros fuéramos mejores; como queda dicho, es más bien Nicodemo quien puede juzgarnos; y con todo es en el fondo un ultraje, si se descubre a un hombre que está en posesión de la verdad, un hombre que precisamente es por ello escarnecido y perseguido, el que se venga a Él de esta manera: es un ultraje y algo que subleva. Mas Cristo no se sublevaba jamás, solamente imperaba a las olas siempre que se encrespaban para que recobrasen la calma. Y esto mismo acontece también ahora: en todo el diálogo con Nicodemo reina la misma calma sagrada que reina en todas las partes donde está Cristo.

Aquí se ve lo que es un admirador; pues Nicodemo no llegó a ser un imitador. Es como si Nicodemo hubiera dicho a Cristo: «si pudiéramos ponernos de acuerdo, yo aceptaría tu doctrina en la eternidad — pero aquí en este mundo, no, aquí no puedo. ¿No podrías hacer una excepción conmigo, no sería suficiente que yo viniera de vez en cuando a Ti por la noche? — pero de día (sí, yo mismo concedo y siento que esto es muy bochornoso para mí, que es vergonzante, e incluso muy afrentoso contra Ti), pero de día no te conozco, de día tengo que decir: «¡Yo no conozco a este hombre!». Contempla ahora en qué laberinto de falsedad se embrolla un admirador — y de paso no olvides que en la cristiandad establecida no se da ningún peligro real que pueda revelar con justeza hasta qué punto cada uno no es más que un admirador. Sin duda que Nicodemo estuvo dispuesto y propicio a dar mil seguridades con las expresiones más acentuadas, de palabra y de gesto, de que él aceptaba la verdad de la doctrina — pero quizá se le pasó por alto que hay un límite en esto de dar mil seguridades y que si se pasa, las seguridades se convierten en todo lo contrario, en una contraprueba del más y más ferviente asegurador; quizá se le pasó por alto que cuanto uno más seguridades dé, en tanto que su vida permanece la misma, mayor patente de payaso al-

canza, mostrando ser o un payaso o un engañador. Pues que alguien, que afirma de una doctrina: «quizá haya algo en ella», no cambie su vida, puede encerrar congruencia y sentido. Pero si alguien está tan convencido como asegura, y en el momento que parezca surgir la menor duda sobre su convencimiento, está listo a asegurarlo todavía más fuerte — y que todo este convencimiento no signifique la mínima influencia sobre su vida: todo esto es una contradicción mayor que la cual no se puede pensar otra y en parte es una contradicción ridícula. Si Cristo hubiese permitido una edición más barata que la de la imitación, a saber, la del admirador, que asegura por lo más alto y sagrado que está convencidísimo, entonces habría que poner a Nicodemo en la lista; también habría que poner en lista (aunque en este caso el peligro era distinto, no determinadamente aquel que está ligado con la confesión de Cristo, sino más bien el peligro de la negación de sí mismo que el ser cristiano comporta) a aquel joven rico, que con todo no quiso dar sus bienes a los pobres y seguirle; también habría que poner en lista a aquel hombre, que no quería para sí más que un momento con el fin de enterrar primero a su padre; y faltaría poco para poder poner en lista incluso al rey Agripa, a quien le «faltó poco» para convencerse. En pugna de palabras no se da ninguna diferencia esencial entre un admirador y un imitador, a no ser la de que el imitador no es, desde luego, tan abundoso en palabras, ni tan inclinado a dar seguridades. Esto es bastante chocante; el admirador podría decir retadoramente al imitador: «¿Pero es que no estás convencido de que esta doctrina es verdad, y ni siquiera afirmas lo que yo afirmo: que estoy convencidísimo interiormente de ello por lo más santo que haya?». Y, sin embargo, hay una diferencia infinita entre un admirador y un imitador; puesto que un imitador es o se esfuerza por ser lo que admira.

Solamente el peligro de la realidad puede revelarlo con exactitud; y por eso quedó claro como el agua, en la contemporaneidad con Cristo, quién era el admirador y quién era el imitador, y cuán pocos eran éstos. Y si alguien añadiera que en las generaciones inmediatas a la de la contemporaneidad, en la Iglesia militante, creció considerablemente el número de los que en el peligro de la realidad lo arriesgaban todo en cuanto cristianos, habría que determinarlo más de cerca hasta ver en qué medida era verdadero. Por lo pronto fue creciendo más y más el número de los que se ponían en contacto con el cristianismo, en relación con los que lo hacían cuando el escenario era el pequeño país judío; es natural que el número de los que tomaban contacto creciese, aunque el contacto se mantuviera el mismo. Además, no hay que olvidar que la prueba (el examen) exigida con el riesgo de la propia

vida y de todo lo demás en favor de este asunto, se había suavizado, de suerte que la diferencia entre un admirador y un imitador ya no podía hacerse tan decisivamente manifiesta. Ciertamente se hizo patente entonces de otro modo (históricamente) que Cristo era lo extraordinario (no Dios-hombre, pues esto es relativo a la «fe» y ni puede demostrarse ni contra-demostrarse históricamente); mas asegurado esto firmemente, ya resulta en proporción más fácil el arriesgarse, es decir, resulta mucho más fácil convencerse a sí mismo para afrontar el riesgo, es decir, con esta prueba suavizada no se puede en absoluto hacer decisivamente manifiesto hasta qué punto el convencimiento de uno es de una manera absolutamente decisiva el de un imitador. En la contemporaneidad la prueba era minuciosa (el examen minucioso): todo parecía testimoniar contra Cristo, contraprobar que Él era lo extraordinario —para no mencionar lo de Hijo de Dios—, contraprobar que era verdad lo que Él decía de sí mismo; y a pesar de todo el imitador, para ser imitador, tenía que arriesgar su vida, arriesgarlo todo, cuando sólo se estaba completamente seguro con la seguridad de la fe, pues no había ninguna otra seguridad, no había la ayuda de la seguridad histórica. — Y ¿qué pasa ahora en la cristiandad establecida? En la cristiandad establecida —suponiendo que sea verdad que todos somos cristianos— ya no hay ningún peligro ligado con lo de ser cristiano; y aunque no acontezca que sea verdad que todos somos cristianos, sin embargo, tampoco hay ningún peligro ligado con lo de ser cristiano de nombre, puesto que todos dicen que lo son. Por eso aquí el admirador puede ascender en eso de dar seguridades mucho más que lo pudo Nicodemo; él puede decir: «es mi convencimiento que esta doctrina es la verdad, y es mi convencimiento por lo más santo que haya; *en el caso* de que fuese necesario estaría dispuesto a morir por ella; *en el caso* de que todos sucumbieran yo me mantendría impertérritamente fiel; *en el caso* de que ser cristiano se hiciese una cosa despreciable yo me mantendría fiel como una roca; *en el caso* de que yo hubiera vivido contemporáneo con Cristo no me hubiera escurrido hasta Él a hurtadillas por la noche, pues Nicodemo era en el fondo un hombre débil». Y él lo dice con los ojos anegados en lágrimas, mientras el auditorio comunitario sobrenada en las lágrimas. Todo es truco; este *en el caso de que* es de un efecto retórico incomparable, que conforma el discurso a semejanza de las prédicas de aquellos que en tanto edificaban los sepulcros de los profetas iban diciendo: en el caso de que...; un imitador apenas podría pronunciar un discurso tan conmovedor. No obstante se da una diferencia infinita entre un admirador y un imitador.

«Pero —oigo que alguien está diciendo, el mismo con quien se hablaba en la exposición anterior— es a todas luces imposible, sien-

do como somos todos cristianos, hablar en este sentido tan decisivo acerca de una diferencia entre un admirador y un imitador: el peligro real que estaba ligado con lo de ser cristiano y que era propiamente el que hacía patente la diferencia, está completamente descartado por el hecho de que todos somos cristianos y confesamos a Cristo, y en consecuencia se ha hecho imposible la diferencia. Siendo como somos todos cristianos el pretender ser imitador en un sentido decisivo, en oposición a todos nosotros, y pretender seguramente en vano buscar el peligro de la confesionalidad: tendría que manifestarse ciertamente tan extraño como el caso de un joven, que educado o, dicho más exactamente, desorientado con la lectura de novelas y por lo mismo con la cabeza llena de ogros, monstruos y princesas encantadas, se presentara así en la realidad, en la que —en vano— busca todo ese cuento. Mi opinión es: que siendo como somos todos cristianos, el individuo puede, si no es un débil mental y en caso de que ello sea de su agrado, contentarse con dar seguridades; de peligros, desde luego, no se puede hablar, y, en consecuencia, ha caducado propiamente el concepto 'un imitador' si ha de diferenciarse, tan aquilatadamente como tú lo haces, de un adorador admirativo».

Este ataque ha sido suficientemente respondido en la exposición precedente. Mas suponiendo también que sea verdad (y no solamente una fantasmagoría de la falsedad) que ya no existe ningún peligro ligado con el hecho de confesar a Cristo, lo más que se seguiría de esto sería que la diferencia admirador-imitador se había hecho incognoscible *en cuanto* el fundamento de la misma fuese el peligro que estaba ligado con el hecho de confesar a Cristo. Mas de ello no se sigue que la diferencia admirador-imitador se haya hecho totalmente incognoscible.

La diferencia subsiste de todos modos y está entre: ser o esforzarse por ser lo que se admira y mantenerse personalmente fuera. Olvidemos ahora por completo el peligro anexo a la confesión de Cristo y por contrapartida pensemos en el peligro real que está inevitablemente ligado con el hecho de ser cristiano.

¿Acaso la doctrina cristiana sobre las costumbres y el deber no contiene la exigencia del cristianismo de morir al mundo, renunciar a lo terrenal, negarse a sí mismo, acaso no contiene todo esto exigencias suficientes como para provocar —de ponerse en práctica— el peligro de la realidad, haciendo patente la diferencia entre «un admirador» y «un imitador» y con ello patentizar que el imitador pone su vida en estos peligros y el admirador se mantiene personalmente fuera de ellos, aunque en las palabras ambos están de acuerdo en confesar la verdad del cristianismo? De esta manera la diferencia

se mantiene de todos modos; el admirador no quiere hacer ningún sacrificio, ni abandonar nada, ni renunciar a nada terrenal, ni conformar su vida, ni ser lo admirado, ni dejar que su vida lo exprese — ¡pero en palabras, expresiones y aseguraciones es inagotable, tantísimo ensalza al cristianismo! El imitador, por lo contrario, procura ser lo admirado — y por eso (lo que no deja de ser singular), aunque vive en «la cristiandad establecida», le saldrá al paso el mismo peligro que antiguamente estaba ligado con el hecho de confesar a Cristo. Con el recurso de la vida del «imitador» se irá poniendo en claro quiénes son los admiradores; pues los admiradores se enojarán en grado superlativo a propósito de este imitador. Ya solamente con la exposición de esto, tal como se ha desarrollado aquí, habrá muchos que se encorajinarán, mas indudablemente pertenecen a la lista de los admiradores.

Pero no debe olvidarse que la cristiandad establecida ha intentado eliminar también este peligro. El peligro que antiguamente estaba ligado con la confesión de Cristo se descartó, puesto que todos somos cristianos; con lo cual desapareció también la diferencia admirador-imitador. El peligro aparejado que ocurre cuando se pone seriedad, según la exigencia del cristianismo, en negarse a sí mismo y renunciar a lo mundano, también se ha pretendido darlo de lado, intentando emplazar la vida cristiana en la interioridad oculta y guardarla allí, sin que se note para nada en la vida. En la oculta interioridad habría que estar dispuesto a negarse a sí mismo, a hacer todos los sacrificios, a renunciar al mundo y a todo lo que es del mundo, pero sin que nadie —digámoslo: ¡por Dios Altísimo!— lo denote en lo más mínimo. De este modo la cristiandad establecida se convirtió en lo que podría definirse como una asamblea de cristianos-de-honor, en el mismo sentido en que se habla de doctores *honoris causa*, que alcanzan el grado sin haber disputado. En la oculta interioridad conseguimos todos el grado, o nos lo impusimos a todos, los unos a los otros, como un cumplido, y así todos éramos cristianos de honor en el mismo sentido —como diría un burlón—, exactamente en el mismo sentido en que se habla de los estudiantes de estufa*. Mas en todo caso el peligro ya no existía, y con ello tampoco la diferencia: admirador-imitador, y —recordando la introducción de esta exposición— el cristianismo se convirtió en «consideraciones».

* Estos curiosos *Kakkelovns-Studenter* eran, entre los matriculados en la Universidad de Copenhague, aquellos que obtenían la prueba de idoneidad de un graduado cualquiera, sin pasar el *examen artium*. Esta mala costumbre fue derogada por real decreto en 1805.

No obstante, para echar tierra sobre esta irregularidad, se introdujo en la cristiandad establecida una discriminación completamente nueva en el concepto del ser cristiano. Fundándose concretamente en ella tiene todavía un cierto sentido el que al «admirador» o a quien en voz alta asegura su convencimiento cristiano, se le llame un cristiano, aunque apenas lo sea si se le enfrenta al «imitador». Pero una vez que había desaparecido la discriminación admirador-imitador, y el «admirador» ocupó el puesto número 1, no pudo por menos de hacerse una promoción de grados menores, ya que había surgido en la cristiandad una clase de cristianos tan curiosa, que podía exhibirse como de cuota. En la cristiandad establecida fueron apareciendo en el decurso del tiempo librepensadores y espíritus afines que atacaban, escarnecían y se mofaban del cristianismo de una manera mucho más dañina de la que pudieron hacerlo los peores burladores paganos. Mas como a pesar de todo estos hombres habían nacido en la cristiandad y vivían en la cristiandad, en la que todos somos cristianos, y puesto que a ellos mismos probablemente no les importaba un comino, o quizá se les antojaba demasiado sacrificio, el que su nombre fuese tachado de la lista de los cristianos; y como la cristiandad ciertamente a causa de su extraordinaria extensión había perdido la tensión para expulsar de sí a tales cristianos: se convino de mutuo acuerdo que estos hombres se llamasen cristianos como de costumbre, y se los siguió llamando cristianos. Y puesto que es preciso que subsista alguna discriminación, desaparecida la diferencia admirador-imitador, tuvo que introducirse otra nueva: los admiradores eran los auténticos cristianos, y estos librepensadores y afines eran los inauténticos, los malos cristianos, pero con todo cristianos. Indudablemente, incluso en oposición a los «admiradores» tales no-cristianos son malos cristianos. Aquí vuelve a verse cómo el cristianismo quedó arrumbado en la cristiandad. Es necesario aclarar exactamente el concepto de «imitador», si se desea hablar exactamente del cristianismo; el «imitador» es el verdadero cristiano. Mas ahora el «admirador» se había convertido en el verdadero cristiano, y los negadores del cristianismo permanecieron siendo también cristianos, aunque no auténticos — los auténticos eran sin lugar a dudas los admiradores: ¡doble confusión, infinito abismo de confusión!

Sólo el «imitador» es el verdadero cristiano. El «admirador» propiamente comporta una relación pagana hacia el cristianismo; y por eso la admiración también dio a luz en medio de la cristiandad a un nuevo paganismo: el arte cristiano. De ninguna manera deseo juzgar a nadie, pero considero que mi deber es expresar lo que siento. Y ahora me pregunto: ¿Me sería posible, es decir, podría convencer-

me a mí mismo a poner en movimiento los pinceles sobre la paleta, a usar el cincel, para representar a Cristo en colores o esculpir su figura? A este respecto sería impertinente responder que no lo puedo porque no soy artista, pues lo único que pregunto es si me sería posible en el caso de poseer las condiciones previas a esa posibilidad. Y mi respuesta es categórica: no, eso me sería absolutamente imposible. Ciertamente no quiero decir con esto que haya expresado lo que siento; puesto que me sería imposible en la medida en que no puedo concebir cómo le haya sido posible a alguien. Se dice: no puedo concebir la tranquilidad con que un asesino se sienta a afilar el cuchillo con el cual matará a otro hombre. Ni yo tampoco lo puedo concebir. Pero verdaderamente me es también inconcebible de dónde el artista ha sacado la tranquilidad, o no puedo concebir la tranquilidad con que el artista se sienta año tras año atareado con el trabajo de pintar a Cristo —sin que se le haya ocurrido preguntarse si Cristo deseaba ser pintado, retratado— y eso por muy idealmente conseguida que estuviera la representación de su pincel magistral. Yo no concibo cómo el artista conservaba su tranquilidad, que no notase el disgusto de Cristo, que no lo mandase todo inmediatamente a paseo, los pinceles y los colores, como Judas las treinta monedas, lejos, muy lejos, porque comprendió de repente que Cristo solamente ha exigido «imitadores». No comprendo que no comprenda que Aquel que vivió en el mundo en pobreza y pequeñez, sin tener donde reclinar su cabeza —y vivió de este modo no casualmente por la fatalidad del destino, como deseando otras circunstancias, sino por la libre elección en virtud de una decisión eterna—, no ha deseado nunca ni desea que un hombre, después de haber muerto Él, desperdicie su tiempo, quizá su propia felicidad, pintándole a Él. No puedo concebirlo; a mí se me habría caído el pincel de la mano en el mismo segundo inicial, quizá nunca hubiese llegado a ser hombre. No concibo esta tranquilidad de ese artista en ese trabajo, esta indiferencia artística, que ciertamente es como un endurecimiento contra la expresión religiosa de lo religioso, una arbitrariedad, un placer cruel, como cuando el tirano se llenaba de gozo sonoro escuchando los gritos de los mártires, consiguiendo con redoblada crueldad que su grito significara para él otra cosa completamente distinta — esta indiferencia artística que encuentra eco preciso en su contorno, ya que la imagen de la diosa del deleite se halla en su taller, la imagen que le tuvo tan ocupado, y sólo cuando la tuvo lista pasó a representar al Crucificado. ¿No es éste un comportamiento intrínsecamente repugnante con lo santo? Y, sin embargo, el artista estaba lleno de admiración para sí mismo,

y todos admiraban al artista. La perspectiva de lo religioso quedó completamente dislocada; el espectador solamente contemplaba la imagen en calidad de entendido en arte: si estaba el conjunto logrado, si la obra era maestra, si el juego de colores atinado, y las sombras, si la sangre parecía talmente sangre, si la expresión sufriente era acertada — pero él no acertó con la exigencia de la imitación. El artista seguía siendo admirado de todos, y convirtió lo que era un sufrimiento real, el sufrimiento real del Santo, lo convirtió de cierta manera en dinero y admiración; como si un actor encarnase a un mendigo y casi se acaparase la compasión que legítimamente correspondía a la pobreza real, ante la cual todo el mundo con el corazón endurecido se espanta y echa para atrás, y en definitiva encuentra que ella es falsa comparada con la representación del actor. Sí, eso es inconcebible para mí, y lo repito una vez más: es inconcebible para mí; pues el artista quizá nunca cayó en la cuenta de que eso era un crimen contra lo sagrado — y esto es para mí más que inconcebible. Y precisamente por esto me abstengo de todo juicio porque no quiero cometer injusticia; mas estimo que mi deber es expresar lo que con justicia me atrevo a llamar un sentimiento cristiano. Ésta no es en modo alguno una propuesta para que se ataque a un artista, ni siquiera a ninguna de las obras de arte, no, solamente que hay algo de enigmático en que yo me sienta obligado a dejarlo. Pues en cuanto a que sea cristiano lo que digo, estoy convencido en lo más hondo de mi corazón; mas no me atrevo a afirmar de mí mismo que sea un cristiano perfecto, de suerte que pudiese creer que a cada momento lo tenía inmediatamente presente o que asumía todas las consecuencias de lo que aquí se ha dicho. Pero lo dicho es para mí, y opino que pudiera serlo también para la cristiandad, como una señal marina mediante la cual se descubra en qué dirección navega la cristiandad, si más y más profundamente mar adentro del cristianismo, o si se va alejando más y más del cristianismo.

Pronto se ha llegado tan lejos, que un admirador del cristianismo ya es una cosa rara; el promedio de la gente es tibia, ni fríos ni calientes, y muchos son librepensadores, burladores, espíritus fuertes, negadores. Mas el «admirador» con todo no es en el sentido más riguroso un verdadero cristiano; si no se puede decir de él que es tibio, porque hay calor en él, sin embargo tampoco se puede decir que sea caliente. Solamente el «imitador» es el cristiano verdadero.

Pronto se ha llegado tan lejos, que de diversas maneras se ha tenido que recurrir al arte para que la cristiandad no obstante manifieste alguna participación en el cristianismo. Mas si el arte ha de echar una mano, sea el arte del escultor, o del orador, o del poeta, entonces lo

más que conseguimos son «admiradores», que a la par que admiran al artista, tienen ocasión mediante su representación de admirar lo cristiano. Pero el admirador ciertamente en el sentido más riguroso no es un verdadero cristiano, solamente el imitador lo es.

Pronto se ha llegado tan lejos, que si no se está dispuesto a afirmar que el cristianismo es profundamente lógico, y todavía más profundamente lógico, y algo muy adecuado al pensamiento profundo —ya no hay nadie que quiera oír hablar del cristianismo. Mas si este modo de hablar de la sagacidad del cristianismo —modo de hablar que halaga a los oyentes— conquista a muchos, para el cristianismo solamente conquista admiradores; y el admirador en el sentido más riguroso no es ciertamente el verdadero cristiano, solamente el imitador lo es.

Pronto se ha llegado tan lejos, que, aunque con bastante frecuencia se predica —o mejor dicho, se hacen «consideraciones»— acerca de lo que significa imitar a Cristo, de lo que es ser un imitador de Cristo, etc., con todo el sermón consigue —si es que en general los sermones consiguen algo— únicamente afianzar a los admiradores en el admirado cristianismo, y de vez en cuando conquistarle un nuevo admirador. Pero el admirador en el sentido más riguroso no es ciertamente el verdadero cristiano, solamente lo es el imitador.

VII

Juan 12, 32: «Y YO, SI FUERE LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS A MÍ»

Sí, Señor Jesucristo, sea que estemos lejos o cerca, lejos de Ti en el tumulto alucinante de los hombres, en la actividad mundana, en las preocupaciones terrestres, en la alegría temporal, en la elevación meramente humana, o mucho más lejos de todo esto, en la soledad, en el abandono, en el olvido, en la pequeñez —y con ello más cerca de Ti: atráenos, atráenos plenamente a Ti.

Hemos mostrado desde diversas perspectivas cómo han de entenderse las sagradas palabras citadas, lo que no significa que el sentido de éstas sea diverso; no, sino que hemos ensayado desde varios lados esclarecer el único e idéntico sentido de las mismas. Seguramente nadie nos negará que ése sea el recto sentido de las palabras. Pero para corroborarlo no queremos dejar de traer aquí a quien no sólo en cuanto autor de estas palabras podía, consiguientemente, ser el mejor intérprete de sus propias palabras, sino que revestido de autoridad divina impera silencio y coarta toda otra explicación que no conduzca a lo mismo, es decir, al apóstol Juan. Éste añade expresamente en el versículo siguiente, el 33: «Esto lo decía [Cristo] indicando de qué muerte había de morir». Por lo tanto, el Apóstol interpreta la exaltación sobre la tierra como la humillación más honda de todas, la de la crucifixión. La exaltación, pues, cristianamente entendida es en este mundo la humillación. Cristo ingresó ya, desde luego, en la majestad, pero su vida y sus hazañas aquí en la tierra son ciertamente lo que nos legó para imitación: que la verdadera exaltación es humillación, o que la humillación es la verdadera exaltación.

Aquí damos fin a estas exposiciones, dejando a cada uno el que las lea si quiere, y dejando al que las lea la aplicación —en el sentido de la interiorización— libre que haga de lo leído en su propia vida.

Mas a Ti, Señor Jesucristo, te rogamos que nos atraigas a Ti y que nos atraigas plenamente. Ya sea que nuestra vida se tenga que deslizar tranquila allá en la cabaña junto al lago apacible, o que tengamos que acrisolarnos en el combate con las tempestades de la vida en medio del mar rebelde; ya sea que debamos «esforzarnos por el honor en una vida quieta» (*1 Tesalonicenses* 4, 11) o, luchando, en la

humillación: atráenos, atráenos plenamente hacia Ti. Solamente con que nos atraigas, todo está vencido, aunque —en el sentido humano— no consigamos ni perdamos nada, aunque —en el sentido humano— lo perdamos todo; porque ni aquellas ni estas circunstancias de la vida eran la verdad de nuestra vida; pues Tú no atraes a nadie a la indigna lejanía de los peligros, pero tampoco al temerario riesgo.

Te rogamos por todos. Por el tierno niño, que los padres te presentan, para que le atraigas a Ti. Y cuando los padres más adelante trabajen con el niño de manera que sea conducido hasta Ti, entonces te rogamos que bendigas esta obra suya; pero cuando ellos actúen de estorbo para el niño, te pedimos que lo remedies, de suerte que este estorbo no aparte al niño de Ti, que hagas que también esto sirva al niño para ser atraído hacia Ti. ¡Oh!, Tú que te llamaste «el camino», que tienes para ello cabalmente más caminos que estrellas hay en el cielo, y, sobre todo, un camino, un camino que conduce al «camino».

Te rogamos por los que han renovado en la confirmación la alianza contigo, en la que todos hemos ingresado, y la mayoría también hemos renovado y seguidamente roto, sin embargo, no todos; te rogamos, pues, por aquellos que, en otro sentido que el niño, están como a la entrada de la vida después de haber renovado el voto de su bautismo: te rogamos que los atraigas a Ti. ¡Oh!, Tú que no recibes simplemente promesas, ni simplemente las mantienes, sino que también ayudas a un pobre hombre a mantener su promesa: atráelos desde la «promesa», atráelos continuamente hacia Ti a través de la continua renovación de la promesa.

Te rogamos por los que experimentaron lo que temporalmente confiere el más bello significado a esta vida terrena, por aquellos que se encontraron mutuamente en el amor, te rogamos por los amantes, que no deben prometerse más de lo que puedan cumplir; y aunque lo pudieran cumplir, te rogamos que no se prometan demasiado en el amor, para que su amor no se les convierta en un impedimento, de modo que no puedas atraerlos hacia Ti, sino que por el contrario colaboren a ello.

Te rogamos por el varón, para que su importantísima labor —si de un quehacer tal se trata en su vida— o su ajetreada actividad o su penoso trabajo no le hagan olvidarse de Ti, sino que él en su labor, en su actividad, en su trabajo se sienta cada día más atraído hacia Ti.

Te rogamos por el ama de casa, a quien le ha sido asignada una vida tranquila, más alejada de la dispersión y fárrago mundanos, para que ella en el amable ajetreo del hogar defienda en el más profundo sentido la concentración serenante, sintiéndose más y más atraída hacia Ti.

Te rogamos por el anciano en el atardecer de su vida, para que —ahora que el tiempo del trabajo quedó atrás— le inunde el pensamiento de Ti, mediante el cual ha de ser atraído hacia Ti, con toda el alma; te rogamos por el anciano al borde del sepulcro, para que lo atraigas a Ti.

Te rogamos por todos, por el que en este momento saluda la luz del día natal, para que la significación de su vida consista en ser atraído hacia Ti; y te rogamos por el moribundo, a quien quizá mucho y muchos quisieran retener, y por aquel —¡ay!— cuya muerte nada ni a nadie importa: te rogamos para que el significado de su existencia haya sido el haber sido atraído hacia Ti.

Te rogamos por los alegres y dichosos, por aquel que saltando de gozo apenas sabe adonde encaminarse, para que Tú le atraigas hacia Ti y te dignes enseñarle que debe encaminarse hacia Ti; te rogamos por el que sufre, que en su desgracia no sabe adonde ir, para que te dignes atraerle a Ti: para que ambos, el dichoso y el doliente, por muy dispar que sea su situación en la vida se asemejen en una cosa: en no tener a nadie a quien encaminarse fuera de Ti.

Te rogamos por aquellos que necesitan la conversión, para que te dignes atraerlos del camino de la perdición al de la verdad; por aquellos que han retornado a Ti y han encontrado el camino, te rogamos que avancen por el camino atraídos hacia Ti. Y como el camino, cuando la verdad es «el camino», ciertamente «puede errarse de tres maneras: equivocándose de camino, resbalando en el camino o apartándose del camino» — así te rogamos, para que te dignes atraer a los equivocados que se han desviado de Ti, fortalezcas a los que se tambalean y vuelvas de nuevo al camino a los plenamente descarriados.

Así es que te rogamos por todos; pues nadie es capaz de nombrar a cada individuo, desde luego, aunque pueda reseñar por encima todas las diferencias. Mas permítasenos nombrar todavía una diferencia. Te rogamos por aquellos que son los ministros de la Palabra, por aquellos cuya tarea consiste —en cuanto un hombre es capaz de ello— en atraer a los hombres hacia Ti: te rogamos que te dignes bendecir su tarea, pero que ellos igualmente en medio de esta su tarea sean atraídos a Ti, para que en el celo de atraer a otros hacia Ti no se retraigan ellos mismos de Ti. Y te rogamos por los cristianos seglares, para que ellos —atraídos hacia Ti— no piensen tan corto de sí mismos como si no les hubiese sido dado también a ellos el atraer a otros hacia Ti, en cuanto un hombre sea capaz.

En cuanto que un hombre sea capaz; puesto que Tú eres con todo el único que puede atraer hacia Ti, aunque Tú puedes también valerte de todo y de todos — para atraerlos a todos a Ti.



ID de usuario: 201217308
Nombre de usuario: PATIÑO GARCIA NEM
ZUHUE
ID de ítem: 67004250272379
Título: Ejercitación del cristianismo
Signatura: 248.2 K328 Z238
Fecha de préstamo: 5/23/2013,10:39
Fecha de vencimiento: 5/30/2013,23:59

Presentar este recibo al salir

Søren Kierkegaard (Copenhague, 1813-1855)

Figura entre los grandes de la historia del pensamiento. Su personalidad y su obra han sido calificadas de «tumultuosas, desbordantes e incontenibles» y han estado constantemente sometidas a las más diversas interpretaciones por parte de las corrientes filosóficas y teológicas que le sucedieron.

Arrinconado al principio por su enfrentamiento con la cristiandad establecida, fue rescatado por G. Brandes, T. S. Haecker y M. Heidegger. A España llegó tempranamente a través de Høffding y Unamuno, que le llamaba «el hermano Kierkegaard», pero cayó pronto en el olvido, pese al empeño de autores como Aranguren y Valverde. Recientemente se ha recuperado el interés por su magnífica obra y por su inquietante personalidad, fruto del cual son los numerosos estudios y congresos en torno a su pensamiento y la nueva edición crítica de sus escritos.

En el marco de la edición castellana de los *Escritos* de Søren Kierkegaard, basada en la edición crítica danesa, han sido ya publicados: *Escritos* 1. *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía* ([2]2006); *Escritos* 2. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I (2006); *Escritos* 3. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* II (2007), y *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* ([5]2007). De Kierkegaard han sido también publicados en esta misma Editorial *El Instante* (2006), *Los lirios del campo y las aves del cielo* (2007) y *La enfermedad mortal* (2008).